

El Hombre: Su Naturaleza y Ministerio verdaderos

**Por
Louis Claude de Saint-Martin**

Discurso al lector

El escritor de esta obra sintió algunas veces, un poco de angustia de los hombres de deseo; compartió el deseo de la felicidad por la humanidad, y llamó la atención de los hombres por lo que cree ser el origen de todos los seres humanos, y por lo que debe ser el objetivo de todos, como imágenes del Primer Principio: apropiadas si son dirigidas al hombre.

¡Hombre! Tú que de ti mismo hiciste una plena fuente de amargura, por lo tanto tus brillos solo son ligeros a través del dolor; Hombre, el objeto más precioso de mi corazón — al lado de esa fuente soberana, que se compone sólo de amor, como prueba de este sublime y dulce privilegio dado por ella, a mí, de amarte — ahora te suplico, para que socorras mi tarea; te invito para la más respetable de todas las asociaciones, cuyo objetivo es mostrar a las criaturas sus verdaderas posiciones, que, perplejas con la grandeza de su origen, no pueden abandonar nada para recibir sus derechos y recuperar su herencia.

¡Lector! ¡Te perjudicarás si buscas aquí un divertimento o solamente algo para entretenerte! Menos esperes encontrar relatos mentirosos que puedan adularte y fomentar tus desilusiones y amor propio. Tú tienes ya muchos aduladores y cómplices de tus errores sin mí.

Mi parte es la de ejercitar un ministerio más serio y más verdadero; el más importante Ministerio del Hombre. En este momento, las familias humanas no son como reyes a quién el incienso es ofrecido y que son engañados con loores; y el hombre que ahora viene delante de ti, honra a su especie y se respeta mucho a sí mismo, nunca actuando con hipocresía para con sus hermanos.

Antes de continuar, ve si tienes valor, y si eres capaz para unirme a mí y llorar por las aflicciones de la humanidad.

La felicidad que debe pertenecer a nuestra especie, se considera solamente como un fenómeno y un milagro. Nuestras lágrimas son ahora las únicas señales de nuestra fraternidad; estamos próximos solamente al infortunio. Esto es lo inevitable a lo que estamos sujetos, todos nosotros, juntos e individualmente, al contrario de aquella paz hereditaria, la cuál deberíamos haber reclamado, si no hubiésemos sufrido la pérdida de nuestra posición original.

¡Ay! ¿Cómo podríamos conocer la paz? Cada alegría o rechazo humano, cada impulso humano surge en la ceguera y acaba en gemidos.

¡Oh, Hombre! acuérdate de tu juicio por un momento. Iré, por ahora, a disculpar tu no reconocimiento del sublime destino que debes cumplir en el universo; pero debes, al menos, no cerrar los ojos por tu insignificante participación en este destino, durante el intervalo pequeño entre tu cuna y tu tumba.

¡En cuánto a ese sublime privilegio del poder de la palabra! ¿Piensas que tal privilegio fue dado simplemente para divertir a tus amigos, día tras día, con los detalles de

tus monótonas ocupaciones y narrativas de tu vida animal; para atontarlos con su retórica glamorosa como prueba de tu desvarío y delirio o ilusionarlos y desencaminarlos con las ficciones interminables de tu fantasía?

Si una pequeña observación es suficiente para convencerte del fútil y culpable uso que haces de tus facultades, también será suficiente para esclarecerte sobre los resultados conseguidos. Pesa todos estos resultados en una balanza: no tendrás uno que pase desapercibido, o, al menos, que esté fuera de tu perspectiva; no tendrás uno que no te proporcione intranquilidad, o que te lleve a las lágrimas.

¿Qué región entonces es ésta, en donde nada de lo que somos satisface sus leyes, y en donde no experimentamos alegría alguna y sí ilusiones? Una satisfacción imperiosa, como si tal región fuese esencial, parece componer la atmósfera en que nos encontramos.

Estamos limitados a respirar incesantemente y casi exclusivamente, este vapor de ilusión que nos rodea, y que, después de infectarle con nuestra propia corrupción, transmitimos a los otros; pero si nos protegieramos de esta ilusión, retendríamos todas nuestras facultades y existiríamos en una completa inacción.

En los Alpes, el cazador es a veces atrapado repentinamente y envuelto en un mar de niebla, en donde no puede ver ni sus manos ni sus pies, así se ve obligado a parar en donde esté, puesto que no puede dar un paso sin riesgo de peligro. Lo que le sucede al cazador solamente ocasionalmente, de tiempo en tiempo, es la permanente situación del hombre aquí abajo. Su propia vida terrestre es el mar de la niebla que bloquea la luz del sol, y lleva a permanecer en la dolorosa inacción para evitar romperse uno de sus miembros, o de caer en un precipicio.

Como los hombres juzgan precipitadamente, mis escritos pueden no ser bien aceptados; no me van a perdonar por creer en una verdad completa, una vez que, señalando tantas dudas sobre ellos mismos, concuerden con, a lo máximo, medias verdades, para no decir después de todo con verdad alguna.

Si, sin embargo, mi felicidad es hacer algo de bien, estoy satisfecho en no hacer alarde. Ya me considero abundantemente recompensado, y no reclamo de mis jueces; y esto vale más que todo, pues si me juzgasen digno de ser sometido a su bandera, estaría obligado a tomar partido sobre las opiniones que les sirven de regla, y no podría ponerme al lado de tal estandarte por mucho tiempo.

Más allá de eso, aunque no espero los votos de la mayoría, mi causa no estará perdida: ya que podrá ser presentada delante de un tribunal permanente y competente, cuyos juicios no están sujetos a las vacilaciones de la opinión humana.

Quizás, no esté lejano el tiempo en que los europeos irán a mirar con más cuidado aquello que hoy tratan como una distracción o con desprecio. El edificio científico de ellos no es muy estable para resistir algunas revoluciones. Ahora están, comenzando a reconocer, en los cuerpos orgánicos, lo que llaman de atracción electiva, una expresión que los llevará, a pesar de los dolores, a no tomar la verdad por su nombre correcto.

La prosperidad literaria de Asia prestará su ayuda. Cuándo se perciban los tesoros que la literatura hindú comienza a revelar a través de los "Investigadores asiáticos" de la Sociedad de Calcuta; cuándo se estudie el Mahabharata — una colección de dieciséis poemas épicos, conteniendo cien mil estrofas sobre mitología, religión, moral e historia de los indios y el Upnek'hat, traducido por Anquetel, conteniendo extractos de los Vedas, — van a estar atónitos con las similitudes de opiniones entre Oriente y Occidente en la mayoría de los temas.

En esta senda, algunos van a buscar correspondencias del lenguaje en alfabetos, inscripciones y otros monumentos; otros descubrirán los fundamentos de todas las fabulosas teogonías de los Egipcios, de los Griegos y de los Romanos; finalmente, otros encontrarán coincidencias marcadas con los dogmas publicados durante siglos por diversos espiritualistas europeos que nunca fueron sospechados de haber adquirido tal espiritualidad en la India.

Entonces, cuando estos dogmas prevalezcan en lugares, distancias y épocas tan remotas entre sí, mis escritos, probablemente, parecerán menos oscuros y repulsivos.

Pero, mientras esperamos un mayor conocimiento de esta prosperidad teosófica de la India, de donde espero otras luces, debo advertir a mis semejantes que el conocimiento no se encuentra en estos libros ni en libro alguno que pueda ser considerado más allá del espiritualismo especulativo; sólo el desarrollo radical de nuestra esencia íntima puede proporcionarnos una activa espiritualidad.

Y sobre este fundamento indispensable surgió la obra que ahora publico, así como aquellas que publiqué anteriormente.

Descartes dio un servicio esencial a la ciencia natural introduciendo el uso del álgebra en la geometría. No sé si debería prestar el mismo servicio a la mente humana al aplicar en el mismo hombre, como he hecho en todas mis obras, aquella geometría vivificante y divina que incluye todas las cosas, y de la cuál la verdadera álgebra es el instrumento universal de análisis que considero ser el Hombre Espíritu; ésta sea, quizás, la satisfacción que mal puedo esperar, igual si fuese correcto esperar, por ella.

La actual obra se divide en tres partes: la primera trata de la Naturaleza; la segunda del Hombre; y la tercera del Verbo o del poder de la palabra.

INTRODUCCIÓN

Una invocación

Cuando un Hombre de Deseo, un hombre que anhela el reino de la verdad y del amor, desea ser oído por sus semejantes está obligado a exclamar, "¡OH! Sagrada Verdad, ¿qué debo decirles? Yo mismo que soy tu miserable víctima, ¿qué puedo hacer sino lamentarme por ellos?"

Tú encendiste en mí un fuego ardiente, que consume todo mi ser. Un ardor por la dignidad del género humano; o aún, la necesidad imperiosa que siento de esta dignidad me domina y me devora.

No puedo evitar ni resistirme a él, que me atormenta constantemente.

Lo peor de todo, es que este ardor infeliz está reducido a alimentar su propia substancia y devorarse a sí mismo, no encontrando exactamente los medios de apaciguar el deseo, tú no me permites sentir la paz de las almas. Todo esto acaba, constantemente en soluciones que sofocan el sonido de mi voz. Sin embargo no me permite que me alivie, pero me hace sumergirme a cada momento en nuevos dolores tornándome una presa de mis gemidos.

¡Y tú me llamas, en estas condiciones, para que levante mi voz a mis semejantes!

Más allá de de esto, ¿cómo puedo hacer oírme por el hombre del torrente?"

Principios es todo lo que tengo que ofrecerles; tendré como respuesta opiniones, para no decir desilusiones, y la fascinación los volverá ciegos en cuanto a su deshonestidad.

Cualquier construcción que construya debe ser establecida en entes imperecederos, que brillan con esplendor eterno; y la última palabra de la ciencia del hombre es igual a tierra muerta.

Yo podría animarlos con un deseo glorioso de renovar su alianza con la Unidad Universal, inspirándolos con un poco de orgullo de sus derechos innatos; pero los hombres están en guerra contra la Unidad, ¡y parecen desear abolir su Real existencia!

Podría también desear, empleando apenas el Verbo de Vida, induciéndolos a no hacer uso por lo menos de una simple palabra no vitalizada por este inexorable poder vivificante; y ellos, cerrando sus oídos a este Verbo de Vida, y rechazando su auxilio, transformarán sus lenguas en muchos instrumentos de confusión y muerte!"

La Respuesta

¿Qué responde la Verdad?

"Timidez también es impureza; y en la mayoría de las veces se fructifica en el desorden; Puede originar todo tipo de error.

Ten la confianza en él que te guía, esta confianza te tornará puro.

No permitas que su ardor se apague, no permitas que te sea dado en vano: ¿Quién garantiza que tu ser siempre será reencendido?"

¡Las palabras del hombre, no irán a aliviar sus miedos! Ellas sufren la falta de verdad. ¿Quién sabe que no seas capaz de hacer que algunos de tus hermanos sienta la falta que lo devora sin que lo sepan?"

Algunos entre ellos se encuentran tan corruptos que son capaces de dar las costas para la verdad voluntariamente; tú no puedes estimar el poder de un ardor puro, alimentado por la confianza.

Más allá de de esto, ¿qué pescador espera atrapar con su línea todos los peces del torrente? Así que atrapando algunos para su alimento, está satisfecho.

En todos los acontecimientos, mira más allá de esta vida, donde el Hombre de Deseo debe sembrar sus obras.

Para la verdadera agricultura, esta vida es una estación de tempestad.

Esta no es la estación apropiada para anticipar su cosecha.

El trabajador siembra para el futuro; entonces, lo que quiere es proyectarse, mirando hacia adelante, para un tiempo próspero de cosecha, pues éste es el tiempo en que la tierra y su propietario irán a recompensar la dulzura de su frente".

Entonces el Hombre de Deseo, el hombre que anhela el reino de la verdad y del amor, se resigna y dice:

"Sé que Tú eres Dios, oculto en tu propia gloria; pero Tú no deseas ser desconocido; al contrario, deseas manifestar tu poder delante de nuestros ojos, nos enseñas a temerte y a amarte.

¡Sea entonces, Oh Señor de mi voluntad y de mi obra! ¡Seas Tú el Maestro de aquellos que vienen a aprender de mis palabras!

¿Acaso no eres tú el Señor de todo impulso del alma de los hombres, así como eres, a través de tus poderes, el impulso de todo movimiento de la Naturaleza, y de toda región de donde no sacaste tu mano afectuosa?"

Louis Claude de Saint Martin

El misterio espiritual del hombre

o

El ministerio del espíritu del hombre

Primera parte

En la naturaleza

El Hombre, no el de la naturaleza exterior, sino el que da certificación verdadera de la divinidad.

Este ser humano que entiende, que para sí aplica exclusivamente las cosas exteriores, de él exactamente así no da cuenta en forma satisfactoria, él todavía sabe menos de la encendida naturaleza del propio hombre; por otra parte, el hombre actual ha detenido la búsqueda del carácter verdadero de su esencia cercana, así ha llegado a estar totalmente oculto para la Fuente divina de la cual desciende; por lo tanto si el hombre, en tanto recuerde sus elementos primitivos, considerará que ella es el único testigo verdadero y señal positiva para la cual esta fuente universal puede ser conocida; tal fuente debe, necesariamente, ser ocultada, cuando el único espejo capaz de representarla en nuestras mentes, desaparece.

Entonces, cuan loable son los escritores y bien intencionados defensores de la verdad al intentar probar que hay un Dios, y derivar de Su existencia toda sus consecuencias necesarias, una vez que fácilmente consideran esta alma humana en suficiente armonía para servir de testigo, volviéndose hacia la Naturaleza y hacia la especulación sacada del orden externo.

Así, muchos espíritus excelentes han hecho uso de los recursos de la lógica, en la modernidad, poniendo toda la ciencia externa al servicio de la firme intención de probar la existencia de la Divinidad; aún así, a pesar de todos éstos testigos, el ateísmo nunca ha estado tan en boga.

Debe este con su paso brindar evidencia de la certeza, para la gloria de nuestra especie, y para demostrar la gran sabiduría de la Providencia que todas las evidencias sacadas de este mundo son tan imperfectas. Por lo tanto, si este mundo pudiese, verdaderamente, demostrar la Divinidad, Dios estaría satisfecho con este testimonio y no habría tenido ninguna necesidad de crear al Hombre. De hecho, el Hombre fue creado solamente porque el universo en su totalidad, a pesar de toda la grandiosidad que presenta a nuestros ojos, nunca puede manifestar las riquezas de la Divinidad.

Un resultado bien diferente es alcanzado por esos grandes escritores que apoyando la existencia de Dios, toman al propio Hombre como prueba y base de sus demostraciones: El Hombre, no como es, sino como tendría que ser. Sus evidencias adquieren fuerza, plenitud y satisfacen todas nuestras facultades de una sola vez. La evidencia extraída del Hombre tiene un efecto suave y se parece a hablar el lenguaje de nuestra propia naturaleza.

Las evidencias extraídas del mundo exterior son frías, estériles y como un lenguaje aparte, que requiere un estudio minucioso; por otra parte, cuanto más decisivo y resolutivo este tipo de evidencia sea, más humilla a nuestros adversarios, haciendo que nos odien.

Las evidencias extraídas de la naturaleza del Hombre, al contrario, igualmente cuando consigue una victoria completa sobre el descreído, no le causa humillación, pues le hace sentir y participar de toda dignidad que pertenece a su cualidad como Hombre.

Y aquél que no esté convencido de esta sublime evidencia puede, a lo máximo, burlarse de ella algunas veces; pero, en otros momentos, él muy probablemente, lamentaría no ser capaz de alcanzar tan elevada región y ciertamente nunca ofendería lo que estuviese siendo ofrecido; esto es suficiente para demostrar lo cuidadoso que debemos ser al investigar las profundidades de la existencia del Hombre, y para confirmar la sublimidad de su esencia, por medio de la cual debemos demostrar la Esencia Divina, pues no hay nada más en el mundo que precisamente pueda hacerlo.

Repito que, para alcanzar este fin, todo argumento extraído de este mundo y de esta naturaleza es insatisfactorio e inestable. Consideramos las cosas del mundo para llegar a Ser fijo, en quién todo es verdad; prestamos al mundo verdades abstractas y figurativas para probar un Ser que es totalmente real, y positivo, extraemos algo de la inteligencia para probar un Ser que es la propia Inteligencia; extraemos cosas del amor para demostrar Aquél que es solamente Amor; cosas circunscritas en límites para tornar conocido a Aquél que es Libre; y cosas que mueren para explicar a Aquél que es Vida

¿No es para temer que al someternos a un emprendimiento como este, podamos absorber las mismas deficiencias inherentes de los medios que utilizamos, al contrario de demostrar a nuestros opositores los tesoros de Aquél que deseamos reverenciar?

De los mundos, exterior e interior

De lo que fue dicho previamente, veremos surgir una luz, que puede, a primera vista, parecer extraña, pero no será menos real: si el hombre que, en el tiempo, no es de este mundo, es una modo de demostración cierto y directo de la Esencia Divina; si las pruebas extraídas del orden externo de este mundo son deficientes e incompletas; y si las hipótesis y las verdades abstractas que atribuimos son extraídas del orden metafísico y no tienen existencia en la naturaleza; entonces es obvio que no comprendemos, nada en el mundo donde estamos, sino es por la luz del mundo en que no estamos; que es mucho más fácil seguir la luz y la certeza que brillan en el mundo en donde no nos encontramos, de que nos acostumbremos con las sombras y velos que envuelven al mundo en que estamos; en resumen, debe ser dicho que estamos mucho más cerca de lo que llamamos el otro mundo que de este.

No será muy difícil admitir que, llamar el otro mundo al mundo en que no nos encontramos, es un abuso, y que éste es el otro mundo para nosotros.

Por lo tanto, si dos cosas pueden ser diferentes una de otra, hay sin embargo, una propiedad entre ellas, tanto real como convencional, qué hace a la segunda ser considerada la otra en relación a la primera y no a la primera como la otra en relación a la segunda; pues aquella que es la primera es la número uno, no pudiendo presentar diferencia, una vez que no tiene punto de comparación anterior a ella, mientras que la segunda encuentra aquel punto de comparación anterior a ella.

Ocurre el mismo caso con los dos mundos en cuestión; dejo al lector la oportunidad de comparar las luces y los certezas que encontramos en el orden metafísico, el que llamamos el otro mundo, con los grados de oscuridad, estimaciones e incertidumbres que encontramos en el que habitamos; y dejo también al lector que juzgue si el mundo en el que

no estamos tiene o no algún derecho de prioridad sobre aquel en que nos encontramos, debido al perfeccionamiento y a la ciencia que aquel nos proporciona, y la antigua superioridad que parece tener en relación a este mundo de un día, en el cual estamos prisioneros.

Nadie más que los esclavos de la ignorancia y del juicio precipitado podrían pensar en considerar a la mente como descendiente de la materia, y consecuentemente, el llamado otro mundo descender de este, al contrario, este es el que parece derivar y seguir al primero.

Así, si el mundo donde nos encontramos, aquél llamado otro mundo, tiene prioridades sobre este, en todos los aspectos, este mundo en que vivimos es, verdaderamente, el otro mundo, una vez que posea un término de comparación anterior a sí mismo, del cual es la diferencia; y los que llamamos el otro mundo, siendo el número uno, o el primero, lleva consigo todas sus relaciones y puede ser exclusivamente un modelo, y no otro mundo.

Esto también evidencia cuánto el Hombre Espíritu debe estar fuera de su línea de descendencia, aprisionado en estos elementos materiales, y que estos elementos o este mundo está muy lejano de ser lo suficiente para demostrar a la Divinidad; es más, en el sentido exacto de la palabra, nosotros nunca dejamos el otro mundo, o el Mundo Espiritual, como creen algunas personas en esta existencia. No podemos dudar de esta verdad, una vez que, para dar valor a las pruebas que extraemos de la materia, o de este mundo, somos obligados a prestarles las cualidades de la mente, o el otro mundo. La justificación es que todas las cosas dependen del Espíritu, todas las cosas se corresponden con el espíritu, como veremos en seguida.

Así, la única diferencia entre los hombres, es que algunos están en el otro mundo de forma conciente y otros de forma inconsciente. Sobre este asunto existe la siguiente progresión:

Dios está en el otro mundo, concientemente, y Él no puede sino crearlo y conocerlo, pues siendo el propio Espíritu, es imposible que para Él pueda haber cualquier separación entre aquel otro mundo y Él mismo.

Los espíritus puros bien sienten que están en el otro mundo, sienten perpetuamente, sin interrupción, pues viven únicamente por la vida de aquél mundo; por otra parte, sienten que son apenas los habitantes de esta otra vida, y que esa otra es la propietaria de ellos.

El hombre, sin embargo en el mundo terrestre, todavía está en el otro mundo, en el cual están todas las cosas; pero, a veces siente su dulce influencia y a veces no; frecuentemente recibe y sigue solamente el impulso de este confuso mundo de sombras, que es como una coagulación en el medio de aquel otro mundo, y de este punto de vista, una llaga, un tumor, una úlcera. Es por eso que tan pocos hombres creen en el otro mundo.

Finalmente los espíritus perdidos, cuya existencia el hombre reflexivo puede demostrar a sí mismo, sin duda alguna, por la simple luz de su comprensión, sin la ayuda de la tradición, solamente por una investigación rápida de esas fuentes del bien y del mal que combaten dentro de él y perturban su inteligencia; estos espíritus perdidos, afirmo que también están en aquel otro mundo y creen en él.

Sin embargo, ellos no sólo no sienten sus dulces influencias, sino que tampoco gozan del reposo y de la paz que aún cuando este mundo aparente proporciona al hombre, sólo conocen el otro mundo por el sufrimiento sin fin que la sarcástica fuente abierta por ellos causa a ellos mismos. Si el hombre, a través de la negligencia, permite que disfrute de un momento de quiebre, será apenas temporal y tendrán siempre que restituir, cien veces más, sus posesiones adquiridas deshonestamente.

¿Qué idea, entonces, deberíamos formarnos de esta naturaleza, o de este universo, que nos torna tan ciegos para aquel otro mundo, aquel mundo espiritual, sea él bueno o malo, del cual nunca estamos fuera? La respuesta es breve.

Sin el mundo espiritual malo, la naturaleza sería una perpetua regularidad y perfección; sin el mundo espiritual bueno, la naturaleza sería una eternidad de abominaciones y de desorden. Es el Supremo Amor o Sabiduría que, iluminando la falsa eternidad, introduce allí, un rayo de verdadera eternidad. Una mezcla de estas dos eternidades, componen el tiempo, que no es ni la una ni la otra, aunque ofrezca sucesivamente una imagen de ambas, en el bien y en el mal, día y noche, vida y muerte, etc.

El Amor Supremo podría utilizar en esta obra, poderes que descienden únicamente de verdadera eternidad y así, por un lado todo en el tiempo es medido, y por el otro, el tiempo propiamente dicho, tanto general como particular, necesariamente se apaga.

Pero, como la verdadera eternidad, como se dijo, tiene que salir de sí misma para contener a la falsa, y la falsa eternidad, al contrario, fue forzada a retraerse, esta es la razón por la cual consideramos tan difícil distinguir, en el tiempo, estas dos eternidades; he ahí porque es tan difícil de probar a Dios por la naturaleza, donde todo está fragmentado y mezclado y donde las dos eternidades se presentan solamente sobre el velo externo de la materia corruptible.

El hombre se aferra al mundo exterior

En el estado de apatía en el que el hombre se halla sumergido, a través de sus ilusiones diarias, y estudiando solamente el orden externo de la naturaleza, no ve ni la fuente de su orden evidente ni aquella de su desorden; el hombre se identifica con este Universo externo; no puede dejar de considerar tal universo como un mundo exclusivo y de existencia propia. En este estado de cosas, la idea que tiene mayor dificultad para el acceso del hombre, es aquella de la degeneración de nuestra especie y de la caída de la propia naturaleza; El hombre, perdió los derechos que debería tener sobre la naturaleza al dejar de utilizarlos y acabó confundiendo esta naturaleza oscura y ciega con él mismo y su propia esencia.

Si el hombre pudiese, por un momento, tener una visión más correcta y más benéfica del orden externo, una simple observación sería suficiente para mostrarle, de una vez, la real degradación de su especie, la dignidad de su ser y su superioridad sobre este orden externo.

¿Cómo puede el hombre negar la degeneración de su especie, desde el momento que ve que no puede vivir, pensar, actuar, existir sin que sea combatiendo a una resistencia? Nuestra sangre tiene que defenderse de la resistencia de los elementos; nuestra mente, de las dudas y de la oscuridad de la ignorancia; nuestro corazón, de las falsas inclinaciones; nuestro cuerpo como un todo, de la inercia; nuestro estado social, del desorden, etc.

Una resistencia es un obstáculo; un obstáculo, en el orden del espíritu, es un antipatía y una enemistad; una enemistad en acción es un hostil poder combatiente; este poder, teniendo sus fuerzas continuamente en nuestra contra, nos coloca en una situación violenta y dolorosa, en la cual no tenemos que estar y sin la cuál tal poder nos sería desconocido, como si no existiese, una vez que sintiéramos que fuimos hechos para la paz y la tranquilidad.

¡No! El hombre no está en su adecuada armonía; evidentemente sufrió un cambio para peor, no digo esto para ser encontrado en los libros, ni para ser una idea admitida generalmente por las personas.

Hablo porque durante su pasajera existencia en la tierra, parece estar en medio de sus semejantes, así como un león voraz entre las ovejas, o como una oveja entre voraces leones; esto porque en este extenso número de hombres, difícilmente hay uno que despierte a alguna cosa que no sea ser víctima o ejecutor de su hermano.

El Hombre tiene una posición más elevada que la Naturaleza

A pesar de todo, el Hombre es un gran ser; si no lo fuese, ¿cómo habría podido ser degenerado? Pero, independientemente de esta prueba de la dignidad anterior de nuestro ser, la reflexión siguiente, nos debe convencer de nuestra superioridad en relación a la Naturaleza, aún ahora.

La Naturaleza Astral terrestre ejecuta las leyes de la creación y solamente llegó a existir por la virtud de estas leyes.

El reino mineral y vegetal tienen en sí el efecto de éstas leyes, pues contienen todas las propiedades elementales, astrales y otras propiedades esenciales; y esto sucede con más eficacia y en un mayor desarrollo que en las propias estrellas, que contienen apenas la mitad de estas propiedades, o que la tierra que contiene la otra mitad.

El reino animal tiene el uso de estas leyes de la creación, desde el momento que ellos tienen que alimentarse, mantenerse y reproducirse; contienen todos los principios necesarios para esto. Pero el Hombre Espíritu tiene, de una sola vez, el efecto, el uso, y la libre dirección y manipulación de estas leyes. Aportaré solamente un ejemplo suficientemente familiar sobre esto, pero a través de su significado, la mente puede elevarse.

El ejemplo es: Primero; un campo de trigo, que contiene en sí el efecto de éstas leyes de la Naturaleza; Segundo, un animal carnívoro, haciendo uso de este trigo, pudiendo comérselo; Tercero, un panadero que tiene el control y la manipulación del trigo, pudiendo hacer pan con él; esto demuestra, aunque de una forma bastante material, de que los poderes de la Naturaleza son poseídos de forma parcializada por las criaturas que la constituyen; pero, que solamente el Hombre Espíritu, en sí mismo, puede abarcar todos ellos.

En cuanto a aquellos derechos materiales que el hombre posee, que mencionamos previamente, en las manipulaciones del panadero, si elevamos nuestro pensamiento a la verdadera región del Hombre, encontraremos, sin duda alguna, estos derechos probados de forma más virtual y en gran escala, a través de la investigación de las maravillosas propiedades que constituyen al Hombre Espíritu, y explorando el alto orden de manipulaciones a que llevan estas propiedades.

Si el Hombre tiene el poder de ser el artífice y el artesano de las producciones terrestres, ¿por qué no podría ser lo mismo en un orden superior? Él debe ser capaz de comparar todas las producciones divinas con sus Fuentes, ya que tiene el poder de comparar los efectos de la naturaleza con las causas que la forman y guía, sólo el hombre tiene este privilegio.

Solamente la experiencia puede dar una idea de este sublime derecho o privilegio; igual así, esta idea siempre parecerá nueva, incluso para aquellos acostumbrados a ella.

¡Dios Mío! ¡El Hombre conoce sus derechos espirituales, pero no disfruta de ellos!
¿Qué necesidad hay de alguna otra prueba de su privación, además de su degeneración?

El hombre puede recuperar su posición

¡Oh! ¡Hombre! Abre, entonces, tus ojos por un instante; pues con tu juicio precipitado, no sólo nunca recuperarás tus derechos, sino que también corres el riesgo de aniquilarlos. Es necesario aprender una lección de orden físico: los animales tienen alma colectiva; y es claro que, aunque no sean máquinas, no poseen espíritu. Por esta razón, los animales no tienen ninguna alianza a ser establecida entre ellos y su principio, como tenemos nosotros; pero, observando la regularidad de su ritmo, no se puede negar, para vergüenza del hombre, que de una forma general; debemos reconocer, que estas criaturas no estando dotadas de libertad, manifiestan una alianza más completa y más constante con su principio, de lo que podemos formar nosotros mismos. Podemos incluso ir más allá, diciendo que todas las criaturas, excepto el hombre, se manifiestan como almas colectivas, de las cuales Dios es la mente o el espíritu.

De hecho, el mundo, o el hombre perdido, podría ser sólo espíritu, pero él piensa que puede actuar sin su alma verdadera, su alma sagrada y divina, en verdad, no puede más que resaltar su alma animal y su vanidad. En Dios, hay también un alma y un espíritu sagrado, ya que somos su imagen; sin embargo todos son uno, así como todos los poderes y facultades del ser supremo.

Por un lado, tenemos el privilegio de formar, tal cual aquello que es lo Omnisapiente, una alianza indisoluble y perpetua entre nuestros espíritus y nuestras almas sagradas, uniéndolas al principio que las forma; solamente a partir de esta condición indispensable, es que podemos tener esperanza de ser otra vez imágenes de Dios; al no esforzarnos en eso, tenemos confirmación del doloroso hecho de nuestra degeneración y, al mismo tiempo, de nuestra superioridad en relación al orden externo.

Sentimiento de inmortalidad

A través del esfuerzo de volver nuevamente a la imagen de Dios, obtenemos la inestimable ventaja de no sólo lograr un fin en nuestra privación y degeneración, sino también de avanzar en relación a los que los hombres, ávidos de gloria, llaman la inmortalidad, y realmente gozar de ella; pues, el vago deseo que los hombres del torrente poseen, de vivir en los espíritus de otros, es el más débil y falso de todos los argumentos generalmente usados en favor de la dignidad del alma humana.

De hecho, no obstante el Hombre sea espíritu y en todas sus acciones, regulares o no, tenga siempre algún tipo de motivo espiritual; y sin embargo, él solamente puede actuar para él y para el espíritu, no lo que desea que emane de él, este deseo de inmortalidad no deja de ser un impulso de su egoísmo, un sentimiento de actual superioridad sobre los otros y una anticipación de la admiración de los hombres prometida a sí mismo, y que lo anima cuando el hombre no ve una manera de efectuar este cuadro, su ardor se enfría, y las obras que dependen de este ardor son consecuentemente afectadas.

Podemos afirmar que esta inclinación procede más de un deseo de inmortalidad, que de una real convicción sobre ella; la prueba es que los que disfrutan de la inmortalidad, son los que para realizarla, no teniendo nada para ofrecer sino obras temporales, muestran que la región en que se orientan está dentro del límite del tiempo; por lo tanto, el árbol es conocido a través de su fruto.

Si los hombres estuviesen realmente convencidos de esta inmortalidad, darían prueba de esta certeza intentando trabajar en Dios y para el verdadero Dios, olvidándose de lo propio; entonces, sus esperanzas de una vida inmortal, no serían decepcionadas, porque plantarían su semilla en un campo donde tendrían la certeza de reencontrarla algún día; mientras que, solamente trabajando en el tiempo y plantando solamente en la mente de los hombres, para ser olvidado rápidamente por algunos, y nunca oídos por otros, es la manera más inadecuada y desventajosa de trabajar en la construcción de la inmortalidad.

Si reflejáramos un poco, encontraríamos a la mano, pruebas concluyentes de nuestra inmortalidad. Considerando solamente la privación habitual y constante en la cual el hombre deja su espíritu, — y su espíritu no es destruido. Él se excita, se engaña, se dedica al error, se vuelve ruin y débil —hace el mal mientras podría hacer el bien; a pesar de todo esto, en el exacto sentido de la palabra, no muere.

Si nos ocupásemos de nuestros cuerpos con la misma negligencia y descuido, si los dejásemos, de la misma forma, en ayuno, hambrientos, ellos no harían ni el bien ni el mal, simplemente morirían.

Otra indicación de nuestra inmortalidad, se puede verificar en el hecho de que, en todos los aspectos, el hombre aquí abajo, camina durante todo el día junto a su tumba, y sólo puede ser por una alguna especie de sentimiento de inmortalidad, que intenta mostrarse a sí mismo que es superior a este peligro.

Esto vale para los soldados, que pueden morir en cualquier momento. Vale para el hombre corpóreo, que puede ser sacado de este mundo en cualquier instante, la única diferencia es que el soldado no es, necesariamente, la víctima del peligro que lo amenaza, mientras que los hombres naturales tendrán que caer, todos, sin posibilidad de excepciones.

Sin embargo, en ambos, observamos la misma tranquilidad, por no decir descuido, que hace al guerrero y al hombre de naturaleza vivir como si no existiese ningún peligro para ellos; tal inconciencia es la propia indicación de que son asidos por la idea de inmortalidad, ya que ambos caminan en las orillas de sus tumbas.

En lo que respecta a las cuestiones espirituales, el peligro del hombre es aún más grande, y su inconciencia aún más extraordinaria: el Hombre Espíritu camina constantemente al lado de su tumba, siendo casi siempre tragado por la fuente inmortal donde todo yace, además, nos podríamos preguntar: ¿hay muchos entre nosotros que no caminan dentro de sus tumbas? Y el hombre está tan ciego que ni se esfuerza para salir, y ni se interesa en saber si algún día saldrá.

Cuando es lo suficientemente afortunado para percibir, aunque sea por un único momento, que está caminando en esta tumba, tiene entonces una irresistible prueba espiritual de su inmortalidad, una vez que tiene la prueba de su terrible mortalidad, lo mismo que llamamos, figurativamente, de muerte. Ahora, ¿cómo puede sentir horror de esta mortalidad espiritual, si no tiene, al mismo tiempo, un sentimiento fuerte de su inmortalidad?

Es solamente en este contraste que el hombre descubre que es castigado; esto porque el dolor físico es sentido por la oposición entre la enfermedad y la salud. Pero este tipo de prueba sólo puede ser adquirida por la experiencia, es uno de los primeros frutos de la regeneración; pues si no sentimos nuestra muerte espiritual, ¿cómo podemos pensar en rogar por la vida?

El padre de las mentiras

Aquí, una vez más, también aprendemos que debe existir un otro y aún más infeliz ser, el príncipe de la falsedad, una vez que, sin él, no habríamos podido tener la idea de él; ve que todas las cosas solamente se pueden revelar por si mismas, como mostramos en “El Espíritu de las Cosas”.

Este ser no sólo camina continuamente en su tumba, sino que también nunca percibe esta condición y no podría percibirla sin la ayuda de un rayo de luz; cuando nos acercamos a esta tumba, percibimos que él está en continua disolución y corrupción, es decir, está en prueba y sentimiento perpetuo de su muerte; él nunca concibe la menor esperanza de ser liberado y así su gran tormento es el sentimiento de su inmortalidad.

La primitiva dignidad del Hombre, su degradación y su alta ocupación, mostradas en las publicaciones previas del escritor

Mis otros escritos establecen suficientemente la dignidad de nuestro ser, a pesar de nuestra miserable condición en esta región de oscuridad.

Muestran, muy bien, como distinguir al ilustre prisionero, el hombre, de la naturaleza, que aunque siendo su preservadora, es también su prisión.

Indican, claramente, la diferencia entre los poderes, mutuamente ejercidos uno en el otro por las órdenes física y moral, siendo que la primera tiene sobre la segunda solamente un poder pasivo, obstruyéndola, o dejándola por cuenta propia; mientras que la moral tiene un poder activo en relación al orden físico, aquel de crear en este, a pesar de nuestra degradación, diversas dotes y talentos, los cuales nunca tendrían su propia naturaleza.

Aunque nunca alimenté la ilusión de haber convencido a muchos de mis semejantes, debido a nuestro lamentable estado de degeneración, una vez que me tomé el encargo de defender la naturaleza humana, he estado intentando constantemente convencerlos en mis escritos; Creo que mi tarea está cumplida en este sentido, sin embargo este puede ser el caso de aquellos que me han leído.

Aquellos escritos muestran bien, como el Omnisapiente, de quién el Hombre desciende, multiplicó los medios por los cuales éste podrá resurgir en su estado primitivo; y después de colocar estos fundamentos en la esencia del ser para permanecer intocables y ser, en cualquier momento, verificados por medio de la observación, revelando al hombre por completo el universo terrestre y celestial, todo los tipos de ciencia, las lenguas y las mitologías de todas las naciones, así como tantos sedimentos que pueden ser comprobados, en cuanto les provee, en los cuales irá a encontrar auténticas evidencias de todas estas verdades básicas.

Las obras recomiendan, en particular, una precaución indispensable, a propósito del descuido universal, de que todos los libros tradicionales o uno cualquiera, sean considerados apenas como accesorios, posterior a aquellas importantes verdades que reposan en la naturaleza de las cosas, y en la naturaleza que constituye al Hombre.

Recomiendan, esencialmente, que los hombres, luego del inicio, se aseguren firmemente de éstas verdades fundamentales e invencibles, no omitiendo, más adelante, haber extraído de libros y de tradiciones todo lo que da soporte a ellas; no permitiendo tornarse tan ciegos al punto de confundir declaraciones con hechos; es necesario saber que los hechos existen primero, más adelante ocurren las declaraciones de los testigos; puesto

que cuando no hay hechos concretos, los testigos no pueden tener la pretensión de adquirir nuestra confianza, y no sirven para nada.

No tengo que demostrar, ahora, la terrible transmigración del hombre; como dije anteriormente, un único lamento del alma humana es más decisivo, a éstas alturas, que todas las doctrinas derivadas de las cosas externas, y que todo el tartamudeo y la protesta de la filosofía de las apariencias.

Los sacerdotes hindúes pueden sofocar el llanto de la viuda a quién queman en sus piras funerarias; sus canciones fanáticas y el ruido tumultuoso de sus instrumentos ni al menos le ofrecen una plegaria, para las más terrible torturas; sus imposturas y sus atroces gritos no irán a hacerla olvidar de sus dolores.

¡No! solamente los que se convierten en materia, creen que están que es como tenía que ser. Después de este primer error, el siguiente aparece como una consecuencia necesaria; pues la materia, de hecho no sabe de degeneración; en cualquier condición que pueda ser, todavía no tiene otra característica sino la inercia; eso es lo que la materia debe ser; no produce comparaciones: no hay orden ni desorden en ella.

Lo mismo ocurre en el hombre que se convierte en materia, él no percibe a los combatientes y repulsivos contrastes de su estado de existencia.

La naturaleza no es materia

La naturaleza es algo más que la materia; es la vida de la materia; ella posee un instinto y una sensibilidad distinta de la materia; percibe su deterioro, se lamenta de su esclavitud.

Así, si el hombre perdido intentara, al menos convertirse en naturaleza, no tendría dudas sobre su degeneración; pero se convierte en materia: y la única antorcha que deja para la guía es la insensibilidad ciega y la ignorancia oscura de la materia.

Una edad de oro

A pesar de todo, la razón por la cual aquellas entusiasmadas descripciones sobre una edad de oro, que encontramos en la poesía y la mitología, todavía suenan como leyenda, y que parecen representar alegrías que habían sido formalmente nuestras, lo que no es el caso; representan solamente nuestro derecho a tales alegrías, que hasta ahora mismo podríamos recordar, si pudiésemos sacar provecho de las fuentes inherentes a nuestra esencia. El Yo propio, cuando habla tan frecuentemente sobre el crimen del hombre, quiere decir el hombre como un todo o el hombre genérico, de quién el género humano descende.

El pecado original

Como fue demostrado en nuestro libro "Le Tableau Natural", lamentamos nuestra triste situación aquí abajo, pero no tenemos remordimiento en cuánto al pecado original, porque no somos culpables; estamos bajo privación, pero no castigados como son los culpables. Así, los hijos de un criminal prominente en la tierra, nacidos después del crimen de su padre, pueden ser privados de sus riquezas y privilegios temporales, pero no son castigados personalmente, como lo es su padre, pudiendo esperar que a través de su buena conducta, puedan recuperar algún día el favoritismo y ser instalados en la gloria de su padre.

He demostrado en mis obras que el alma humana es más sensible que la naturaleza que, de hecho, es apenas sensible. He ahí la razón por la cual afirmé que el alma humana, cuando es restaurada a su dignidad sublime, es la verdadera testigo del Agente Supremo, y aquellos que sólo pueden probar a Dios por el universo, se basan en una evidencia precaria, pues el universo está bajo esclavitud, y los esclavos no son admitidos como testigos.

Matrimonio

Ya dije claramente, que el pensamiento del hombre vive y se alimenta solamente por la admiración, y su corazón solamente por el amor y la adoración. Ahora, agrego que estos privilegios sagrados, estando divididos en la humanidad, entre el hombre, más inclinado a admirar, y la mujer, más dispuesta a amar y adorar; tanto el hombre como la mujer, son por lo tanto, perfectos en su santa relación, ya que ella provee a la inteligencia del hombre, el amor del cual es deficiente, y corona el amor de la mujer con los rayos luminosos de la inteligencia que desea; ambos son, de esta forma, llevados de vuelta a la inefable ley de la Unidad.

Dicho sea de paso, que esto explica porque el matrimonio, en todos los lugares, excepto entre los depravados, posee un carácter respetable; y porque este enlace, a pesar de nuestra degeneración, es la base de todas las asociaciones políticas, de todas las leyes morales, tema de tantos acontecimientos grandes y pequeños en el mundo, y tema de casi todas las obras de la literatura, epopeya, drama o romance; finalmente, es el motivo por el cual el respeto en que este vínculo se basa, igualmente con los ataques que sufre, se torna, en todos los aspectos civiles y religiosos, fuente de armonía o de discordia, una bendición o una maldición; el casamiento del hombre parece unir el cielo, la tierra y el infierno; por lo tanto, tales resultados extremos serían, de hecho, sorprendentes, si esta unión conyugal no tuviese desde el inicio su debida importancia, el poder de determinar la felicidad o la miseria todas los involucrados y de todo lo que se relaciona al hombre. El pecado hizo que el casamiento estuviera sujeto a consecuencias muy tristes, que consisten en el hecho de que, estando todo fracasado espiritualmente, tanto para hombre como para la mujer, sus espíritus están obligados a dejarlos, en caso de que alcanzaren mutuamente esa santa unión a la cual su alianza los aclama. No hay nada que ellos no deban uno al otro, en esta relación, en materia de valentía y de ejemplo, pues a través de este instrumento, la mujer puede retornar al interior del hombre de donde vino y el hombre pueden favorecer a la mujer con la fuerza de la cual ésta separada, y recuperar para sí mismo, ésta porción del amor que permitió le dejase. ¡Oh! si la humanidad supiera lo que matrimonio realmente significa, ¡cómo le desearía intensamente y le temería al mismo tiempo!, pues es posible para un hombre tornarse nuevamente divino a través del matrimonio o a través de él, caer en la perdición. De hecho, si los esposos al menos orasen, reconquistarían la posesión del jardín del Edén; si no orasen, no podrían sustentarse, tamaña es nuestra corrupción e infección, tanto física como moral. Peor todavía si más allá de todo, agregaran a su propia enfermedad física y moral, la atmósfera corrosiva del frívolo mundo, el cual sostiene todas las cosas en el exterior, por no poder vivir en sí o por sí mismo.

Como había demostrado ya previamente, sólo nosotros somos los que disfrutamos del privilegio del amor y de la admiración en la tierra, y en esto que el matrimonio debe sustentarse; esta reflexión es suficiente para demostrar tanto nuestra superioridad sobre todas las cosas de la naturaleza, como la necesidad de una permanente fuente de admiración y adoración, por la cual nuestra necesidad de amar y admirar pueda ser manifestada; esto

también demuestra a nuestras relaciones y la fundamental analogía con esta fuente, a través de la cual podemos discernir y sentir lo que hay en el matrimonio, que atrae nuestra admiración y homenaje.

El hombre es el libro de Dios

Ya expresé mi opinión en relación a los libros, al decir que, el hombre es el único libro escrito por la propia mano de Dios, y que todos los otros libros que llegan hasta nosotros son determinados o autorizados por Él; cualquier otro libro, no puede ser sino desarrollo o comentario de este texto primitivo, de este libro original; y así nuestra principal tarea, y una de nuestras necesidades fundamentales, es leer en el Hombre, que es el libro escrito por la propia mano de Dios.

Las tradiciones o escrituras sagradas

Sobre las tradiciones sagradas, he dicho que todas las cosas deben efectuar su propia revelación; de esta forma, en vez de probar la religión solamente por las tradiciones, escritas o no, que es la tendencia natural de todos los maestros, tenemos el derecho de extraer directamente de las profundidades que hay dentro de nosotros, evidencias de que, por más maravillosas que sean tales tradiciones, no dejan de ser, necesariamente posteriores al Pensamiento; es preciso comenzar a través del Hombre Espíritu y del pensamiento, antes de pasar a los acontecimientos, especialmente aquellos puramente tradicionales; sólo así, podremos hacer germinar o manifestar, tanto el bálsamo que cura, del cual todos nos sentimos tan necesitados, como la religión propiamente dicha, que no debe ser nada más que un método o preparación de esta poderosa medicina, y nunca un substituto para ella, como ha sido, tan frecuentemente, al pasar por las manos de los hombres.

Esta es la única manera segura de obtener una evidencia natural, efectiva y realmente positiva, y es en solamente esta evidencia que nuestra comprensión puede confiar.

Así, puedo ser perdonado por retornar a estos principios fundamentales; tanto más que, si observamos de forma atenta la mente de los hombres, precisamos admitir que debemos preocuparnos menos por aquellos que se encuentran endurecidos y más con el rescate de algunas de sus plegarias; especialmente si reflejan lo cuan pequeño es el mundo de aquellos que están endurecidos en comparación con aquellos que aún son capaces de recuperar sus visiones; pues es sorprendente que los que hablan contra la Verdad, equivalen a casi nadie, si los comparamos con aquellos que la defienden, aún que esto sea difícil, son menos aún, cuando son comparados con los que creen en la Verdad, sin embargo sin conocerla, como es el caso de la mayoría.

Jacob Boehme

Más allá de ser un autor alemán, de quién los dos primeros libros que he traducido, "El Amanecer naciente", y "Los Tres Principios de la Esencia Divina ", viene a proveer todas mis deficiencias. Jacob Boehme, que vivió hace dos siglos, y que lo consideraban en la avanzada de su tiempo, como el príncipe de los filósofos divinos, dejó numerosos escritos, que consisten en alrededor de treinta diversos tratados, la mayoría teniendo un origen extraordinario y sorprendente, en nuestra naturaleza primitiva que es la fuente del mal, la esencia y leyes del universo, el origen de la opresión, o lo que él llama los siete

mecanismos o poderes de la naturaleza; es el origen del agua (confirmado por la química, que dice que es una masa caliente), el origen del crimen de los ángeles de las sombras, el origen del hombre, del método adoptado por el Amor Eterno, para la restitución de la humanidad en sus derechos; etc.

Creo que presto un servicio al lector, aconsejándole familiarizarse con este autor; recomendando, sobre todo, armarse de paciencia y valor, de modo que no sea rechazado por la forma poco común de sus obras, por la naturaleza extremadamente abstracta de los temas tratados y por la dificultad que el autor (como él mismo confiesa) tiene en expresar sus ideas, por el hecho de que la mayoría de los temas en cuestión, no tienen denominaciones análogas en nuestro idiomas comunes.

El lector irá descubriendo, en estas obras, que la naturaleza física elemental es solamente un residuo, una corrupción (alteración) de una naturaleza anterior, llamada por el autor la Naturaleza Eterna; esta naturaleza actual está constituida formalmente, en toda su circunscripción, por el trono y dominio de uno de los príncipes angélicos, llamado Lucifer; este príncipe, deseando solamente reinar por el poder del fuego y de la ira, puso el reino (regne) de la Luz y del Amor divino a un lado, en vez de ser, dirigido exclusivamente por él, inflamando así toda el circunscripción de su imperio; el lector descubrirá que la Sabiduría Divina opone a esta conflagración un poder ameno y refrescante, que contiene ese otro poder sin extinguirlo, haciendo una mezcla del bien y del mal que es visible ahora en la naturaleza; el Hombre, formado al mismo tiempo, del principio del Fuego, del principio de la Luz y del principio Quintaesencial de la Naturaleza elemental física, fue colocado en este mundo para contener al rey culpable y destronado; este Hombre, a pesar de contener en sí el principio Quintaesencial de la Naturaleza elemental, debería mantenerla como era ella, absorbida en el elemento puro que entonces constituía su forma corporal; pero por dejarse atraer más por el principio temporal de la Naturaleza que por los otros dos principios, el hombre fue dominado por ella, al punto de caer adormecido, así como expresó Moisés; tan pronto se encontró subyugado por la región material de este mundo, dejó que su elemento puro fuera tragado y absorbido en la forma densa que nos envuelve actualmente; así, se convirtió en sujeto y víctima de su enemigo; el Amor Divino que se contempla perpetuamente en el Espejo de su Sabiduría, la que Boehme llama SOPHIA, concebida en este espejo, donde todas las formas están contenidas, el modelo y la forma espiritual del hombre; Dios se revistió con esta forma espiritual y posteriormente, hasta con una forma elemental, pues así podría presentar al hombre la imagen de eso que él tenía que haberse tornado, y el modelo de eso que debería haber sido; el actual objetivo del hombre en la tierra es recuperar, física y moralmente, la semejanza con su primer modelo; el mayor obstáculo que se depara aquí, es el poder elemental astral que engendra y constituye el mundo, elemento del cual el Hombre no fue hecho; la actual procreación del hombre es una testificación verbal de esta verdad, por los dolores que una mujer grávida experimenta en todos sus miembros, una vez que su fruto es formado en ella y atrae aquellas densas sustancias astrales, las dos tinturas, ígnea y acuosa, que deben estar unidas en el Hombre, identificándolo con la Sabiduría o SOPHIA, (pero actualmente están divididas), se buscan una en otra, ardientemente, esperando encontrarse una en otra, en aquella SOPHIA que tanto necesitan, pero ellas sólo se han de encontrar con el astral, que las oprime e impide, somos libres para restituir, a través de nuestros esfuerzos, nuestro ser espiritual, aquélla primera imagen divina, así como hemos permitido que tome las imágenes inferiores, desordenadamente, estas diversas imágenes irán constituyendo nuestro modelo de ser, nuestra gloria o nuestra vergüenza, en un estado futuro.

Todo esto, y mucho más, se encuentra en las obras de Jacob Boehme.

Advertencia al lector

Lector, si para decidir, valientemente, te dejas atraer por los orígenes de las obras de este autor, decidido a aprender por el orden humano, como aquellos que son enajenados, ciertamente no precisarás de mí. Pero si, a pesar de todo, no penetras en todas las profundidades que él presenta a tu mente, significa no estás firmemente establecido en esos puntos principales que acabo de repasar ante tus ojos; si tú todavía dudas de la naturaleza sublime de tu ser, a pesar de las pruebas decisivas que podrás, con la más simple observación, hallar en ti mismo; si, de la misma forma, no estás convencido de tu degeneración, escrita en letras de hierro en las inquietudes de tu corazón, o en el tenebroso delirio de tus pensamientos; si no para sentir que la absolutamente exclusiva obra tuya es concentrar todo tu tiempo en el reestablecimiento de tu ser, en disfrutar activamente de esos antiguos dominios de la Verdad, que deben ser solo por derecho de herencia, no va más allá. El objetivo de mis escritos no es establecer nuevamente estos fundamentos, ellos ya fueron sólidamente demostrados.

Supongo que todos estos fundamentos ya están admitidos, sin necesitar probarlos. En otras palabras, éste no es un libro elemental. Ya cumplí con mi deber en relación a esto. Esta obra presupone todas las nociones que ya entregué, e irá a servir solamente para sustentarlas o, al menos, para no contrariarlas de forma alguna.

Debo dedicarme esencialmente a la contemplación de los sublimes derechos otorgados a nosotros por el Dios Supremo y a lamentar, con mis semejantes, la deplorable condición en la cual ahora padecen, en comparación con aquella a la que están destinados, por naturaleza. Iré, al mismo tiempo, a demostrar los consuelos que aún están a tu alcance y, sobre todo, la esperanza que aún debe mantenerse de volverte siervo del Señor, como pretendías originalmente; y esta parte de mi obra no será aquella que me atrae menos, tan grande es mi deseo de que, en medio de los males que están engullendo a los hombres, éstos en vez de perder el valor y de entregarse a la desesperación, busquen firmemente no sólo resistir sino subyugarlos, tornándose tan próximos a la Vida, que la Muerte se avergonzará de haber pensado en hacer de estos hombres sus víctimas. Diría que deseo ardientemente que los hombres realicen en espíritu y en verdad los objetivos para los cuáles recibieron su ser.

Como valorar los libros

Que todos aquellos que lean esta libro, incluso aquellos inclinados a escribir, aprendan a dar el real valor tanto a sus próximos libros como a los de sus semejantes. Todas estas producciones son ilustraciones, que para tener valor, presupone originales verdaderos, cuyos trazos nos son presentados por el autor, más allá de hechos positivos los cuales puedan transmitir un informe digno de confianza.

¡Sí! los anales de la Verdad no deben ser nada más que compilaciones de sus propias maravillas y luces espléndidas; y aquel que tiene la felicidad de haber sido llamado para ser su verdadero ministro, nunca debe escribir, hasta que haya actuado virtualmente bajo sus órdenes, y solamente al contar sobre las maravillas que eventualmente escriba, hacerlo en nombre de la Verdad.

En todos los tiempos, esto ha sido el camino de los ministros, en espíritu y en verdad, de las cosas de Dios. Nunca escribirán antes de estar forjadas. Este también debe ser el curso del hombre, una vez que está especialmente destinado para la administración de las cosas de Dios.

¿Qué son esas enormes pilas de libros, resultado de la fantasía e imaginación humana, que no sólo no esperan por obras que describan las maravillas para relatar, como también se presentan a nosotros como una pueril y culpable pretensión de sustituirlas?

¿Qué son todos estos escritores, cuyo objetivo consiste solamente en hacer contribuir a su fútil y escandalosa celebridad en vez de sacrificarse para nuestro bien? Amigos falsos, los que están suficientemente listos para hablarnos de la virtud y de la verdad, pero que tienen mucho cuidado en dejarnos en paz, en la inacción y la falsedad; con el miedo de que si se tentasen a hablarnos con duras palabras, abandonaríamos sus escuelas confundiendo el camino de su gloria, reduciéndolos al silencio y al olvido.

¡Oh! Pon de lado estos libros inútiles, y toma de una vez el camino del trabajo, si es que eres lo suficientemente feliz para saber lo que esto realmente significa. Ponte a trabajar a costa de sangre y sudor, y no tomes ni una pluma hasta que tengas un descubrimiento para relatar de las regiones del verdadero conocimiento, alguna verdadera experiencia instructiva en las obras del espíritu o alguna gloriosa conquista adquirida en el reino de las tinieblas y las mentiras.

Escritos inspirados

Esto es lo que, en los libros de los verdaderos administradores de Dios de todos los tiempos, comunica al Hombre de Deseo un espíritu de vida con el que podrá saciar su sed en cualquier momento. Tales libros, son como caminos entre grandes ciudades, proporcionando, al mismo tiempo, los hermosos paisajes, hospitalario abrigo y protección contra peligros y malhechores. Son como los alegres y fértiles márgenes de los ríos, cuyas aguas dan origen a su fertilidad y en los cuáles se limita su curso, permitiendo que el navegante viaje agradable y pacíficamente.

La responsabilidad de los escritores

Todos los hombres de Dios son responsables de sus pensamientos en lo referente al mundo; pues si son, verdaderamente, hombres de Dios, cada pensamiento que reciben tiene la intención de la perfección de todas las cosas y de la extensión de las reglas del Señor.

Si por un lado, aquellos que no son ministros de las cosas de Dios deben sospechar de sus propias palabras y prevenir su pronunciación a los otros, por el otro, aquél que es uno de estos ministros, debe cuidadosamente concentrar sus palabras y sembrarlas en las mentes de los hombres, muchas de las cuales no son más que semillas enviadas por el Señor para ser plantadas en el jardín del Edén.

Este hombre deberá rendir cuenta estricta de todas aquellas semillas que debido a su indiferencia o negligencia, no florecen para adornar la morada del hombre.

El hombre es el libro de libros

Si los libros de los administradores de las cosas divinas pueden proporcionar tales servicios a la familia humana, ¿qué no puede esta familia esperar del Hombre propiamente dicho, restablecido en sus derechos naturales? Esos libros no pasaban de ser caminos entre dos ciudades. El hombre es una de estas ciudades. El hombre es el libro primitivo, el libro

divino; los otros libros son solamente libros de espíritu; ellos contienen, simplemente, las aguas del río; el Hombre forma parte, en cierta forma, de la misma naturaleza de las aguas.

¡Oh, mis hermanos, lean incesantemente, en este Hombre, el libro de libros; sin dejar de leer aquellos escritos por los ministros de las cosas divinas que le pueden relevar mucha ayuda diaria! Con este gran significado bajo su comando, se abren las regiones de la Deidad, que pueden ser llamadas las regiones del Verbo; y entonces, se nos relatan las maravillosas experiencias que encontramos en aquellas regiones donde todo es esplendor.

Pero, no olvidarse de que en el estado de aberración en que el Hombre está, tiene un deber que cumplir en relación con sus semejantes, más urgente que el de escribir libros, esto es, vivir y actuar de acuerdo con sus esfuerzos y deseos, para que así ellos puedan crear oídos para oírlos. Esto es de lo que la humanidad tiene mayor necesidad. Si la inteligencia de los hombres no acompaña sus escritos, no les será prestado auxilio alguno, su obra estará muerta y, desafortunadamente para ustedes mismos, su vanidad y auto aprobación serán los únicos frutos generados por su emprendimiento.

La Mente del Hombre está predispuesta

¿Qué digo? ¡Surja la comprensión en los hombres! ¿No que ayudarían los más perfectos libros, sobre este asunto? La comprensión de los hombres está devaluada, oscura y se ha tornado infantil. El niño, como el salvaje, solo comprende a través de signos groseros y substanciales o él mismo mirando el propio objeto. Su pensamiento aún está en sus ojos. Ni piensa tratar de otra forma la comprensión del hombre. Explora ante él y en él, los poderes activos de la Naturaleza, del alma humana y de la Divinidad si quiere conocer a Dios, el Hombre y la Naturaleza.

En estos temas, la razón de los hombres está muerta; será trabajo perdido apenas que hables de esos asuntos con ellos.

De hecho, el tiempo de los libros ya está casi pasado. El hombre está harto debido a su abundancia; como aquellos pertenecientes a las clases para quienes las más suculentas viandas son insípidas.

El tiempo de los libros de imaginación y fantasía humana ya pasó, así como para aquellos de los hombres de Dios; los libros de la imaginación humana desecharán su valor y anularán casi por completo su poder; y nada más allá de las obras con gran poder de influencia, pueden, en este momento, sacar al mundo de su letargo.

Sabemos que los extremos se encontrarán; el hombre y el salvaje, reducidos por su infantilidad e ignorancia, a la imposibilidad de ser despertados por cualquier cosa, a no ser por signos de gran efecto, nos retrasan, de forma inversa, de la naturaleza verdadera y primitiva del Hombre, que debería haber sido siempre alimentado con verdaderas maravillas, y sólo fue sometido a escribir y leer libros, cuando perdió la visión de los modelos vivos que nunca debería haber dejado de actuar frente a sus ojos.

En resumen, el tiempo se está agotando; la edad del espíritu debe llegar, una vez que los milagros realizados por el poder de Dios Supremo sean ahora los únicos medios por los cuales Él pueda darse a conocer y respetar por los mortales.

He ahí la razón por la cual insisto en que debes tomar seriamente el sendero del trabajo, si es que sientes ser llamado por él, si no, al menos ruega al Señor para que envíe trabajadores.

Si estás entre tales trabajadores, cuándo abras las regiones de la Naturaleza, no olvides las del Espíritu ni las de la Divinidad: cuándo relates sus maravillas, cuándo

despliegues la pluma para describirlas, no olvides a que precio llegaste a conocerlas; no olvides que adquiriste el derecho de hablar sobre ellas solamente después de verter tu sudor en estas laboriosas y provechosas búsquedas; no te olvides, al mismo tiempo que, cuándo las describes, aunque debas hacer correr tu sangre y sudor, para coger nuevas perlas de esta inagotable mina, en la que estás condenado a trabajar todos los días de tu vida.

Tu tarea ahora es doble: y tu consuelo ha entristecido a madres y compañeros. Para ti el sonido del placer no está tan separado de aquél de los gemidos; es inútil hacer distinción entre ellos, puesto que están necesariamente unidos, y ni todos los placeres de tu espíritu permiten la interrupción de tus sollozos.

El Hombre, el Rectificador Universal

De todas las denominaciones que pueden designar al Hombre restituído en sus elementos primitivos, ninguna satisface tanto a la mente y los grandes y loables deseos del alma humana, como el de Rectificador Universal. Por lo tanto, el alma humana experimenta una urgente y hasta una incómoda necesidad, de ver el dominio del orden en toda clase de seres, en todas las regiones, para que cada grado de la existencia pueda contribuir a la armonía soberana que, por sí sola, pueda manifestar la gloria y el poder supremo de la Unidad Eterna. Tal denominación es, ciertamente, el presagio secreto de esta armonía universal eterna, que tiene asida a las personas notables, en todos los tiempos, a considerar en el estado actual de la naturaleza como eterno, a pesar de los males y el desorden en que percibimos está sumergida.

Sí, todas las cosas son eternas, en su base fundamental, pero no en su dolorosa y terrible confusión, visible por toda la naturaleza: sí, hay sin dudas, una naturaleza eterna, donde todo es regular, y más vivo y activo que en esta nuestra prisión; y la prueba más concreta de que esta naturaleza actual, de la cual somos prisioneros, no es eterna, y que ella sufre, y es el domicilio de todo tipo de muerte, en donde no hay nada eterno más allá de la vida.

La insuficiencia de la enseñanza común

Vamos a admitir que me enseñas grandes y útiles doctrinas que, según sus normas, convocan a los hombres a la caridad fraternal, el celo para la casa de Dios y el tener cuidado de evitar este pantano terrestre, sin ser infectado por su polución.

Pero, ¿has seguido estas normas según su significado más profundo? En cuánto a mí, siento que aún falta algo para saciar el enorme deseo que me devora. Las oraciones y las verdades que nos son ofrecidas y enseñadas aquí abajo, es poco para nosotros, son apenas oraciones y verdades momentáneas, sentimos que estamos hechos para algo mejor.

Comprendo que la caridad fraternal no es más que un ejercicio sublime para perdonar a nuestros enemigos y para hacer el bien a aquellos que nos odian, pero ¿y aquellos entre los hombres que no nos odian y los que son y siempre serán desconocidos para nosotros? ¿Nuestra caridad con respecto a ellos permanecerá inactiva o limitada a aquellas pocas oraciones en que se menciona nuestro deber para rogar por todos los hombres? En pocas palabras, ¿la humanidad pasada, presente y futura no debe ser el objeto de nuestro verdadero amor?

Admitiendo que parece no haber ardor más santo por la casa de Dios, que el de publicar las leyes divinas, y tornarlas nobles, con nuestro ejemplo, así como con nuestras oraciones. Pero nuestro Dios, que es tan extremadamente precioso para cada facultad de

nuestro ser, este Dios que por tantos motivos puede, de hecho, ser llamado nuestro amigo, ¿no tendría dolor ni angustia en el corazón, por el hecho de que todas las maravillas que sembró en el hombre y en el universo estarían pérdidas para nosotros en la nube de las tinieblas? ¿Deberíamos permitirnos un minuto de reposo antes de proporcionarle alivio?

Finalmente, el deber de preservarnos limpios del fango terrestre, parece implicar que no hay nada más importante que el deber de retornar a nuestro origen, sin contraer los hábitos o maneras de este frágil mundo. Pero, después de librarnos de su polución, ¿no sería esta condición más espléndida para neutralizar su veneno, o hasta para transmutarlo en un bálsamo de vida? ¿No se nos ha aconsejado hacer el bien a nuestros enemigos? ¿Podemos negar que, en muchos aspectos, la naturaleza es uno de ellos?

En cuanto a los llamados enemigos de Dios es, por Él y no por nosotros, necesario administrar la justicia que merecen; vamos a despreciar aquí lo que parece ser su declaración, o comenzar una guerra implacable contra los tal llamados enemigos de Dios. Dios no tiene enemigos. Es gentil y amoroso en exceso para tener alguno. Y aquellos que se denominan enemigos de Dios son apenas enemigos de sí mismos y están bajo su propia justicia.

Una región más elevada para el hombre regenerado

Hablo ahora, con el Hombre de Deseo y de fe y de los diversos privilegios que constituyen la dignidad eminente del hombre cuando sea regenerado. Deja que tu comprensión siga mi hazaña; los derechos que sustentó pueden ser reclamados por todos los hombres. En principio, todos deberíamos tener la misma tarea, que es la de desarrollar nuestra característica para rectificar, una vez que todos emanaron del Autor de todo bien, amor y bondad. ¡Oh, Hombre de Deseo! Sé muy bien que tu comprensión puede estar oscurecida, pero también sé, que con una voluntad decidida y una conducta adecuada, puedes obtener de tu Principio Superior la luz requerida, fundamentada en tus derechos originales.

Los niños del Padre

Distinguimos aquí, claramente, varias tareas para ser desempeñadas en el curso espiritual. La mayoría de los hombres que llegan hasta él, buscan virtud y conocimiento solamente para su propia mejoría y para su propia perfección. De hecho, ¡felices son aquellos que poseen tales intenciones! ¡Cuán deseable es que esta felicidad fuese la dote de cada individuo de la familia humana!

Pero si estos hombres buenos, piadosos y hasta iluminados alegran al Padre de esta familia, buscando ser aceptados entre sus niños, causarían una mayor alegría si buscasen ser aceptados entre sus trabajadores y siervos, pues esto proporcionaría un verdadero servicio al Padre, en cuanto que con la otra forma solamente se prestan servicio a sí mismos.

Los trabajadores del Padre

Sin embargo, me encuentro lejos de considerarme entre aquellos sublimes trabajadores o grandes adeptos, debo hablar esencialmente sobre ellos en esta obra, una vez que ya hablé tan detalladamente, cuánto fui capaz, sobre aquellos que pertenecen a los niños del Padre de esta familia.

Pero una vez más, ruego al hombre que mire los campos del Señor y busque trabajar ahí, de acuerdo con su fuerza, y con el tipo de trabajo para el cual es apropiado, sea en trabajos activos, si estos le fueron ofrecidos, sea en desenvolvimiento de la naturaleza del hombre, si es que ha captado su profundidad, sea en arrancar las espinas y las raíces que los enemigos de la verdad y los falsos maestros plantaron y aún están plantando duramente en el Hombre, imagen de la Sabiduría Eterna.

Pues, para enseñar a un semejante sus verdaderos deberes y reales derechos es siendo, de cierta forma, el trabajador del Señor, proveyendo y poniendo en orden las herramientas y los implementos del trabajo, es siendo útil a la agricultura; sólo es preciso examinar cuidadosamente lo que estamos aptos para hacer sea cual fuere el tipo de trabajo. Aquél que provee implementos para la agricultura es responsable por lo que provee, el sembrador es responsable por lo que siembra.

Pero, pues es imposible ser un verdadero trabajador de los campos del Señor, sin estar renovado y reubicado en sus propios derechos, yendo frecuentemente a escribir sobre los paisajes de la restauración, por la cual debemos, necesariamente, pasar antes de ser admitidos como trabajadores. Debo algunos consejos a mis hermanos, cuando los invito a su calificación para el servicio del Señor:

Consejos sobre comunicaciones espirituales

Algunos hombres, cuando oyen respecto de los trabajadores espirituales operativos, piensan en la comunicación con los espíritus, o lo que es comúnmente llamado el ver los espíritus.

Para aquellos que creen en esta posibilidad, esta idea provoca escalofríos; para los que no tienen certeza de esta posibilidad, provoca apenas curiosidad; para los que niegan o rechazan tal posibilidad, esta idea provoca desprecio y desdén tanto por las opiniones como por quienes las sustentan.

Me veo obligado, sin embargo, a decir a todos, que un hombre puede seguir siempre en las obras espirituales operativas, y llegar a un alto grado entre los trabajadores del Señor, sin ver espíritus. Por otra parte, debo decir para aquél que, en el sendero espiritual, busca la comunicación con los espíritus, que, asumiendo que tenga éxito, no sólo no habrá con eso realizado el principal objetivo de su obra, sino que podría estar muy lejos de ser calificado como trabajador del Señor.

Por lo tanto, si este, piensa mucho en comunicarse con los espíritus, debe considerar la posibilidad de encontrar tanto buenos como malos espíritus.

Así, para estar seguro, no basta con comunicarse con los espíritus, es necesario ser capaz de discernir de dónde vienen y con que propósitos, y si sus mensajes son loables o ilegítimos, útiles o nocivos; y suponiendo que sean espíritus de la más pura y perfecta clase, sería preciso examinar, antes que todo, si él mismo tendría las condiciones para ejecutar las obras que le fuesen encomendadas en su servicio Supremo.

El privilegio o la satisfacción de ver los espíritus nunca será más que un accesorio al verdadero objetivo del hombre en el camino del divino trabajo espiritual operativo y en su admisión entre los trabajadores del Señor; y aquel que aspira a este sublime ministerio, no debe ser merecedor si fue llevado por la simple curiosidad a conversar con los espíritus; especialmente si para obtener evidencias secundarias, depende de la ayuda incierta de su semejantes con poderes usurpados, parciales y hasta corruptos.

El cielo tomado por la fuerza

De todos los privilegios del alma humana, ¿cuál es el que deberíamos usar primero, como el más eminente, sin el cual todos los otros privilegios resultarían en nada? Es el de ser capaz de llamar a Dios, por así decirlo, fuera de la contemplación mágica de Sus propias maravillas inescrutables, que nacen de Él y son Él, y de las cuales Él no se puede separar.

Es decir, en cierta forma, sacarlo de la imperiosa atracción absorbente que lo atrae eternamente para sí mismo y hacer lo que Es, al volver continuamente lo que no es para lo que Es, como consecuencia necesaria y una analogía natural.

Esto sirve para despertar y forzarle, si es que podemos utilizar estos términos, a salir de este envenenamiento causado por la mutua y perpetua experiencia de la dulzura de Sus propias esencias, y ese delicioso sentimiento proporcionado por la fuente generadora activa de Su propia existencia. Es decir, en resumen, lanzar su divino auxilio sobre esta Naturaleza oscura y perdida, de modo que su poder vivificante pueda restaurarle a su antiguo esplendor.

Pero ¿qué pensamiento puede alcanzarle, si su analogía con relación a Él no fue primeramente restaurada? ¿Qué pensamiento puede provocar en Él este despertar, si no se torna, primero, vivo nuevamente, como Él? ¿Qué pensamiento puede hacer ríos de agua dulce y saludable que fluyen de Él, si no se torna, primero puro y humilde, como Él? ¿Qué pensamiento puede, alguna vez, unirse con lo que Es, si no se torna nuevamente como eso que Es, a través de la separación de todo lo que no es? ¿Quién puede ser aceptado en la casa del Padre, en Su intimidad, si no ha demostrado ser un verdadero hijo de este Padre?

¡Oh, Hombre! Si entrevés aquí el más sublime de sus privilegios, que es el de hacer a Dios de tu propia contemplación, también verás en que condiciones tal privilegio puede ser ejercido. Si es tu deber conseguir, constantemente, despertar este Dios Supremo y forzarlo a salir de Su propia contemplación, ¿se supone que no tienes mucho con que preocuparte sobre las condiciones en que Él te encontrará?

¡Deje, entonces, qué todo tu ser se torne una nueva criatura! ¡Deje que cada de tus facultades sea revivida, hasta en tu más profunda raíz! ¡Deja que el óleo vivificante básico sea subdividido en infinitos elementos purificadores, y no dejes de tener nada en tu ser que no sea estimulado y calentado por uno de estos elementos activos y regenerativos!

Un Ayudante y Consolador

¿Si no hubiese alguien fuerte, enviado para consolarte y ayudarte para volver a Él, niño obediente, Padre celestial, como podría alcanzar el más bajo grado de su regeneración?

Tú, tampoco ignoras la existencia de este Agente, una vez que Él es el preciso foco vivificante en el que reposó tu ser cuando fuiste creado, y que, desde entonces, nunca más te abandonó, como una madre no abandona a su hijo cualquiera sea su aflicción. Únete a Él, sin reservas y sin demora, y tu contaminación se extinguirá, y tu carencia se transformará en plenitud.

El Hombre debe ejecutar la obra de su Padre

Con todo el peso de la obra no dejarás de ser sentido, y puede tornarte aún más pesado, pues, cuando el peso de la mano de Dios está sobre el hombre, sin estar para castigarlo, debe ser para trabajar.

De hecho, Dios, habiendo destinado al hombre a ser el Rectificador de la Naturaleza, no le dio esta asignación sin calificarlo para cumplirla; Dios no lo calificó para cumplir tal designación, sin darle los medios; no le dio los medios sin ninguna ordenanza o alguna ordenanza sin una consagración, Dios no dio al hombre una consagración sin la promesa de glorificación y tampoco prometió tal glorificación sino porque el hombre debería servir como vehículo de alabanza a Dios, tomando el lugar del enemigo a quien el trono estaba sometido, abriendo así, los misterios de la Sabiduría Eterna.

Dos tipos de misterios

Hay dos tipos de misterios. Uno comprende los misterios naturales de la formación de las cosas físicas, sus leyes, modos de existencia y los objetivos de esta existencia. El otro comprende los misterios de nuestro ser fundamental y su relaciones con su Principio.

El propósito final de un misterio no puede ser el permanecer totalmente inaccesible a la comprensión o al dulce sentido de la admiración para el cual nuestras almas son creadas, y que ya reconocemos como algo de primera necesidad, el alimento de nuestro ser incorpóreo.

El propósito de los misterios de la Naturaleza es el de elevarnos, a través del descubrimiento de las leyes y de las cosas físicas, al conocimiento de las leyes y poderes superiores, que las gobiernan.

El conocimiento de los misterios de la Naturaleza y de toda lo que los constituye, no puede por lo tanto, ser vetado ahora, aún después de nuestra caída, sino, su propósito final se perdería.

El propósito final del misterio de las cosas divinas y espirituales, conectado con el de nuestro propio ser, está en nosotros por el movimiento y el despertar en nuestros sentimientos de admiración, ternura, amor y gratitud. Así, debemos permitir que estos misterios de las cosas divinas y espirituales, penetren en la más profundo de nuestro ser, pues de otra forma este doble misterio, que nos conecta con las cosas divinas, y las cosas divinas en nosotros, perderían su efecto.

Sin embargo, hay una gran diferencia entre estos dos tipos de misterios. El misterio de la Naturaleza puede ser más o menos conocido, pero la naturaleza propiamente tal, difícilmente alcanza nuestro ser fundamental y esencial; y si tenemos una sensación de satisfacción durante su contemplación o al penetrar sus misterios, es porque nos elevamos sobre la naturaleza, y ascendemos, a través de sus medios, a regiones análogas a nosotros mismos; es como una linterna que nos muestra el camino de estas regiones elevadas, pero es incapaz, por sí sola, de comunicar su dulzura.

Las cosas espirituales y divinas, al contrario, alcanzan mucho más nuestras facultades de amor y admiración que nuestra comprensión; por el hecho de que estas cosas divinas deberían prepararnos para un grado aún más elevado de admiración, ellas no se van a revelar a nuestra percepción, tan prontamente, pues si pudiésemos someterlas, a voluntad, a nuestro conocimiento, podríamos no admirarlas tanto, y nuestra satisfacción sería menor; puesto que, si es verdadero que nuestra felicidad es admirar, también es verdad que admirar es sentir, más que saber; ésta es la razón por la cual Dios y el Espíritu son al mismo tiempo tan dulces y tan poco conocidos

Por otro lado, podríamos decir que la naturaleza es bastante fría, porque es más apropiada para ser conocida que para ser sentida; así, los planes de la Sabiduría están tan armonizados, que eso que verdaderamente nos da satisfacción, se revela menos a nuestra

inteligencia y satisface más a nuestra admiración, y eso que menos se interesa por la sustentación de nuestra admiración, por ejemplo, nuestra verdadera satisfacción, teniendo poca analogía con nosotros, nos ofrece una especie de compensación en las satisfacciones de la comprensión.

Del mismo modo que los hombres conseguirán estos dominios, permitirá que estas dos fuentes, que habían producido frutos deliciosos, de varias especies, se secasen; esto quiere decir que, la filosofía humana, tratando de las ciencias naturales y estando solamente en la superficie evitó que las conociésemos, e igualmente no nos dio los placeres de la comprensión, que tales fuentes podían habernos proporcionado tan fácilmente; los maestros de las cosas divinas haciéndolas obscuras e inaccesibles, nos impidieron sentir las, privándonos, de esta forma, de admirarlas; no hubieran fallado en su tarea de despertarnos si hubieran permitido que las cosas divinas llegaran hasta nosotros.

La perfección del misterio es, unida en una combinación armoniosa y verdadera, lo que, al mismo tiempo, satisface nuestra inteligencia y alimenta nuestra admiración. Esto nosotros lo habríamos disfrutado para siempre si hubiésemos guardado nuestro estado primordial. La puerta por la cual Dios salió de Sí mismo, es la misma por la cual Él entra en el alma humana. La puerta por la cual el alma humana sale de sí misma, es la misma por la cual entra en la comprensión. La puerta por la cual la comprensión humana sale de sí misma, es la misma por la cual entra en el espíritu del universo. La puerta por la cual el espíritu del universo sale de sí mismo, es la misma por la cual entra en los elementos y en la materia. Esta es la razón por la cual el erudito que toma todas estas rutas, nunca se adentra en la Naturaleza.

La materia no posee ninguna puerta por la cual pueda salir de sí misma, y tampoco una región inferior a ella; he ahí porqué el enemigo no podría tener acceso a ninguna región ordenada, ya sea material o espiritual.

Al revés de observar cuidadosamente su puesto, el Hombre no solamente abre todas esas puertas a sus enemigos, sino que las cierra contra sí mismo, y por eso es que él se encuentra en el lado de afuera, y los ladrones adentro. ¿Podría ser concebida una situación más lamentable?

El Hombre, el espejo de las maravillas de Dios

Vemos porque las denominaciones magníficas que constituyen al hombre, haciéndole un ser tan privilegiado, habrían podido hacer su ministerio en el universo algo de gran importancia; el hombre podría haber sido la triple Unidad Divina conocida o mostrado que no habríamos sido la imagen de Dios, si no tuviésemos el derecho de representarla. Todas las cosas, aún los ángeles, tenían gran interés en que el hombre hubiese mantenido el puesto que le fue confiado. De hecho, así como la vida el animal, dispersa por toda la naturaleza, no conoce ni el espíritu del universo mismo, ni los gérmenes de los vegetales, que son su efecto y la expresión sensible de sus propiedades, sólo reconocidos por los animales a través del sabor de sus alimentos, los ángeles también sólo conocen al Padre en el Hijo; no lo conocen ni en Sí mismo, ni en la Naturaleza que, especialmente después de la primera gran alteración, está mucho más próxima al Padre que al Hijo, debido a la concentración por la cual pasó; y los ángeles solamente pueden conocerle en el divino esplendor del Hijo que, a su vez, tiene solamente su imagen en el corazón del Hombre, y no en la Naturaleza. Por esta razón, el Hombre, quien en el principio del Universo, estaba relacionado, principalmente al Hijo, la Fuente del desarrollo universal,

conocía al Padre, tanto en el Hijo como en la Naturaleza. Es, por esta razón, que los ángeles siguen, de cerca, las órdenes del Hombre, acreditando que éste aún está en condiciones de mostrarles al Padre en la Naturaleza.

La llave para las maravillas de la Naturaleza

Nuestra tarea, por lo tanto, desde el momento en que Adán fue retirado del precipicio en que había caído, debería ser la de descubrir, por todos los medios posibles, las maravillas del Padre, manifestadas en la Naturaleza visible; Esto es en lo que más tenemos posibilidades de realizar, pues el Hijo, que contiene estas maravillas y las vuelve accesibles, restaurándolas para nosotros, a través de la incorporación en nuestros primeros padres, en la forma material en que ahora nos encontramos. Él trajo la llave consigo, cuando se hizo igual a nosotros.

Los ángeles aprenden a través del Hombre

¡Oh! ¡Cuán profundas cosas no podríamos enseñar, aún a los ángeles, si recuperásemos nuestros derechos! San Pablo dice: "Nosotros juzgaremos a los ángeles" (1Cor. c.6; v.3)*. Sin embargo, el poder para juzgar requiere poder para mandar. Sí, los ángeles pueden ser administradores, doctores, reformadores de aquello que es erróneo, guerreros, jueces, gobernadores, protectores, etc.; sin embargo, sin nosotros, no pueden adquirir ningún conocimiento profundo sobre las maravillas divinas de la Naturaleza. Lo que los obstaculiza no es solamente el hecho de que conocen al Padre sólo en el esplendor del Hijo, y que, al contrario del primer hombre, su envoltorio corporal está libre de las esencias extraídas de las raíces de la Naturaleza, pero también porque cerramos para ellos el ojo central, u órgano divino, a través del cual podrían haber tenido los medios de contemplar la abundancia del Padre en las profundidades de la Naturaleza; he ahí porque los hombres de Dios deben instruir a los ángeles, y revelar a sus ojos las profundidades ocultas en la corporización de la Naturaleza, y en todas sus maravillas.

Esta es también la razón por la cual los hombres de ciencias y de letras, que descubren los grandes leyes de la Naturaleza, son altamente considerados; y, en la religión, son altamente considerados aquellos que se han revestidos con el mayor poder del Espíritu.

Desde nuestra degeneración, este precioso privilegio de penetrar en las profundidades de la Naturaleza y de, por así decir, poseerlas, ha sido, en parte, restaurado a nosotros; en verdad, esto debería ser, ciertamente, una herencia, inherente a la naturaleza del Hombre, puesto que constituye su verdadera riqueza y propiedad original; a este respecto, tenemos muchos ejemplos en los testamentos patriarcales.

Testamentos Espirituales

Pero los hombres de la materia tienen invertidos éstos sublimes derechos, aplicándolos simplemente al testamento de las posesiones terrestres, no obstante se puede contestar al hecho de que un hombre no pueda disponer de posesiones que desearía poseer con su muerte, y antes de que su legado pudiese ser ejecutado.

* Nota del Editor: La escritura habla de ángeles "malos" y ángeles caídos, así como de ángeles santos. ¿No podría el hombre, muy bien, ser la piedra de toque por la cual los primeros son probados? ¿Y los ángeles buenos no pueden por sí mismos examinar al hombre, para saber cualquier cosa sobre la extensión, duración, profundidad y altura del amor de Cristo, que transmite el conocimiento?

Son, entonces, a las posesiones reales que la ley del testamento se debería aplicar, porque este es en lo que es testador usa su herencia como un derecho natural que no tendría si estuviese en privación, y que lleva consigo a una región en que este derecho va a crecer aún más, en vez de disminuir. En esta región nuestros pensamientos pueden expandirse y enriquecerse a través de la meditación sobre los testamentos patriarcales.

El Hombre, el árbol; Dios, la selva.

El Hombre es el árbol, Dios es su selva. Así, no es de sorprenderse, que cuando esta selva vivificante fluye en el hombre, convierte cada una de sus ramas en un nuevo árbol; tampoco es ninguna sorpresa, que algunas ramas salvajes sean allí injertadas, para que puedan, rápidamente, participar de sus propiedades excelentes.

Sí, desde la caída, el Hombre ha sido replantado en una raíz vivificante que debe producir en él todas las vegetaciones espirituales de su Principio. Por esta razón, si el hombre despertase para esta fuente vivificante de admiración, podría, solamente por su existencia, transmitir un testimonio vivo en él.

Además, este es el único medio por el cual los propósitos divinos pueden ser realizados, pues el Hombre nació solamente para ser el Primer Ministro de la Divinidad; aunque ahora, el cuerpo material que cargamos es muy superior a lo de la tierra, nuestro espíritu animal es muy superior a lo del espíritu del universo, por su unión con nuestra alma-espíritu (espíritu anímico), que es nuestra verdadera alma; y nuestra alma-espíritu es muy superior a la de los ángeles.

Pero el hombre se engañaría se pensase poder avanzar en el trabajo del Hombre Espíritu, sin que esta santa selva sea revivificada en él, pues ella es y se ha vuelto densa y congelada por la corrupción universal.

La luminosa fundación la construcción del Hombre

Así, Oh, Hombre de Deseo, lo que sea que permitiste que se coagulase y oscureciese en ti, debe ser disuelto y revelado a los ojos del espíritu. Mientras pudieras ver allí alguna mancha, o permanecer la más insignificante cosa que obstruya tu visión, no descanses, hasta que la hayas dispersado. Cuanto más penetres en tu ser, mejor conocerás las regiones en que reposa tu obra.

Ninguna otra región más allá de esta, reorganizada y adaptada, puede servir para la fundación de tu ser. Si esta región no estuviera bien alineada y precisa para la plomada, la construcción nunca podrá ser levantada.

¡No! Solamente es en la luz interior de tu ser que la Divinidad, y toda Sus poderes maravillosos, pueden llegar a ser perceptibles para ti en su gloria vivificante.

Si te atrevieses a no apoyarte en esta región, si tu visión no puede penetrar muy lejos o si temes mirar allí, debido a las dificultades de acceso, ¿cómo puedes esperar que la Divinidad esté allí, con mayor facilidad que tú, y aún así se acomode a tus sombras y las obstrucciones que te repelen? ¡La Divinidad es fundamentalmente toda luminosa y pura, capaz de desarrollar las maravillas de Su existencia, solamente en las atmósferas limpias de toda obstrucción y libre como Sí misma!

La ciencia de la Verdad no es como las otras ciencias; ella debería haber sido originalmente, toda una mera satisfacción para el hombre; ahora es toda un mero combate;

he ahí el motivo por el cual los eruditos y sabios del mundo no tienen la menor idea sobre ella, pues la confunden con sus propias nociones oscuras, adquiridas pasivamente.

El universo en sufrimiento

El universo está en un lecho de sufrimiento y nosotros los hombres, debemos confortarlo. El universo está en esta situación porque, desde la caída, una substancia extraña ha entrado en sus venas, impidiendo y atormentando su vida-principio incesantemente. Debemos pronunciarle palabras de confort y de aliento, más allá de la promesa de liberación y del pacto de la alianza, que la Sabiduría Eterna está por hacer con él.

Esto no es nada más de lo que aquello que es justo y nuestro deber sagrado, toda vez que el líder de nuestra familia fue la primera causa de los dolores del universo. Podemos decir que, hicimos viudo al universo; él espera que su esposa sea restaurada, mientras duren las cosas.

¡Oh, Sol de Equidad! somos la primera causa de tu malestar e inquietud. Tu mirada no deja de examinar, sucesivamente, cada región de la naturaleza. Tú naces para todos los hombres, diariamente, Tú naces jubilosamente, en la esperanza que ellos te restauren tu estimada esposa, la Eterna Sophia, de quién Tú has estado privado; Tú cumples tu curso diario, llamándola por toda la tierra, con palabras ardientes, que habla de los deseos que Te consumen. Pero, al anochecer, caes en aflicciones y lágrimas, pues has buscado a tu Esposa en vano; la reclamas al hombre y él no la restaura; y todavía él te hace sufrir por habitar en lugares estériles, domicilio de la prostitución.

El mundo está muerto

¡Oh, Hombre!, ¡el mal es aún mayor! No vengas a decir ahora que el Universo está en un lecho de sufrimiento; di que él está en su lecho de muerte; y eres tú quien debe llevar a cabo sus ritos fúnebres, y eres tú quien debe reconciliarlo con la fuente pura de donde él descende, una fuente que no obstante no ser Dios, es uno de los órganos eternos de su poder, del cual el Universo nunca debería haberse separado; es más, digo que tú debes reconciliarlo, purificándolo de todas las substancias de falsedad con que ha sido constantemente impregnado desde la caída, liberándolo de las consecuencias de pasar todos los días de su vida insubstancialmente.

El universo, por lo tanto, no habría pasado sus días insubstancialmente, si hubieses permanecido en ese trono de gloria en el cual estabas originalmente sentado, y si lo hubieses ungido a diario con un óleo de contento, que lo preservaría de las enfermedades y de los dolores; entonces, habrías hecho por él lo que él hace ahora por ti, proveyendo diariamente con la luz y productos elementales a los cuales te sometes y que ahora son necesarios para tu existencia. Ven, entonces, y suplícale su perdón, puesto que tú eres la causa de su muerte.

¡El mal es aún mayor! ¡No debes decir más que el Universo está en su lecho de muerte él está en su sepultura! La putrefacción le ha dominado, las infecciones emergen en todos sus miembros; ¡y tú, oh hombre, tienes la culpa! No deberías haber contribuido para que él sucumbiese en su tumba, no deberías haber contribuido para que él exhalase cualquier infección.

El hombre debe hacer renacer al Universo

¿Tú sabes por qué? Porque te hiciste el sepulcro del Universo. Porque, en vez de ser la cuna de su eterna juventud y belleza, lo sepultaste en sí mismo, como en una tumba, y él se cubrió con tu propia corrupción. Inyecta rápidamente el elixir de la vida en todos sus canales, pues eres tú quien debe traerlo a la vida nuevamente; y a pesar del olor cadavérico que emite en todas sus partes, tú eres el encargado de darle un nuevo nacimiento.

La propia luz natural, bello símbolo de un mundo anterior, que aún nos es legado, contiene un poder devorador que todo consume; y las luces artificiales que usamos en su lugar solamente resisten al costo de las substancias que las alimentan. No deberíamos haber tenido ninguna de estas luces; son una monstruosidad en la Naturaleza, donde los insectos se queman, tomándolas por la luz natural, pues las criaturas de la naturaleza nada saben de lo que está fuera de orden.

Sí tus innumerables negocios y fabricaciones industriales son una prueba de la injuria que hicisteis al mundo, ya que esta injuria y estas actividades, proceden de la misma fuente, y así la Naturaleza es, de todos modos, nuestra víctima. ¡Oh. Cómo esta Naturaleza, si pudiese hablar, se quejaría de las pocas cosas que recibe de las vanas ciencias de los hombres, de sus armazones y mano de obra para describirla, medirla y analizarla, mientras posee dentro de sí los medios para confortarla y curarla!

El propio Hombre está muerto: ¿cómo murió?

Con todo, ¿no está el propio hombre en su lecho de sufrimiento? ¿No está en su lecho de muerte? ¿No está en su tumba, víctima de la corrupción? ¿Y quién irá a confortarlo? ¿Quién irá a ejecutar sus funerales? ¿Quién lo traerá nuevamente a la vida?

El enemigo fue ambicioso desde el principio; observó las maravillas de la gloria, deseó dirigir las en su propia dirección y administrarlas. La caída del Hombre no comenzó de esta manera: éste no fue su crimen, pues él debía alcanzar estas glorias solamente cuando efectuara su misión; y cuando él, por vez primera, recibió su existencia, no las conocía. Fue desviado, primero por debilidad, así como sus hijos lo son ahora en su infancia, cuando los objetos de la ambición no los afectan; la debilidad que el Hombre permitió que le alcanzara, fue atraído y penetrado por el espíritu del mundo, en tanto que él era de un orden superior, y de una región encima de este mundo. Una vez caído en esta región inferior, el enemigo consideró fácil inspirarlo con pensamientos ambiciosos, que de otra forma no habría tenido, puesto que no había nadie para hablarle de los objetos de ambición, de los cuales nada sabía.

Así, en su primera negligencia, él fue víctima de su propia debilidad; en su segunda, fue, al mismo tiempo, victimado y engañado por su enemigo, que estaba interesado en tomarle y extraviarle, se volvió completamente conforme con este mundo físico sobre el cual debería haber sido soberano.

¡Entonces sus crímenes crecieron a tal punto que ahora lo intimidan al reflejarlos! Sí, ¡Oh, Hombre! Te has convertido en mil veces más culpable desde esa primera caída. En tu caída fuiste engañado y una víctima; pero desde entonces, te has transformado en el instrumento universal del mal, el esclavo absoluto de su enemigo y ¿cuántas veces, hasta en su mismo cómplice?

La obra del Hombre aún debe ser hecha

¡En esta condición es necesario que el hombre visite al Universo en su lecho de muerte y le restaure la vida no olvidando que el primer plan de su propio destino original aún requiere ser ejecutado!

¡Oh, Hombre!, detente en el medio de este abismo en que te encuentras, si es que no vas a precipitarte aún más. Tu obra era bien simple cuando saliste de las manos de tu Primer Principio; ella se convirtió en triple deuda debido a la imprudencia y las abominaciones cometidas por ti: ahora, es necesario primero regenerarte a ti mismo; después, regenerar el Universo y entonces venir a ser el administrador de las riquezas eternas y el admirador de las maravillas vivas de la Divinidad.

En el orden físico, vemos que el remedio viene después de la dolencia y ésta después de la salud. Pues, si la dolencia lleva al remedio, igual debe acontecer en el orden moral y espiritual del hombre; y si, aquí, la salud precede a la dolencia del hombre, su enfermedad debe llevarlo a buscar el remedio análogo, así como los médicos buscan aquellos para nuestros desórdenes físicos.

Entonces, el primer paso en la dirección a la cura en la cual el hombre tiene que trabajar sobre sí, es echar fuera todos aquellos temperamentos inferiores y secundarios que se han acumulado sobre él desde la caída; temperamentos que han atacado y poseído a la humanidad, en todos los tiempos desde la posteridad del primer hombre; aquellos que heredamos de nuestros padres, a través, de la mala influencia de generaciones viciadas y aquellos que atrajimos hacia nosotros por nuestras negligencias y ofensas diarias.

Mientras no nos libremos de estos temperamentos no podremos dar un paso en dirección de nuestra recuperación, que consiste, particularmente, en atravesar la región de las sombras en la que caímos, y hacer que el elixir natural reviva en nosotros, y con él restaurar el sentido del Universo, que está desfallecido.

Requisitos para la obra; sus criterios

Aquí, ¡Oh Hombre!, experimentarás una nueva condición, si es que puedes ir más allá. No se trata de la naturaleza espiritual de tu ser, de su relación esencial con su principio, de su degeneración a través de un primer acto voluntario, o del amor ardiente de su Fuente generatriz que lo llevó, en su caída y en cada día desde entonces, a elegirte en medio de tu impureza repugnante (lo que el hombre del torrente puede sentir, pero no puede entender porque no mira para atrás), en resumen, no se trata de toda especie de evidencias despreciables, que depone a favor de estas verdades fundamentales, comprobándolas; estas cuestiones están enraizadas en nosotros, sin ellas, te advierto que no prosigas; y si así lo hicieses, probablemente no llegarías muy lejos.

Pero, verifica si tienes purificado tu ser de toda esa corrupción secundaria que has atraído sobre ti diariamente desde la caída; o si, al menos, sientes un deseo ardiente de extirparlas de ti a cualquier precio y revivir aquella vida, extinguida por el primer crimen y sin el cual no puedes ser ni el siervo de Dios ni el Consolador del mundo.

Intenta al menos sentir que, quizás, la única ciencia que vale la pena estudiar, es la estar libre de pecado; pues si el hombre estuviese es ese estado, podría manifestar, naturalmente, todas las luces y ciencias.

Investígate, por lo tanto, profundamente, así como estas nuevas condiciones; y si, más allá no haberte purificado de los resultados de todas tus faltas secundarias; tampoco arrancaste las raíces de la más remota falta de disposición para el trabajo, seriamente repito,

no vas a ir más allá. La obra del Hombre requiere de nuevos hombres. Los que así no son, intentarán en vano ser parte de la construcción; cuando tales piedras se presenten a sus lugares serán consideradas insuficientes con relación a las dimensiones requeridas en cuanto al acabado, y serán enviadas de vuelta al taller hasta que estén listas para ser usadas.

Hay una señal para saber si haz realizado o no este auto despojamiento.

Basta verificar si sientes no tener cualquier otra preocupación, cualquier otro interés, sino que el unirte universalmente, con la acción y el impulso divino.

Es cuando, lejos de preocuparnos de nuestro sufrimiento personal en este mundo de infortunios, reconocemos que nada puede ayudarnos sino aquello que es nuestro deber, y que todo lo que no sufrimos son favores concedidos a nosotros en consideración a nuestras debilidades, así, al contrario de reclamar por nuestras satisfacciones y consuelos para que sean dados en este mundo, deberíamos comenzar por agradecer por no haber sido retirados anteriormente y porque aún nos han sido dejados.

Supongo, entonces, que las dos condiciones mencionadas, siendo aceptadas, la que sigue es el inicio de la regeneración del hombre en sus dominaciones, virtudes y derechos primitivos.

La orden de la regeneración del Hombre

Vemos que en nuestro cuerpo material sentimos con frecuencia dolores en los miembros que perdimos; sin embargo, en lo que constituye nuestros cuerpos verdaderos, no poseemos uno igual, la primera evidencia que podemos tener de nuestra existencia como seres espiritual, es sentir de una vez, dolores agudos adentro en todos esos miembros que no tenemos.

La vida debe regenerar todos los órganos que perdemos y esto sólo puede ser realizado a través de la substitución de estos órganos por su poder generativo, en lugar de esos extraños y frágiles órganos que ahora nos constituyen.

Debemos sentir el espíritu que hace surcos de pies a cabeza en nosotros, como si tuviese un potente arado, arrancando los troncos de viejos árboles con sus raíces entrelazadas en nuestra tierra, y todas las sustancias extrañas que nos impiden crecer y fertilizar.

Todo lo que se nos adentró por el encanto y por la seducción, debe salir por la entrega y por el dolor. Sin embargo, lo que se nos ha adentrado nada más es de lo del espíritu de este mismo Universo, con todas sus existencias y propiedades, ellas han fructificado en nosotros abundantemente, en nuestro interior, se han transformado en licencias corrosivas y temperamentos corruptos, además de coagularse a tal punto que nada más que los remedios fortísimos y el trabajo extremo podrá erradicarlas.

¡Oh, Hombre! estas esencias y propiedades del Universo han tomado posesión de todo tu ser; por esta razón, los dolores vitales de la regeneración deben estar sentidos en todo tu ser, hasta que estas falsas fundaciones y fuentes de tus errores, tus sombras y tu angustia, son substituidos por el espíritu y esencia del Universo primitivo y verdadero, llamado por Jacob Boehme de Elemento Puro, del cual se puede esperar frutos más dulces y saludables. Pues, considerando simplemente tu situación física en este mundo, no se puede dudar que la base de estos dolores está en ti mismo, y establece tu existencia en los deseos diarios que te hace sentir y en las incesantes preocupaciones que te proporcionan.

Así, vemos todos tus días consumidos para el intento de hacerte superior al frío, calor, oscuridad y hasta las mismas estrellas del cielo, que parece dominar con tus audaces ciencias a través de sus instrumentos ópticos y astronómicos.

Esto prueba, claramente, que tu lugar no debía haber sido del de la región de éstas inclemencias y ni deberías estar sujeto a las influencias que te incomodan, no debes incluso haber estado más abajo de esas creaciones espléndidas que a pesar de su magnitud en el orden de los seres, deben figurar después de ti.

Como estos elementos extraños se han plantado en tu naturaleza más interior, es allí que los dolores verdaderos deben ser sentidos; es allí que deben ser desarrollados los reales sentimientos de humillación y constricción, que nos hace estremecer al depararnos conexión con esencias tan incompatibles para nosotros. Allí, en tu naturaleza más íntima, es que se debe progresar lentamente en este mundo, como en un camino entre tumbas, en donde no se puede dar un paso sin oír los muertos clamar a ti por la vida.

Allí, por medio de sus gemidos y sufrimientos, se consiguen recursos para ofrecer el sacrificio, en el cual el fuego que viene del Señor no puede dejar de descender, para que de una sola vez, consuma a la víctima y de nueva vida al sacrificador, proveyéndolo con poderosa asistencia o con virtudes renovadas continuamente, para la ejecución de su obra universal, pues, a través de esta substancia activa y humilde de nuestro sacrificio unida a nosotros, es la que se da al inicio de nuestra regeneración; los sufrimientos purificadores de los cuales hablamos, sólo pueden ser el principio de esta regeneración, mientras que su fin es cortar lo que es perjudicial para nosotros, pero no el de dar lo que queremos.

Cuando nos sentimos despedazados por estas dolorosas amputaciones y la sangre corre para todas las heridas, entonces el bálsamo curativo viene a estancarlas, se aplica en nuestras llagas y se inyecta en cada canal.

Sin embargo, como este bálsamo trae la vida dicha propiamente dicha, después nos sentiremos renacidos en todas nuestras facultades, virtudes y en todos los principios activos de nuestro ser. Todos estos principios activos de nuestro ser están tan oprimidos por el peso del universo y tan secos por el fuego que los queman internamente, que ellos esperan, con una ávida impaciencia, por el único vigorizante que pueda restaurar su movimiento y actividad.

Este vigorizante se acomoda a nuestra pequeñez. Aparece de forma tenue en el hombre que es débil y pequeño; así, conduce su amor y cuidados a nosotros, a fin de hacerse pueril con nosotros, pues somos menos que niños y generalmente a cada acto de nuestro crecimiento, tiene que estar a nuestro lado paso a paso.

Actúa en relación a nosotros, como una madre en relación a su hijo que tiene heridas o sufrimiento; ella aplica todos sus pensamientos en la intención de curarle; se lanza, por así decir, completamente a estas heridas o a los miembros que sufren, participa de ellos como si ella misma tomara su forma y substituyendo aquellas heridas o golpes de su hijo; esta madre se deja llevar, de tal forma, por el esfuerzo de su amor creativo que nada es tan difícil, nada es tan pequeño para esa laboriosa ternura; todo lo que parezca hacer bien, le parece necesario.

Éstos varios medios de cura, específicos para cada necesidad, están en actividad en los lenguajes de cura guiados por el verdadero Verbo. Las maravillas encontradas en él contienen mayor o menor actividad que es más apropiada al tiempo en que aparecen. Sin embargo, este vigorizante, sin el cual adolecemos, pueda entrar en nosotros directamente, no desprecia la posibilidad de entrar por varias formas y los lenguajes de cura, con todos

sus denominaciones y formas de expresión, son uno de los medios a los que más inclina a hacer uso preferencial.

No es sorpresa la necesidad de este poder activo y vivificante entre en nosotros para prepararnos para la realización de sus obras. Aquellos que conocen el real estado de las cosas, comprenden que debemos estar vivos y fuertes para realizar tal obra o para que ella sea realizada en nosotros, pues el mal no es una mera ficción, es un poder.

El reino del mal no debe ser destruido por erudito discurso, ya sea en la naturaleza como en el espíritu de los hombres. Los Hombres y los doctores pueden discursar a voluntad, el mal no será alejado de esta manera, al contrario, progresará sobre este respaldo.

La propia vida debe actuar substancialmente

En este estado de muerte en que está el universo, con todas las regiones caídas, ¿podría algún tipo u orden de cosas subsistir después de todo, si no hubiese una Substancia de Vida diseminada en todo lugar? Con certeza, es esta substancia de vida la que evita la disolución de todas las cosas y las sustenta en todos los choques y violencia a la que se someten continuamente.

Esto es lo que conserva a la Naturaleza contra los poderes hostiles que la molestan: es decir lo que conserva el mundo universal, a pesar de las tinieblas que lo envuelven, así como el sol conserva la tierra a pesar de las nubes que lo oculta de nuestra vista. Eso es lo que conserva las naciones a pesar de los desórdenes y destrucción que provocan sus integrantes y uno contra otro.

Esto es lo que conserva al hombre en toda la ignorancia, extravagancia y abominaciones que él vierte incesantemente. Esta substancia de vida sólo puede ser el Verbo Eterno, creándose sin interrupción, como Boehme tan bien mostró y que no deja de sustentar, por su poder, a todas las regiones que creó.

Esto substancia está en todo el lugar sumergida en un abismo profundo, desea intensa y continuamente, la liberación de esta Naturaleza casi desconocida, por esto es que esta substancia de vida no para de susurrar que las cosas aún subsisten, a pesar de la continuación y extensión de las abominaciones que la rodean y la contaminan; estos males son tan grandes, que, si pudiésemos hablar de ellos a los espíritus, los ahuyentaríamos.

Pero, como el alma o el foco radical del hombre, es la primera y principal fundación de esta substancia de vida, busca desenvolverse y mostrarse, especialmente dentro de ella. Si el hombre colaborase con esta acción perseverante, si la sintiese, en su origen y por naturaleza, nada menos que un oratorio divino, donde la Verdad podría venir, en cualquier momento, y podría ofrecer incienso puro a la Fuente Eterna de todo, con certeza el hombre vería rápidamente a esta substancia de vida echar raíces y se esparciría sobre él y le retornaría numerosas ramas cargadas de flores y de frutos. A partir de entonces, los espíritus, exaltados con las dulces sensaciones que recibirían de nosotros, se olvidarían, por caridad, del mal que les habíamos hecho previamente; pues cada acto de esta substancia es un florecimiento que debe tener inicio en la raíz de nuestro ser, en lo que se puede llamar el germen del alma (germen anímico); de ese lugar pasa a la vida de nuestra mente o a la comprensión y entonces a nuestra vida corporal; como cada uno está relacionado con su región correspondiente, cada florecimiento que ocurre en nosotros se comunica con su propia atmósfera.

Pero, como el objetivo de esta substancia para el trabajador en estos tres grados, es solamente proveer una nueva vida, ella sólo puede completar tal objetivo a través de una

triple transmutación, proveyéndonos de una nueva alma, de un nuevo espíritu y un nuevo cuerpo.

El proceso de renacimiento

Esto transmutación sólo puede ser efectuada a través de un proceso doloroso: solamente puede ocurrir por medio de un combate entre lo que está sano y lo que está enfermo, y por la acción física de la voluntad verdadera, en oposición a la acción física de nuestra falsa voluntad. Nuestra propia voluntad no realiza nada sin el ser, ya que fue inyectada por la Voluntad Divina, que es la única voluntad para el bien, con el poder de producirle; esto parece ser una observación bastante simple, pero no es menos fecunda y espiritual.

Es por estos diferentes actos que la vida consigue substituir las esencias corruptas por una esencia pura en nuestros cuerpos, almas y espíritus. Es así como nuestro deseo forma con el deseo divino un solo deseo, o el ansia por la manifestación de la verdad y de sus reglas en el mundo.

Es así, que nuestra comprensión forma con el Ojo Divino sino una única comprensión, que ve lo oculto tan bien cuanto antes.

Es así, que nuestros cuerpos, permitiendo todas las sustancias de la mentira, corrupción y contaminación con las cuales están confinados para extinguirse, se sienten tomados por sustancias diáfanas, que se presentan como transparencias de la Luz Divina y maravillas en donde sea, así como los cuerpos naturales son transparencias de las maravillas naturales; es decir aquellos que creen que esta sustancia de vida no es una sustancia estéril, pueden esperar que acontezca. Y si creen que esta no es una sustancia estéril, este es el camino que habrán de atravesar si quieren recuperar su primer estado y cumplir su destino.

¿Cómo podría esta sustancia-vida ser estéril? Es parte y procede de aquel movimiento generativo que está fuera del tiempo, del cual las causas motrices (móviles) no pueden separarse, en caso contrario habría un intervalo; pero de lo cual, a pesar de todo, estas causas no pueden ser sino diversas, pues si así no fuese, no habría vida o diversidad de maravillas. ¡Oh, ustedes!, que son capaces de comprender estas cosas sublimes, ármense de valor, pues ustedes son quienes deben alcanzarlas, y así identificarlas con todo su ser, su región y ellas deben ser sólo una región, y poseer un solo lenguaje.

Entonces, esta ansia divina toma al hombre, y el que nos hace distinguir entre nuestras dos sustancias, revive todo nuestro ardor y regula todos nuestros movimientos.

Nosotros, entonces, vivimos solamente con el objetivo de no permitir que la sustancia de la vida, que esta ansia divina que crece día a día, desaparezca o muera y prevenir que caiga en el dominio y en las cadenas de los tiranos a nuestra vuelta.

El pan nuestro de cada día

En lo que se refiere al espíritu, debemos, de la misma manera, tomar nuestro alimento diario; si el hombre fuese sabio, nunca se alimentaría materialmente sin primero avivar en sí esta ansia divina. Así, estaría libre de la fatal consecuencia, tan frecuente y común a nosotros, en nuestras tinieblas, que es la de obstruir esta ansia divina, a través del alimento, que debería ser solamente un renovador de fuerzas corporales, para que seamos capaces de buscar el ansia divina más ardientemente, y mantenerla mejor cuando su poder viene a nuestro alimento tan efectivamente que la forma corporal se torna, a su vez, menos opresora.

Hay dos condiciones para este régimen. Una se aplica al uso de nuestros propósitos y tareas espirituales, que deberían ser nuestra dieta diaria, sin restricciones de períodos, horas o tipos de alimentos, puesto que nuestros propios trabajos irán a determinar estos factores. La otra se aplica al trabajo activo, cuando considera conveniente ponernos a su servicio; esta entonces, sirve al mismo tiempo a nuestra orientación como a nuestro sustento.

Lo que dije sobre la primera condición de este régimen, vale para todos los otros actos de la vida secular: no debemos dedicarnos a nada si antes haber despertado en nosotros la ansia divina, esto porque, como esta ansia divina tiene que obtener para nosotros la verdadera substancia de vida, no deberíamos tener ningún objetivo, ninguna atracción, ningún pensamiento, sino que el que nunca permitir que esta fuente de maravillas divinas nos deje, pero al contrario, deberíamos dedicarnos incesantemente a revivirla, para que pueda tener la dulce satisfacción de saciarnos con la substancia de la Vida.

Los dolores del renacimiento

No voy a sorprenderte, Oh hombre, al decir aquí, que esta substancia-vida sólo puede ser encontrada en los dolores de la angustia amarga y en un sentido de profunda y completa desolación, por causa de nuestras propias carencias y privaciones y de aquellas de nuestros semejantes, por causa de verdadera miseria de aquellos que sufren y aún más de aquellos que no sufren; por causa del estado sepulcral de la naturaleza y de los dolores crónicos y agudos del Mundo universal, buscando restaurar, a través de nosotros, el equilibrio y la plenitud en todo el lugar; mientras que, a través del modelo del ser que poseemos, creado para nosotros mismos a través del crimen, guardamos el corazón de Dios, dentro de nosotros, en su lecho de muerte y en una tumba de corrupción.

Sin embargo, ¿por qué la desolación es la fuente generadora de la substancia de Vida? Porque, para nosotros, ella es ahora la única fuente generadora del poder de la palabra, el Verbo; como observamos en la enfermedad, los sufrimientos provocan las lágrimas, y nuestras lágrimas nos traen asistencia y alivio.

Para esta razón, el hombre llamado para la Obra, no tiene necesidad de quitarse de su lugar; la enfermedad y el remedio están en todos los lugares y este hombre no tiene nada más que hacer sino llorar. Es un cambio espiritual que nos es útil, y no un cambio terrestre. Sin cambiarnos de nuestro lugar material, debemos reflejar dolorosa e incesantemente en el frío, las tinieblas, el lugar espiritual en que estamos y aquel lugar en donde podemos ir y hacer nuestra más cálida morada, suave y feliz.

La causa de los lamentos de la Naturaleza

Cuando observamos que el Universo está desprovisto del poder de la palabra, no es difícil concluir que ésta es la causa principal de su aflicción.

El abatimiento que lo oprime, el veneno pestilente que lo corroe, como ya reconocimos, sólo se adentró en sus substancias a través de la carencia y negligencia del hombre; si no estuviese desprovisto del poder de la palabra, es decir que no sintiera nada de eso, pues habría tenido fuerzas para dispersar todo lo que le molestase o aún para evitar su ataque. Esta privación es la causa de la perpetua aflicción de la Naturaleza, llamada por los sabios, el vacío. Ellos sabían que el poder de la palabra, el Verbo, debía llenar todas las cosas, y sufrían porque había algo en donde no era oído. Sabían que el Universo, sin el Verbo, es vacío, no significaba nada para ellos, una vez que Dios por sí sólo era completo y

significaba todas las cosas; de esta forma, lo que quiere que se haga parte de la plenitud de Su Ser divino, sólo puede mostrar el reverso de Sus propiedades universales.

Ellos sabían que el hombre no podría orar sin preparación, o sea sin que su atmósfera estuviera repleta por el Verbo, o, en un sentido más amplio sin que el poder de la palabra fuese restaurado al universo. Habían lamentado sus dolores y en nombre del hombre habían dicho: Este universo, esta bella imagen que deberíamos admirar con entusiasmo, si no estuviésemos ciegos para todas sus necesidades; este universo está sin el poder de la palabra y no puede tomar parte de la oración; llegando a ser un obstáculo incluso para ella, pues sólo podemos orar con nuestros hermanos. ¡Dios, entonces sólo iremos a orar con tranquilidad cuando el universo desaparezca, estamos obligados a esperar hasta el final de todas las cosas, para dar libre dirección al ardor que nos consume! ¿Quién podía resistir tal aflicción? ¡Pasarán sus días en agonía!

Oh, ¡Hombre! una vez que te encuentras en el mundo, no hay ninguna de sus tormentas que tú no puedas sentir y compartir.

Ya que tu cuerpo participa de las diversas influencias y temperaturas de las cuales los elementos son, al mismo tiempo, del medio y la fuente.

Sí, ya que tú fuiste capaz de causar los dolores del universo, estás susceptible a sentirlos; por tomar parte de sus dolores, tú sólo puedes contribuir en parte al desarrollo de sus facultades: solamente a través de los movimientos coincidentes con tus sufrimientos es que se puede tener éxito en la restauración de la satisfacción del universo, y llegar a que la libertad sea inseparable de tu oración.

Un día, tendrás, de hecho, que entrar en las tormentas del Espíritu, de Dios y del Verbo, tanto individual como universalmente; pues los derechos de tu ser te llaman a actuar coordinadamente en estas dos regiones y entonces, ocurrirá tu renacimiento y la Obra te será extendida.

La creación todavía sufre por la redención

El hombre encuentra algo misterioso en los lugares salvajes rodeados por vastos bosques, o bañados por algún gran río, y estas escenas misteriosas y majestuosas parecen tener aún más poder sobre la de las sombras y la inquietud de la noche. Pero puede observar que el silencio de todo esto crea una impresión dolorosa en el alma, que muestra claramente la real causa del vacío al que nos referimos anteriormente. De hecho, la Naturaleza es como una criatura muda, expresando, tan bien cuanto es posible, a través de sus movimientos, las necesidades que la devoran pero que, por la falta de palabras, no puede expresar como desea; esto da un tono de tristeza y de seriedad a su felicidad, impidiéndonos estar totalmente satisfechos. En el medio de aquellas grandes escenas, realmente sentimos que la naturaleza está exhausta de ser incapaz de hablar; y nuestra admiración otorga el pase a un lugar próximo a la melancolía, cuando nos entregamos a estas dolorosas reflexiones. Esto debería ser bastante para entender que todas las cosas deberían hablar a esta convicción, a que todas las cosas deberían ser diáfanos y fluidas y que tal estancamiento y opacidad son las causas fundamentales del silencio y del agotamiento de la Naturaleza.

La Naturaleza, una prisión para el Hombre

¿Qué tipo de morada es ésta entonces para ti, oh Hombre, en medio de todas estas cosas que no pueden manifestar ni el placer ni la palabra? ¿No ves cuál es la duración de

esta necesidad imperiosa de habla y placer, y qué te espera cuando libre de la prisión de la Naturaleza, así como del tipo de ocupación que debes completar en el mundo, si todavía piensas ser su Consolador?

Estudia la exudación universal de la Naturaleza; este aceite de amargura te irá a enseñar suficientemente para que sepas que la Naturaleza nada más es un sufrimiento concentrado más, no obstante la Naturaleza está condenada al silencio y al agotamiento, observa que habla más alto durante el día que durante la noche; esta es una verdad que puede ser verificada fácilmente, y su inteligencia irán a apuntar a la razón, te irá a mostrar que el Sol es el verbo del Naturaleza y que cuando no está presente ella no disfruta del uso de sus facultades por mucho tiempo; pero cuando el Sol vuelve para restaurarle la vida con su ígneo verbo, la naturaleza redobla sus esfuerzos en el sentido de aflorar todo lo que está en su interior.

Así, todas las criaturas que componen esta Naturaleza, se empeñan en glorificar y elogiar esta inefable fuente de luz, que es la mejor prueba del ardor y de la actividad de la Naturaleza. Actuando así, estas criaturas demuestran claramente la obra que debemos realizar en este universo, y lo que nos espera cuando salimos de esta casa transitoria que nada más es la tumba de la eternidad, donde nuestra tarea es trocar nuestras monedas extranjeras por el dinero de nuestra propia región, la muerte por la vida.

La Naturaleza también se regocija en la esperanza

Ten valor, hombre de deseo, si por un lado el silencio de la Naturaleza es la causa de su agotamiento, ¿qué puede ser más elocuente que su silencio? Éste es el silencio del sufrimiento y no de la insensibilidad.

Cuánto más examines, ciertamente más observarás que, si la naturaleza tiene su período de sufrimiento, también tiene sus momentos de placer que sólo tú puedes discernir y apreciar. La Naturaleza siente la vida circular secretamente en sus venas; ella está siempre lista a oír, a través de sus órganos, el sonido del Verbo que la sustenta y la posiciona como una barrera contra el enemigo. Busca en ti, el fuego activo que se quema en ese Verbo, y que por su intermedio transmitirá un bálsamo de curación para sus heridas. ¡Sí! aunque el hombre del torrente no comprenda más el silencio y el agotamiento de la Naturaleza, tú, oh hombre de deseo, estate seguro que todo en ella es vocal, augurando su liberación en cánticos sublimes: en el santo ardor, y por las órdenes de las alturas, tú proclamas que todo en el hombre se debe llevar a música, para cooperar en esta liberación, y harás que todas las personas algún día puedan decir como tú, que todo en la Naturaleza canta. Tú eres como el precursor de ese reino de la Verdad al que todas las cosas anhelan. Tú avanzas majestuosa y divinamente en esta secuencia de curación, que restaura en cada momento su secuencia opuesta al mal: el mal devora la substancia de vida de los grandes tiempos, que tenía en su principio y solo acabará con el tiempo, destinado a la iniquidad hasta que sus medidas sean completadas, lo que está en juicio. En el tiempo, el mal está solamente en privación, y aún así, tuvo éxito en extender los límites de su prisión sobre aquellos quienes pudieren extraer alguna información sobre lo que estaba pasando en el lado de afuera, lo que fue posible a través de la corrupción del carcelero. Pero, en el medio de este doloroso progreso del enemigo, tú triunfas anticipadamente, pues también observas la saludable progresión avanzando con relación a su término de gloria y victoria. Tú oyes anticipadamente, pronunciando sentencias de ejecución sobre el criminal, que aún no sabe nada sobre él, y continuará en esta ignorancia hasta llegar la hora de su castigo final.

Para terminar, tú vienes anticipadamente, cantando, a través de la naturaleza, y en las almas de los hombres verdaderos, las músicas de satisfacción, que irán a coronar sus deseos y ejercicios de oración; pues, si es verdad que todo es coro en la Naturaleza, y aún más es cierto que todo ora, una vez que todo es lucha y aflicción.

Es necesario conocer el campo de acción

¿Cómo puede alguien estar empeñado en aliviar cualquier cosa, sin conocer su estructura y composición? Y ¿cómo su composición y estructura pueden ser conocidas, a menos que las diferentes sustancias de la que están constituidas también sean conocidas, tanto como las cualidades y propiedades ligadas a estas sustancias? Finalmente, ¿cómo pueden estas cualidades y propiedades ser conocidas, si la fuente fundamental de donde derivan no es conocida?

Al revés de investigar profundamente estos fundamentos, los hombres han permitido que sus pensamientos se pierdan con cuestiones inútiles que al mismo tiempo que las colocan a lo largo del camino que deberían seguir, no les pueden enseñar nada. Tal es, por ejemplo, la pueril pregunta sobre la divisibilidad de la materia, que mantienen las escuelas en su infancia.

No es la materia la que es infinitamente divisible; es su campo de acción o en otras palabras, los poderes espirituales de lo que puede ser llamado el espíritu material o astral. Estos poderes son innumerables. En el momento que deben transformarse en forma e imagen, la sustancia no falta, pues los poderes están impregnados por ella y la produce, de acuerdo con el poder elemental con el cual se unen. Así, todo lo que existe aquí abajo, crea para sí mismo la sustancia de su propio cuerpo.

Sin embargo, la exactitud microscópica de algunos cuerpos, de los animáculos por ejemplo, no debe sorprendernos y tampoco el hecho de ser tan perfectamente organizados, según su especie. Todos los cuerpos no son más que una realización del plano del Espíritu Astral, agregado a la operación espiritiosa individual, de cada cuerpo; es preciso en tener en mente esta importante verdad que es la que, como el Espíritu no tiene ciencia del espacio, sino solamente de grados de intensidad en sus virtudes fundamentales, no hay un único poder espiritioso del Espíritu, materialmente sensible o no, eso no está de acuerdo con el elemento oculto o con aquélla más elevada corporeización mencionada previamente, bajo de nombre de Naturaleza Eterna.

El nacimiento de la materia.

El pasaje de la Naturaleza Eterna hacia la región material solamente sucede por la mayor concentración y atenuación extremas de ese poder espiritioso del Espíritu, sobre el cual el poder elemental tiene la propiedad de ayudar a formar su cuerpo o envoltorio. Este poder elemental tiene autoridad completa en su propia región y la ejerce con dominio universal sobre todo principio espiritioso que le es presentado: ellos se unen solamente en sus mínimos, que aquí son inversos, siendo uno el mínimo de la atenuación y el otro el mínimo de crecimiento o desarrollo. El principio espiritioso, a su vez, produce una reacción vivificante en el poder elemental; de esta forma, en la proporción en que este principio se desarrolla, el poder elemental también es desarrollado para alcanzarlo, como es visto en el crecimiento de los árboles y de los animales.

Cuando, para esta medio, este principio adquiere fuerza suficiente para librarse del dominio del poder elemental, él se separa, como se ve en todos los florecimientos, aromas y colores, o sea, en la maduración de cualquier producción. Todos abandonan sus matrices cuando no pueden mantenerlas más y entonces, éstas matrices vuelven a su mínimo, por no decir destrucción, pues no poseen, hasta entonces, cualquier fundamento espiritual para estimular su reacción.

La materia es indivisible

Así, en primer lugar, la materia no es infinitamente divisible, considerada en relación a su substancia; no podemos incluso conseguir su división, como ya demostramos, una vez que los cuerpos orgánicos no pueden ser divididos sin que fallezcan; en segundo lugar, la materia no es infinitamente divisible en sus acciones es interrumpida tan pronto que el fundamento espiritual, que sirve como su agente, es separado; el retiro y la desaparición de este fundamento pone un fin en esta acción.

La divisibilidad infinita, considerada de forma abstracta, es aún menos posible, pues nada más es nuestra propia concepción que sirve como fundamento para una pretendida materia, que forjamos continuamente; y mientras que nuestra mente para proveer tal substrato o germen, la materia le dará atribuciones en nuestros pensamientos, dándole forma y revestimiento.

Así, mientras respetamos esta divisibilidad, o consideramos sus resultados temporales, la vamos a considerar posible y real, ya que una forma sensible siempre sigue al fundamento que ofrecemos a ella; pero, tan pronto separamos nuestras mentes de su centro de acción, lo cual sólo abordamos intelectualmente, esta forma desaparece y no hay más ninguna divisibilidad en la materia.

La materia una figura o retrato

Si los eruditos de todos los tiempos, desde Platón y Aristóteles, a Newton y Spinoza, hubiesen al menos observado que la materia nada más es que una representación o la imagen de aquello que propiamente no es, no se habrían torturado y no habrían fallado tanto al afirmar su significado.

La materia es como un retrato de una persona ausente; debemos realmente conocer al original, para saber como es ella; si así no fuera, ella será para nosotros nada más que una obra de la imaginación, en donde se puede hacer cualquier conjetura, sin tener la certeza de que sea correcta.

La magia de la Naturaleza

Sin embargo, en esta serie de formación de las cosas, hay una importante señal que no irá a rendirse a nuestro conocimiento, es la de la magia de la generación de las cosas, y esto sucede solamente porque, buscamos por el análisis, lo que sólo puede ser prendido a través de una secreta impresión; y así mismo, podemos decir, que Jacob Boehme levantó el velo, cuando abrió para nuestras mentes los siete formas de la Naturaleza, e incluso la eterna raíz de todo.

La verdadera característica de la magia es ser el instrumento y el medio de paso de un estado de dispersión absoluta o indiferencia, que Boehme llama abismal, hacia un estado de sensibilidad, de cualquier orden, espiritual o natural, simple o elemental.

La generación, o este paso de lo insensible al estado de sensibilidad, es perpetua. Ocupa el medio entre el estado insensible y disperso de las cosas, y estado de la sensibilidad caracterizada, sin ser parte de ningunos de estos estados, ya que no está en ninguna dispersión, como el estado abismal, y no tiene una manifestación desarrollada, como las cosas que nos transmiten y comunican.

En este sentido, la Naturaleza tiene su magia, pues comprende todo lo que está encima de ella en dispersión, o todas las esencias astrales y elementales que debe contribuir a la producción de las cosas; ella incluso contiene, todas las características ocultas del mundo superior para el cual siempre tiende a dirigir nuestros pensamientos.

En este sentido, cada producción particular de la Naturaleza también tiene su magia, pues cada una en particular sea una flor, un sabor, un animal, una sustancia metálica, es un medio entre el invisible (propiedades insensibles que están en su raíz, en su principio de vida o en sus esencias fundamentales) y las cualidades sensibles que emanan de esta producción, y que ellas se manifiestan a través de sus medios.

De esta forma, es que todo lo que debe aparecer en cada producción es elaborado y preparado. En este lugar de preparación, este laboratorio, en el cual no podemos penetrar sin destruirlo, está, por esto exactamente, la magia verdadera para nosotros, no obstante podemos conocer todas las etapas que ocurren en esta producción, e incluso las leyes que señalan los efectos.

La Región de la regeneración de la Naturaleza

El principio de este proceso oculto está fundamentado en la propia regeneración Divina, en la cual el agente eterno sirve para siempre como pasaje para la inmensidad infinita de las esencias universales. En este pasaje universal, estas esencias son respectivamente impregnadas para que después de esta impregnación, ellas puedan ser manifestadas en su ardor activo, con todas sus cualidades individuales, y más las que habían comunicado una a otra durante su permanencia en este agente, o durante su pasaje por él.

Sin embargo, sin tal agente, este lugar del pasaje, nada se habría manifestado, nada aprensible para nosotros; así, todos los agentes de la Naturaleza, así como ella misma, y todos los agentes de la Naturaleza espiritual, son solamente imágenes de este agente primitivo y eterno; ellos solamente repiten su ley; de esta forma, en todo en donde no hay tiempo es el demostrador, comentador y el continuador de la eternidad.

Eternidad, la causa; cosas creadas, la manifestación

La Eternidad, o lo que sea, debería ser considerada como la causa de todas las cosas. Las criaturas son como moldes, recipientes o revestimientos activos, en los cuales esta Esencia viva y verdadera es encerrada, a fin de manifestarse por sus medios.

Algunas, como aquellas que componen el universo, manifiestan los poderes espirituales de esta más alta Esencia. Otras, como el Hombre, manifiestan sus esencias espirituales, es decir, lo que hay de más íntimo en esta Esencia única, este Ser de los seres.

De este modo, a pesar de que podamos ser ignorantes en relación a la generación de las cosas, aún así, todo el conocimiento al que tenemos preferencia y del cuál nos beneficiamos cuando lo conseguimos, posee esta Esencia verdadera como base y objetivo: así, las bellezas de la Naturaleza y las útiles y nobles propiedades, desde que tuvieron su

caída detenida por Dios, aún están para ser encontradas en la Naturaleza, a pesar de su degradación. Ambos pertenecen a esta Esencia verdadera, pudiendo servir como sus órganos, estructura y conductor.

Cuando incluimos modificaciones en la existencia de estas cuestiones, como hacen constantemente nuestras falsas ciencias, es porque no nos dedicamos y no nos damos el trabajo de buscar en ellas esta verdadera esencia que poseen y que procuran tornar conocidas; podemos, menos aún, revivir esta esencia en preguntas donde se encuentra entorpecida, y entonces prolongamos los males que causamos a la naturaleza, en vez de suavizarlos como deberíamos.

El Hombre, el médico de la naturaleza, debe conocer su constitución

Entonces vamos a repetir, en la suposición de que el universo estuviese en su lecho de muerte, ¿cómo podríamos traerle alivio, si fuésemos ignorantes, no solamente en relación a lo que constituye al universo propiamente tal, sino también sobre las relaciones que debe haber entre sus diferentes partes y propiedades, que forman la máquina toda y regulan sus movimientos?

Pero, no obstante el hombre, en su pequeña esfera, diariamente está empeñado en restaurar la armonía y la constitución saludable, entre los elementos y poderes universales que están en guerra, a pesar de que él se esfuerza en poner fin a una dolorosa discordia que maltrata la Naturaleza para su vuelta, la idea de su contribución para el alivio del universo, creará probablemente sorpresa y, a primera vista, parecerá exagerada, y más allá de nuestro poder; el mal es tan abundante, que las secuelas y encima de todo, el propio peso abrumador del universo, bajo el cual nos sometemos, han dispersado nuestros verdaderos derechos y privilegios.

Al mismo tiempo, la mera idea de nuestro conocimiento sobre la estructura y composición del universo, de como fue hecho, y que son aquellos cuerpos, que circulan tan grandiosamente en el espacio, no está expuesta a la misma objeción.

Por lo tanto, se puede decir, que estas preguntas, habiendo sido objeto de la curiosidad y búsqueda de los hombres, impacientes por el conocimiento, en todas las épocas; aunque las juzguemos simplemente por las doctrinas famosas que nos han transmitido estas preguntas, una luz muy mediocre parece haber resultado de sus pesquisas.

De hecho, los filósofos de la antigüedad nos ayudaron muy poco en este asunto. Es muy poco para ellas decir, como Tales, que el universo debe su origen al agua; o, como Anaxímenes que se debe al aire; o, como Empédocles, de que está compuesto de de cuatro elementos continuamente en guerra entre sí mismos, sin nunca ser capaces de destruirse unos a otros: supongo, es claro, que podríamos juzgar estas doctrinas en ausencia de cualesquiera demostraciones que podrían justificar sus autores y partidarios.

Lo mínimo que puedo hacer es abstenerme de enjuiciar, ya sea en relación a las "cualidades" de Anaxíandro, como a la "formas plásticas" de los Estoicos. Ellas pueden resultar obscuras, pero temo que podría ir más allá tasándolas de sin sentido y de sueños de los filósofos. La sentencia no puede, en estos casos, ser proferida por rebeldía y si estos aparentes sin sentidos fueron combatidos por incrédulos, como, sin duda, fueron, probablemente aquello que era apenas obscuro sólo será substituido por manifiestos insensatos.

Los modernos tampoco han ampliado nuestro conocimiento al respecto de estas grandes preguntas: pues lo que el sistema de Telliamed nos enseña, afirmando eso todo

viene del mar. Y las mónadas de Leibnitz. Y las moléculas integrales y agregadas de la física moderna, que nada más son de esos átomos de Epicuro, Leucipo y Demócrito, una vez más.

Los resultados insatisfactorios de la pesquisa humana.

La mente del Hombre, incapaz penetrar en estas profundidades, con el éxito que quisiera, o incapaz de hacer comprender a los otros el verdadero significado del progreso y de los descubrimientos hechos por ella, ha siempre retornado al estudio de leyes que dirigen el curso externo de nuestro planeta, o los de otros planetas, accesibles a nuestra vista; y de ahí que hemos adquirido todo conocimiento astronómico que conseguimos ya, sea en la antigüedad como en los tiempos modernos.

A pesar de estas grandes adquisiciones, que han sido tan espantosamente ampliadas en nuestros días, a través del perfeccionamiento de nuestros instrumentos y de la maravillosa ayuda del análisis algebraico moderno, nos han proporcionado una satisfacción agradable para ser basadas en la estricta demostración; sin embargo como ellos nos enseñan solamente las leyes externas del universo, no nos satisfacen a todos, menos que reprimamos o paralicemos, dentro de nosotros, el deseo secreto, que todos poseemos, por un alimento más substancial.

Así, a pesar de los brillantes descubrimientos de Kepler sobre las leyes de los cuerpos celestes, Descartes, que fue tan célebre por haber aplicado el algebra a la geometría, procuraba descubrir la causa y el orden de sus movimientos. Mientras que Kepler demostró, Descartes intentó explicar: es enorme la atracción de la mente del hombre por el conocimiento, no solamente del curso de las estrellas, de las leyes y duración de sus movimientos periódicos, pero de la causa mecánica de éstos movimientos; sin embargo esto llevó a ese genio admirable a aquellos sistemas desafortunados que la gente ha rechazado, sin tener, hasta aquí, nada más para substituirlos. El conocimiento de las leyes de la astronomía, e igual de la atracción misma, comprende los movimientos de las estrellas, pero no explican sus mecanismos.

Descartes intentó solamente explicar el mecanismo de los cuerpos celestes, pero desde entonces, hombres célebres se han esforzado en penetrar aún más profundamente en la existencia de estos cuerpos, intentando explicar su origen y formación primitivas

No me refiero aquí a Newton, pues su bello descubrimiento de la gravedad y atracción, que se aplica de manera tan feliz a toda parte del universo teórico, siendo aún una ley secundaria que presupone una ley primaria, de la cual deriva esta gravedad y de cuál es solamente un órgano, y el resultado.

Las hipótesis de Buffon y de Laplace

Hablo de Buffon, del que según grandes sabios, es el primero, a partir del descubrimiento del verdadero sistema de los movimientos celestiales, que procuró llegar al origen de los planetas y de sus satélites. Asume que algún cometa, al lanzarse sobre el sol, arrojó de su interior un flujo de materia, que se unió a la distancia formando globos, según Buffon, son los planetas y satélites que después de enfriarse se tornaron opacos y sólidos.

El erudito Laplace no admite tal hipótesis, porque satisface solamente el primero de los cinco fenómenos numerados por él (Pág. 298). Laplace intenta, a su vez (Pág. 301),

levantar la verdadera causa; aunque, de forma modesta y con sabia vacilación, nos ofrece algo que no es el resultado de la observación y de los cálculos.

Su idea de la "causa verdadera" se basa en el hecho de que si los planetas habían recibido sus movimientos circulares, todos en la misma dirección, alrededor del sol, un líquido inmenso debe haber rodeado ese Orbe, así como una atmósfera; él asume que, en el principio, esta atmósfera solar se habría extendido más allá de las órbitas de todos los planetas, y gradualmente se contrajo a su actual límite.

Laplace cree que la gran excentricidad de las órbitas de los cometas conduce al mismo resultado, e indica evidentemente la desaparición de un gran número de órbitas menos excéntricas; esto sugiere una atmósfera alrededor del sol, extendiéndose más allá del perihelio de todos los cometas conocidos, ese destruye los movimientos de aquellos que la cruzan a través de su gran extensión, reuniéndose con el sol.

Entonces, dice, es claro que solamente esos cometas que estaban más allá de aquella atmósfera, durante ese período, pueden existir actualmente; que, como podemos observar, solamente aquellos cuyo perihelio se asemeja al sol deben poseer una órbita bastante excéntrica; pero que, al mismo tiempo, sus inclinaciones deben ser tan diferentes como si estos cuerpos hubiesen sido lanzados de cualquier forma, puesto que la atmósfera solar no influenció sus movimientos; de esta forma, la gran duración de la revolución de los cometas, la gran excentricidad de sus órbitas, y la variedad de sus inclinaciones, son naturalmente explicadas por medio de esta atmósfera.

Sin embargo, Laplace pregunta, ¿cómo esta atmósfera determina los movimientos de traslación y rotación, de los planetas? Él mismo contesta: si estos cuerpos habían penetrado en este fluido, sus resistencias los habrían lanzado sobre el sol; podemos conjeturar que se habrían formado límites sucesivos de esta atmósfera, por condensación de sus zonas, las cuales tuvieron que abandonar, en el plano de su ecuador, en el proceso de enfriamiento y condensación, podemos conjeturar también, que los satélites se han formado de la misma manera, por las atmósferas planetarias y finalmente, que los cinco fenómenos de los cuales hablaron, seguirían naturalmente estas hipótesis, siendo que los anillos de Saturno contribuyen con probabilidad adicional.

Vamos a examinar estas dos hipótesis:

La de Buffon, más allá de los defectos señalados por el erudito Laplace, ofrece una dificultad todavía mayor, o sea como sabremos de donde surgió ese cometa, que se supone haber chocado contra el sol, y separado la materia de los planetas, visto que los planetas y los cometas parecían haber tenido, originalmente, una gran afinidad en sus movimientos.

De hecho, si estas dos órdenes de cuerpos celestes difieren en cuánto a excentricidad, dirección e inclinación, ellas se asemejan unas a otras al estar sujetas a las mismas leyes de gravedad y atracción, tanto de proporción como de la velocidad y distancia, y en la igualdad de las áreas cubiertas en el mismo espacio del tiempo; estas semejanzas permiten que se calcule, con el mismo método, el curso de los planetas, de cometas y aplicar a ellos descubrimientos magníficos de Kepler y Newton.

En cuánto a Laplace, si él percibe que sus cinco fenómenos resultan naturalmente de su hipótesis, irá también a percibir que, a pesar de todo, que ella todavía deja mucho que desear.

En verdad, es difícil de concebir como la atmósfera solar permitió la formación de los planetas y cometas solamente con su propia contracción en sus actuales límites, así

como es difícil de comprender como se retiró, toda vez que originalmente estaba extendida más allá del perihelio de todos los cometas conocidos, y aún según Laplace, como la gran excentricidad de sus órbitas conducen a los mismos resultados; no se puede concebir, pienso yo, como la atmósfera solar que, de acuerdo con esta hipótesis, se extendía más allá del perihelio de todos los cometas conocidos, haya sido atravesada, por toda su gran extensión, por un gran número de orbes menos excéntricos, siendo éstos juntados al sol después de perder sus movimientos, ya que la existencia y la formación de éstos orbes y cometas menos excéntricos, en el centro de esta atmósfera, podría contradecir todo su sistema.

No se puede concebir porque los cometas habrían podido penetrar en esta atmósfera solar; por cuánto los planetas, en vista de su pequeña excentricidad, no deberían haber penetrado allí sin ser igualmente destruidos; y que su misma circulación exclusiva alrededor de su eje los habrían precipitado en la masa solar, una vez que ambos, según Laplace, deben sus orígenes a la misma causa; de esto resultaría que, después que pasara mucho tiempo, no deberíamos tener más planetas, visto que fue dicho (Pág. 301) que esta inmensa extensión fluida debe haber implicado a todos los cuerpos, planetas y satélites.

Finalmente, no se puede concebir, que los planetas deban solamente su formación a la contracción o el encogimiento de la atmósfera solar, y tampoco se puede atribuir la formación de los satélites a la contracción o encogimiento de sus ascendientes planetarios, una vez que estos satélites que se supone son exactamente de la misma naturaleza que sus ascendientes, deban atribuir su origen a una causa simultánea; por otra parte la atmósfera solar, si tuvo que contraerse o encogerse, no dejó atmósfera alguna detrás de sí.

Las Leyes de la Naturaleza son complejas

Sin prolongar la investigación de estas hipótesis incompletas, diré que, en general, aquello que milita contra la precisión y la verdad de todas las hipótesis nace de la mente humana, es la línea secreta que los hombres deben seguir con relación a todos los fenómenos naturales, un mecanismo uniforme, y un elemento singular, simplemente porque estos aspectos parecen ser lo más regular y perfecto.

En todas las explicaciones, lo más perfecto es lo que es más verdad, sin embargo, cual múltiples y complejas causas pueden ser consideradas por explicación. Puede decirse que esclarecimiento de esta verdad, es lo que más él ha retardado el desarrollo de nuestro conocimiento y difícilmente hay una ciencia que no haya sido y no continúa siendo sensiblemente injuriada por esto.

Como el progreso de la astronomía sufrió por la idea, alimentada por los eruditos anteriores a Kepler, de que los orbes describían solamente órbitas circulares, porque eso es lo que consideraban lo más simple y perfecto; así, la creencia de la unidad en las causas y las condiciones radicales podía servir como base en la formación y los movimientos de los orbes, retardando el conocimiento de las fuentes de las cuales realmente derivan.

Otra observación, no menos verdadera, que sustenta este hecho, es que las leyes de los resultados externos son más fáciles de captar que aquella de los órganos por los cuales estos resultados son transmitidos; y la ley de éstos órganos es más fácil de ser encontrada que esa ley de las causas que constituye y gobierna los órganos mismos; esto porque cuanto más profundamente penetramos, bajo la superficie de las cosas, más encontraremos sus facultades pronunciadas y mayor serán sus contrastes y diversidades.

Así, para determinar el curso y los períodos que los punteros de un reloj describen en sus indicadores, basta observarlos y a seguir sus monótonos movimientos, porque, aquí, hay un único hecho, y una fórmula es suficiente para describir y explicarlo. Si miramos en el interior del reloj, encontraremos muchos y diversos agentes cuyas leyes son, necesariamente más numerosas, y cuya explicación es menor simple, puesto que aquí hay una gama de conflicto y oposición de actividades.

Si vamos más allá y examináramos lo que mantiene las ruedas del reloj en movimiento, calcular tales movimientos, la fuerza y la resistencia que gobiernan todas estas actividades, y si descomposiéramos las variadas substancias usadas en este mecanismo para verificar cuál funciona mejor, veremos como las ramas del conocimiento se multiplican, y cuan lejos estaríamos de la verdad si intentáramos someter todos estas diversas ramas bajo una misma ley y una única explicación.

Debido a eso cuando el genio del hombre observó, con atención, los movimientos externo de las estrellas, llegó a aquellos maravillosos descubrimientos de los tiempos modernos, aquellos grandes axiomas, por los cuales se describe, con las más simples leyes, la verdadero marcha de los cuerpos celestes.

Pero ahora el hombre se ha ocupado solamente con la cuestión del reloj y al revés de proveer, lo que los eruditos llaman sistema verdadero del universo, ha provisto apenas su itinerario; y se ha olvidado de aquello que es esencial en viajes, o sea, de decirnos de donde viene y para dónde va el viajero.

Y, cuando, después de describir los movimientos de los cuerpos celestes, el hombre procura describir sus poderes orgánicos y primitivos, o sea, penetrar en el interior del reloj, vemos a través de las dos hipótesis antes mencionadas, Buffon y Laplace, cuántas fueron las dificultades y cuan poco es lo que se ha alcanzado.

Las dificultades se vuelven aún mayores, cuando, no satisfecho con la investigación sobre el poder del movimiento primitivo y orgánico de los cuerpos, el hombre buscó responder sobre la formación original de estos cuerpos, como vimos por dos hipótesis en cuestión.

No tengo recelo en repetir que la razón de este todo, es que, al penetrar por abajo de la superficie de las operaciones de la Naturaleza, encontramos los diferentes poderes del movimiento de forma distinta, sin estar sometido a ninguna ley o acción, consecuentemente sin estar bajo ninguna explicación general, aplicable a la monotonía o uniformidad de los fenómenos externos que nada más son de los resultados relativos.

Otra hipótesis

Si los autores de las dos hipótesis anteriores no fueron impedidos de publicarlas, aunque no habían, hasta entonces, explicado el origen de las estrellas, puedo, a mi vez, arriesgar presentar una tercera hipótesis, aunque igualmente ésta pueda resultar en ningún mejor éxito.

En todo caso, esta hipótesis no estará sujeta a las objeciones de analistas, como las otras dos, no será considerada como resultado de la observación y del cálculo.

Más allá de de esto, su objetivo no será el de describir el curso y movimiento de las estrellas, lo que en nuestros días, sería superfluo; las ciencias exactas han llevado nuestro conocimiento, a este respecto, a tal grado de perfección, que, a menos que lo amplíemos, no podemos cuestionar o presentar resistencia.

La presente hipótesis tampoco irá a ser presentada como una tentativa de explicar el tipo de conjunción o impulso que puede haber colocado a los cuerpos celestes en movimiento, de la forma que los observamos circular actualmente. Para realizar tal hipótesis, tendría, en primer lugar, estar de acuerdo con los eruditos en cuánto al surgimiento y el movimiento de este mundo, hecho este que no causará discordia entre ellos, puesto que creían ser imposible saber como sucedió esto. La hipótesis en cuestión entonces irá, simplemente siguiendo el citado principio más arriba, o sea, de que las leyes de la creación aumentan en número, y de que las propiedades de las cosas aumentan en energía, en la medida que penetramos en sus profundidades.

El objetivo principal de esta hipótesis, sin embargo, será la de dar una idea del origen de los cuerpos celestes, y de la formación de aquellos que llamamos planetas; al hacer esto, debemos aplicar los principios aludidos.

Antes de presentar la hipótesis, debo recordar al lector que su autor, Jacob Boehme, tomó como cierta la existencia de un Principio Universal, así como una Fuente y un Regente Supremo de todo lo que es; él reconoció la naturaleza del Hombre pensante como siendo distinta a la del orden animal, más allá de la degradación de la especie humana, que se ha extendido al universo mismo y lo ha convertido en simple prisión y en una tumba para nosotros, en vez de ser nuestra morada de gloria.

La hipótesis de Boehme

Boehme estaba convencido, así como el erudito Laplace (Pág. 261), de que todas las cosas están conectadas en la inmensa corriente de las verdades: por lo tanto, al desarrollar su sistema, Boehme si utilizó todos los fundamentos y datos que involucran todas las cosas; esto porque, si en pensamiento, separásemos una porción del sistema universal, en un sistema aparte, nunca conseguiríamos dividir los principios que conectan este sistema parcial con el principio general.

Boehme creía que el principio, o como le llamó, la Naturaleza Eterna, de donde esta actual naturaleza desordenada y transitoria se derivó por la violencia, reposaba sobre siete fundamentos principales, o siete bases, las cuales, algunas veces llama poderes, otras veces formas y hasta rueda, fuentes y orígenes, pues él escribió en una época en que ninguno de éstos términos habían sido usados, como son los términos “formas plásticas” y “cualidades” de los antiguos filósofos en nuestros días; por otra parte, estas expresiones, probablemente, no fueron mejor comprendidas que aquellas usadas por nuestro autor. Creyó que estas siete bases o formas también existían en esta actual Naturaleza desordenada que habitamos, pero solamente bajo control, y neutralizada por poderosas redes de las cuales intentaba liberarse a todo costo, a fin de vivificar las substancias elementales muertas, y produciendo todo lo que hay de perceptible en el universo.

Boehme procuró dar nombres a estas siete cualidades fundamentales o formas, en nuestros lenguajes, que según él son degradadas, así como el mismo hombre y el universo.

Podría abstenerme fácilmente de proveer esta nomenclatura, teniendo en cuenta la dificultad de su aceptación por parte del lector; pero como sin ella, todavía sería más difícil de entender la formación original de los planetas, de acuerdo con el sistema del autor, debo utilizar su mismo lenguaje.

Lo primero de estos poderes se llama **astringencia**, o poder coactivo, ya que comprende e incluye todas las otras. Así, todo lo que es duro en la naturaleza, huesos, cuercos de frutas, piedras, le parecía pertenecer principalmente a esta primera forma o

astringencia. Boehme amplía esta nomenclatura al deseo que, en todas las criaturas, es la base y el principio de todo lo que ellas hacen, y, a través de su naturaleza, atraen y abarcan todo lo que debería pertenecer a su acción, todo de acuerdo con su especie.

La segunda es denominada **amargor** o **amargura** que luchando, con su actividad penetrante, divide la astringencia, abre el camino de la vida, sin el cual toda la Naturaleza permanecería muerta.

La tercera forma se llama **angustia**, pues la vida es comprimida por la violencia de las dos fuerzas precedentes; sin embargo, en este conflicto, la astringencia se atenúa, se vuelve blanda y se transforma en agua para dar paso al fuego, hasta entonces preso en la astringencia.

La cuarta forma es llamada **fuego**, pues del conflicto y de la fermentación de las tres primeras, este surge a través del agua como un relámpago, que Boehme denomina luz ígnea, ardor, lo que equivale a lo que pasa delante de nuestros ojos cuando el fuego se lanza en el relámpago a través del agua de las negras nubes.

La quinta forma tiene el nombre de **luz**, pues la luz aparece después del fuego, como vemos en las chimeneas, en los fuegos de arteificio y otros fenómenos físicos.

La sexta forma es llamada **sonido**, pues el sonido, de hecho, aparece después de la luz, como verificamos en la detonación de un arma o así como sólo hablamos después que hemos pensado.

Finalmente, a la séptima forma de Boehme le da el nombre de **ser, substancia** o la cosa propiamente dicha, pues como él supone, es sólo entonces que la profundidad de la existencia es revelada; de hecho, las obras que generamos a través de nuestras palabras deben ser consideradas como complementos de todas las fuerzas que las preceden.

Boehme aplica estas siete formas, en el curso de sus obras, a la misma Fuerza Suprema, a la naturaleza pensante del hombre, a lo que llama la Naturaleza primordial eterna, a la Naturaleza actual en la cual vivimos, a los animales, las plantas, y a todas las cosas creadas a cada una en proporción y combinación adecuada a su existencia y empleo en el orden de las cosas: digo además, que no debemos sorprendernos al ver a Boehme aplicar estas formas a los planetas y a todos los cuerpos celestes, que incluyen en sí estas siete bases fundamentales, de la misma forma que la más insignificante producción en el universo.

Cuando Boehme aplicó sus formas a la naturaleza de los planetas, las aplicó también a sus números, compartiendo este punto de vista que dominó en el mundo, de la forma universal, y que solamente cayó por tierra a partir de recientes descubrimientos, o sea, aproximadamente dos siglos después de su muerte.

Pero la aplicación de su doctrina al supuesto número de siete planetas fue algo secundario en su sistema, y, si la existencia de las siete fuerzas o siete formas fue verdadera, su sistema aún seguiría siendo invaluable, a pesar de que el número de planetas conocidos haya aumentado desde que él escribió o pudiese aumentar aún más de aquí en adelante.

De hecho, cuando se creía en la existencia de siete planetas, nada más natural que este autor pensase que cada uno, aún incluyendo en ellos todas las fuerzas o siete formas en cuestión, pudiesen, no obstante, expresar más particularmente una de estas siete formas y así derivar los diferentes caracteres que los distinguen, lo que nada más es la diversidad de colores entre ellos.

A pesar de que la clasificación de los planetas excede actualmente al número de siete, el predominio de una u otra de las siete formas de la Naturaleza no dejaría de tener

efecto en cada uno; solamente algunos de ellos podrían estar constituidos de tal forma que nos presentasen siempre la marca y predominio de una y siempre la misma forma o propiedad.

El número de funciones no varía; el número de funcionarios podría crecer, de tal manera que nos ayudaría distinguir la cualidad de esos empleados en la misma función; es improbable que todos fuesen iguales, pues la Naturaleza no nos ofrece nada igual. Ahora proseguiremos con la con la hipótesis en cuestión.

La hipótesis de Boehme continúa

La generación o formación original de los planetas y de todas las estrellas, según Boehme, no era otro sino el engendramiento a partir de la eternidad, de acuerdo con las sorprendentes proporciones armónicas de la Sabiduría Divina.

En ocasión de la gran revolución, en una de las regiones de la Naturaleza primitiva, la luz salió de esta región y envolvió el espacio de la Naturaleza presente, que se tornó como un cuerpo muerto, sin ningún movimiento. Entonces, la Sabiduría Eterna, que Boehme llama, algunas veces SOPHIA, Luz, Mansedumbre, Éxtasis y Placer, provocó una nueva condición que tuvo origen en el centro, en el corazón del universo o los mundos¹, para evitar e impedir su destrucción total.

Este espacio, o centro, según el autor, es donde nuestro sol comienza a arder. Fuera de este espacio o centro, todos los tipos de cualidades, formas o poderes que llenan y constituyen el universo, son engendrados y producidos, todos en conformidad con las leyes de la generación divina; Boehme admite, en todos los seres y eternamente en la Sabiduría Suprema, un centro donde ocurre, una producción o subdivisión septenaria. Este centro se llama Separador.

Boehme considera al sol el foco y órgano vivificante de todos los poderes de la Naturaleza, así como el corazón es el foco y órgano vivificante de todos los poderes en los animales. Para él, el sol es la única luz natural de este mundo y supone que más allá de este sol, no hay ninguna otra luz verdadera en la casa de la muerte; y sin embargo las estrellas también habrían sido depositarias de algunas de las propiedades de la más elevada y primitiva Naturaleza, y aunque brillan delante de nuestros ojos están limitadas por el ávido fuego de la Naturaleza, que es la cuarta forma; el deseo de las estrellas está todo volcado hacia el sol, de donde sacan sus luces. Boehme no sabía, en aquella época, la opinión más tarde aceptada de que las estrellas son varios soles; sin embargo, como tal opinión no puede ser probada con cálculos exactos, deja el camino libre para otras opiniones.

Para explicar esta restauración del universo, que aún es temporal e incompleta, el autor asume que, en ocasión de la gran revolución, una barrera había sido situada por el Poder Supremo entre la luz de la Naturaleza eterna y la conflagración de nuestro mundo; fue entonces por esta razón que este mundo se convirtió en un mero valle de tinieblas; no había ninguna luz que pudiese brillar que estuviese encerrado en este cerco; todos los poderes y formas estaban allí encarcelados, como en la muerte; a través de la gran angustia que experimentaron, se calentaron, especialmente en el centro de este gran cerco, que es el espacio de nuestro sol.

¹ Mundo y Universo parecen ser usados como sinónimos por el autor, y son generalmente aplicados a nuestro sistema solar, exclusivamente de siderales estrellas.

Boehme asume que cuando la fermentación de esta angustia alcanzó su auge, por la fuerza del calor, aquella luz de la Sabiduría Eterna, la cual llama Amor o SOPHIA, rompió el cerco de separación y vino a equilibrar el calor; porque en un instante, una luz brillante surgió en aquello que el autor llama untuosidad o poder del agua e iluminó el corazón de esta agua, qué se convirtió en templada y saludable.

Boehme cree que, de esta forma, se ha encarcelado el calor, y que su foco, de que es el espacio del sol, ha transformado en adecuada mansedumbre, aquello que era una angustia terrible; de hecho, el calor siendo iluminado con la luz, guarda su terrible fuente del fuego y no fue más capaz de inflamarse; la ruptura de la luz a través de la barrera de la separación no se extiende más allá de este punto y, por ese motivo, el sol no se volvió mayor, sin embargo, después de esta primera operación, la luz puede haber tenido otras funciones a desempeñar, como veremos más adelante.

La TIERRA - Cuando, en el momento de la gran revolución, la luz fue extinguida en el espacio de este mundo, la cualidad astringente era la más ávida y austera en su acción, restringiendo enormemente el funcionamiento de los otros poderes o formas. Así, había tenido origen la tierra y las piedras, que sin embargo, aún no actuaban en una masa, sino que estaban dispersas en esta profundidad inmensa y por la poderosa y secreta presencia de la luz, esta masa pronto fue conglomerada y recogida en todo el espacio.

La tierra es la condensación de los siete poderes o formas; pero el autor apenas la considera como el excremento de todo lo que fue hecho substancial en el espacio, en ocasión de la condensación universal, lo que no evitó que hubiese otros tipos de condenación en otras partes del espacio.

El punto central, o el corazón de esta masa conglomerada, pertenecía originalmente al centro solar, pero no por mucho tiempo.

La tierra se convirtió en un centro de sí misma. Ella gira alrededor de sí cada veinticuatro horas y alrededor del sol, una vez al año, de donde saca revitalización y busca la potencialidad. Es el fuego del sol que la hace girar. Cuando la tierra recupere su plenitud, al final de su curso, pertenecerá nuevamente al centro solar.

MARTE - Pero si la luz dominó al fuego en el espacio del sol, del impacto y la oposición de la luz ocasionó, en el mismo espacio, una erupción ígnea terrible, que lanzó del sol, un violento y espantoso destello que contenía la furia del fuego. Cuando el poder de la luz pasó de la Fuente Eterna del agua superior, a través del cerco de separación, al espacio del sol, e iluminó el agua inferior, entonces el destello salió del agua con enorme violencia; así, lo inferior se tornó corrosivo.

Sin embargo, este destello del fuego no pudo avanzar más allá de la luz, que lo persiguió y le alcanzó. A cierta distancia la luz aprisionó este destello de fuego, que paró y tomó posesión de ese lugar. Es este destello ígneo que forma lo que llamamos el planeta Marte. Su calidad particular nada más es el de la explosión de un fuego amargo venenoso lanzado del sol.

Lo que impidió a la luz tomarlo rápidamente, fue su intensa furia, más que su rapidez; no se volvió cautivo de la luz hasta que ella le hubiese impregnado y subyugado completamente.

Ahora está allí, como un tirano, que lucha y está furioso al verse incapaz de penetrar en el espacio; es una espina presente en toda la circunscripción de este mundo; pues, de hecho, su trabajo es agitar todas las cosas, a través de su revolución en la rueda de la naturaleza; es el que todas las cosas reciban una reacción. Es la bilis de la Naturaleza, un estimulante, que ayuda a iluminar al sol, así como la bilis en el cuerpo humano estimula e

ilumina el corazón. Así, se origina el calor, tanto en el sol como en el corazón; de la misma manera, la vida tiene su origen en todas las cosas.

JÚPITER - Cuando aquel ávido destello de fuego fue aprisionado por la luz, ésta, por su propio poder, penetró aún más en el espacio, y alcanzó la parte fría y rígida de la Naturaleza. Entonces, la potencialidad de esta luz no pudo ampliarse más y tomó aquel espacio como domicilio.

Aquí, el poder oriundo de la luz, era mucho mayor que aquel del destello del fuego y por esta razón, ella se elevó mucho más allá que aquel relámpago ígneo y penetró a fondo la rigidez de la Naturaleza. Aquí la luz si llegó a ser débil; su corazón se volvió, por así decir, congelado por la rigidez ávida, dura y fría de la Naturaleza.

En este lugar la luz paró y se tornó corpórea. La luz vital del sol no va más allá de este punto; pero el brillo o la luminosidad, que también posee su potencialidad, llega hasta las estrellas, y penetra el cuerpo universal.

La existencia del planeta Júpiter y la sustancia del espacio surgirán del poder de la luz congelada o corporizada, que inflama ese espacio continuamente a través de su poder.

Júpiter aún está allí, como un sirviente, un criado, cuyo oficio es siempre el de esperar en la casa que no le pertenece. Ningún planeta posee su propia casa más allá del sol.

Júpiter es el instinto y la sensibilidad de la Naturaleza. Es una esencia graciosa y amable; la fuente de dulzura en todo lo que tiene vida; es el moderador del furioso y destructivo Marte.

SATURNO - Incluso Saturno ha sido creado al mismo tiempo que la rueda universal de esta actual Naturaleza, él que no puede aclarar o moderar la árida rigidez del espacio, especialmente arriba de Júpiter, esta circunferencia permaneció en una angustia terrible y ningún calor puede despertarse allí, debido al frío y la astringencia que la dominaba.

Sin embargo, como la energía del movimiento se había extendido hasta la raíz de todas las formas de la Naturaleza, a través de la erupción y de la introducción del poder de la luz, esto impidió que la naturaleza parase; ella soportó dolores del trabajo, y la región rígida y estéril arriba de Júpiter, engendrado del espíritu estéril, astringente y frío, hijo austero, el planeta Saturno.

El espíritu del calor de donde surge la luz, el amor y la mansedumbre, no podía ser inflamado en ese lugar, y nada fue engendrado más allá de la rigidez, la aridez y la furia. Saturno es lo contrario a la mansedumbre.

Cabe observar que los anillos de Saturno, separados del cuerpo del planeta, y presentando algo como fisuras y fracturas en sus capas, parecen sustentar la referida explicación sobre su origen en la aridez y la rigidez. El frío aísla poderes generativos, en vez de armonizarlos. Trabaja solamente sobre la presión, de tiempo en tiempo y a saltos; y en los cuerpos es capaz de producir fracturas y rupturas; sus poderes productivos son consecuencia del estado de división y violencia.

Saturno no está preso en su lugar como el Sol; no es una circunscripción extraña, corporificada en la inmensidad del espacio; él es un hijo engendrado de la rígida angustia, de la furia y del frío; es la cámara de la muerte.

Saturno es sin embargo, un miembro de la familia, en el espacio de su rotación, que no tiene nada propio de él, excepto su propiedad corporal, como un niño recién nacido.

El trabajo de Saturno es el de secar y contraer los poderes de la Naturaleza, más allá para traer todas las cosas a la corporeidad; su poder es astringente y produce especialmente los huesos en las criaturas.

Así como el Sol es el centro de la vida y da origen a aquellos que son llamados espíritus, en el cuerpo de este universo; es Saturno el que da inicio a esta corporeidad. En estos dos orbes, reside el poder de todo el cuerpo universal. Sin estos poderes, no habría criaturas ni tampoco configuración en el cuerpo universal natural.

URANO – No era conocido en la época del autor, él está sumergido más profundamente en el espacio de la rigidez y del frío y puede, de acuerdo con la doctrina que acabamos de leer, haber sido del mismo origen de Saturno. De la misma manera que los dos planetas nuevos, Ceres y Pallas, entre Marte y Júpiter, pudo derivar, más o menos, de causas originales de sus dos vecinos, o sea, de la luz y del fuego.

VENUS – El moderado planeta Venus, el poder del movimiento móvil del amor en la Naturaleza, tiene origen en la emanación del sol.

Cuando las dos fuentes de vida y movimiento surgieron en la posición del Sol, a través de la iluminación de untuosidad del agua, entonces la mansedumbre, a través del poder de la luz, penetró en la cámara de la muerte, por intermedio de una benévola y suave impregnación, cayendo como una cascada de agua en una dirección opuesta a la furia del relámpago.

En esta ocasión surgió la bondad y el amor en las fuentes de la vida, pues cuando la luz del Sol impregnó todo a cuerpo del Sol, el poder de la vida, que surgió de la primera impregnación, aumentó por sí misma, así como cuando quemamos madera o extraemos fuego de una piedra. En primer lugar vemos la luz, y de la luz el fuego explota; después de la explosión del fuego, viene el poder del cuerpo que se quema; con este poder, la luz surge inmediatamente sobre la explosión, y predomina mucho más sobre y más poderosamente que la explosión del fuego; es así que se debe comprender la existencia del Sol y de los planetas Marte y Júpiter.

Sin embargo, como la posición del Sol, o sea, el Sol, así como todas las otras posiciones, poseen en sí todas las otras cualidades, delante de la similitud de la Armonía Eterna, ocurrió que, en el instante en que la posición del Sol fue iluminada, todas las cualidades comenzaron a actuar y a expandirse en todas direcciones. Ellos se desenvolverán de acuerdo con la ley eterna que no tiene principio.

El Poder-Luz provocó, en la posición del Sol, el desencadenamiento de los poderes amargo y astringente o las cualidades flexible y expansiva como el agua, que poseían un carácter opuesto a aquel que surgió en la furia del fuego. De este proceso surgió el planeta Venus que, en la casa de la muerte, presenta la mansedumbre, ilumina la untuosidad del agua, penetra gentilmente la rigidez e inflama el amor.

En Venus, el orden radical o calor amargo, tan fundamental en este planeta, como en todas las cosas, deseó Marte, y la sensibilidad desea Júpiter; el poder de Venus vuelve la furia de Marte dócil y más suave; y vuelve a Júpiter moderado y modesto; si así no fuese, el poder de Júpiter atravesaría la impaciente cámara de Saturno, como lo hace a través del cráneo de los hombres y de los animales, y la sensibilidad se tornaría audaz, contraria a la ley de la generación eterna.

Venus es la hija del Sol; posee gran ardor por la luz y está fecundada por ella; es por eso que Venus brilla de forma tan luminosa comparado con los otros planetas.

MERCURIO - En el orden superior de las leyes armónicas de las siete formas eternas, Mercurio es lo que Boehme llama sonido. Este sonido, o Mercurio, está según él, en todas las criaturas de la tierra; sin él nada sería sonoro o haría cualquier barullo. Mercurio es el separador; despierta los gérmenes de todas cosas; es el operario jefe en el círculo planetario.

Boehme atribuye el origen de Mercurio a un orden planetario, al triunfo alcanzado por el Poder-Luz sobre la astringencia pues es esta astringencia la que contuvo el sonido, o Mercurio, aprisionado en todas las formas y poderes de la Naturaleza, lo liberó a través de propia atenuación.

Este Mercurio, que es el separador en todo lo que tiene vida, el principal operario en la rueda planetaria y de cierto modo la palabra de la Naturaleza, no podría, en la conflagración, situarse lejos del Sol, que es el foco, centro y corazón de esta Naturaleza, pues al nacer del fuego, su propiedades fundamentales lo dispusieron de forma opuesta más cerca del Sol de donde ejerce sus poderes sobre todas cosas que existen en el mundo.

Mercurio transmite sus poderes a Saturno y Saturno da inicio a la corporización de estos poderes.

El autor supone que Mercurio está impregnado y está continuamente alimentado por la substancia solar; es aquí que se encuentra el conocimiento sobre lo que hay en el orden de arriba, antes el Poder-Luz ha penetrado en confinamiento, dentro del centro solar y dentro del espacio del universo que puede ser la causa secreta de tantas pesquisas curiosas sobre el mineral mercurio.

Boehme supone, sin embargo, que Mercurio, o el sonido, estimula y abre, especialmente en las mujeres, lo que, en todas las criaturas él llama el tinte, y que esta es la razón por la cual ellas son tan propensas a hablar.

LUNA - Éste es el único satélite comentado por el autor. Él dice que, cuando la luz produjo el poder en el espacio del Sol material, la Luna apareció, así como había sucedido con la Tierra; dice que la Luna es extracto de todos los planetas; la Tierra la intimida, debido a su estado terrible del excremento, desde la gran revolución; todavía según el autor, la Luna, en su revolución extrae o recibe lo que puede de los poderes de todos los planetas y estrellas; es como la esposa del Sol, y aquello que es sutil y espirituoso en el Sol, se vuelve corpóreo en la Luna, pues la Luna asiste en la corporización.

El autor no menciona los cometas. En "El espíritu de las Cosas", los comparé con los ayudantes de campo, que se comunican con todas las partes de un ejército, o de un campo de batalla. Esto hará que la ruta de los cometas, en todas direcciones, muy diferente a la ruta de los planetas, no parezca tan extraordinaria.

Con todo, si el sistema en cuestión, es verdadero, podría a ayudarnos a descubrir el origen y el destino de estos cometas: el autor nos da a entender que el Poder de la Luz actuó en gran parte en la formación de nuestro sistema planetario, así como el Poder del Fuego actuó en la formación de las estrellas, a las que considera estar en una ávida ebullición de fuego.

Como la armonía solamente puede existir en la unión de los poderes de la luz y del fuego, los cometas pueden haber sido originalmente compuestos de ambos, pero en diferentes niveles, es lo que se presume de las gran variedad de sus colores y aspectos. A partir de esta idea, se puede imaginar que las funciones de estos cometas sería la de servir de órganos de correspondencia entre la región solar y la región de las estrellas; tal conjetura puede ser apoyada si se observa que, en su perihelio, ellos se asemejan al Sol; puede todavía puede ser imaginado, que dada la prodigiosa excentricidad de sus elipses, puedan transmitir las influencias solares a regiones siderales, y traer al sol la respuesta de las estrellas.

No sería así mismo necesario que los cometas se acercasen demasiado a la región de las estrellas, cuando se dirigen en su dirección; como cuando ellos alcanzan nuestro

Sistema Solar, también vemos que sus perihelios se mantienen a una considerable distancia del Sol.

Comentarios sobre el sistema de Boehme

Esta es la hipótesis que creí poder presentar junto a aquellas de los dos autores consagrados mencionados anteriormente. La presenté de forma bastante condensada. Para dar una idea completa sobre la hipótesis de Boehme, sería necesario analizar todas sus obras y aún así, no creo que estaría libre de objeciones. Sin embargo, debe ser conveniente decir a los referidos eruditos que, si esta hipótesis tenía sus defectos, los sistemas de ellos quizás las habrían tenido aún más, puesto que no habían ofrecido uno de los fundamentos vitales que parece servir como principio y nexo en la Naturaleza. Puedo agregar, que ellos tenían las glorias de sus otras ciencias, que no son conjeturables, y no se afectarían si otro llegase más cerca de aquello que no es susceptible del análisis.

Hay muchas ramas en el árbol de la inteligencia humana, y aunque bastante distintas, todas sirven, no para dañarse unas a otras, sino que para aumentar nuestros conocimientos.

Si ponemos una lira, por ejemplo, delante de algunos hombres; algunos podrían delinear exactamente todas sus dimensiones externas. Si algún otro fuera un poco más allá y la tomara por partes, podría ofrecer una exacta idea de todos sus componentes, además de la preparación y manipulación la que había sido sometida antes de estar lista para el uso debido; tal descripción no obstaculiza que la primera, hecha por el primer observador, sea correcta y admirada. Si un tercer hombre, extrae el sonido de la lira y encanta mis oídos con su melodía, ni su mismo talento irá a disminuir el mérito de los otros dos.

Por lo tanto, tengo el permiso de presentar la hipótesis en cuestión a los hombres instruidos en las ciencias exactas, pues a pesar del inmenso campo que ella abarca, no irá nunca a disminuir la importancia de sus propios descubrimientos sobre hechos astronómicos exteriores, u obstaculizar que sus maravillosos poderes de análisis los conduzcan, diariamente y con pasos ciertos, al conocimiento de las leyes fijas que gobiernan, no solamente en los cuerpos celestes, sino también en todos los fenómenos físicos del universo.

Cuánto mayor el progreso para hacer en este sentido, más estaremos agradecidos, pues estoy convencido de que irán a avanzar mucho más allá, en dirección a las fronteras de otras ciencias, y no irán a vacilar en conectarlas indisolublemente, cuando perciban los grados de armonía que todas poseen.

Debo todavía observar, que no debemos sorprendernos si a pesar de su nuevo e inesperado aspecto, la hipótesis en cuestión todavía deja lagunas; el hombre que inicia una carrera extraordinaria, puede muy bien ser perdonado si no la recorre totalmente.

La historia de las ciencias nos enseña que, incluso la teoría del movimiento de la tierra ha disipado las influencias con las cuales Ptolomeo desconcertó a la astronomía, Copérnico aún dejó muchas teorías para explicar las desigualdades de los cuerpos celestiales. Muestra aún que Kepler, se dejó engañar en una ardiente imaginación y no aplicó los grandes leyes que descubrió, a los cometas: la ley de la relación entre el cuadrado de los períodos de revolución de los planetas y sus satélites, y el cubo de sus grandes trayectorias orbitales, porque creyó, como el vulgo, que los cometas eran solamente meteoritos, producidos en el éter, y dejó de estudiar sus movimientos.

El propio Newton a pesar de todos los tesoros que recogió de los diversos fenómenos de nuestro sistema, de los movimientos de cometas, y de las desigualdades de los movimientos lunares, originados por la acción combinada del Sol y de la Tierra en este satélite, él simplemente anunció estos descubrimientos; y entre las perturbaciones que observó en los movimientos lunares, la eyección de este orbe estaba afuera de su investigación.

Yo agregaría que, asumiendo la hipótesis de Boehme como verdadera, algunas objeciones, o hasta algunos errores, no deberían impedir que saquemos algunos frutos de ella, ya que, en la misma ciencia exacta de los movimientos celestiales, los astrónomos habían avanzado considerablemente, y habían hecho cálculos correctos, sin conocer todos los cuerpos de nuestro sistema planetario.

Así, antes del descubrimiento de planetas nuevos, la ignorancia que teníamos de sus existencias no había obstaculizado a los astrónomos prever, con tolerable exactitud, la recurrencia de los cometas; porque esos planetas desconocidos, estando tan distantes o siendo tan pequeños, no podían producir alguna perturbación sensible en los cometas que pasaban por ellos.

La morada de los Planetas

No voy entrar en el tema de la astronomía sin examinar la conjetura comúnmente aceptada de que, como otros planetas poseen varios puntos de similitud con la tierra, probablemente estén igualmente habitados.

En "El Espíritu de las Cosas", afirmé que la existencia de la Tierra no sería inferior en caso que ella no fuese habitada, ya que esta propiedad de morada es apenas secundaria, por así decir, y lejana a su existencia. Así, no obstante la Tierra sea habitada, no es motivo para que los otros planetas también lo sean, a pesar de la analogía que permite la conjetura.

Podemos observar que la vegetación no es una componente o característica necesaria de la tierra, ya que es infecunda en varios climas; las arenas y las piedras, que son las substancias de la tierra, son símbolos de esterilidad.

El sol es el medio directo de desarrollo de la vegetación en la tierra, que se hace más lozana al aproximarse a aquel orbe y más estéril al alejarse de él; pero cuando la tierra está muy próxima al sol, y éste se encuentra preponderante, la tierra se torna calcinada, transformándose en arena y polvo, o sea, se torna improductiva.

Esto nos lleva a presumir que, siendo susceptible de vegetación, la tierra fue situada entre una serie de planetas, en que era necesario, a una exactamente correcta distancia del sol, satisfacer su objetivo secundario de vegetación; de esto se deduce que los otros planetas están o muy lejos o muy cerca del sol para tener vegetación.

Mucha luz se podría adquirir, sin duda, en relación a la cuestión de la vegetación en los planetas, a partir de sus diferencias y densidades; y quizás se pudiese esclarecer algo sobre la naturaleza de estos cuerpos celestes, a los cuales no le podemos negar una fundamental identidad de substancia, una analogía perfecta entre la tierra y los otros planetas, en las leyes de sus movimientos, peso y atracción; y esto es el marco de esas bellas observaciones de la astronomía y de la matemáticas hechas constantemente, como la marcha de los grandes cuerpos, y todas sus propiedades exteriores.

Pero, mientras esperamos por esta luz, debemos, al menos, de forma general, imaginar un destino individual y distinto para cada planeta, esté habitado o no, esto si quisiéramos llegar a algo satisfactorio sobre ellos; pues, la probable esterilidad de los otros

planetas, debido a su gran proximidad o distancia del sol, parece ser también una buena razón presumir que tales planetas no están habitados.

Para conocer el destino del universo, se debe conocer primero el destino del Hombre.

En este tema, ningún sistema puede ser presentado antes de saber lo que es el universo y que destino se supone para él; las ciencias humanas asumen que eso esto es imposible.

Por la misma razón, ningún destino se puede aceptar para el universo sin que primero haya un consenso con respecto a la naturaleza del Hombre; esto es necesario para saber si tal destino y el hombre están correlacionados.

Ahora, las ciencias humanas también creen que es imposible conocer la naturaleza del Hombre; para hablar con más precisión, ellas lo confunden con los animales, lo que sumerge al Hombre, una vez más, en un estado de oscuridad e incertidumbre en el cual tales ciencias han colocado a toda la naturaleza, o sea, bajo la sentencia de que su destino no puede ser conocido.

En resumen, para conocer el destino del Hombre, deberíamos saber también que pensar sobre aquel Principio General de las cosas, aquel Poder Supremo, al cual se le ha dado el nombre de Dios; y las ciencias humanas destruyeron este Poder en el orden de los seres. Desalentadas por las escuelas de religión en donde se dice más de lo que se prueba, las ciencias humanas han confundido la norma con el abuso y han degradado ambos.

Más allá, los maestros de estas ciencias humanas aplicando, por así decir, con tanto éxito su conocimiento físico, matemático y analítico a las propiedades exteriores del universo y usando solamente estos medios externos, están, naturalmente, satisfechos con los resultados conseguidos; estando alejados de cualquier otro medio, y no teniendo necesidad de conocer algo que conduzca a los objetivos externos que buscan, cierran desdeñosamente, su oídos a cualquier observación fuera del círculo donde se encierran a sí mismos, ¿cómo podemos esperar que acepten con naturalidad las cuestiones y verdades de otro orden?

No lo voy a intentar, y las pocas observaciones que hice al respecto de los otros planetas deben por lo tanto ser suficientes. Sin embargo, he rechazado, para así decir, desde que tengo uso de razón, hollar caminos poco viables y llenos de espinas, debo sin embargo aceptar mi sino, y tratar de acuerdo con mi capacidad, la importante cuestión del destino de nuestro globo. Voy a ofrecer algunos medios de conciliación a los eruditos del mundo, para que puedan, sin desprestigiar el crédito que poseen o rechazar cualquiera de los conocimientos que hayan adquirido, induciéndoles a concordar que el círculo en donde se encerraron, podría, posiblemente, ser menos exclusivo y reducido de lo que sus ciencias se habían convertido.

Intentaré dejar evidente que las regiones en las cuales el hombre tiene tanto el derecho como la necesidad a caminar, no pueden ser tan inaccesibles como presumen; y si sólo quisiésemos algo para llenar la capacidad de nuestras inteligencias, pediríamos algo más a los eruditos y ellos no nos atenderían, a pesar de las maravillas que descubren a diario.

El destino de la Tierra

Los hombres han, frecuentemente, hecho una objeción significativa, de que debido al pequeño espacio ocupado por la tierra entre los cuerpos celestes, y la superioridad atribuida a ella, no se refiere a su destino, el aspecto ilimitado del universo podría, para nuestra satisfacción, contestar por sí sólo, en el caso de llevarnos en contra solamente a nuestros ojos.

La razón por la cuál los observadores se rehúsan en dar a la tierra un destino diferente del de los demás cuerpos celestes, se resume en esto, que ella no es sino un planeta pequeño, casi imperceptible en la vasta extensión del sistema solar; que es, desde el descubrimiento de las nebulosas, y de la opinión común de que las estrellas son soles, un punto invisible en la inmensidad del espacio.

Si el tamaño visible de las cosas fuese el único indicador o regla por la cuál se juzga su valor verdadero, esta objeción sería la solución. Pero tenemos muchos ejemplos para probar que esta ley está lejos de ser universal o sin excepción.

El ojo no es el órgano que ocupa más espacio en el cuerpo del ser humano, pero aún así no se clasifica como el menos importante entre los órganos, toda vez que es el guardián, el protector y el educador de todo el cuerpo. El diamante es infinitamente menor si se le compara con la masa terrestre, pero guarda en sí mismo un valor mucho más grande que las otras masas mucho más voluminosas.

Reconozco que estas simples reflexiones pueden apenas aclarar las dificultades y no resolverlas. Iremos por lo tanto, a hacer algunas observaciones, que para algunas mentes, pueden tener más peso. Pero, como, de acuerdo con los famosos sabios citados, todas las verdades se tocan, se debe hacer uso todos los datos que he propuesto, y creer que serán admitidos por el lector.

Iré, entonces, a tomar como cierto, la degradación del Hombre, de quien el estado de caída y humillación nunca dejo de recordar.

Iré a ver el Amor y la justicia del Altísimo imprimir alternativamente, sus decretos, en la afligida morada en que habitamos.

Finalmente, volviendo sobre los privilegios religiosos, iré a la poderosa evidencia que el Hombre Espíritu puede desarrollar en su interior, sin tomar cosa alguna de la tradición, que siendo desconocida para el Hombre Material, prueba, al menos, que la causa que el hombre defiende no es aún suficientemente examinada por su parte, para que espere un juicio a su favor.

La tierra, una prisión para el Hombre

Partiendo del principio de que el Hombre es un ser degenerado, vestido con los trajes de la vergüenza, podemos, sin ninguna incoherencia, considerar a la Tierra como nuestra prisión o nuestro calabozo; sin hablar de las abundantes y continuas miserias de todos los mortales; ¿donde está el Hombre, que buscando en lo más íntimo y secreto de su ser, no soportará testificar la veracidad de esta dolorosa conclusión?

Pero si la tierra es una prisión para el hombre, es difícil imaginarla tan poco destacada entre las estrellas; sin embargo, hasta en nuestra misma justicia humana, ofrecemos en nuestras prisiones no más que pequeños espacios y simples acomodaciones a los condenados.

La Tierra, representada por nuestro autor alemán como el excremento de la Naturaleza, y que de acuerdo con el principio de degradación del Hombre, es solamente una

prisión, no tiene razón de ser el centro de movimientos astrales, como los antiguos y Tycho-Brahe creían; un montón de escoria o una prisión, normalmente no es el lugar central o principal de un país.

Además vemos, es verdad, que los gobiernos alimentan a sus presos, pero no con el más fino pan y las más tiernas carnes; de la misma manera, vemos que la tierra tiene vegetación, es fructífera y productiva, porque, a pesar de nuestra calidad de prisioneros, la Justicia Suprema aún desea proveernos de nuestro alimento. Sin embargo, observamos, al mismo tiempo que, así como sus presos, la Justicia Suprema permite que la tierra produzca, naturalmente, nada más que frutos imperfectos, y nos alimenta con el pan de la aflicción, un pan salvaje, y, solamente a través de la dulzura de nuestras acciones podremos mejorar un poco nuestra manera de vida; como, en la justicia humana, el preso está sujeto a la más común dieta, y no le es permitido nada más allá de su ración, más allá de aquello que está pagando.

Si, en nuestra justicia humana, los prisioneros están sujetos a tan miserable existencia, por otro lado vemos los auxilios de la benevolencia y la caridad penetrar este confinamiento; y por más repulsivo que sea el calabozo de estos prisioneros, vemos los consuelos sagrados y religiosos que son traídos a ellos diariamente.

En resumen, el ojo de la compasión, el de más alta autoridad, a veces visita este antro del crimen, por más viles que sean las condiciones de los condenados. ¿Cómo no debe ser entonces cuando el prisionero está íntimamente relacionado con el Soberano?

Todo esto es señal segura de que, si por un lado, estamos sujetos a severidad de un riguroso calabozo, por otro lado, este está temperado por el amor y por la dulzura; como, de hecho, se ejemplifica físicamente por el lugar que la Tierra ocupa, que, como todos saben, está entre Marte y Venus.

Los Auxilios dados al Hombre en su prisión

Si, el Hombre Espíritu abriese sus ojos, reconocería rápidamente en sí los innumerables auxilios que la benevolencia de la Autoridad Divina Suprema le envía, en el mismo lugar de su confinamiento. Vería que si, en consecuencia de su pequeñez, erró en tomar a la tierra como centro de los movimientos celestiales, éste fue un engaño disculpable, él mismo debe ser el centro de los movimientos Divinos en la Naturaleza; todos estos errores tienen su origen en el sentimiento privado de su propia grandiosidad, que llevó al hombre a desproveer su prisión de los privilegios que debería atribuir a su persona y de los cuales no le restó nada más allá de los dolorosos recuerdos en su memoria, en vez de los rastros gloriosos que tales privilegios deben ofrecer.

Creo que, si el Hombre Espíritu siguiese atentamente y con constancia la línea de orientación que le es ofrecida en su laberinto, conseguiría, ciertamente, resolver todos los problemas restantes de la prisión en donde está confinado.

Las aperturas a las que el hombre podría llegar con esto, le harían sentir que, si él no está en la primera posición entre los seres del universo, con relación a la gloria, ha sido reubicado en esta posición con relación al amor, y como su prisión experimentó, necesariamente, algo de este alivio, debe presentar señales convincentes del destino al que es llamado. Este destino nada más es ser el templo de purificación, en el cual el Hombre no puede solamente ser reafirmado a través de la ayuda abundante que se le ofrece, sino donde puede también recibir y manifestar todos los tesoros de la Sabiduría Suprema que lo formó

y que no desdeña nada para derramar sobre él Su propio Amor y Luz, tan grande es su Deseo de preservar Su imagen en el Hombre.

El Conocimiento del Hombre y de la Naturaleza debe avanzar juntos

Para llegar a un conocimiento correcto sobre lo que es la Tierra, bajo todos los aspectos, es más esencial aún estudiar al Hombre, con relación a todo lo que le dice al respecto; y si él no cultiva, con celo perseverante, las sagradas semillas que son a diario plantadas en su interior para este fin, vendrá, en más de una vez, a caer en la ignorancia común y en las conclusiones ciegas, tanto en relación a la Tierra como en relación a sí mismo.

El Hombre y el Universo forman progresiones ligadas una a la otra que continúan lado a lado, y el término último del conocimiento del Hombre lo llevará al término último del conocimiento de la Naturaleza. Ahora, como las ciencias humanas descartan enteramente este conocimiento activo o positivo del Hombre, el que sólo puede y debe enseñarnos todo, no es de admirarse que tales ciencias permanezcan hasta aquí, lejos de un conocimiento verdadero de la Naturaleza.

De hecho, a pesar de las maravillas de las ciencias naturales, especialmente aquellas de la astronomía, nos proporcionan satisfacciones que nos elevan, por así decir, sobre este estrecho y sombrío mundo, nos posibilitan sentir y apreciar la superioridad de nuestra facultad de pensamiento sobre nuestro ser sensible, aún así es preciso reconocer que estas maravillas no satisfacen todas las necesidades del Hombre Espíritu; y, si podemos, por medio de nuestros sentidos, conocer la Naturaleza experimentalmente, y si podemos evaluarla a través de nuestras ciencias, un tercer poder parece querer colocarla en acción. Si poseemos deseos, inteligencia, y una gran capacidad de actividad interna, como es evidente a través de todos nuestros actos, no debe haber nada improductivo en nosotros: siendo la naturaleza nuestra herencia, no podemos como hacemos, limitarnos a cartografiar nuestros dominios, también debemos, tener el derecho de disponer de ellos como se nos permite.

Así, los eruditos más consagrados de ciencia natural y los más famosos astrónomos deben, a partir de estas simples observaciones, convencerse de que ellos no gozan de sus plenos derechos de hombres espirituales.

Las Causas Finales

¿Qué sucederá para que volvamos nuestros ojos hacia las llamadas “causas finales”?

Todas las cosas poseen, primero, un principio de acción, el cual podemos llamarla sus bases de existencia, corresponden, en el orden social, a la calidad de miembro de la comunidad. En segundo lugar, poseen una manera de acción, de acuerdo con el cuál ejecutan lo que es infundido por sus bases, y corresponde, en el orden social, a la energía administrativa. En tercer lugar, poseen un instrumento, o agente, que realiza esta acción y corresponde, en el orden social, al poder ejecutivo; en el orden material, corresponde a todos los poderes ciegos de la Naturaleza. En cuarto lugar, todas las cosas poseen un objetivo, un plan, un objeto hacia el cual esta acción tiende y está orientada y que puede fácilmente ser ejemplificado en cualquier orden.

Es necesario conocer bien estas cuatro propiedades, principalmente con relación a la existencia del Hombre, una vez que es natural, para un poder de pensamiento activo, que

sepamos de donde recibimos este poder, como debemos usarlo, por que medio debemos trabajar y con que objetivo y finalidad debemos actuar. Pero también tenemos, el derecho de contemplar, analizar y conocer estos cuatro componentes en todas las órdenes de existencia.

Éstos son, de forma general, lo que se puede llamar las causas finales, y vemos que ellas no son, mientras se imaginan, limitadas a la razón de la existencia de algo, sea particular o general, una vez que podamos continuar en búsqueda del conocimiento tanto de su principio, como de su manera de acción.

Las Ciencias Humanas giran en Círculos

Las ciencias humanas dan vuelta en círculos, alrededor de estos focos de conocimiento, pero nunca se adentran en ellos y fingen no poder penetrarlos. Ellas ciertamente, intentan descubrir el modo de acción y este es el objetivo de todas las investigaciones matemáticas y físicas, sean puramente científicas o prácticas. Como consecuencia de este derecho que poseemos, las ciencias humanas intentan, incluso, hasta elevarse al principio de determinada acción; pero al buscar solamente este principio en sus resultados y no en su fuente, en las formas y no en las bases ocultas de éstas formas, perdieron de vista, de una sola vez, la existencia de las cosas, o su modo de acción, el agente que opera esta acción y el objetivo o finalidad de esta existencia. Así, en vez de buscar, el lugar del origen de las cosas, para donde van y como se orientan con relación a su duración, las ciencias se concentran totalmente en la consideración de cómo las cosas son hechas. De esta forma, ellas permanecen en la ignorancia ya sea en relación al origen de las cosas, a su modo verdadero de acción, a la razón de su acción y a su verdadero manera de ser, que es interna y oculta; estas ciencias se agotan al intentar demostrar una manera falsa.

Cuánto más dificultades ellas encuentran al avanzar en estos caminos, se tornarán más obstinadas, y es esto lo que las fija, como postes, en estos caminos erróneos, haciendo de ellas desdeñosas enemigas de las razones de la existencia; esta razón es exactamente el primer conocimiento que debemos buscar, antes incluso de pensar en la manera verdadera.

Entonces, ¿qué podemos esperar de nuestras pesquisas después de la manera falsa a la que ellas nos han restringido?

Todas nuestras producciones artísticas poseen una razón, y tenemos el cuidado de darla a conocer, para que pueda ser aceptada. La persona a quién vamos a mostrarlas no investiga la manera en como fueron hechas después de saber su razones.

El artista que las había producido, piensa primero en la razón, y solo después en la manera de cómo va a realizarlas; y al hacer su trabajo, ciertamente no pierde con relación a la falsa manera exterior, sino que busca la verdadera y activa manera, que mejor pueda ejecutar el fin, o la razón, que se propone a sí mismo.

Aquellos que creen en una Fuente Suprema de existencia, requieren imaginar que Ella debe ser, por lo menos, tan inteligente como nosotros, y que, en la producción de Sus obras, debe hacer lo mismo que hacemos con las nuestras.

Si, en nuestras obras, mostramos siempre no solamente una razón, sino también una manera interior, que es el pivote de la obra, y un modo de acción conectando a ambas. Digo que, si revelamos estos secretos a aquellos a quien exhibiremos nuestras obras, la Providencia no puede, nunca, haber tenido la intención de ocultarnos éstos mismos secretos en las obras que Ella nos exhibe, y nuestra ignorancia al respecto de esto, sólo puede ser atribuida a nuestra propia falta de comunicación.

Sólo el Verbo puede revelar la razón central de las cosas

Tú que gustarías conocer la razón de las cosas, recuerda que ella no se encuentra en la superficie, ni igualmente en el centro exterior, que es la única cosa que las ciencias humanas pueden revelar. La razón de las cosas sólo puede ser encontrada en su centro interno, pues solamente allí reside su vida; pero, como esta vida es el fruto del Verbo, es solamente a través del Verbo que el centro interno de las cosas puede ser revelado. Sin este instrumento, el privilegio recientemente ofrecido respecto de un fluido muy famoso, que incluso puede ser obtenido, pero nunca será aprovechado, porque tal fluido, no obstante ser un objeto apropiado para el estudio que puede llevar a grandes descubrimientos, aún es, usando las palabras de Boehme, prisionero en las cuatro formas de la Naturaleza y solamente el Verbo puede abrir su prisión.

El reposo de la Naturaleza, del Alma y del Verbo debe partir del Hombre

Aquí, concluyo lo que tenía que decir sobre los cuerpos astronómicos, y continúo con el objetivo principal de esta obra, que es tratar del reposo de la Naturaleza, del Alma Humana y del Verbo, a los cuales el Ministerio Espiritual del Hombre debe contribuir.

El Hombre adquiere diferentes características a cada paso de su sublime jornada. Primero puede ser considerado un señor de la Naturaleza, y así debe ser, de hecho, ya que ella no obtiene ningún beneficio de él. Después él es simplemente el hermano de sus semejantes y, más como amigo que como maestro, se dedica al servicio de estos semejantes.

Finalmente, en tercer lugar, él es nada más que un siervo, un mercenario del Verbo, al cual debe traer alivio, y es solamente cuando el hombre ingresa en la posición más baja que él se torna especialmente el trabajador del Señor.

Pero, para contribuir al alivio de la Naturaleza, el Hombre debe comenzar por parar de atormentarla e injuriarla. Antes que su respiración puede recuperar el poder de purificar y revivir la Naturaleza, el hombre debe primero hacerse oír lo suficiente, y no al punto de infectar el universo, como lo hace a diario.

La influencia habitual del Hombre en la Naturaleza

¿Qué es lo que el Hombre hace habitualmente en la tierra? Cuando al aire puro llega hasta nosotros, y encuentra paso en nuestras moradas, ¿será que esto ocurre simplemente para traernos un nuevo instrumento de vida? ¿No podría ser también para recibir de nosotros su propia libertad, y la liberación de la acción corrosiva a la cual ha estado sujeto desde el primer crimen?

Y nosotros, a través de nuestras pútridas exhalaciones e igualmente venenosas, aún más a través de la infección de nuestros pensamientos, contribuimos a su corrupción y destrucción.

La tierra sobre la cual caminamos nos abre todos sus poros, como si fuesen muchas y muchas bocas, clamando por un bálsamo que cure sus heridas, y, en vez de ofrecerle el reposo y una vida nueva, le ofrecemos matar su ser, es la sangre de los hombres que derramamos en nuestras violentas y dramáticas guerras, y que depositado en el seno de la tierra, evaporándose con la ira y al furia de los hombres, sólo puede agravar los dolores de la tierra.

Como una Diosa, bajo los pies de quién crece las flores en el Monte Ida, nosotros también podemos llenar nuestros jardines con bellas plantas hermosas y magníficos árboles; pero, en vez de restablecer a ellos la vida de los árboles y de las plantas del Edén, somos una multitud negligente que camina entre ellos.

Llenamos la atmósfera circundante, con estériles, sino mortificantes palabras; interceptamos las poderosas influencias de la Naturaleza; y, para evitar, incluso que los hermosos árboles que constituyen el principal adorno de estos jardines, y que casi reproducen en la Naturaleza, el Eliseo de los poetas, preserven su vigor por mucho tiempo, les quemamos hasta sus raíces, con lo que más hay de corrosivo, sin alguna vez reflejar si alguna mirada pura y modesta pudiese estar cerca, para avergonzarse de nuestras inmorales y repulsivas indecencias.

¡Mi Dios! ¡Oh Hombre depravado! En el desorden, delirando consigo mismo, bajo la sombra hospitalaria de estos jardines públicos, donde difícilmente permanece alguna mirada pura y modesta, para avergonzarse delante de su inmoralidad. La actual muerte en su moral, ha tomado también la moral de aquellos pródigos, cuyo número vienes a aumentar.

Con nuestros instrumentos astronómicos, penetramos las vastas profundidades del cielo; allí, descubrimos continuamente nuevas maravillas que nos llenan de admiración; y cuando parecía que esas poderosas fuentes que animan todos esos cuerpos celestes, y el espacio en que se encuentran, son reveladas a nosotros, solamente para que podamos, mientras permanecen en nosotros, restituir las a aquellas más poderosas fuentes de las cuales están separadas, ¿qué es lo que hacemos?

Al contrario de mostrar ardor, en restaurar la alianza de los hombres como antiguamente, aumentamos su melancolía, al decir ellas no tienen otro estado que aspirar; que en este momento disfrutan de todo el reposo que pueden esperar, y que es en vano que evoquen otro poder sino el suyo propio; en resumen, cuando ellas nos piden llevarlas más cerca de aquella Existencia, que está arriba de su morada, y sin la cual ninguna criatura disfruta en paz, nuestra profunda sapiencia llena nuestro firmamento majestuoso donde caen los cuerpos celestes, junto con nuestras blasfemias, y nosotros proclamamos, debajo de los portales celestiales: ¡No hay ningún Dios!

¿Es a estos hombres, en tal aberración moral e intelectual, a quienes podemos estar hablando sobre el verdadero ministerio del Hombre en la Naturaleza? ¿Serán capaces de realizarlo? Ellos no entenderían una sola palabra de cualquier cosa relacionada con este importante ministerio, y toda la instrucción ofrecida a ellos, solamente les molestaría y exaltaría su desdén y menosprecio.

Pero para aquellos que han salido del torrente, voy a hablar sobre este importante tema con convicción, y voy a emitir mi opinión sobre nociones y creencias que tenemos en común.

El reposo sabático de la Tierra

El gran pecado de los judíos, según Moisés, fue no haber dado el descanso o el sabat a la tierra, después de las calamidades y total dispersión con que la habían amenazado, Moisés agrega: (Levítico XXVI: 34-35) “entonces la tierra satisfará sus sábados, durante todos los días de su desolación, mientras estéis en la tierra de vuestros enemigos. Entonces la tierra reposará y podrá cumplir sus sábados. Reposará durante todos sus sábados.

Reposará durante todos los días de su desolación, lo que no sucedió en vuestros días de sábado, cuando en ella habitabais”.

Compara con esto, la idea que debemos tener del pueblo de Israel que es la herencia del Señor. (Isaías XIX:25). Compara el pueblo bajo este título espléndido, compara con la idea que debemos formar del Hombre, que debe ser, prominentemente, el heredero del Señor cuando este universo que nos contiene, llegue a su fin.

Finalmente, compara el alto Ministerio, el cual nos empeñamos en devolver a los ojos del Hombre, con el trabajo que los niños de Israel tenían que cumplir en la tierra de Judea, para dar el sabbat o el descanso a la tierra, y vamos a descubrir que el hombre, y el pueblo judío, tienen el mismo destino y trabajo, el mismo título y calificación. Si hay cualquier diferencia es en favor del hombre. Israel no era sino un proyecto o epitome del Hombre. ¡El Hombre es Israel! Israel fue encargado para dar descanso a la tierra prometida; El hombre está encargado de dar descanso a toda la tierra, por no decir, a todo el universo.

Pero, es esencial que comprendamos este reposo sabático, y que sepamos mejor lo que debemos comprender por Ministerio Espiritual del Hombre.

Es difícil para nosotros, evitar la convicción de que, independientemente de los frutos terrestre, los cuales la tierra produce de tan abundante forma hay otros frutos a ser producidos, más allá de éstos. La primera indicación que tenemos, de esto, es la diferencia que observamos entre los frutos salvajes los cuales la tierra produce naturalmente, y aquellos que hacemos generar a través del cultivo; esto, manifiesta claramente, que la tierra sólo quiere ayuda del hombre para traer maravillas aún más interesantes.

Una segunda indicación, es que hay algunas naciones paganas que no han prestado culto religioso a la tierra.

Para terminar, la mitología viene reforzar tal conjetura a través de la fábula de manzanas doradas en el jardín de las Hespérides, al enseñar que los hombres fueron instruidos en el arte de la agricultura, por una Diosa, y que, según Hesíodo, la tierra surge inmediatamente después del caos, casándose con el Cielo y siendo madre de los Dioses y Gigantes, del Bien y del Mal, de las Virtudes y de los Vicios.

Si, de estas observaciones naturales y mitológicas, pasamos a las tradiciones de otro orden, vemos que, después del asesinato de Abel, fue dicho a Caín (Génesis IV:11-12): “Ahora, te maldigo y expulso de la fértil tierra que abrió la boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Aún que cultives el suelo, no te dará más su producto; serás un errante fugitivo sobre la tierra”.

Sin embargo, no vemos que la tierra deba ser cultivada solamente por las manos de los justos, bajo la pena de esterilidad. Ni que la sangre de los hombres impida su fecundidad. Los campos de Palestina fueron saturados con la sangre de los habitantes, a quienes los hijos de Israel les fue ordenado su exterminación y la fertilidad de aquellas planicies fue una de las promesas, y parte de las recompensas que los Judíos fueron estimulados a reclamar, obedecieron a las leyes ofrecidas a ellos.

Tampoco, no observamos, en nuestras guerras, el campo en el cual enterramos a los difuntos en gran escala, alcanzado por la esterilidad. Por el contrario, es notable por la fertilidad. Así, mientras que la sangre humana injustamente derramada, clama para venganza a los cielos, no tenemos conocimiento de que las leyes terrestres de la vegetación en nuestro globo sean invertidas o suspendidas en consecuencia del homicidio.

Por lo tanto, cuando se le dice a Caín que aunque cultivase la tierra ella no le dará sus frutos, tenemos toda la razón en creer que, la tierra cultivada de la que se habla aquí, sea otra más halla del cultivo original que fue mencionado; sin embargo, ¿qué idea

podemos formar de esta otra tierra cultivada, a no ser que ella era parte del verdadero Ministerio Espiritual del Hombre? Un alto privilegio que le fuera dado, para hacer que la tierra aprecie su sabat; privilegio que sin embargo, es incompatible con el pecado y que debe ser suspendido o interrumpido, en aquellos que no pisan los senderos de la rectitud.

Pero no podemos penetrar muy bien el significado de la palabra sabatismo, sin recorrer las nociones comentadas anteriormente, tomando, a lo mínimo, por cierto, las siete formas o poderes, establecidas por nuestro autor alemán, como el fundamento o bases de la naturaleza.

Debemos, al mismo tiempo, convenir con él, que, como consecuencia de la gran revolución, estas siete formas o poderes son producidos tanto en la tierra como en otras estrellas, de forma concentrada e interrumpida; y que esta inconstancia es lo que mantiene a la tierra en la privación o el sufrimiento, ya que solamente a través del desarrollo de estas formas o poderes es que ella puede producir todas las propiedades de las cuales es depositaria y las cuales desea generar; esta observación puede ser aplicada a toda la Naturaleza.

Finalmente, necesitamos imaginar, al hombre anunciando una tendencia universal de perfeccionar todas las cosas en la tierra, y como encargado por Iahweh Dios (Génesis II: 15), para cultivar el paraíso de bienaventuranza y de guardarlo.

Sin embargo, ¿qué podría ser este cultivo, sino algo para mantener en actividad, en exacta medida y proporción, la operación de estos siete de poderes o formas, de los cuales el jardín del paraíso tenía tanta necesidad como otros lugares de la creación?

El Hombre debe ser el depositario del poder del movimiento de éstas siete formas, para ser capaz de hacerlas actuar, de acuerdo con los planes designados para él, y mantener este lugar elegido en reposo, o disfrutar de su sabat, una vez que no hay ningún reposo o sabat para cosa alguna, a no ser en la medida en que este lugar pueda libremente desarrollar todas sus facultades.

En nuestros días, incluso el modo de existencia de los hombres está tan prodigiosamente modificado, en consecuencia de la gran revolución, el objetivo de la creación no se modificó en cuánto a esto, y el Hombre Espíritu aún es llamado a la misma obra, que es, la de hacer a la tierra mantener su sabat.

La diferencia consiste en que, ahora, él solamente puede desempeñar su tarea de forma difícil y dolorosa, y, encima de todo, sólo puede realizarla a través de aquel mismo instrumento activo formalmente apuntado para dar movimiento a los siete poderes fundamentales de la Naturaleza.

Mientras que el Hombre no cumpla esta sublime función, la tierra sufrirá, pues no disfrutará de sus sabats. La tierra sufre aún más cuando el hombre reacciona criminalmente sobre ella, al intentar extraerle, poderes vergonzosos o corruptos, contrarios a los planes recibidos por el hombre. En el primer caso, la tierra tolera al hombre, a pesar de su negligencia; en el segundo caso, ella lo expulsa, como aconteció con los hijos de Israel.

El Arco-iris y la lección que nos enseña

Vemos una imagen sensible de estos siete poderes, ahora aprisionados en la Tierra, y en toda la Naturaleza, en el fenómeno físico exhibido a nuestros ojos, cuando las nubes se disuelven en lluvia en el sol.

La substancia acuosa (que según algunas profundas y verdaderas observaciones, es, en todo orden, el conductor o propagador de la luz) al llenar todo el espacio presenta un espejo natural a los rayos del sol.

Éstos rayos, al penetrar en este elemento acuoso unen sus poderes a los poderes que este elemento es depositario, por medio de esta fructífera unión, el sol y el agua, o sea, las regiones inferior y superior, manifiestan, a nuestra vista, la señal septenaria de su alianza, es decir, al mismo tiempo, la señal septenaria de sus propiedades, ya que los resultados son siempre análogos a las fuentes de las cuales derivan.

Este sensible efecto físico en la Naturaleza, nos proporciona la más instructiva lección, al exhibir la concentración y la invisibilidad, donde están estos siete poderes, en la Naturaleza; al mostrar la necesidad existente de romper sus obstáculos, antes de poder recuperar la libertad; al expresar la acción constante del sol, que sólo trabaja para ayudar en esta liberación, y así mostrar al universo, que es el amigo de la paz, y que sólo existe para la felicidad de todas las criaturas.

Cuando esta lluvia, fecundada, de esta forma, por el sol, desciende sobre la tierra, ocurre allí, a través de su propia unión con la tierra, los resultados saludables de la vegetación, a la cuál ayudamos por medio de nuestros propios trabajos, y del cuál extraemos tales frutos de felicidad; y así, la vida, o el sabat material de la Naturaleza, es propagado, a través de una suave progresión de la fuente solar hasta nosotros.

Pero, este fenómeno físico y figurativo, con todos estos resultados, se produce sin la ayuda del Ministerio Espiritual del Hombre, y aún así el Hombre debe proporcionar el descanso sabático a la tierra; por lo tanto, como admitimos antes, otro cultivo espera por el hombre que, ahora sólo puede realizarlo a través de un arduo trabajo.

En lo que consiste el Sabat de reposo de la Tierra

Temo no afirmar que este sabat glorioso, del cual el Hombre Espíritu está encargado de proporcionar a la tierra, existe para ayudarla a celebrar las labores del Principio Eterno, y, más expresamente, celebrar los frutos que produce.

Este es el verdadero fin para el cual tienden todas las cosas de la Naturaleza. Sus nombres, propiedades, sus siete poderes, su lenguaje, en resumen, todo se produce bajo las ruinas del universo primitivo; debemos ayudar a los esfuerzos de la tierra, para que se conviertan, nuevamente en voces armoniosas, capaces de cantar, cada cual a su manera, los Cánticos de la Sabiduría Soberana.

Pero, ¿cómo podrían cantar tales cánticos, si este Omnisapiente, que esta muy por encima de ellos, no hubiese utilizado un instrumento, un representante y una imagen de sí mismo, para que la dulzura les alcanzara?

No tenemos que demostrar aquí que el Hombre es este instrumento; todo lo que fue dicho, no tenía otro objetivo, sino que el de establecer este hecho, y, a pesar de las nubes expresas que pesan sobre la raza humana, y del peso excesivo que tenemos que soportar, una vez que nos sumergimos en esta región de muerte, me satisface, de que algunos de entre mis semejantes, serán encontrados y en este sublime destino, no verá nada que su verdadera naturaleza desconociera; y habrá, quizás, algunos que no irán a contemplar estos encantos sin alcanzar el éxtasis. Iremos por lo tanto, apenas a intentar descubrir a que precio el hombre puede tener éxito en la adquisición de este importante ministerio.

Los poderes ocultos en el Hombre

Solamente al hacer uso de aquellos poderes ocultos tanto en la existencia corporal del hombre como en todas las criaturas en la naturaleza; es que el hombre, siendo un extracto de lo divino, de lo espiritual, y de las regiones naturales, hará que las siete formas o poderes, que son las bases de todas las cosas, comiencen a girar en él, aunque de diversas formas y niveles, de acuerdo con su existencia natural, espiritual y divina o divinizada.

Pero, para actuar en algunas de las órdenes constitutivas del hombre, estos poderes deben ser restaurados en él, en toda su libertad original.

Sin embargo, cuando el hombre se mira a sí mismo, bajo este aspecto, cuando considera el estado de desorden, desarmonía y dependencia, a que estos poderes están reducidos, en todo su ser, la aflicción, la vergüenza y la tristeza toman cuenta de él, a tal punto, que todo su ser se lamenta, y todas sus esencias son transformadas en torrentes de lágrimas.

En esta inundación de lágrimas, representada, materialmente, por las lluvias terrestres, el Sol de la vida irradia sus rayos vivificantes, y, a través de la unión de Sus poderes, con las semillas de nuestro propio poder, manifiestan en nuestro ser interior, la señal del pacto que Él viene a hacer con nosotros.

Entonces, Oh Hombre, tú te vuelves capaz de sentir los dolores de la Tierra, y de todo lo que compone el universo; entonces, por virtud de la enorme diferencia que hay entre el débil estado de los siete poderes, ocultos en la tierra, y los propios poderes restaurados del hombre, éste pueda aliviar el sufrimiento de la tierra, porque el hombre podrá hacer para ella, lo que acabó de hacer por él. En resumen, solamente cuando el hombre aprecie su propio sabat, o su propio descanso, es que podrá ayudar a la tierra a guardar, a su vez, su sabat.

Sólo así, el hombre se volverá realmente amo de la Naturaleza, y será capaz de ayudarla a manifestar los tesoros encerrados en su seno, y todas aquellas prodigiosas y maravillosas obras, con las cuales las mitologías y tradiciones, sagradas y profanas, están repletas, algunas de las cuales son atribuidas a Dioses imaginarios, pero otras, a los verdaderos derechos del Hombre, cuando restaurado en sus facultades por el principio que le dio existencia.

De esta forma, el hombre puede, de cierta manera, subyugar los elementos a su criterio, disponer, a voluntad, de las propiedades de la Naturaleza, y sostener con sus límites, todos los poderes que los componen, para que puedan actuar con armonía.

La acción de las propiedades en su estado de desorden y desarmonía, genera la producción de aquellas monstruosidades encontradas en los diversos reinos de la Naturaleza; así como esas imágenes de bestias, y voces de animales que son vistas y oídas, algunas veces, en las tormentas y tempestades, y que son, al final, necesariamente atribuibles a las apariciones o la intervención de los Espíritus, como la creencia popular conviene en creer.

Pero, si por un lado, la superstición exagera en este punto; la ignorancia y la precipitación filosófica, por otro lado, condena este tipo de hechos muy desdeñosamente. Cuándo los poderes de la naturaleza están en armonía, ellos controlan unos a otros. En tiempo de tormenta, la moderación de estos poderes se rompe; y como producen en sí mismo los gérmenes y los principios de todas las formas, especialmente el Sonido o Mercurio, no es de sorprender, que algunos de ellos, reaccionando más que los otros,

manifiestan, a nuestros ojos, imágenes definidas, castillos en el aire, y a nuestros oídos, voces de animales.

Tampoco es de sorprender, que estas voces y figuras tengan existencia tan efímera; ellas no pueden tener ni vida, ni las cualidades substanciales que resultan de la unión armoniosa de todos los poderes generativos.

Es claro que, de modo alguno excluyo la colaboración general, que puede y con frecuencia agrega su acción a aquellas de los poderes de la naturaleza, de acuerdo con los proyectos de su Sabiduría. Sin embargo, si esta Poder Superior puede intervenir en las grandes escenas, de las cuales el Espacio es el teatro, y nosotros los testigos, no deja de ser verdad que los poderes elementales están generalmente bajo sus propias leyes en este mundo, y, estando siempre listos para entrar en acción, de acuerdo con la reacción que reciben, ellos son susceptibles a cualquier figura, sonido, u otra señal, análoga a esta reacción.

También es verdad, de que, cuando lo Supremo, actúa con los poderes elementales, Él entonces toma al Hombre, más particularmente, como Su objetivo, tanto para estimularlo e instruirlo, si fuere culpable, como para usarlo como mediador, si fuera uno de los trabajadores del Señor; pues el Ministerio Espiritual del Hombre restaurado, se extiende a todos los fenómenos que pueden ser manifestados en la Naturaleza.

¿Cómo podría ser de otra forma? ¿Cómo podría el Ministerio del Hombre Espíritu, erigido para una nueva vida, no extenderse sobre todos los fenómenos posibles en la Naturaleza, una vez que nuestra regeneración consiste en la restauración de nuestro ser a nuestros derechos primordiales, y los derechos Primordiales del Hombre lo llamarán para ser el Agente intermediario y representante de la Divinidad en el Universo.

El Ministerio Espiritual del Hombre o

El Ministerio del Hombre Espiritu

Segunda parte En el Hombre

Para entender la sublimidad de nuestros derechos, debemos volver a nuestros orígenes. Pero antes de considerar la naturaleza del Hombre Espiritu, vamos a investigar, en forma general, lo que puede ser llamado *Espiritu*, en cualquiera o todas las clases y órdenes; iremos a descubrir fuentes fundamentales de donde se deriva tal expresión, e iniciaremos tomando la palabra *Espiritu* bajo diversos significados encontrados en nuestros idiomas.

El espíritu de alguna cosa puede ser considerado como siendo el real engendramiento (Generación), parcial o completo, de los poderes de su orden.

Así, la música en es conocida tal como es solamente por la emisión de los sonidos, a través de los cuales alcanza nuestros oídos, y que nada hay más allá de expresión efectiva, o espíritu activo del plan o de la imagen que ella representa.

De esta forma, el viento es la emisión verdadera del aire, comprimido por las nubes o poderes atmosféricos. Y en el orden elemental, tan pronto cesa la compresión, no hay más viento: sin embargo, sabemos que los lenguajes antiguos usaron la misma palabra para expresar *viento*, *respiración* y *espíritu*.

Por lo tanto la respiración del Hombre, y de otros animales, es la emisión verdadera del resultado, en su interior, de la unión entre el aire y sus poderes vitales; cuando esos poderes vitales cesan, la respiración, el espíritu, o la expresión de la vida, también cesa.

Así, la propulsión (captura) de nuestros pensamientos, y lo que el mundo llama de la razón (espíritu) en el Hombre, es la emisión verdadera de aquello que es desarrollado por una fermentación secreta de los poderes de nuestra compresión, y de esta propulsión es, consecuentemente, el fruto del real engendramiento de estos poderes; cuando esta fermentación secreta se suspende en nosotros, estamos como si no tuviésemos más razón (espíritu), incluso aún teniendo en nosotros todos los gérmenes que pueden producirlo.

El Espiritu, una emisión de los Poderes Eternos.

De acuerdo con esta exposición, podemos, sin temor, considerar al *Espiritu* como siendo el fruto que procede perpetuamente de los Poderes Eternos Supremos, o de la Unidad Universal de estos poderes, una vez que el real engendramiento, que produce este fruto, sin interrupción, debe, por sobre todas las otras emisiones, recibir el nombre de Espiritu, lo cual atribuimos a todo aquello que tenga el carácter de una emisión o expresión verdadera.

Y aquí, debemos recordar que los Poderes Generadores de este Ser Universal, reposan, como todo lo que existe, sobre dos bases fundamentales que, en la obra "El Espiritu de las Cosas", indicamos bajo los nombres de fuerza y resistencia; Jacob Boehme, aplicando éstos dos bases a la Divinidad, presenta bajo el nombre de un doble deseo, el de

permanecer en su propio centro y el de desarrollar allí sus esplendores universales; también, bajo los nombres de aridez y de dulzura; luz y oscuridad; y todavía bajo los nombres de angustia y placer, furia y amor; aunque él afirma continuamente, en Dios, no hay aridez, oscuridad, angustia o furia, y que usa tales expresiones solamente para designar poderes distintos, pero que actuando simultáneamente, presentan y presentarán eternamente, la más perfecta unidad no sólo en ellos y con ellos mismos sino también con aquel Espíritu Eterno y Universal, que nunca deja y nunca dejará de engendrar.

La emisión perpetua de la Unidad Universal, el Ser Divino.

Además, me parece, no ser infructífera o indiferente la noción que obtenemos aquí del carácter de este Fruto Perpetuo del engendramiento verdadero de la Unidad Universal, cuyos Poderes son, continua, necesaria y exclusivamente dependientes de sí mismos; y si los observadores así hubiesen considerado esta unidad productiva, dentro de este carácter de emisión necesaria y real, habrían sacado gran provecho de sus pesquisas sobre el Ser Divino y Universal, y como resultado, no habrían intentado examinar, en el principio, la naturaleza de este Ser, sin observar Su Acción; puesto que Su Acción es probablemente Su total Naturaleza; la consecuencia de sus tácticas erróneas ha sido que, no sólo no encontraran el Ser Divino que buscaron en forma incorrecta, sino que fueran más allá a engañarse a sí mismos afirmando que aquello que no habían encontrado, no existe.

Si hubiésemos considerado el Ser Universal, como el fruto verdadero, espiritual y divino de los poderes de la Unidad Eterna, en Su carácter verdadero, habríamos extraído de allí los grandes beneficios que le siguen.

Espíritu, el fruto de todos los poderes de la Unidad.

Como el fruto de toda la generación que tenemos conocimiento, reproduce y representa todo lo que constituye los poderes que lo engendró, así, lo que llamamos Espíritu, en el acto generador de la Unidad Eterna, nada más puede ser de lo que la expresión verdadera y manifiesta de todo lo que pertenece, sin excepción, a esta unidad eterna: de esta forma, cabe al Espíritu Universal tornarse en tal Unidad conocida por nosotros, describiéndola enteramente, así como el Hombre reproduce, temporalmente, todas las características de su padre y madre, de quiénes es una imagen viva completa.

Sí, si observamos atentamente con nuestra comprensión, este fruto verdadera y perpetuo de la Unidad Eterna, veremos que, desde el momento que los poderes de esta Unidad son perpetuos, necesarios y exclusivamente dependientes unos de otros, y el fruto de la unión de estos poderes es una verdadera engendramiento, tan ilimitado como infinito, este fruto debe realmente ser la expresión verdadera y completa de esta unión mutua; debe contener en sí, todo lo que puede servir como fundamento para la atracción mutua de estos poderes, unos en dirección de los otros, de forma real y universal.

Así, es necesario que el fruto de este engendramiento y este Ser Divino, se revele y se presente a nosotros, sin cesar, en todos los puntos, tamaño la abundancia y la continuidad de amor, vida, fuerza, poder, belleza, justicia, armonía, proporción, orden y todas cualesquiera otras cualidades de las cuales, nuestro pensamiento debe, en todo lugar, encontrar el efecto vivo de su plenitud, y nunca dejar de reconocer la supremacía de su unidad universal; sobre de todo, se hace necesario, que este fruto engendrado por la Esencia Divina, de la misma manera, se torne uno, puesto que debe tener y ser todo aquello que esta Unidad contiene y que no se puede admitir ningún intervalo o alguna diversidad de grados,

entre el amor de estos poderes y el acto de su engendramiento, como también no es posible percibir ninguna diferencia entre la existencia esencial y la naturaleza constitutiva de este fruto.

Sólo el Espíritu puede revelarse a sí mismo.

Al menos solamente a esta Esencia Universal, a esta real y perpetua emisión de la Unidad Eterna, cabe la transmisión de este conocimiento a nosotros, así como sólo cabe al fruto de las generaciones naturales, proporcionar el conocimiento de los poderes que las generaron, delante de nuestros ojos.

Así, aquellos que no han reconocido este Ser como necesario, este fruto verdadero y perpetuo del engendramiento de la Unidad Eterna, acaban, naturalmente, por no reconocer más que la propia Unidad Eterna, ya que absolutamente más nada más allá de este fruto real podría presentarle a ellos, con todas sus cualidades y propiedades constituyentes; de la misma forma, si separamos nuestros ojos del fruto de la tierra, perderemos, rápidamente, el conocimiento de las cualidades virtuales generativas de la Naturaleza; y si consideramos al hombre, de forma silente e inerte, perderíamos, rápidamente, la idea de la extraordinaria actividad de sus cuerpo, y la vasta extensión de su pensamiento y de su inteligencia.

La generación y la anastomosis oculta de los seres.

Anastomosis: Comunicación material o artificial, entre dos vasos sanguíneos u otras formaciones tubulares.

Si los poderes de la Unidad Eterna son necesariamente uno en su engendramiento, y la Esencia Universal o el Fruto que procede de este engendramiento, necesariamente, se tornan sino uno, esta es, sin duda la razón fundamental de porque su generación se oculta a nosotros, ya que no podemos concebir este Fruto separado de Sus Fuentes generativas.

Pero, si por otra parte, hay, necesariamente, una unión progresiva y gradual de toda la Unidad Universal con toda producción posible, que aparece delante de nuestros ojos, no debe sorprendernos, porque nunca fuimos capaces de penetrar en la generación de las cosas, una vez que, no solamente los poderes generativos, en estas generaciones parciales, también siguen a la ley de Unidad, de acuerdo con su orden, hasta que sus frutos se convierten en uno con estos poderes, delante del ejemplo de la Unidad Universal, al menos en la raíz, y en el acto generativo, sin embargo, más adelante, el fruto se desprenda de sus fuentes generativas, al pertenecer a las regiones de sucesión.

Vamos a hacer una pausa aquí para contemplar ¡qué cosa admirable y cuán impresionante es esta profunda ley, que oculta el origen de todo que se produce, igual de aquellos que reciben o adquieren este origen! Bajo este velo impenetrable, las raíces de todos los engendramientos están intercomunicadas con la fuente Universal. Y, solamente cuando ocurre esta anastomosis secreta, y las raíces de las esencias reciben, en el misterio, una preparación vivificante, es que la substanciación tiene inicio, y las cosas toman forma ostensiva, colores y propiedades. Tal anastomosis es insensible, igual en el tiempo, y se pierde en la inmensidad, no eterna y no inmutable, como para enseñarnos que el tiempo es solamente la región de la acción visible de las cosas, pero que la región de acción invisible es infinita.

Sí, la Sabiduría y el Amor Eterno alimentan su propia gloria, y también nuestra inteligencia; ellas parecen temer que creamos que nada tiene un principio, y que no hay nada que no sea Eterno; ya que, en verdad, ninguna criatura, ni el mismo hombre, tiene la

mínima idea de su origen propio, a no ser el de su cuerpo; y adquiere este conocimiento mucho más por el cansancio que este cuerpo ocasiona a su espíritu, que por los ejemplos de su reproducción, que atestiguan a diario; pues, de hecho, nada puede tener un principio (absolutamente) sino el mal y el desorden. Y, como el Hombre pertenece a la Unidad, o al Centro, que es el medio de todas las cosas, él puede envejecer en su cuerpo, y ni siquiera creer que esté en el medio de sus días. Así, el origen oculto de las cosas es una evidencia expresiva de su fuente eterna e invisible, y sentimos que nada comienza a excepción del mal y la muerte, y que la vida, la perfección y la felicidad nunca habrían existido si no existieran desde siempre.

El Ser Universal Se engendra o Se revela en todo lugar, especialmente en nosotros.

Esto confirma el principio demostrado por nosotros; si, en todos los ejemplos dados, nada puede recibir el nombre de Espíritu, sino por la presencia del fenómeno de una real y constante posible emisión, es muy probable que el Ser Universal deba llevar el mismo carácter, y por lo tanto revelar a nuestra inteligencia la real y necesaria plenitud de una existencia ininterrumpida, sin comienzo o principio.

¡Feliz aquel que puede elevar su pensamiento a esta altura y mantenerlo allí! Irá, de esta forma, a alcanzar tal claridad de inteligencia, o fundamento de todo lo que existe, en orden de las cosas invisibles, así como en orden de las cosas visibles, que le parecerá simple, activo, y permanente, y, por así decir, diáfano; irá a ver que el Ser Universal, a través de su viva y continua Realidad, debe llevar a todo lugar la luz y la limpidez de lo que Es el foco perpetuo.

Pero si quisiéramos así considerar a la Realidad viva y continua de este Foco Supremo y Universal, en todas las cosas visibles e invisibles, ¿qué ocurrirá cuando consideremos en nosotros mismos, y veamos lo que opera en nuestro propio ser? Pues, descubriremos una notable diferencia, en lo que respecta a nosotros, que es la siguiente: podemos, por la reflexión, observar prontamente tal realidad en todas las cosas individuales, pero también, en verdad, podemos sentirla, en la Naturaleza y en nosotros mismos.

Sí, si por un único momento, penetrásemos las profundidades de nuestra existencia íntima, sentiríamos rápidamente, que todas las Fuentes divinas, con su Espíritu Universal, abundan y fluyen en la raíz de nuestro ser, que somos un constante y perpetuo resultado del engendramiento de nuestro Principio, que él está continuamente en su realidad con nosotros, y así, tras la definición que demos de *Espíritu*, podemos ver fácilmente, como un ser, capaz para sentir en sí la ebullición de la Fuente Divina, tiene derecho al nombre Hombre Espíritu.

El origen del Hombre.

Ahora podemos llegar a una idea concreta sobre el origen del Hombre. El Hombre nació y nace continuamente en la Fuente Eterna que no deja de ser la perpetua embriaguez de sus propias maravillas y deleites. Ésta es la razón por la cual afirmamos con frecuencia que el Hombre puede vivir solamente por la admiración, una vez que, según lo demostrado por el autor Alemán citado, ninguna criatura puede ser mantenida sino por la substancia o frutos de su propia madre.

El Deseo y la Voluntad.

Sin embargo, el Hombre también nació en la Fuente del deseo; pues Dios es un Deseo y una Voluntad Eterna de ser manifestado; Su magia, o la dulce impresión de Su existencia, se puede propagar y extender a todo aquello capaz de recibir y sentir. El Hombre también debe vivir a través de este deseo y de esta voluntad; y está encargado de mantener éstos sublimes afectos con él; pues, en Dios, el deseo es siempre voluntad, mientras que en el Hombre el deseo difícilmente alcanza este término, sin el cual nada puede ser hecho. Es a través de este poder, dado al Hombre que elevar su deseo al carácter de voluntad, que él debe realmente ser una imagen de Dios.

La unión entre la Voluntad Divina y el deseo del Hombre.

De hecho, el Hombre puede hacer que la Voluntad Divina propiamente dicha venga hasta él para unirse con su deseo; a partir de entonces él pasa a trabajar y a actuar de acuerdo con la Divinidad, que se digna, por así decirlo, a compartir Su obra, Sus propiedades y Sus poderes con el Hombre; y si, al darle el deseo, que es como la raíz de la planta, Él reserva la Voluntad, que es como su botón en flor, no es con la intención de que el hombre permanezca en la privación de esta Voluntad Divina y no la conozca; pero, al contrario, Su deseo es que el hombre sea llamado por ella, a conocer por él mismo, pues, si el Hombre es la planta, Dios es la savia o la vida. ¿Y que sería del árbol si la savia no corriese en sus venas?

El Pacto Divino.

Es en esta profundidad, en las regiones naturales y verdaderas de la emanación del Hombre, que se establece el pacto divino; tal pacto ata a la Fuente Suprema al Hombre. A través de este pacto, la Fuente Suprema, sólo podía transmitir al Hombre todos sus propios gérmenes sagrados, se acompañados de todas las fundamentales e incontestables leyes que constituyen su propia Esencia creativa Eterna, de las cuales no se puede separar sin dejar de existir. Este pacto no sufre alteraciones, como sufren los pactos materiales por la voluntad de las partes.

Al formar al Hombre, la Fuente Suprema tendría que haberle dicho: "Con los fundamentos eternos o con las bases de mi ser, y las leyes, eternamente inherentes a ellas, Yo te constituyo, Hombre; No tengo reglas para fijarte sino aquellas que resultan naturalmente de mi eterna armonía; No tengo de igual forma la necesidad de imponer cualquier pena a ti si no las infringes; cada cláusula de nuestro pacto está, exactamente, en las bases de tu constitución. Si tú observándolas, no las cumples, irás a causar tu propio juzgamiento y castigo, pues, a partir de este momento dejarás de ser Hombre.

El Pacto se extiende por toda la Naturaleza.

Podemos observar este principio en toda cadena de seres, donde descubriremos que todas las creaciones están ligadas, cada una de acuerdo con su clase, a su fuente generativa por un tratado implícito; de estas fuentes proceden todas sus leyes; y, en verdad estos seres caerían en desarmonía en el momento en que estas leyes fueran infligidas, leyes que cargan en su esencia y que son recibidas de sus fuentes generativas en el instante en que le dan la vida.

El peso, el número y la medida en la Naturaleza.

Al darnos atención en las leyes fijas y regulares, por las cuales la Naturaleza produce y gobierna todas sus obras, y acompañando, paso a paso, cuidadosamente, las pistas dejadas por ella, reconoceremos en todo lugar, un peso, un número y una medida que son los inseparables ministros de la Naturaleza; ellos demuestran que existían, primitivamente, en la Fuente mencionada arriba, y constituyen el ternario eterno, cuya imagen encontramos en nosotros mismos; sobre ellos reposa el pacto divino.

Vemos, además, que estas tres bases, satisfacen al Omnipotente, pues establecen las fundaciones de todas las obras de la Naturaleza caracterizando externamente todas las variedades de Su producción, o aquellos desenvolvimientos externos de forma, color, duración, olor, propiedades esenciales, cualidades, etc., cosas que no son números, sin embargo poseen números para la manifestación y la indicación.

Es de este forma que el Ternario Universal varía, ad infinitum, multiplicando sus operaciones, y manteniéndolas siempre en operación en el infinito del cual dependen, así el Hombre nunca puede numerarlas o apoderarse de ellas; y, de hecho, es suficiente para él hacer uso de estas operaciones; a él le está prohibido poseerlas con sus propiedades, puesto que, a través de esta multiplicidad de medios es que la sabiduría suprema puede variar las manifestaciones de su ternario Universal, Ella solamente se segura a sí misma, el derecho a la propiedad de este acto generativo, nunca dejando, sin embargo, de manifestar esta infinitud, de forma externa, para que sea admirada.

Sin el poder contrario, que trajo desorden al Universo, la Naturaleza no sabría de desarmonía alguna, y nunca se habría separado de las leyes prescritas por los planos Eternos; pero, a pesar de su desorden, cuando consideramos a la Naturaleza como siendo compuesta de tan varios instrumentos y órganos, sirviendo como canales para la vida universalmente difundida, percibimos una gradación en sus obras, que nos hace admirar aquella sabiduría benefactora que dirige el curso armonioso de las cosas.

Los grados en el conocimiento de la Naturaleza, del Hombre y del Espíritu.

Observaremos, de hecho, que en la serie de obras de la Naturaleza, todo sirve como un grado para llegar no sólo al próximo, sino al más alto grado.

La acción y la armonía del fenómeno de la Naturaleza llevan al conocimiento de sus fundamentos y elementos constituyentes.

El conocimiento de sus elementos constituyentes conduce al conocimiento de aquellos poderes temporales e inmateriales que crean este fenómeno.

El conocimiento de estos poderes temporales e inmateriales conduce al Espíritu, pues no poseen en sí mismos la llave de proyecto general.

El conocimiento del Espíritu lleva al conocimiento de la comunicación entre él y nuestro pensamiento, toda vez que, otrora, manteníamos relaciones con el Espíritu, y toda relación presupone dos más o seres análogos; una relación no puede ocurrir cuando hay sólo un ser.

El conocimiento de la comunicación de nuestro pensamiento con el Espíritu nos lleva a la luz de Dios, puesto que solamente esta luz puede ser el punto generativo central de todo lo que es luz y acción.

El conocimiento de la luz de Dios nos lleva a conocer nuestra propia miseria, debida a nuestra terrible privación de esta luz, que es nuestra única vida.

El conocimiento de nuestra miseria nos muestra la necesidad de un poder restaurador, puesto que el Amor, que es el orden eterno y el eterno deseo del orden, nunca puede dejar de presentarnos este orden y este amor, para que disfrutemos de ellos.

El conocimiento de un poder restaurador nos conduce a la recuperación de la santidad de nuestra esencia y origen, puesto que nos trae nuevamente al seno de nuestra fuente generativa primitiva, o a la Trinidad Eterna. Así todo en la naturaleza física, como en la naturaleza espiritual, tiene el objetivo del crecimiento y el mejoramiento, que podría servir como una pista en nuestro laberinto y para ayudarnos a valorar los derechos de nuestro pacto divino; pues, independientemente de nuestros descubrimientos en este pacto divino, alimento revitalizante para aquella insaciable necesidad que tenemos de admirar, es necesario aprender a desempeñar una de las más nobles funciones del Ministerio Espiritual del Hombre, la de ser capaz de compartir esta felicidad suprema con nuestros semejantes.

"Hágase Tu voluntad"

El Hombre clama, desde la caída, por el cumplimiento de la voluntad divina, esta súplica tiene un significado muy profundo y natural, ya que rogamos para que convenio divino pueda recuperar su valor; que toda la voluntad y deseo procedente de Dios pueda ser cumplido, y, de esta forma, que el alma del hombre pueda florecer nuevamente en su verdadero deseo y voluntad original, lo que lo haría formar parte del desarrollo del deseo y voluntad de Dios; por lo tanto no podemos pedir al Regente Supremo de sea hecha Tú (la de Él) voluntad, sin, a través de esta oración, rogar para que las almas de todos los hombres puedan ser restauradas en la posibilidad de disfrutar del elemento primitivo, y para que sean colocadas en condiciones de ser restablecidas en el Ministerio Espiritual del Hombre.

Observa aquí, que, en las oraciones recomendadas por Dios, no se dice a los hombres que pidan aquello que no pueda ser concedido a todos; Él promete solamente lo que es compatible con su generosidad universal, la que a su vez se refiere, a las necesidades universales de los hombres y a su gloria universal. Cuando pedimos a Dios algo particular que no puede ser dado, igualmente, a todos nuestros semejantes, tales como cosas materiales, trabajos o distinciones, nos separamos esencialmente de nuestra ley.

Por lo que se debe orar.

Nunca debemos pedir a Dios algo que pertenezca a este mundo, pues todo aquí es contado y limitado, siendo imposible que todos tengan lucro; y si uno se beneficia con una mayor parte, otro debe, necesariamente, sufrir privaciones. Esto nos muestra cuán extrañas son las posesiones al código primitivo, y que el precepto Evangélico, así como la renuncia a los bienes materiales, está íntimamente ligado a las propias y fundamentales bases de la verdadera justicia.

Al contrario, debemos clamar incesantemente por las cosas del mundo real e infinito en el cual nacemos, porque nada de ese mundo puede llegar al hombre sin abrir camino para que descienda sobre todos.

En las oraciones recomendadas por Dios al hombre, la primera cosa que se debe rogar a Él y a su Reino, es que venga hasta nosotros, sólo después de esto es que el Hombre será considerado.

Lo que se pide al Hombre es que de modo alguno peque por cosas terrestres; el pan de cada día del que se habla, no es nuestro alimento elemental, pues el Hombre tiene manos para trabajar y la tierra para cultivar, somos prohibidos de cuidar las necesidades de

nuestros cuerpos, como hacen los paganos. Este pan de cada día, que se debe adquirir con el sudor de nuestra frente, es el pan de la Vida, que Dios distribuye a sus hijos diariamente, y lo único que puede ayudar a desarrollar nuestra obra. Finalmente, pedimos perdón de nuestros pecados y que se nos aparte de la tentación.

Todo en esta oración es Espíritu, todo es caridad divina, puesto que su objetivo es, de modo general, hacer que el pacto divino mantenga la condición en que todos tienen que contribuir.

Cuando se dice en el Evangelio, "Buscad primero el reino de Dios y su rectitud, y todo lo demás os será dado", podemos creer que el auxilio temporal que necesitamos, de hecho, no nos falta, si fijamos nuestra morada en las riquezas espirituales; pero el Evangelio va más lejos y afirma que deberíamos primero buscar el reino divino, y que el reino divino, y que el reino espiritual también nos será dado; o sea, si establecemos nuestra morada en Dios, no habrá nada en la luz y en los poderosos dones del espíritu que nos sean rechazados.

Ésta es la razón por la cual aquellos que buscan solamente en las ciencias espirituales, y no van directamente a Dios, toman el camino más largo y con frecuencia se pierden. Por lo tanto se dice que sólo una cosa es necesaria, pues ella incluye a todas las otras. Es, en hecho, una ley indispensable que cualquier región debe incluir, administrar, poseer y hacer uso de todo lo que viene después de sí, o un grado inferior a sí misma. Así, no es de sorprender que al alcanzar la región divina, que está sobre todas las otras, estaremos alcanzando la supremacía sobre todas las cosas. Vamos a buscar a Dios, y nada más, si queremos tener todas las cosas; pues nacemos de la fuente del Deseo Eterno y del ESPÍRITU Universal.

Los animales y las otras cosas de la Naturaleza también tienen un deseo, pero la voluntad que corona este deseo les es un tanto extraña y está separada de ellos; por esta razón no necesitan rogar, como es necesario al hombre; ellos sólo necesitan actuar.

La luz es parte del Convenio Divino con el Hombre.

Pero el hombre tiene su origen no sólo en las Fuentes de la admiración, del deseo y de la voluntad, sino también en la Fuente de la Luz, y ésta Luz, consecuentemente también formó una de las bases del pacto divino con el Hombre.

Por esta razón, el Hombre es el primer componente de la relación entre él mismo y todos los objetos naturales y espirituales a su vez. Por esta razón, si el Hombre no se esclarece respecto a su propia existencia, nunca esclarecerá nada en relación con la existencia de cualquier otra creación o ser emanado.

El Hombre es la escala de medida para todas las criaturas.

De hecho, si el Hombre tenía su origen en la verdadera fuente de la admiración, del deseo, de la voluntad y de la luz — en una palabra, la fuente de la realidad — se convierte, en su cualidad de ser real, en la escala de todo objeto y criatura que se le asemeje, pudiendo medir su existencia, leyes y acción, sólo a través de aquello de aquello que difieren de sí mismo: una profunda e importante verdad, que muchos parecen despreciar, pero que sólo separa de la indolencia solamente cuando creen separarla de la modestia.

Esta verdad es, además, probada por las experiencias diarias de aquello que pasa entre los hombres. Pues, ¿cómo los hombres se tornan jueces y árbitros en las ciencias, leyes, artes e instituciones, en resumen, en todo aquello que llena su vida transitoria? ¿No

es para comenzar a dominar, tanto cuánto sea posible, los principios relacionados a cada tema? Y habiendo penetrado totalmente estos principios y tornándolos a sus propios principios, entonces los toman como grado de comparación para todo aquello que les es dado a examinar: cuanto más los hombres están llenos con el conocimiento de estos principios fundamentales, más se espera que sean capaces de juzgar correctamente, y determinar el valor y la naturaleza de los asuntos sometidos a su tribunal.

La santa raza del Hombre, engendada en la Fuente de la admiración, del deseo y de la inteligencia, fue, entonces, establecida en la región del tiempo ilimitado, como un orbe luminoso de donde tendría que irradiar extensamente una luz celestial; en pocas palabras, el Hombre era un ser, situado entre la Divinidad y el traidor, que en la región espiritual podría producir, a voluntad, explosiones de relámpagos y truenos, o la serenidad de silencio; cargar las cadenas de la culpa, y lanzarse en la oscuridad, o imprimir las señales de la consolación y del amor en las regiones de la paz.

Dios y el Hombre, los extremos de la cadena de los seres.

Dios y el Hombre son los dos extremos de la cadena de los seres. El Hombre debe, hasta ahora, aquí debajo, tener el verbo realizador. Todas las cosas entre estos dos seres, están sujetas a ellos; a Dios, como sus creaciones; al Hombre, como sus súbditos. Y todo reverenciaría y se estremecería delante de nosotros, si permitiésemos el libre acceso a la substancia divina en nuestro ser: en primer lugar la Naturaleza, pues ella nunca conoció, y nunca podrá conocer, esta substancia divina; en segundo lugar, nuestro implacable enemigo, pues él la conoce sólo por el terror de sus poderes invencibles.

La responsabilidad del Hombre, como distribuidor de las riquezas de Dios.

Sin duda, el Hombre nació para penetrar las magníficas obras de Dios, y reprimir la desarmonía; pero también para habitar siempre cerca de Dios y, desde esta altura, supervisar continuamente todo el círculo de las cosas, y distribuir las riquezas divinas, debajo de los ojos de la misma sabiduría; y descubrimos que así debe ser, al nunca sentirnos en reposo y en nuestra correcta proporción, excepto cuando alcanzamos esta posición; aunque esto suceda raramente aquí abajo.

Piensa, entonces, Oh Hombre, en la santidad de tu destino; tienes la gloria de haber sido escogido para ser, de alguna forma, el domicilio, el santuario y el ministro de las gracias de nuestro Dios; y tu corazón todavía puede ser henchido con estos tesoros deliciosos, al mismo tiempo que puedes esparcir estas maravillas en las almas de tus semejantes; sin embargo, cuánto más importante fuera tu ministerio, más cierto y justo ese que el Hombre responda por su administración.

La Tierra, un ejemplo para el Hombre.

Cuando los cielos visibles envían sus sustancias, o las materias de trabajo diario para que la tierra pueda conducir las a la madurez, ellas anuncian a la Tierra: “Éstos son nuestros planes, éstos son nuestros deseos, tanto para la preservación de las cosas, como para la expansión de las maravillas de la naturaleza; tú debes dar cuenta a todos aquellos que confiamos en ti; no permitas que ninguna de estas esencias permanezca inactiva; deja

que todo coopere con nosotros, al hacer con esto que la muerte universal, que devora todas las cosas, desaparezca.”

La Tierra, entonces, para escapar de su propia muerte, incuba y alimenta las virtudes que los cielos acababan de depositar en ella; desarrolla sus poderes reservados y coagulados y, en sus aspiraciones agrega otros poderes a los ya existentes; entonces, la tierra trae a la superficie la leal prestación de cuentas que atestiguamos, de todo lo que le fue confiado, con un gran progreso proveniente del empleo y colaboración de sus propias facultades.

La misma ley está destinada a ti, Oh Hombre Espíritu, para la administración de tus bienes como el oficial de la Verdad. Tú eres la tierra de Dios; tú eres un funcionario divino en el Universo. Dios te envía, todo los días, quizás en todo el momento, por lo menos, en cada período espiritual, la tarea que Él te da a desempeñar, de acuerdo con los Designios de Su Sabiduría, y según tu edad y tus fuerzas. Te envía esta tarea, deseando que no escatimes en la consumación de tus sufrimientos, advirtiéndote que va a exigir, rigurosamente, a su vuelta, lo que consiste ni más ni menos en el restablecimiento del orden, de la paz, y de la vida en la esfera de su dominios los cuales confió a tus cuidados.

Esta obra es la Magia de Dios, y el complemento de aquel que ora.

Este deseo que Dios manifiesta, y la alerta que te da, no debe parecer algo extraño; es preciso reconocer aquí la propia sed de justicia de Dios, y la aniquilación del desorden; cuando Dios envía su deseo o sed dentro del hombre, no hace más que admitirlo en su consejo, pues Él lleva su Consejo dentro del hombre, introduciendo allí los más dulces y levados propósitos de su sabiduría; el Hombre es, entonces, impregnado con las mismas relaciones que Dios propiamente dicho tiene con todo lo que es imperfecto, y Él mismo le provee de todo lo necesario para realizar su rectificación; o sea, Dios provee al Hombre con recursos extraídos de su propia gloria, y procura estimular su ardor a través de la esperanza que le proporciona de participar de todos los frutos como Él mismo.

Esta obra es el exacto complemento de aquello que sin embargo, ya que es la exacta acción, para no decir, la generación viva de la orden divina que pasa dentro del Hombre.

La Teurgia, sus imperfecciones y peligros.

Esta obra está muy por encima de todas aquellas operaciones teúrgicas, en las cuales el Espíritu se puede unir a nosotros, celar por nosotros e incluso orar por nosotros, sin nuestro ser, igualmente sabio o virtuoso; como este Espíritu está, entonces, ligado a nosotros solamente en forma externa, y opera éstas cosas casi siempre en las desconocidas de nosotros, que alimentan nuestro orgullo y animan nuestra falsa seguridad, tal vez sea más peligroso de que nuestras faltas y debilidades que nos hacen recordar la humildad.

La verdadera obra es central y se desenvuelve en la acción.

Aquí, por el contrario, todas las cosas comienzan en el centro, somos vivificados antes que nuestras obras emanen de nosotros; he ahí el por qué tenemos mucha satisfacción al ser extraídas de nosotros a través de nuestras obras, eliminando la vanidad; y cuando el hombre se hace para ser, realmente, el siervo de Dios, este modo de existencia, esta condición sublime, debe parecer tan natural y tan simple a él que no da para concebir cualquiera otra.

Pues, ¿cuál sería el fin o el objetivo de la acción sino conectar aquellos consagrados a ella con la Acción Universal? Está a través de la actuación que nos unimos a la acción, y acabamos siendo nada menos que los órganos de la acción continua y constante; así, aquello que es esta acción es como nada para nosotros, y nada más allá de esta acción nos parece natural.

El Hombre debe ser la continuación o el recomienzo de Dios.

El Hombre está para ser encargado de continuar a Dios, donde Él no es conocido por sí mismo: no en su orden divino fundamental; pues, allí, Él ejecuta su generación eterna y secreta. El Hombre continúa a Dios en las manifestaciones y en el orden de las emanaciones, pues allí Dios se hace conocido solamente a través de sus imágenes y representantes.

El Hombre continúa a Dios, o, en otras palabras, lo recomienza, como un embrión o una semilla recomienza un árbol, al nacer de aquel árbol, sin agente intermediario.

Uno recomienza al Otro como un heredero recomienza su antecesor, o un hijo a su padre, tomando posesión de todas las pertenencias del predecesor o del padre; de otra forma él no podría representarlo; sólo hay una diferencia, en el orden espiritual, la vida aún permanece en la fuente que la transmite, porque esta fuente es simple; mientras que, en el orden material, la vida no permanece en la fuente que la engendra, pues esta fuente es mixta, y no puede engendrar sin dividirse a sí misma. En el orden material, particularmente en la vegetación, el fruto, que es la vida o el germen, y el grano, que es la muerte, están íntimamente conectados. En el grano, la vida está oculta en la muerte; en el fruto, la muerte está oculta en la vida.

El proceso del recomienzo abolido por la caída.

He descrito al Hombre hasta aquí solamente en relación a su estado original; al describirlo de acuerdo con lo que ha hecho de sí mismo por el uso falso y criminal de sus privilegios, este alto privilegio que poseía de recomenzar a Dios, desaparece; e somos compelidos a decir que, desde esta época fatal, Dios ha tenido, al contrario, que recomenzar al Hombre; Dios recomienza el Hombre diariamente.

Pues, no sólo en el momento de su caída, Dios fue obligado a recomenzar al Hombre, o a renovar su contrato divino con él, pero en todas las épocas, en las cuales Él envió leyes para nuestra restauración; épocas que rindieron inutilidades por nuestra falta de respeto por sus dones, y el pequeño fruto que sacamos de ellos, tenía que ser cambiado por otro, siempre más importante que su precursor; pero que, a su vez, era igualmente profanado por nosotros, lo que sólo nos perjudica, al contrario de socorrernos; esto requiere que el Amor Divino nos recomience nuevamente.

Si así no fuese, este universo visible, en donde estamos prisioneros, habría sido, hace mucho tiempo, lanzado nuevamente en el abismo, fuera del alcance del Amor supremo.

El proceso de liberación del hombre: del crimen, a través de la ley, hacia la acción vital.

El Hombre pasó del crimen hacia las tinieblas. Al dejar las tinieblas la Divinidad Suprema le hizo pasar por la Naturaleza. Al dejar la Naturaleza, le hizo pasar por el

ministerio de la Ley. Fuera del ministerio de la Ley pasó por aquel de las oraciones, o la Ley de gracia que debería haber restaurado todas las cosas para él.

Pero, como el sacerdocio humano ha corrompido esta ley de gracia tornándola vana, hubo de ser suspendida, a su vez, y substituida por una acción vital violenta, así como la oración, o la ley de gracia había substituido la ley que fuera mal usada por los judíos; tal es el Espíritu de sabiduría y la tierna benevolencia, con que el Amor Supremo conduce o admite que suceda todos estos acontecimientos lamentables de los cuales el hombre terrestre se queja, olvidándose de que sus propios crímenes los han producido, dejando a la tierra en un completo desorden, mientras que él nació en el mundo para pacificar y mejorar todas las cosas.

La Revolución Francesa fue probablemente designada por la Providencia para expurgar, si es que no suspender, este ministerio de las oraciones; una vez que esta, en su origen, estaba designada a suspender el ministerio de la Ley. Con esto, el pueblo francés puede ser considerado el pueblo de la nueva Ley, así como el hebreo fue el de la vieja Ley. No necesitamos espantarnos con tal elección, a pesar de nuestros crímenes y bandidaje. Los judíos elegidos no fueron, en su tiempo, mejores que los franceses.

Sin embargo, hay una coincidencia todavía peor; el templo de Jerusalén fue destruido y quemado dos veces, una por Nabucodonosor, otra por Tito; y aquellos días en que tales eventos ocurrieron, son los mismos en que la autoridad temporal de Francia fue arruinada; es decir, el “10 de Agosto”. ”Cuando Tito se retiró en Antonia, él decidió atacar el templo, al día siguiente, 10 de agosto, con todo su ejército; estaban en víspera de aquel día fatal en el cual Dios había, hace mucho tiempo, condenado este santo lugar a ser quemado, así como había sido previamente, en el mismo día, por Nabucodonosor, rey de Babilonia.”(Fl. Josephus, ‘Romanos...’ LVI. Q XXVI)

Esta acción vital que, de acuerdo con todas las apariencias, tienen que subsistir el ministerio de las oraciones, irá todavía a alcanzar sino una parcial conquista entre los Hombres, si comparada con la gran mayoría, que no se beneficiará de ella; ha visto la propensión al mal uso de todas las cosas, que el Hombre ha exhibido desde el principio.

El proceso llevado a cabo en el último juicio.

De esta forma, Dios estará nuevamente obligado a recomenzar al Hombre a través del juicio final, o el final de los tiempos; pero como en esta ocasión, todo el círculo habrá sido girado, la obra será consumada sin vuelta; o sea, sin el temor de cualquier nueva delincuencia por parte del Hombre, y por lo tanto sin que Dios esté obligado a recomenzar al Hombre.

Al contrario, el Hombre va a haber, entonces, recuperado el sublime privilegio de recomenzar a Dios, como debería haber sido hecho desde el principio.

Sin embargo, hay una diferencia: en el principio el Hombre estaba solamente bajo los ojos del pacto (alianza) y podía comportarse como quisiese; al final, estará en la alianza; de esta forma, no será más capaz de escoger, pues él será eternamente un impulso propulsor en la corriente divina.

La puerta de la Luz y del Amor en el Hombre.

En nuestro pasaje terrestre, y en los varios caminos espirituales que el Hombre puede elegir durante este pasaje, hay una puerta particular para cada uno de nosotros, a través de la cual la Verdad procura entrar; es solamente a través de ella que la Verdad

puede llegar hasta nosotros. Esta puerta es distinta e independiente de la vía principal de nuestro origen, por la cual la vida de nuestra Raíz desciende hasta nosotros y nos torna Espíritu; pues esta puerta principal es común a todos, y al ser perverso también.

La puerta particular, o la vía aludida, tiene objetivo de renovarnos en la fuente de la vida, y en la Luz Eterna del Amor; y no es ofrecida al ser perverso.

Esto imposibilita, verdaderamente, recuperar las fuentes de la Luz y del Amor; sin ellas, pasamos nuestros días en vano, igualmente así son parte del verdadero conocimiento; hasta que la fuente de la vida encuentra esta puerta abierta en nosotros, ella espera del lado de afuera.

Sólo a través de esta puerta que el Hombre para obtener su subsistencia; si fallamos en abrirla, permaneceremos totalmente destituidos; si la abrimos, ella nos trae abundante alimento; si fuésemos sabios no iniciaríamos obra alguna sin haber pagado nuestras deudas, o sea, hasta que hubiésemos abierto esta puerta y terminado la tarea que ella induce.

Pero como esta puerta también es una determinación de Dios, para introducirnos en el ministerio espiritual cuando ya somos parte de aquellos llamados para la obra, agitaciones y tempestades nos pueden atormentar, a fin de retrasar la obra, pero la Fuente de Vida aún así irá a encontrar esta puerta en aquellos preparados para ser usados, y la gloria de Dios triunfará en ellos para su gran satisfacción.

Todos deben abrir la puerta en sí mismos.

Aunque Dios abra esta puerta en aquellos que empleados, aquellos que no son empleados no deben reposar delante de cualquier supuesta imposibilidad bajo la justificación de que ninguna puerta se abrirá en ellos, pues en todos los hombres, hay una puerta para el deseo y para la justicia; estamos todos obligados en abrir esta puerta en nosotros mismos, lo que podemos hacer si perseveramos.

La puerta de la elección.

Así como aquella única a llevar al Hombre a la obra de Dios, esta puerta también sólo puede ser abierta por Dios; pero esto no es prueba de nuestro avance, si la primera permanece cerrada por indolencia y por la holgazanería. Podemos expulsar los demonios en Su nombre aún que Él no nos conozca.

Hay un conflicto entre lo que debe pasar en el interior y por fuera de nuestra puerta verdadera, convirtiendo muy difícil que cualquier cosa sea adquirida por medios externos. Es como una planta injertada, donde los jugos están en conflicto con la savia del árbol donde es transplantado; este conflicto dura hasta la savia del árbol toma su curso natural y arrastra a los nuevos jugos consigo. Pero algunas veces la savia de la planta salvaje es la vencedora.

La savia del Árbol de la vida.

¿Cuál es la savia verdadera que debe llevar consigo, en su curso, todas las cosas? Tú que aspiras a ser admitido en el grado de los trabajadores del Señor, sabes cuál es.

Sabes que ella debe animar sus propias esencias y que fluye de la eterna Generación Divina.

Sabes que no puede circular en sí sin retrazar a la propia Generación Divina eterna.

Sabes igualmente que hasta la menor parte de tu ser debe ser vivificada por esta savia.

Sabes que el poder de esta savia vivifica y rige todas las regiones espirituales, así como las estrellas, animales, plantas y todos los elementos visibles o invisibles.

Sabes que lo que ella hace por todas las cosas, tiene el derecho de hacer por el hombre, si él no se opusiese.

Por lo tanto preséntate ante el Principio eterno de esta savia fecundante y di: "Oh, Autor Supremo de todas las cosas, no permitas que tu imagen sea degradada y caiga en la futilidad. Toda la naturaleza experimenta continua y directamente los efectos de tu savia, y no es, ni por un instante, privada de su acción vivificante; el Hombre no está sujeto a tu imagen por ser menos favorecido que la Naturaleza y otras criaturas hechas por ti; haciéndole tomar parte del mismo beneficio; permitiéndole ser reconciliado con tu Unidad universal y, a partir de entonces, como tú, él jamás se moverá sin que el universo visible e invisible se mueva con él; no irá a moverse sin estar rodeado de agentes que le tornarán un participante de tu Gloria y poder".

Esto, Oh Hombre de Deseo, es el objetivo a cuál todos tus esfuerzos deben tender. Tú tienes en ti mismo la puerta por la cual esta savia debe entrar. Si comprendes esto, como una ayuda espiritual humana, o que por fuerza de las circunstancias, todas las otras puertas están cerradas para ti, alégrate por esto, puesto que es prueba de que el Padre Supremo puede, así, a forzarte a mirar por esta puerta sagrada, donde te espera, y por la cual te dará acceso a las maravillas que te son preparadas.

Ahora, estas maravillas involucran el círculo universal de todo, que era ya la fundación de tu imperio; y una prueba de que todos los poderes, visibles e invisibles, estaban presentes en ocasión de tu nacimiento primitivo, es que están sensiblemente presentes en tu regeneración, y cada uno hace su parte en esta regeneración. Así, si Dios desea que todos los secretos sean divulgados al Hombre, ¿qué habría de permanecer oculto a nosotros? Tan luego viéramos a Dios dentro de nosotros, veremos en él todas las regiones.

Toda infección interna debe ser extirpada.

Dios, sin duda, conoce nuestro estado interior; conoce todas las sustancias corrosivas que acumulamos a diario, aún así, permite que continuemos e incluso nos lleva a determinadas situaciones para que comprendamos este nuestro estado interior de forma consciente, y nos hace sacar a la superficie todas estas sustancias injuriosas, mostrándolas externamente.

Permitiendo, de esta forma, que estas falsas influencias terminen su ciclo completo, la gloria divina brilla, sin duda, con todo el esplendor; pues este círculo de falsas influencias puede seguir como quiera, acabando en nada; y el elegido que soportó la prueba hasta el máximo, es inflexible en él y mucho más en su protección contra el enemigo.

Es mucho más para nuestra purificación, que para Su propia gloria que Dios nos permite pasar por éstos períodos dolorosos y humillantes, o sea, esta hipocresía que reina aquí abajo un día debe acabar.

Donde hay maldad, la hipocresía reina.

Si el hombre tuviese cuidado con su conducta, podría haber producido el mismo resultado, o sacado de sí mismo otra conducta; esto es, cuando él se sentía atraído por lo que eras falso, debería haber intentado no olvidar que la verdad no dejó de existir; sería, decir a Dios, en lo más íntimo de tu ser, que todavía hay mucho más para hacer por el

perfeccionamiento de la Naturaleza, del alma humana y por el avance de la obra Divina de Sabiduría. Esto sería mostrar a Él cuán urgente era aquella obra, y pedir para ser utilizado en ella, y no haber sido inactivo, o destituido de cualquier otra obra, hasta que esta hubiese sido terminada.

Es cierto que el Hombre sería enormemente preservado de esta manera. Pero esta saludable prudencia sólo puede ser el fruto de un largo y habitual trabajo; solamente puede ser, por así decir, la recompensa de la sabiduría. El Hombre debe primero expeler de sí mismo toda maldad y deformidad; pues, mientras haya un sólo vestigio de maldad, la hipocresía estará cerca y siempre lista a cubrir esta deformidad: porque, para estar preservado de cualquier hipocresía, no hay sino un medio que es la abstención de la maldad.

Por otra parte, al abstenerse de la maldad, el hombre facilita el desarrollo del óleo santo dentro de él. Cuando ocurre esto, el óleo santo dentro de nosotros atrae el fuego, y no puede dejar de inflamarse. En este instante, todas nuestras conductas son iluminadas, no habiendo más lugar para la hipocresía.

Los diferentes infiernos.

Infelizmente es verdad afirmar que el Hombre puede, por actos impropios y falsas contemplaciones, encender en sí un fuego perjudicial tanto al propio Hombre como a todas las regiones en donde tendrá que ejercer su ministerio; pues todo es poder, y es la fuerza respectiva de los diferentes poderes que fabrica todo el peligro, sufrimiento y la espantosa oposición de todas las criaturas que combaten unas con otras aquí en este plano.

Primero, cuando nos dejamos de vivir nuestra vida verdadera, o sea, tan pronto dejamos de apoyarnos en la región fundamental de nuestro pacto primitivo, aprendemos que hay una especie de infierno pasivo, que puede, sin embargo, ser llamado infierno divino, ya que, para nosotros, es como el esfuerzo de la vida real contra la inercia o el vacío donde descendemos a través de la indolencia.

Pero si vamos más allá, y en vez de reposar en la región de nuestro pacto primitivo, nos apoyamos o no unimos a las regiones desordenadas o viciosas, llegaremos rápidamente a un infierno más activo, que posee dos niveles: en uno de estos niveles, debemos ordenar todas aquellas pasiones que nos unen más o menos al servicio de nuestro enemigo; el otro es la exacta porción o estado del diablo propiamente dicho, y los que se identifican con él.

El primer nivel de este infierno activo implica, por así decir, todo el género humano, y, en este punto de vista, quizás no hay un único hombre que no realice, a diario, la obra del diablo, y quién conoce aquella de muchos diablos al mismo tiempo; a pesar que, en este nivel, los Hombres realizan tal obra sin al menos sospechar de esto, sin conocimiento. Esto porque nos muestra la poca correspondencia de parte del demonio, al punto de mantener a todos los hombres a su servicio, y de hacerlos ejecutar todo lo que es posible, y todavía al disimular tan bien y al mantenerse detrás de los velos, él hace a los hombres actuar a su placer, y al mismo tiempo les hace creer que no existe.

Este enemigo, siendo espíritu, dirige todo pensamiento a un punto fuera de la mente del hombre, al llevarlo de ilusión a ilusión, pues realmente él trabaja al Hombre en el espíritu, mientras parece estar actuando solamente en el orden externo de las cosas; esto porque el Hombre, que es espíritu, presenta naturalmente el carácter de su propia existencia ilimitada a todo lo que él aborda.

El enemigo, a quién el Hombre sirve ciegamente, lo conduce por este camino hasta la tumba, con proyecciones y pasiones sin fin, engañándolo tanto en su existencia transitoria como en su existencia real; es ésta también la razón por la cual la Sabiduría Eterna, la cual siempre debe habitar en nosotros, es obligada a moverse de esta morada infectada del Hombre.

¿Cómo, de hecho, la Sabiduría Eterna podría habitar entre los hombres? viendo como sirven a un amo que no conoce, y en quien no cree; y viendo que, en su ceguera, se juzgan unos a otros, se corrompen unos a otros, se roban unos a otros, luchan y matan unos a otros. Todos estos movimientos turbulentos La llenan de miedo, Ella que fuera ordenada en observar y habitar exclusivamente la paz, el orden y la armonía.

En el segundo nivel de este infierno activo, los hombres también sirven al diablo, pero no inconscientemente, como antes; ellos no están ya en la duda o la ignorancia de su existencia; participan, consciente y activamente, en sus iniquidades. Felizmente, esta clase de traidores es la minoría, de otro modo el mundo estaría hundido bajo el peso de las abominaciones del enemigo.

Lo Divino, o el infierno pasivo, comprenden toda región de sufrimiento, excepto aquélla de iniquidad. Allí, por lo tanto, la angustia sucede a la angustia, como las ondas del mar. Pero, allí también, una onda engulle a la otra y ninguna tiene dominio completo. Por esta razón, la esperanza sigue siendo, de tiempo en tiempo conocida en este infierno.

En el primer nivel del infierno activo, no hay, en principio, espiritualmente, ni angustia ni esperanza; no hay nada más allá de la ilusión; pero bajo esta ilusión está el abismo, que rápidamente hace la vehemencia de su remordimiento amargo ser sentido.

En el segundo nivel de este infierno activo, no hay nada más allá de la iniquidad, no hay ni esperanza, ni ilusión; allí, la unidad del mal es inquebrantable.

Aunque permanecer en los caminos dolorosos del infierno divino sea algo desagradable, reside en la misericordia de la Sabiduría Divina permitir que los hombres que se han lanzado allí, permanezcan por poco tiempo. Si ellos no fuesen mantenidos allí, nunca sabrían u olvidarían igualmente que los poderes allí todavía son divinos. Sí, este infierno se convierte en una de las fuentes de nuestra salvación, nos enseña a temblar delante de los poderes de Dios, y para regocijarnos, aún más, al compararlos con Su amor.

La Sabiduría Suprema también permite que nada en este infierno, y nada en los dos niveles del infierno activo, sea ocultado del hombre del deseo; puesto que debe ser instruido en cada uno de las ramas conectadas a su ministerio, ya que él, posteriormente tendrá que dar ayuda a otros; igual a aquellos que, aunque todavía viven, puedan estar sumergidos o estar naturalizados en este abismo o infierno activo.

Pues la existencia de estos miembros ambulantes del demonio es uno de los delirios espantosos que el trabajador del Señor debe conocer; esta es la parte más dolorosa de su ministerio. Pero., ¿para que el profeta sea investido, él no debe, como Ezequiel, tragar el libro escrito por dentro y por fuera?, esto significa que debe ser colmado con abundantes lamentaciones.

Sí, Dios permite que hasta Sus profetas sean probados por el Maligno, para que aprendan a sentir por sus hermanos en cautiverio y redoblen su ardor por la promulgación de la ley.

Así, para el trabajador del Señor cumplir su destino, que el proclama a ser útil espiritualmente a sus semejantes, sobre todas las cosas es necesario abstenerse de caer en el infierno activo; pero, por otra parte, es necesario trabajar para conseguir librarse del

infierno pasivo o divino, si es que él lo ha abordado, negligentemente; pues, mientras él esté allí, no puede ser utilizado en la obra de modo alguno.

Es solamente en la medida en que él se libre de este infierno pasivo que las riquezas del pacto divino entran en él, pudiendo entonces vivificar a otros hombres, vivos y muertos. Con esto, el hombre se convierte no sólo en el órgano del loor admiración), sino que también, de algún modo, su objeto, cuando manifiesta aquellas maravillas inexorables con las cuales su corazón puede expandirse abundantemente, las cuales, de hecho, pueden salir de él, así como vemos toda especie de maravillas brillantes que se desprenden o surgen de la luz en el instante que suben desde su fuente de fuego.

El hombre puede alcanzar diferentes elecciones.

Dejemos que este hombre tenga valor y perseverancia y no se limite a una simple elección de purificación; dejémosle aspirar a obtener la elección de la vocación y de la enseñanza, o aún a la elección de la intención y de la voluntad, que a su vez no es todo; pues todavía el hombre no es nada sin ser conducido en la elección de la acción y de la operación; e igualmente esta última elección aún no puede ser llevada en cuenta hasta que se convierta como EL ETERNO.

Pues el ETERNO es la expresión que ha caracterizado a Aquél que Es, una vez que Lo describe en su existencia.

La acción de Dios, un foco vivificante en el Hombre.

Sin embargo, Su existencia esta más alejada de nosotros que Su acción; y Su acción es lo que sirve como Su intermediario. Y nosotros no somos nada, caemos en la cancelación si la acción y el movimiento divino no son constantes y universales en nosotros.

¿No vemos nuestra sangre disolver, purificar y sustituir continuamente toda la materia grosera con la cual la saturamos?, ¿y que sin esto el peso de esta materia grosera y su corrupción pondría un fin en nuestra existencia? ¿No vemos que si la naturaleza no tuviese, en sí, un principio vivificante que ejecutase para ella las funciones de nuestra sangre, ya habría sucumbido a las fuerzas corrosivas que actúan contra ella y la contaminan?

Por lo tanto, en nuestra región espiritual, debe haber un Foco vivificante activo para descomponer y rectificar, sin cesar, todas las sustancias falsas y venenosas con las cuales somos llenados diariamente, sino por nosotros mismos, por el contacto con nuestros semejantes. Si así no fuese, estaríamos todos en la completa muerte espiritual.

Este foco es ese principio universal de vida eterna y verdadera en el Hombre, que renueva continuamente el pacto divino en nosotros; Él nunca nos deja huérfanos si aceptamos Sus dones: pero es también aquél poder vivificante capaz que descuidamos e ignoramos a cada minuto, sin embargo él nunca deja de estar bien cercano a nosotros. Y se podría decir de nosotros lo que dicho en San Juan (XIII.18): "Aquél que comió de mi pan, levantó contra mí su calcañar".

El Foco de la acción crea espejos de Sabiduría a nuestro rededor.

Nuestra unión con esta acción vital y vivificante es una necesidad fundamental de nuestro ser; más que esto, solamente ella puede satisfacer esta necesidad urgente; y ella es también la que más contribuye a nuestras verdaderas satisfacciones al colocarnos en condiciones de hacer que tanta sabiduría se desprenda en nuestro retorno, la que refleja los frutos de nuestras obras; y, así como la Sabiduría Eterna hace con Dios, ella nos da la felicidad de ver que son buenas.

Pues todos los seres los divinos y espirituales necesitan de estas sabidurías, para servir como espejos a sus propios espíritus, así como ellos mismos sirven al Espíritu de la Divinidad; y solamente la clase material animal no tiene necesidad de estos espejos, pues esta clase no tiene obras de sabiduría a producir.

El poder de la acción de Dios sobre nuestros hermanos y todas las cosas.

Sin embargo, el poder de la acción vivificante divina en nosotros se amplía a nada menos de lo que hacemos en el centro más íntimo de las almas de nuestros hermanos pasados, presentes y futuros, de modo que todos puedan firmar juntos el pacto divino; nos capacita a abrir el centro interior de todos los tesoros naturales y espirituales, disimilados para todas las regiones; nos restituye aquello que es, o sea, la acción de todas las cosas. Esta es la razón por la cual hay tantos hombres desprovistos de inteligencia en este mundo; pues no hay ninguno que realmente trabaje para convertirse en la acción de las cosas: "No hay ninguno que haga lo bueno; no, ninguno".

Como podemos alcanzar esta acción: a través del Espíritu y de la voz espiritual del Hombre.

Es por la invasión del Espíritu en nosotros, y de la ardiente aspiración de nuestro propio espíritu, que podemos llegar a ser la acción de las cosas; porque a través de esta aspiración liberamos cada principio de su revestimiento, y le damos la posibilidad para revelar sus propiedades; una aspiración que causa en nosotros, lo que la respiración causa en los animales, o el aire causa en la Naturaleza.

Estrictamente hablando, podemos decir que todas las cosas en todos los detalles de cada orden de cosas se hacen por el espíritu y por el aire; en la naturaleza elemental, sólo el aire es libre y libera todas las cosas, así como en la naturaleza espiritual, aquí abajo, sólo el espíritu del Hombre tiene este doble privilegio, es justamente por que el aire está libre que la voz del Hombre Espíritu posee tales derechos extensivos a todas las regiones.

Pues, en sus conciertos musicales, en donde el hombre intenta desarrollar todas las maravillas de la música, los acompañamientos representan la actuación de las correspondencias, natural, espiritual, celestial e infernal a la voz del Hombre, que tiene el derecho de mudar todas las regiones a voluntad, y hacerlas tomar parte de sus relaciones.

Magia divina, el principio de esta acción.

Pero como el Espíritu del Hombre penetra hasta Centro Universal, no tenemos que sorprendernos, al vernos a los hombres tan fascinados y conducidos por nuestros respectivos dones, talentos y ocupaciones, al punto de ser devotos de nosotros mismos. Todo que esto señala a un único término, el que la Magia Divina implica, llena y penetra todas las cosas.

Si los hombres dirigiesen sus aspiraciones, nunca con tan poca constancia, a cualesquiera de las direcciones donde esta magia puede, probablemente, ser encontrada (a propósito, la fecundidad de las fuentes divinas está casi en todo lugar, tanto en el orden espiritual como en el orden natural), no estarían lejos de llegar a uno de estos orígenes, de los cuales todos poseen la misma magia como principio, y rápidamente se intoxicarían con deleites, que sin embargo venir de diferentes canales, todos tienen el mismo fundamento en Dios.

Los Hombres deberían emanar en satisfacción con todo lo que tienen sin un fundamento.

De esta forma, los hombres serían todos uno en su entusiasmo, si mirasen hacia la unidad de este fundamento y término de todas sus satisfacciones, lo que nada más es el Movimiento de la Vida y de la Luz eterna dentro de ellos, y así, alejarían, rápidamente, todas aquellas rivalidades, envidias, preferencias, que se reportan simplemente en la forma o manera de cómo estos placeres los afectan.

Los eruditos han buscado someter a las Bellas Artes este principio, sin saber; y a igual principio deben ser sometidas todas las ciencias, descubrimientos, invenciones y secretos, así como todas las sublimidades de los hombres de genio, y todo el encanto y la diversión que nos comunican, aquí en este plano; pues, si el Espíritu del Señor colma la Tierra, no podemos movernos sin entrar en contacto con él.

Sin embargo, ¿no nos impregnamos de felicidad aunque nos acerquemos un poco al Espíritu del Señor? Y, como hay sólo un Espíritu del Señor, ¿no debe reposar en el mismo fundamento todas las bienaventuranzas, y ser radicalmente una sola?

La respiración o el Espíritu del enemigo.

El enemigo también posee una cierta aspiración de su propio espíritu, una respiración por la cual, en vez de hacernos triunfar, intenta someternos a su falso dominio. Pero la respiración del enemigo, su espíritu, en resumen, no está libre como aquél del hombre. Por lo tanto, mientras estemos atentos, él no puede hacer nada, ya sea en el orden espiritual, como en el orden de la Naturaleza, pues no tiene acceso al aire, que, no obstante libre en sí, está cerrado para él.

Así, los falsos y figurativos medios que él emplea, pueden representar proyectos y principios a ser exhibidos a nosotros; pero no nos pueden ser dados ya que el enemigo no los posee; él no puede realizarlos, pues sólo tiene poder para destruir y no para generar.

El enemigo, de esta forma, prueba que su crimen primitivo fue haber deseado dominar la raíz de las cosas y el pensamiento de Dios; puesto que desea, continuamente, dominar el alma del hombre, que es el pensamiento de Dios.

¡Oh, monstruo! repleto de la sangre, ¿cómo pudisteis tornar en el enemigo del pensamiento de Dios? Pero, tú, ¡Oh, hombre!, ¿no eras también un pensamiento del Señor? ¡E igualmente así pecasteis! Aquí el Hombre de Deseo exclama: ¡Oh, arrepentimiento! Déjame ser inundado por las lágrimas; cúbranme, escóndanme de la faz del Señor, hasta que pueda ver al Hombre, el pensamiento del Señor, limpio de sus máculas.

Dios, el purificador de Su pensamiento, el alma humana.

Nuestra mente (espíritu) es sellada por siete sellos; y los hombres al influenciarse unos a los otros, utilizan, de hecho, las llaves, recíprocamente, con las cuales pueden abrir los sellos unos a otros: pero, para que nuestro pensamiento sea puro, el mismo Dios debe purificarle, toda vez que sólo podemos vivir por causa de nuestra matriz.

Y, cuando Dios admite un hombre en la primera posición, del Ministerio Espiritual del Hombre, está para transformarlo en un agente perspicaz y vivificante, cuya acción deberá ser universal y permanente; así, los caminos de Dios no se revelan para fines frívolos y transitorios. Por lo tanto todo el Universo debería tendría lo mismo que nada a nuestros ojos, en términos de valor, si es comparado con una elección como esta, si es que fuésemos felices lo bastante para que ella nos fuese ofrecida; puesto que, a partir de entonces, podríamos trabajar con éxito para el alivio del alma humana.

Las aflicciones terrestres.

Todo es espíritu en la obra divina. Por lo tanto las aflicciones de este mundo, guerras, catástrofes de la naturaleza, que no son enviadas directamente de Dios, no ocupan su atención como la preocupación con las almas; y cuando los hombres se masacran unos a otros, o sus cuerpos son víctimas de grandes calamidades, Él siente esencialmente los males que sus almas sufren; pues el alma es Su pensamiento, ella le es querida, y requiere Su celo y acción.

Las aflicciones sirven solamente para que el Hombre madure en Hombre Espíritu; en resumen, se ha dicho a sus ministros y elegidos: todos las hebras de cabello de sus cabezas han sido numeradas, y que ninguna debe caer al suelo sin Su permiso.

Él deja a aquellos que están en las regiones de los poderes espirituales inferiores, ser comandados por los poderes más bajos.

Aquellos que están aún más abajo, en las regiones de la materia pura, caen bajo la clase de los bueyes; y, de acuerdo con Pablo (1Cor. IX:9), Dios no se preocupa de los bueyes; sin embargo el Espíritu si está preocupado de ellos en el tiempo de los Levitas, y referente a los Judíos, que fueron los apóstolos figurativos, pero no con referencia a otras naciones que buscaron los espíritus de la abominación en sus sacrificios.

Además agregaremos que Dios normalmente no realiza ningún cambio en el doloroso y desastroso curso de las cosas, de igual forma para Sus elegidos, aquí abajo, mas apenas les da fuerzas para resistir: lo que no impide Su preocupación por sus almas y espíritus, en todos los casos, y bajo cualquier circunstancia, una preocupación que nuestros débiles entendimientos no pueden concebir, y tampoco nuestras lenguas expresar, el objetivo es que Él nos preserve solamente de los verdaderos peligros que nos rodean y que deben, únicamente, ser temidos, tan grande es Su deseo de vernos realizar el convenio divino presente en nuestro origen, como podremos observar a poco de aquí.

El Hombre en la infancia.

Hago aquí una pausa para considerar al Hombre en una edad donde todavía no presenta ningunos de aquellas lamentables características que hemos observado, o cualesquiera de aquellos rayos luminosos que hemos anunciado como siendo el recipiente y el órgano.

Cuando contemplamos las alegrías simples de los niños, ¿cómo es posible imaginar los extremos de la virtud y del vicio de los cuales el hombre adulto es capaz, y que pueden estar ocultos y encerrados en este comportamiento infantil?

Esta criatura, cargada como una muñeca, que explota en risas delante de una burbuja de aire, o que cae en aflicción cuando pierde un juguete; este ser puede, repito, un cierto día estar tan desarrollado a punto de elevar sus pensamientos al cielo o de mirar el abismo y entender la correcta ejecución de los decretos supremos en el sector de los débiles; puede tornarse un ejemplo vivo del modelo divino para el mundo; puede exhibir una gran penetración en la ciencia, y el mayor heroísmo en la virtud; en resumen, puede ser, en todas las formas, un modelo por excelencia.

Pero esta misma criatura puede venir a ser una modelo de lo contrario, y sumergirse en la ignorancia y el crimen; puede convertirse en una enemiga del Principio que la generó, el foco activo de depravación y de toda abominación.

El contraste es tan desgarrador que es imposible observar, sin dolor, que el pensamiento de éstas tiernas e inocentes criaturas pueden, sobre este exterior interesante, contener las simientes de todas las dolencias, y terminar en una degradación vergonzosa del corazón, del alma y del espíritu; sus ramitas frágiles pueden ser nutridas por una savia pestilente, la explosión de aquella que será solamente la más mortal, porque está atrasada y pospuesta para otra ocasión; o sea, tal vez estas criaturas contengan en sus esencias un elixir, dulce y benigno en el presente, pero que un día se puede transformar en más amargo y corrosivo de los venenos.

¿Cómo se puede imaginar que la ingenuidad de este niño, para quien la menor golosina proporciona una inocente alegría, pueda ser transformada, algún día, en la ferocidad de un tigre; que se pueda convertir en perseguidor de sus semejantes, y ser la víctima y el instrumento de aquél enemigo, de quién somos todos esclavos, como afirmé ya, aquí en este plano?.

La esperanza en la Promesa Divina.

Pero lo que puede calmar, si no quitar las angustias del Hombre de Deseo, de esta perspectiva lamentable, y darle consuelo y esperanza para el futuro, es que el pacto divino haya sido también rescrito en las esencias de esta débil planta, y trae consigo un remedio específico que no solamente puede refrenar los gérmenes desordenados, de los que tal vez ya esté infectado, sino que provoca el florecimiento de los gérmenes divinos, de los cuales también es el depositario por derecho de origen.

Sí, no podemos venerar lo suficiente a la Sabiduría Suprema, cuando vemos la progresión suave con la cual Ella busca dirigirnos continuamente al punto más alto posible, pues es para esto que recibimos la vida y la existencia; y si los ojos inteligentes, amantes de lo que es bueno, observasen cuidadosamente la infancia del hombre y procurasen, con los altos poderes, traer los tesoros con los cuales el pacto divino ha enriquecido la planta joven, hasta la madurez, no habría ninguna especie de éxtasis o deleite que se pudiese esperar, en cualquier etapa de su existencia.

Todos estos pasos del Hombre podrían ser pacíficos, todos sus movimientos conectados, todos sus niveles de progreso podrían ser unidos insensiblemente unos a otros, y la satisfacción divina acompañaría a todos, pues esta satisfacción sería el objetivo del progreso, así como lo fue al principio; en pocas palabras, el Hombre llegaría, casi sin dolor, problemas o esfuerzo, a una alta perspicacia, inteligencia, sabiduría, virtud y poder, de las

cuales parece estarían lejano, en su tierna edad, al punto de no creer que esto pueda ser posible algún día.

La instrucción de los jóvenes.

Sin embargo, sería bueno enseñar a esta joven planta una lección muy útil y de un carácter sombrío. ¡Por Dios! la Sabiduría, que debe, traer de sí misma tanta satisfacción a nosotros, es obligada a cerrarse para nosotros, con trajes de luto y tristeza; nuestra sabiduría debe ser ahora el sufrimiento, en vez de la alegría, pues el crimen dividió todas las cosas e hizo dos sabidurías. La segunda, o la posterior de estas sabidurías, no es la vida, pero concentra la vida en nosotros, y nos prepara para recibir la vida, o la primera sabiduría, la fuente de toda satisfacción; es ésta sublime primera Sabiduría que crea y mantiene todas las cosas. Es por esta razón que es siempre joven.

Este joven vástago también tendría que ser enseñado, en la medida en que crece, que si la Sabiduría Suprema no puede permitirnos, en este plano, mirar la Jerusalén celestial propiamente dicha, tal como existía primeramente en el alma del Hombre, Ella nos permite, al menos que observemos, algunas veces, sus planes, lo que basta para colmarnos con el dulce consuelo.

Sería recomendable enseñarle y hacerle convencerse, a través de su propia experiencia, que la oración debe ser una compañera espiritual continua; pues debemos orar solamente con Dios, y que nuestra oración no merece ni siquiera este nombre, mientras Dios no ore en nosotros, pues sólo así haremos nuestras oraciones en el reino de Dios.

Sería bueno enseñarle que los médicos supuestamente conocen la naturaleza y las propiedades de la medicina, y que han refinado todas las virtudes de sus remedios, siendo capaces de curar cualquier enfermedad; que esta simple observación puede esclarecerlo con respecto al destino original del Hombre, lo que debe, sin duda, permitirle curar todos los desórdenes, y conocer cada sustancia de la Naturaleza, pues todas están sujetas al Hombre. Es preciso desprender de esto cuan vergonzosa es la degradación a la que el Hombre ha sido sometido.

Sería bueno para decirle que el hombre de la verdad debe ser separado de los Hombres del Torrente; que tendría mucho que perder al mezclarse con ellos y, sobre todo, que aquello que coloca en riesgo con esto no le pertenece, sino a su maestro.

Estaría bien alertar en que no hay peligro mayor para un hombre en su protección, entre los hombres que están perdidos, que el que habría entre los malos espíritus; porque ahora, los hombres combinan dos poderes, de los cuales abusan a voluntad, al ocultar uno bajo el otro, mientras que el diablo solo posee uno; por otra parte, no tiene forma de sí mismo, y está obligado a crear una a cada momento, para que sirva como receptáculo de su poder; pero el hombre carga consigo, en todo el lugar, una forma que es, al mismo tiempo, el receptáculo e instrumento de su doble poder.

En este tema sería bueno decir que hay muchos espíritus errantes que procuran revestirse de nosotros, mientras estamos casi desnudos, a pesar de nuestros cuerpos, y que el Hombre no tiene nada que hacer aquí abajo sino buscar revestirse con su primer cuerpo, en el cual la Divinidad puede habitar.

Sería bueno decir que la castidad encierra, al mismo tiempo, la pureza del cuerpo, la Justicia del espíritu, el fervor del corazón y la actividad del alma y del amor; pues ella abarca generalmente, todas las virtudes y es la ausencia de cualquier vicio.

Sería bueno decir que las virtudes que cultivamos y la inteligencia que adquirimos, tienen tanta luz al ascender en nuestro retorno que se queman cuando dormimos.

Sería bueno decir que casi todas las criaturas en la Naturaleza son una especie de humillación para el Hombre; pues son activas, vigilantes, ordenadas, y sólo el Hombre es pasivo, indiferente, cobarde e en algunos aspectos un monstruosidad.

Sería bueno decir que, aunque Dios gobierne todas las cosas sensibles, Él está tan distante de ellas que nuestra naturaleza terrestre y nuestra parte material no pueden entender como podemos volvernos Su Reino conocido entre los Gentiles, ya que nuestras palabras espirituales son ininteligibles al igual que nuestros propios sentidos. Y que debemos ser completamente renovados y exaltados de nuestros sentidos y de todas las cosas figurativas, antes de convertirnos en los testigos espirituales del Verbo, y entremos en el Ministerio Espiritual del Hombre.

Sería bueno decir que los ríos fluyen, desde su principio a su fin, sin saber cuando atravesarán opulentas ciudades, o pobres aldeas, áridos desiertos o tierras fértiles embelezadas por la Naturaleza y por el esfuerzo del hombre; y que, tal debe ser el ardor del Hombre de Deseo, que debe, de todas formas, tender al fin que le espera, sin indagar lo que hay en los márgenes de su ruta terrestre.

Sería bueno decir que cuando un Hombre de Deseo trabaja en sí mismo, él realmente trabaja por todos los hombres, toda vez que se esfuerza, y de esta forma contribuye, en mostrarles la imagen y semejanza de Dios en la pureza, y conocer esta imagen y semejanza es todo lo que quieren los hombres.

Sería bueno decir que cuando los Deístas reconocen la existencia de un Ser Supremo, y aún así no permiten que Él se encargue del gobierno de este mundo y ni el de los hombres que en él habitan, se puede decir que el error viene del acto de haberse convertido en materiales y salvajes; que de hecho, Dios no interfiere con la materia y mucho menos con los salvajes, pero los rige a través de Sus poderes; que, de esta forma, los Deístas debilitan sus almas, que Dios no Se aproxima a ellos para guiarlos, pues Él no puede satisfacerse con nada más allá de su propia imagen y no Se preocupa con nada más, es por esto que afirman que Dios no se involucra con el sí mismo con el gobierno de la humanidad; pues, de hecho, el estado de degradación y oscuridad en que los Deístas permitieron que se hundiera, Dios no se involucró más con ellos.

Sería bueno decir que la prueba de que los pensamientos verdaderos no vienen de nosotros mismos es que si los creásemos, no seríamos más dependientes de Dios; que ni los falsos pensamientos vienen de nosotros; pero que somos simplemente colocados entre los dos para distinguir entre sus orígenes divino e infernal; que los hombres no pueden comunicarse nada entre ellos, sino al tornar pensamientos perceptibles a través de las palabras o señales equivalentes; como consecuencia todo pensamiento que llega hasta nosotros no viene de lo que es externamente sensible, a pesar de su comunicación y expresión, sin embargo, no siempre los oímos materialmente; los bebés son un ejemplo de esto: no podemos negar que poseen percepción, pero sería en vano intentar explicar nuestros pensamientos a ellos con palabras, sabemos que no oirán los sonidos; en una edad un poco más avanzada los niños distinguen sonidos, pero no entienden los significados; finalmente, en un estado más perfecto ellos tanto escuchan los sonidos como entienden sus significados, recibiendo, así, la comunicación interna de nuestros pensamientos; de hecho, actuamos delante de los bebés en vez de hablar con ellos, pero ellos ciertamente no distinguen y no comprenden; en principio, ellos sólo se ven afectados a través de los sentidos más groseros, el tacto, el olfato, el gusto; a este incipiente estado y edad le sigue el

uso de señales y de la audición; finalmente, viene el habla, que, sin embargo, está sujeta a una progresión bastante lenta, pues en su inicio sólo hay gritos, y esto es una lección para el que Hombre se vuelva humilde.

Sería bueno decir que los grandes pensamientos que Dios frecuentemente nos envía durante el doloroso curso de nuestra expiación, son los innumerables testigos que podemos traer delante de Él cuando oramos: y nada le dará mayor alegría ella que el uso que daremos a esos pensamientos, y acordarse de Sus promesas y consuelos.

Sería bueno decir que así como Dios estaba solo cuando hizo al Hombre, de la misma forma, estará solo al instruirle y guiarle en Sus divinas profundidades.

Sería bueno alertar sobre la gran prudencia que debería tener en la administración de las riquezas divinas que puedan ser confiadas a él por la generosidad Suprema, toda vez que no caminará muy lejos en la senda de la Verdad antes de sentir que hay ciertas cosas que no pueden ser dichas, igualmente al Espíritu, puesto que son más elevadas que el Espíritu.

Sería bueno decir que hay una línea y una orden de instrucción, de la cual nunca se debe desviar al intentar dirigir y comprender a sus semejantes, que es la siguiente: la distinción de dos substancias en el hombre; nuestro pensamiento, un espejo divino; existencia de un Ser superior, probada por este espejo cuando está puro y limpio; nuestras privaciones, prueban que hay una Justicia; esta Justicia prueba que hubo una corrupción libre y voluntaria (alteración); el Amor supremo es revelado; las leyes de la generación son dadas bajo la forma de diversos pactos (alianzas); tiempo de retorno; vida espiritual; la luz; la palabra; unión; entrada en reposo. Tal debería ser el curso de enseñanza, si el maestro no engaña, extravía o retarda a sus discípulos.

Sería bueno decir que no se haga la ilusión que puede siempre tener la sabiduría en su memoria, o adquirirla por el simple cultivo de su inteligencia; la sabiduría es como el amor materno, que solamente puede ser sentido después de las fatigas de la gestación y de los dolores del parto.

Finalmente, sería bueno decir que no es suficiente para un hombre adquirir la luz de la sabiduría; cuando la alcanza, debe mantenerla, lo que es incomparablemente más difícil.

La caída.

Cuando caemos de una cierta altura, estamos tan aturdidos que perdemos la conciencia; es solamente en el instante del choque, que nos damos cuenta del agudo sentido del dolor, después normalmente quedamos sin movimientos e insensibles. Tal fue la historia del alma humana cuando pecó: perdió la vista de la región gloriosa de donde cayó, y el Hombre permaneció muerto, en su totalidad, y privado del uso de cualquier facultad de su ser.

El tratamiento.

Pero el proceso curativo de tratamiento también fue similar a nuestra práctica humana. De la misma manera que cuando el hombre sufre un grave accidente, el médico lo sangra profundamente, para prevenir inflamaciones, así, después de la caída terrible de la raza humana, la Sabiduría Divina tiró del Hombre casi toda su sangre, o sea, su fuerza y sus poderes; de otra forma, esta sangre, no encontrando más los órganos en condición de cooperar en su acción, los habría destruido totalmente.

Es cierto que esta precaución imprescindible por parte del médico, puede reducir la vida futura del paciente, que tal vez pudiese haber sido mayor. Por la misma razón, Dios ha

acortado nuestros días, como acorta la duración del Mundo, en favor de aquellos llamados elegidos, sin los cuales ningún hombre podría ser salvado.

Conforme al régimen médico, líquidos espirituales también son suministrados para nuestro revivir; después de esto, unguentos curativos son aplicados; y, finalmente, alimento substancial se nos es permitido para restaurar nuestras fuerzas.

Cuando, en la tierna efusión del Amor Supremo, los primeros tratamientos fueron aplicados al alma humana, ella recuperó su movimiento, lo que la permitió proseguir en el camino de instrucción a través del movimiento que rige el universo; ya que estos dos los movimientos deberían ser coordinados. Nosotros, de hecho, buscamos, cada día, sintonizar nuestros pensamientos con todo lo que se mueve en el universo; esto fue una favor especial al alma humana, que proporcionó medios para que pudiese contemplar la verdad en las imágenes del mundo, después de ser de modo que pudiera contemplaban la verdad adentro las imágenes de mundo, después de ser desterrada de la realidad.

El alma se volvió sujeta al universo físico su primera ley sigue a este hecho.

El alma humana sabía, en su gloria, que no debía tener otro Dios sino el propio Dios; y sin embargo ella no podía conocer la plenitud de su gloria hasta que contemplase su obra, aún así, por menos que haya probado las maravillas y la bondad divina, sabía perfectamente bien que nada más se compara a ellas.

Sin embargo, esta alma sujeta a ser infectada por el poder de un principio inferior, a saber, este mundo físico universal, en donde el sol y las estrellas ejercen tan majestuoso movimiento, se tornó corpóreamente sujeta a sus preceptos, Pero, a pesar de que ella cayó bajo esta regla inferior, que fue parte de su degradación, la Fuente que produjo el alma humana no permitió, de forma alguna, perderla de vista, transmitiéndole, en este nuevo orden de cosas, el precepto fundamental de su primera ley: “No tendrás otros dioses delante de mí”.

El sol, un símbolo físico de la Divinidad.

El sol, en el mundo físico, es un órgano material de esa sublime revelación, que fue muy anterior a los libros; el sol profesó esta revelación en el principio del mundo, y no irá a cesar de profesarla, delante de todos los pueblos, hasta la consumación de todas las cosas.

Es en la ausencia del sol, durante la noche, que las estrellas se tornan visibles; y es entonces que el reino de esos dioses de los Paganos se manifiestan; en este período, a pesar de brillo de las estrellas, la Tierra está en tinieblas, las flores pierden su fragancia, la vegetación está aminorada, se oyen los gritos fúnebres de los animales y los pájaros de la noche, los crímenes y los vicios de los malhechores son propicios, los planes inicuos y los hechos de debilidad son perpetuados; en resumen, prevalecen aquellas regiones turbulentas en donde todas las personas de la Tierra han ofrecido sacrificios, primero por simple engaño; pero que, rápidamente, se torna una debilidad abominable a través de las infecciones del príncipe de las tinieblas, como veremos a toda hora.

Pero, con la aproximación del día, las estrellas se vuelven opacas, y desaparecen totalmente cuando el día rompe en su plenitud; el sol., provocando son su presencia, el desaparecimiento de la inútil multiplicidad de estos falsos dioses, parece decir al universo, como fue dicho al alma humana, cuando emanó de su fuente gloriosa: “No tendrás otros dioses delante de mí”.

El alma humana se olvidó de su ley, cuando, de su estado de esplendor, fue desencaminándose por causa de una falsa atracción; pero esta ley, que no puede ser abolida, la sigue hasta el mismo abismo terrestre; pues el Principio de todas las cosas nada puede producir sin imprimir su lenguaje divino.

La idolatría del sol.

La idolatría del fuego viene de una fuente más remota; sólo podría haber sido engendrada como una consecuencia de los derechos primitivo del Hombre, por que algunos mortales conocieron conscientemente el origen del fuego (que no es un simple rayo), pues es una verdad fundamental que todas las cosas deben revelarse a sí mismas; y no hay nada hecho en el universo que no pruebe esto.

El motivo de las calamidades naturales.

Cuando el Amor Supremo te vio perderte aún más, a través de innumerables medios proporcionadas para posibilitar que encontrases nuevamente tu camino; cuando te vio agravar tus heridas con los objetos perceptibles que dispuso delante de tus ojos para aliviar tus dolores, Él no podía ayudar nuevamente sino proclamando este importante mandamiento en tus oídos: "No tendrás otros Dioses delante de Mí", usando medios aún más potentes que antes.

Como el espectáculo de la Naturaleza en su armonía produjo en ti no más que un efecto contrario a lo pretendido por Él, entonces fue permitido que los poderes de la Naturaleza actuasen sobre ti en desarmonía, para intentar traerte, a través de la turbulencia y del sufrimiento, hasta donde tu inteligencia no fuera suficiente para mantenerte, y esta es la clave para todas aquellas calamidades relatadas en la historia de cada nación de la Tierra.

Así una madre actúa con respecto a su hijo, un profesor con respecto a su alumno, dejándoles sentir por algún tiempo las consecuencias de sus debilidades o liviandades, para que puedan aprender a ser más cuidadosos en el futuro.

Comunicaciones Espirituales Directas, los mandamientos divinos.

Pero cuando no ocurren estos castigos, cuando el peligro es aún más insistente, y aquel que es negligente, al contrario de salir del peligro, se adentra en él cada vez más, al punto de arriesgar a perder su propia vida, entonces el profesor, o la madre, van personalmente, con autoridad, a reforzar los importantes preceptos que había apuntado antes, a fin de producir por el respeto, lo que la bondad falló en efectuar; esta es una explicación positiva y natural de todas aquellas manifestaciones divinas y espirituales, de las cuales la historia religiosa del Hombre escrita o no está repleta.

¡Sí, Oh, alma humana! Este fue seguramente el camino del Amor Supremo en dirección a ti, cuando viste que las grandes calamidades de la naturaleza, que tu descuido había provocado, no te tornaron más sabia. Él vino delante de ti con afectos alterados y asumiendo un tono amenazador, te recordó de aquellos antiguos mandamientos o reglamentos, donde estaban basados tu propio origen y el convenio divino; reglamentos que Él enunció delante de ti cuando te dio existencia; reglamentos con que hizo que la Naturaleza proclamase una vez más cuando te sujetaste a sus preceptos figurativos; reglamentos que pueden, en cualquier momento, resonar en lo más íntimo de tu ser, pues tú

aún eres, desde tu origen, el órgano de la divina Fuente Eterna, y aquello que el Eterno pronunció una vez, nunca puede dejar de ser pronunciado por toda la eternidad.

Las tradiciones de todas las naciones ofrecen trazos de este visible procedimiento del Amor Supremo en nosotros; desde el principio, Su camino ha sido el mismo, tanto para con las naciones como para con los individuos, todos los días, moviéndose a través de movimientos secretos violentos, para despertarlos de su letargo, y sacarlos de los peligros a los cuales la insensatez los tiene expuestos; en resumen, fue en este y por este espíritu que Moisés representa la voz del Supremo, anunciando en medio de relámpagos y truenos, a los Hebreos, este imperativo y exclusivo mandamiento divino, que las naciones tanto olvidan: “No tendrás otros Dioses delante de Mí”.

Todas las cosas deben hacer su propia revelación.

Independientemente de innumerables otras instructivas lecciones, de que la Naturaleza está encargada, por el Amor Supremo, para transmitir diaria y físicamente al alma humana, estamos convencidos de que todas las cosas deben provocar su propia revelación, por ninguna otra razón sino que tener una denominación entre los hombres. Así, las prácticas religiosas tan universales entre los hombres no permiten que ninguna duda permanezca en que un camino fue abierto por el Amor Supremo a través de ellas, para la curación del alma humana; sin embargo esta agua curativas se han tornado sofocadas por los daños, al punto que difícilmente son reconocidas.

Todas las instituciones humanas derivan de un modelo superior: el poder del Hombre.

Estando completamente convencido de la rigurosa verdad de que todas las cosas deben revelarse a sí mismas sin lo cual nunca podría ser conocida, repetida o comunicada, es preciso percibir que no hay nada, tanto en las políticas humanas como en las instituciones civiles, que no sea un modelo que se encuentra independiente y encima de nosotros. Si hubiese legiones sobre nosotros, ninguna diferencia con relación a los niveles de superioridad, jefes y gobiernos, en las alturas, no tendríamos ninguna de estas instituciones aquí abajo. El propio hombre, en este plano, camina bajo los ojos y protección de los poderes invisibles, a quien él debe todas las cosas, sin embargo raramente procura conocerlos, igualmente cuando el hombre es intoxicado con su propio poder, esto muestra que debe realmente tener poder; debe tener un imperio, más además de siervos sinceros y obedientes.

Cuando un superior, por ejemplo, o un general, se ve rodeado por su ejército, hace una revista y siente una secreta satisfacción y gloria de tener frente a sí tantos soldados fuertemente equipados y obedientes a su órdenes; cuando parece decir a todos los espectadores: “Estas fuerzas que comando no sólo dependen de mi, pero fueron creadas para mi, y a mi deben todo lo que tienen”., él simplemente repite, una orden aparentemente convencional, que en el Hombre primitivo debe haber sido real, positiva y permanente.

La autoridad primitiva del Hombre; en lo que consiste su gloria.

Este hombre primitivo habría tenido también legiones, sobre las cuales habría sido autoridad absoluta, comunicando a ellas su espíritu, como un general, por así decirlo, transmite su voluntad a miles de hombres bajo su mando, tornándolos uno consigo mismo,

y sacando de ellos, de cierta forma, su propias voluntades, para darles solamente la suya, de otra forma, su control sobre los soldados sería imposible e inexplicable.

Este hombre primitivo se habría, igualmente, contemplado a sí mismo en su legión, y así habría obtenido la verdadera gloria, porque podría ser válido por algo que poseía, la belleza de su ejércitos, su valor al defender la causa de la justicia, o sea, todas las maravillas que podría, de hecho, hacer brotar de si mismo y hacer florecer en todos los seres subordinados a su voluntad. Al contrario de esto, en este plano, sus legiones aparecen delante de él ya vestidas, armadas y entrenadas; aquí no siempre es el mismo el que siembra quien cosecha, ya que la mayoría nunca le ha visto, y tampoco sabe su nombre; una especie de conocimiento debería haber constituido la verdadera fuerza del Hombre primitivo, así como venerar sus cortes..

Sin embargo, lo que decimos aquí respecto al orden militar, puede ser dicho en todas nuestras otras instituciones, políticas y sociales, podríamos decir también en relación a la Naturaleza, pues el Hombre podría haber cooperado con todas las regiones y con todos los poderes, en cada orden, para producir aquellas imágenes maravillosas, aquellas señales arrebatadoras, que habrían llenado sus ojos, por todos los lugares, y henchido su corazón con una gloria meritoria y justamente adquirida, mientras que, en su presente y limitado estado, el hombre frecuentemente vale muy poco en todo aquello que está a su alrededor, y en todo lo que emprende.

Pero si es de lo alto que el hombre recibió y aún recibe todo lo mejor para el gobierno de sus semejantes, cuanto más descifra las alturas, más cosas buenas irá a descubrir para su propio beneficio y de la naturaleza humana; ya que es de la alturas que viene el proceso de cura, enviado por el Amor Supremo para su recuperación.

“Mysterium Magnum”, de Jacob Boehme: En relación a una membrana religiosa abierta en el hombre por el Amor Supremo. Convido al lector a extraer, si puede, algo apropiado de la obra de Jacob Boehme, Mysterium Magnum o “Gran Misterio”. El lector encontrará allí numerosas ramificaciones del árbol de la alianza que el Amor Supremo ha renovado con el Hombre desde su degradación. Allí verá la savia de esta árbol, manifestándose, antes que todo en las raíces, y entonces desenvolviéndose en los diferentes brotes, en la medida en que crecen y, finalmente, en las flores y frutos del árbol, desarrollando todas las propiedades contenidas en sus semillas, y trayéndolos a la luz a través de los canales. Vera allí el verdadero linaje bajo el manto de aquel que es figurativo e, igual así, una sola savia corre a través de estos dos linajes, simultáneamente y de forma distinguible, a pesar de las diversas características que poseen; así, hay una armonía entre todas las épocas que ella abraza en su curso. Pero, el lector también verá, una savia contraria, circulando de la misma forma por la tierra, desde el momento en que fuimos aprisionados en ella y presentamos, desde aquella primera época, hasta los días actuales, un santuario de abominaciones, junto al santuario de la santidad. Las descripciones encontrarán en este autor, les instruirán completamente, sobre el curso de aquellas distintas instituciones religiosas que se diseminaron por la tierra; y me doy por satisfecho al indicar tal obra, si es que no debería transcribirla o traducirla casi por completo.

Instituciones Religiosas: Sacrificios.

Entre las instituciones religiosas de modo general, ya establecidas sobre la tierra, pero de las cuales nosotros casi perdemos los rastros, el sacrificio de animales y otras producciones de la naturaleza tienen un lugar preeminente, y merece ser considerado de

forma detallada, visto que ninguna tradición u observación nos ha ofrecido cualquier cosa satisfactoria, e igualmente Boehme es incompleto, a pesar de haber tocado algunos aspectos muy interesantes sobre este punto.

No, no se puede negar, los sacrificios son practicados de una manera general, por todo el globo; ellos deben, a pesar del abuso, y quizás igualmente a través de este abuso, ser colocados entre nuestros privilegios, e incluidos entre los auxilios concedidos a nosotros desde la Caída, por la Sabiduría Divina, para la renovación, cuanto sea posible, de nuestro pacto divino; y, como tales, llegan con el consentimiento Hombre Espíritu.

El Hombre, un rey subyugado por sus propios súbditos; la esclavitud de la naturaleza animal, como medio de su recuperación.

El Espíritu de sacrificio.

A pesar de los esfuerzos incesantes de la falsa filosofía para extinguir la sublime naturaleza del hombre, es demás tarde para cuestionar si él nace o no para un destino grande; y el inestimable valor de los dones que el hombre aún puede descubrir en sí, igualmente en su miseria, es una indicación de aquello que puede formalmente haber poseído en la libertad y abundancia.

No debemos temer al error, si consideramos al Hombre, en el centro del Universo, como un Rey culpable, sujeto al poder de sus propios súbditos, a los cuales él mismo llevó al desorden y la anarquía, a través de la injusticia de su gobierno; pero encima de este mar agitado, podemos distinguir la eterna razón de las cosas, tendiendo a través del inmutable peso de su sabiduría, para hacer que todas nuestras facultades desarmonizadas recuperen su calma y equilibrio.

Quizás, podamos incluso reconocer que, en su estado primitivo, antes de la Caída, el hombre podía haber sido también un ministerio de sacrificio a completar; no expiatorio, pues él era puro, sino que sacrificio de gloria a Su Principio; no sacrificio sangriento, sino sacrificio de admiración divina que está encerrada en todas las criaturas y a la cuales el hombre habría tenido el poder de desarrollarlas ante Dios, lo que le confirió este ministerio; el Hombre siendo, por así decir, establecido en el centro de la creación universal.

Pero mientras estamos ocupados con los sacrificios en uso sobre la tierra y su significado particular, sea físico o espiritual, veremos al Hombre fuertemente aprisionado en la sangre, que parece ser el órgano y un recurso, o domicilio, de todos sus enemigos aquí abajo, el sepulcro de la esclavitud, en el cual este Rey idólatra está sepultado vivo por haber intentado contraponer los decretos de la Providencia, y cultivado dioses extraños.

La ley que condena al hombre a la esclavitud tiene por objetivo mantenerlo en la privación, para que esta privación lo lleve al arrepentimiento y, del arrepentimiento a la confesión de sus faltas, esta confesión puede colocarlo en el camino que lleva al perdón, y, como el celoso cuidado de la Sabiduría Suprema, con este infeliz exilio, es incansable, ella lo provee de medios para curar los males a los que está expuesto diariamente por las manos de sus enemigos, y para preservarle de sus ataques, finalmente, ella lo provee de elementos de consuelo en el medio de su miseria; y nos iremos a esforzar aquí para mostrar que este fue el espíritu de la institución de los sacrificios, por más absurdas o impiadosas que aquellas ceremonias puedan haberse tornado al pasar por las manos de los hombres, y al caer bajo el control del mismo enemigo que pretendían expulsar.

Unidades de acción en el Universo y en la Naturaleza.

Una positiva y bien conocida ley, que retrato aquí a los amigos de la sabiduría, como una de las más útiles luces en su senda, es que, a pesar de la innumerable diversidad de las criaturas y clases que componen el universo, hay ciertas unidades de acción que abarcan todas las clases, y actúan sobre los individuos de estas clases, por una analogía natural.

Es por eso que, en todas las producciones de la naturaleza, hay géneros, especies, familias, todas llevando la marca de esta unidad de acción, cada una de acuerdo con su clase.

Los poderes o facultades de nuestras mentes, presentan la misma ley, mostrando una especie de uniformidad en los movimientos de los pensamientos de los hombres, y reduciendo sus sistemas a un número limitado de teoremas o axiomas, y todas sus instituciones a fórmulas fundamentales, que difícilmente varían unas de otras. El arte medicinal, la moral, la política, reuniones científicas o deliberativas, cosas pertenecientes al orden religioso, y, se puede así decir, incluso las cosas pertenecientes al orden infernal, todos testigos a favor de este principio.

A través de esta ley de unidad de acción, la misma acción física que rige la sangre del hombre, rige también la sangre de los animales, pues los cuerpos de ambos son del mismo orden.

Pero, si la misma acción física gobierna la sangre de los hombres y de los animales, esta acción está, sin duda, expuesta a las contradicciones y desórdenes a las que las dos están sujetas; y esta ley física, aunque no está basada en la libertad, como están las leyes morales, con todo puede sufrir desórdenes, por los obstáculos y oposiciones que implican y amenazan todo lo que existe en la Naturaleza.

Si estos diferentes individuos, hombres y animales, están sujetos a las mismas leyes, dentro de los desórdenes a los que están expuestos, por otro lado, ellos también participan de las perfecciones de la unidad de acción que los gobierna, y, si el desorden es común a ambo, la restauración debe serlo también, así tanto el espíritu como el uso de los sacrificios pueden ser comprendidos; pero esto no sería suficiente, sino pudiésemos descubrir, como estos sacrificios operan en si mismos, y como sus resultados pueden afectar al hombre

La operación espiritual y la causa de los sacrificios.

La ley hebrea nos dice que hay animales puros e impuros. Jacob Boehme nos da un motivo real para esto, con sus dos tinturas, que se encontraban en armonía antes del crimen y que fueron subdivididas con una gran alteración. La Naturaleza no se opone a esto, una vez que reconocemos una distinción entre los animales, algunos siendo útiles, otros nocivos. De esta forma, hasta en un mero sentido físico, el significado de las Escrituras puede ser confirmado.

Pero, ¿y si esto tenía un significado espiritual? En verdad, la materia posee una vida únicamente de dependencia a su existencia, virtudes y propiedades sólo existen a través de las diferentes acciones o influencias espirituales, por las cuales son engendradas, combinadas, constituidas, y caracterizadas; la materia es, además, el continuo receptáculo de los poderes opuestos al orden, que sólo tienden a estampar la marca de la irregularidad y de la confusión en todo lugar, por este motivo, no es de sorprender que esta materia presente todo tipo de actuaciones de estas acciones o influencias diversas y opuestas, de las cuales vemos melancólicas evidencias en nosotros mismos.

Así, cuando el hombre cae bajo el dominio de algunas influencias desordenadas, el animal puro representa un medio de liberarlo de estas influencias; la acción desordenada sería atraída por el fundamento que él representa y sobre el cual debe tener ciertos derechos y poderes.

Pero, para que esta atracción no prolongue las consecuencias y efectos de las influencias desordenadas, es necesario, en primer lugar, que la sangre del animal sea derramada; después este animal, aunque limpio por naturaleza, debe recibir algunas influencias preservativas extras, pues está compuesto de elementos mixtos y expuesto a influencias desorganizadoras del enemigo, como todo lo que es materia. Sin embargo la acción preservativa, en este caso, era representada entre los Hebreos, por la imposición de las manos del sacerdote, sobre la cabeza de la víctima, el sacerdote representa al Hombre restablecido en sus derechos primitivos; y tal es el espíritu de estas dos leyes.

Por el derramamiento de la sangre del animal, la acción desordenada unida a la materia del hombre, es más fuertemente atraída hacia fuera que la simple presencia corpórea del animal, porque, cuanto más cerca llegamos del principio, más energética y eficaz son todas sus relaciones, en cualquier orden que sea.

Por la preparación sacerdotal, o de la preparación del Hombre, que disfruta del virtuosismo de sus derechos, esta sangre, y esta víctima, son colocados más allá del alcance de esta acción desordenada; que así abandona la materia del hombre, succionada por la atracción de la sangre animal, pero siendo repelida por la poderosa virtud que el sacerdote comunicó a la sangre, ella es forzada a expulsarse a sí misma, para sumergirse en las regiones del desorden, de donde vino.

He aquí, me parece, que esto da una visión general del espíritu de la institución de los sacrificios. Esta visión sobre el asunto puede ayudarnos a descubrir el espíritu particular que ordenó los detalles de todos los sacrificios hebreos; aquellos, por ejemplo, para el pecado y expiación, aquellos llamados ofrendas de paz, e incluso aquellos de redención o reconciliación y de unión del hombre con Dios, confirmada por las visibles señales de su alianza.

Sacrificio para el pecado.

Esta simple ley de transposición, de la cual hemos hablado, es suficiente para darnos una idea del espíritu de sacrificio para el pecado, expulsar la profanación hacia las regiones del desorden y sobre el enemigo que la causó.

Ofrenda de paz.

El objetivo del sacrificio para la paz, sería el de dar fuerzas al hombre para resistir a este enemigo e incluso prevenir sus ataques. La preparación de la víctima, por la imposición de las manos del sacerdote, torna esto en inteligible, ya que coloca una sangre pura que está en conjunción con influencias regulares, en proximidad de una sangre rodeada por influencias destructivas y maleficientes y aún así es capaz de recuperar la calma y el reposo.

Una gran cantidad de detalles sobre las ceremonias de sacrificios justifican nuestra confianza en estas conjeturas. La sangre vertida alrededor del altar es consagrada a las cuatro esquinas, los combatientes de la sangre, el consumir de la víctima etc., todo se refiere estrictamente a un trabajo de paz y preservación.

Los sacrificios perpetuos y aquellos de consagración.

Las Leyes de los sacrificios perpetuos, y de aquellos ordenados para la consagración de los sacerdotes (cuyo objetivo espiritual era unir el pontífice a Dios) nos llevarán a su propio significado; este tipo de sacrificio no fue instituido a todos los hombres, sino solamente a aquellos llamados por Dios, a través de una elección particular, su servicio.

Tales hombres, preparados, exactamente a través de la elección de cada uno, estaban en conexión con las más altas virtudes, que, abarcando todas las cosas, están siempre unidas a aquellas acciones regulares que cuidan de alejar nuestra sangre del desorden. La víctima inmolada, después de estas preparaciones, presenta una sangre en donde estas influencias desarrollan sus poderes, y permiten que las altas virtudes, a su vez, también se desarrollen, pues todo lo que es armonioso participa más o menos de las propiedades del pacto divino, igual cosa sucede con los animales.

No es de sorprender, entonces, que estas mismas altas virtudes deban actuar sobre el hombre escogido, y produzcan para él todas aquellas manifestaciones perceptibles tan necesarias para dirigirlo en sus tinieblas, el hombre sólo puede recibir las evidencias de la verdad a través de un intermediario.

Todo esto ocurrió con Abraham, cuando sacrificó los animales divididos en dos; con Aarón, en los ocho días de su consagración; con David, en el área de Ornan; con lo que ocurrió en el templo, después de los sacrificios de los altos sacerdotes, lo que indica, de forma clara, el objetivo y el poder que realmente poseían los sacrificios sagrados, cuando ejecutados por los elegidos del Señor, que ejercían, de una forma adecuada a la época, el Ministerio espiritual del Hombre.

De estas pocas observaciones en general sobre los sacrificios de sangre, se deduce que su objetivo era el de desarrollar ciertas influencias puras y regulares (acciones) que unidas al hombre podrían auxiliarlo para elevarse de su abismo, a las regiones del orden y la regularidad.

Las causas y operaciones de las excomuniones y de las exterminaciones.

En una dirección opuesta, pero tendiendo al mismo fin, la interdicción o excomunión funcionando se menciona en el último capítulo de los Levitas. Lo que fue consignado por este tipo de consagración, a la Justicia del Señor, era, aparentemente, la dirección del más irregular y abominable y por lo tanto lo que tenía de más fatal a los elegidos. Así, todos los sujetos excomulgados habían de ser exterminados, a fin de que la acción o influencia regular que estaba en ellos, no encontrando más apoyo, fuese obligada a partir y tornarse incapaz de injuriar a las personas.

Tenemos aquí la ocasión de no señalar el error en el castigo de Achan, en la ejecución de Agag por Samuel y en el rechazo de Saúl que deseó salvar a este rey impío y condenado; e incluso en todas las masacres autorizadas de ciudades completas con sus habitantes, relatados en las Escrituras, tan relevante para aquellos que no están preparados, o están poco familiarizados con las profundas verdades, y especialmente para aquellos cuyo cuerpo material es todo en tanto Dios sólo pertenece a las almas.

Por qué el inocente cae con el culpable; la exterminación de los animales.

Esta clase de personas, a la que nos referimos anteriormente, está lejos de sospechar del gran secreto, comentado en “El Espíritu de las Cosas”, a través de lo cual la Divinidad

permite, frecuentemente, que el inocente cae con el culpable en las plagas o catástrofes de la Naturaleza, para que puedan, por la pureza que poseen, preservarse de una corrupción mayor, así como cubrimos con sal las carnes que preservamos y que de otra forma de pudrirían.

En resumen, es con este intento, de remover los principios fundamentales del veneno, que encontramos la razón por la cual, en la conquista de la tierra Prometida, los judíos eran tan frecuentemente ordenados a exterminar, igualmente a los animales, porque, en este caso, la muerte de los animales infectados con las influencias impuras de aquellas naciones, preservarían a los escogidos de los venenos; mientras que, los sacrificios, la muerte de los animales puros atraían las influencias preservadoras y saludables.

La destrucción rápida de aquellas naciones habría expuesto a los niños de Israel a las influencias impuras de aquellas bestias de la Tierra, pues tales naciones eran sus receptáculos y bases de acción; es por eso que Moisés dijo al pueblo: “Iahweh, tu Dios, poco a poco irá expulsando estas naciones de delante de ti, no podrás exterminarlas rápidamente: las fieras del campo se multiplicarían contra ti”. (Deuteronomio VII,22).

La sangre de los animales puros, la morada de las influencias en la esclavitud.

Esto no significa que las virtudes puras y regulares estén encerradas y sepultadas en la sangre de los animales como piensan algunos, entre ellos los hindúes que creen que todos los tipos de espíritus habitan y se sustentan allí; esto lleva a creer simplemente que las influencias puras y regulares están ligadas a ciertas clases y elementos distintos entre los animales, y que, al romper las bases en las cuales están fijadas, ellas pueden tornarse útiles al hombre, y es en este sentido que debemos leer el pasaje: “Es la sangre que hace expiación por la vida” (Levítico, XVII, 11); pues no debemos confundir el alma humana y, por tanto, el alma de los animales, con las acciones regulares externas que las gobiernan.

De esta especie de esclavitud o confinamiento, donde se encuentra este tipo de acción o influencia, surge otra consecuencia, justificada anteriormente por el doloroso estado o especie de reprobación en que se encuentra el hombre y que lo denuncia como un criminal. Esta consecuencia es que el hombre exige que todas estas acciones sean liberadas, antes que se pueda dar inicio a la recuperación de su propia libertad, si, en resumen, ella se coloca en operación, ella deber haber sido también el objetivo de algo que la subyugó, durante la revolución.

El hombre causó la esclavitud de estas virtudes o influencias.

El conocimiento que el lector habrá adquirido, a esta altura, irá a hacer que esto parezca un tanto natural. Si lo consideramos como un Rey, se tiene su origen exactamente en la Fuente de Luz, si lo reconocemos como siendo hecho a imagen y semejanza de la Divinidad y su finalidad era ser su representante en el universo, debe haber sido superior a todas estas acciones que ahora son empleadas en la preservación de las cosas.

Sin embargo, si el hombre procura mantener estas acciones diversas en su orden y en su uso primitivo, o sea, si él debe haber desarrollado y manifestado en ellas las maravillas divinas de las cuales eran las depositarias y las cuales deberían servir como sacrificios de gloria, queda claro que, cuando el hombre se perdió, su caída debe haber colocado estas acciones y poderes en un estado de sujeción y violencia, para lo cual no fueron hechos y que representa para ellos una especie de muerte.

Así, vemos en las tradiciones hebreas, a los judíos como siendo, por así decir, los primogénitos de un pueblo; las prevaricaciones del faraón y la dureza de corazón indujo a la Justicia a actuar no sólo sobre él, sino que sobre todos los primogénitos de su reino, de los animales a los hombres; del hijo de esclavo al hijo de aquel que se sentó en el trono

La ofrenda del primogénito.

Después de esta venganza terrible, aplicada sobre Egipto, verificamos a los hebreos ordenados para consagrar a todos sus primogénitos a Dios, desde el primogénito del hombre hasta aquél de los animales. Esta coincidencia es más una indicación de lo que adelantamos respecto al objetivo y espíritu de los sacrificios; pues la consagración del sacerdote, que parece reunir en sí el significado de todas las otras consagraciones, no era hecha sin el sacrificio de un carnero.

Si seguimos estas comparaciones, verificaremos que, con el crimen del hombre, todos los primogénitos, todos los principios producidos de cada especie, habían sido zambullidos con él en su abismo; pero que a través del amor perfecto de la sabiduría Suprema, el Hombre recibe el poder de restaurarlos sucesivamente a sus posiciones y después a las de sus semejantes, a su vez; y a hacer que las lamas disfruten de sus sabath, así como tiene el poder de hacer a la naturaleza disfrutar de los suyos.

Veremos, en resumen, que los sacrificios de la sangre tendían a dos objetivos, sea para restaurar la libertad original a todas las acciones puras y regulares, cuyo pecado atacó en las diversas clases de animales y cosas creadas, sea para permitir que traigan alivio al hombre y la liberación de la servidumbre.

El Éxodo, la dualidad basada en la naturaleza del Hombre.

En el ejemplo que acabamos de dar, debemos considerar siempre que su objetivo era el Hombre, y que su dualidad se aplica a dos naciones distintas, la egipcia y la hebrea, una representa al Hombre en su caída y estado de reprobación, y la otra bajo su ley de la liberación y retorno en dirección al puesto sublime del cual desciende.

Nosotros, sin embargo, no tomamos las leyes y las costumbres hebraicas como la base y fundamento sobre la cual se basa esta teoría.

Ella reposa, en primer lugar, en la naturaleza del Hombre, en la forma en que él estaba, en su origen, y como está en este momento, o sea, en nuestra grandeza y en nuestra miseria; y cuando, más tarde, esta teoría encuentra sobre la tierra testigos que la sustenta y la confirma ella usa de ellos, no como pruebas, sino como confirmaciones.

Por lo tanto, no precisamos referirnos a los escritos sagrados para descubrir la época en que los sacrificios tuvieron origen. Los sacrificios de gloria datan de una época anterior a aquella del hombre; así como los sacrificios de sangre y expiación tuvieron inicio tan luego el hombre comenzó a ver el camino de liberación delante de sí, y esto ocurre cuando él tiene el permiso de venir a habitar la Tierra; ya que siendo, previamente, sepultado como un niño en un abismo, no tendría materia alguna a su disposición para sacrificar, no teniendo el uso de sus facultades.

Las relaciones del Hombre (conformidades) con la Naturaleza y los Animales.

El destino primitivo del Hombre era estar conectado con toda la Naturaleza, hasta que la obra que tenía que realizar, si hubiese mantenido su puesto, estuviese acabada. A pesar de su caída, él aún se encontraba conectado con esta Naturaleza de la cual no podía salir y cuyo peso opresivo era aún mayor, por el dominio que el hombre permitió que su enemigo adquiriese sobre ella y sobre sí mismo. Así, la conexión del hombre con la Naturaleza no era otra sino el sufrimiento, y su ser propiamente dicho estaba identificado con el poder de las tinieblas. Al fin, cuando el camino de vuelta le fue abierto, estos medios saludables (sacrificios) podían operar solamente a través del órgano o canal que es la naturaleza, lugar en donde el Hombre estaba sepultado en vez de ser su comandante. De esta forma, las relaciones (conformidades) que el hombre tiene con los animales no tendrá fin hasta que la Naturaleza haya completado su curso; con todo, estas relaciones varían en sus características, de acuerdo con las diferentes épocas en que el hombre está situado. En su tiempo de gloria, él reinaba como un soberano sobre los animales; y su supimos que habían sacrificios en aquella época, su objetivo no podía ser la restauración del Hombre, ya que no era culpable.

Cuando cayó, el Hombre se convirtió en la víctima de estos animales y de toda la Naturaleza. En la ocasión de su liberación, él fue capaz y tenía el permiso de utilizar tales animales para su desarrollo; esto no se puede dudar, después de todo lo que fue dicho. Sin embargo, estando estos fundamentos apoyados en bases firmes, nada más satisfactorio que encontrarlos plenamente confirmados en las escrituras sagradas.

El significado espiritual y correspondencia de los sacrificios mosaicos.

El primer hombre, en su estado de la gloria, se presenta en las Escrituras como siendo investido con total autoridad sobre la Naturaleza, particularmente sobre los animales, ya que le fue concedido el poder de aplicar a ellos sus nombres esenciales y constitutivos; con la caída a la tierra fue maldecido, y animosidad se colocó entre la mujer y serpiente; sin embargo difícilmente vemos al hombre siendo enviado para cultivar la tierra, antes encontramos el uso de los sacrificios de animales en su familia, una fuerte indicación de que él mismo los practicó, y que transmitió esta práctica a sus hijos que repartió por toda la tierra.

Es fácil verificar cuan ventajosa esta institución tan saludable en su principio y sus objetivos, habría sido para el Hombre si hubiese observado su verdadero espíritu; basta con mirar los sacrificios restaurados en la época de Moisés, para reconocer que, si el pueblo los hubiesen observado sinceramente, nunca habría sido abandonado, al contrario le habría sido ofrecido todas las cosas buenas que era capaz de recibir, toda vez que la luz y el poder divino le habría envuelto constantemente.

La primera cosa a notar, en las reglas relacionadas con estos sacrificios, es que eran, lejos, más numerosas e importantes en ocasión de los tres grandes festivales hebraicos: la Pascua, la Fiesta de las Semanas y la Fiesta de los Tabernáculos.

Estos tres solemnes épocas, tan instructivas para los hechos que conmemoran, los períodos fijos en que ocurrían, y la conexión que poseían con la historia espiritual y la regeneración del hombre, muestra claramente como eran importantes los sacrificios

entonces practicados, toda vez que es natural suponer que acontecían para el desarrollo de aquellos grandes objetivos.

La mejor cosa para verificar la conexión de estos tres principales festivales con la historia espiritual de la regeneración del Hombre es mirar continuamente nuestra propia naturaleza, y observar que, como somos caracterizados espiritualmente por tres reinos o eminentes facultades constituyentes, que requieren el máximo de desarrollo en cada uno de los tres planos, terrestre, espiritual y divino, a través de los cuales pasamos, es cierto que todos los medios y leyes que cooperen con nuestra regeneración, deban seguir un curso correspondiente a este número, y análogo al tipo de asistencia que solicitamos, de acuerdo con nuestros estados de desarrollo y de trabajo de sus respectivas épocas.

Digresión sobre los números.

A fin de que la palabra número no alarme al lector, pararé por un instante para mostrarle que los números, no obstante fijos en el orden natural, no son nada, y sólo sirven para expresar las propiedades de las cosas, de la misma forma que en nuestros idiomas, las palabras sólo sirven para expresar ideas, y no poseen, esencialmente, valor alguno.

Sin embargo algunos pensarán que como los números expresaban las características de las cosas, ellos realmente contenían en sí estas propiedades; esto ha sido la causa de tantas ilusiones y descrédito con relación a la ciencia de los números, en la cual, así como en miles de otros ejemplos, la forma ha engullido a la substancia; en cuanto que los números no pueden tener más valor o existencia, sin las propiedades que representan, así como una palabra no vale nada sin la idea de la cual es símbolo.

Pero, hay aquí una diferencia, a saber, que nuestras ideas, siendo variables, en las palabras que empleamos para expresarlas también pueden variar, en cuanto que, siendo las propiedades de las cosas fijas, los números o los algoritmos que las representan no pueden ser susceptibles a cambios.

Los matemáticos, sin embargo otorgar reconocimiento y uso de estos números fijos, dan una idea de ellos a través de los números arbitrarios o libres de los que hacen uso, pues ellos aplican, continuamente, estos números arbitrarios en valores especulativos y cuando son de esta forma aplicados los números, no son nada más que sus propios representantes y símbolos, si separados no son nada, y los matemáticamente puros, separados de cualquier aplicación, no son nada más que una invención de sí mismos.

La Naturaleza nada sabe de este tipo de matemáticos. La Naturaleza es una continua unión de leyes geométricas, con los fijos, sin embargo desconocidos, números. El Hombre puede, en su mente, considerar estas leyes de forma independiente de sus números fijos; pero la Naturaleza es una ejecución efectiva de estas leyes y no conoce abstracción alguna.

Sin embargo, los matemáticos se preocupan solamente de los movimientos externos y de las dimensiones de las cosas, y no de sus propiedades interna, cierto es que ellos no necesitan preocuparse de los números fijos, que son únicamente los símbolos de estas propiedades. Y, de hecho, solamente tienen que haber de las dimensiones visibles de las cosas, a lo máximo, con su peso aproximado, velocidad y atracción; queda claro que, para cumplir sus objetivos, la numeración ordinaria es suficiente.

Lo que acabo de decir sobre los números es bastante para terminar con el preconceito que generalmente resulta de este orden de conocimiento, ahora regreso a nuestro asunto, el sacrificio.

El Éxodo, una correspondencia de la regeneración del Hombre.

El primer paso de nuestra regeneración es nuestra evocación fuera de la tierra del olvido, del reino de las tinieblas y de la muerte. Este primer paso es tan indispensable que después de él podemos caminar por el sendero de la vida, ya que es como un grano que debe fermentar primeramente en la tierra, para después seguir su curso de vegetación y de producción de frutos. De la misma forma, vemos que la regeneración del pueblo hebreo tiene inicio con el poderoso trabajo que lo llevó fuera de Egipto, y le colocó en el camino de la tierra prometida. Lo más notable es que, la propia época trae su tributo de correspondencia a esta obra maravillosa, ya que ocurre en el primer mes del año santo hebraico, que tiene inicio en la primavera, o que expresa, temporalmente, el pasaje en que la Naturaleza sale de su languidecimiento y de la muerte del invierno, para la vida y la fertilidad

Es verdad que los hebreos, en aquella época, no ofrecían sacrificios; esto porque, así como el hombre, en el primer acto de su liberación, ellos aún estaban en un estado de impotencia, y desconocían la ley que actuaba sobre ellos, como ocurre a un niño cuando recién nace al mundo.

Sin embargo, habían matado un cordero en cada casa; y aunque esto no había sido hecho de acuerdo con la forma de sacrificio instituida sino en la frente, hubo en esta ceremonia una virtud eficaz de aquello que estaba por venir; así, en aquella gran época, verificamos el surgimiento de cuatro cosas importantes, o sea, la evocación del Hombre por la vida terrestre, la liberación del pueblo escogido, el nacimiento de la naturaleza en la primavera y el derramamiento de la sangre de los animales, y todo no podría haber ocurrido de forma más notable sin que tuviese una correspondencia íntima.

El Cordero.

Es preciso observar que el abatimiento de un cordero era el acto preparatorio, anterior a la liberación de los hebreos, de esto podemos presumir cuan puras y regulares eran las influencias ligadas a esta especie de animal, cuando liberadas a través de su abatimiento, una vez que eran respetadas por el ángel de la destrucción, y se había convertido en el medio de protección, ordenado por Dios, a fin de preservar a los hebreos de la espada de la justicia. Esto nos lleva, con suficiente evidencia, a lo que dijimos anteriormente, que la sangre es el sepulcro del hombre, de la cual él precisa, necesariamente, ser liberado, para dar el primer paso en la gran senda de la Vida. Esto muestra, de igual forma, que de todos los animales, el cordero tiene la mayor y más útil armonía para la liberación y regeneración del hombre, y que su sacrificio le genera grandes ventajas, ya que dispone al hombre, a través de las virtudes secretas del sacrificio, al más seguro y glorioso medio de salir de propia sangre.

Podemos encontrar algunas evidencias de esta verdad, aunque en el orden material, donde observamos que la especie de rebaño a la que pertenecen los corderos es el más útil a nuestros cuerpos, y es suficiente para todas nuestras necesidades primarias, ya que nos provee de alimento, ropa y luz. Y no será superfluo agregar, que esta especie de rebaño, no obstante, sólo proporciona nuestras necesidades pasivas, necesidades que pueden ser comparadas con los de nuestra infancia, o del hombre en privación; no nos proporciona ninguno de esos suplementos activos que necesitamos en una edad más avanzada y que son provistos por otro tipo de animales.

Verificamos aquí el porqué los corderos han sido sacrificados solamente en la salida de Egipto, que era el lugar en que, en aquella época, el pueblo elegido había acabado de nacer y representaba, temporalmente la infancia corporal del hombre, así como la estación de la primavera representaba el nacimiento y la infancia de la Naturaleza.

La Pascua, su carácter triple: el primer período.

El primer período de la Pascua presentaba tres características de una sola vez: la conmemoración de la llamada del primer hombre para la vida terrestre; la llamada actual del pueblo elegido para la ley espiritual, y una señal profética de nuestro renacimiento futuro en la ley de Dios; este carácter triple será encontrado en los otros períodos que examinaremos a continuación, por lo tanto todos están conectados por la realización de sus respectivos números, y así se convierten en, sucesivamente, el primero, conmemorativo; el segundo, actual o efectivo; el tercero, figurativo o profético.

La Ley, su correspondencia espiritual: el segundo período.

Después del primer período, sigue el segundo, en el cual los hebreos recibirían la Ley en el Monte Sinaí. Todas las relaciones mencionadas arriba también serán encontradas en este período.

Después de haber sido llamados para la vida terrestre, hay un período en que el espíritu se junta a nosotros por primera vez, y nos comunica sus primeros rayos. Después que el primer hombre fue retirado del abismo en donde el crimen lo había sumergido, y obtuvo a través de la muerte de Abel y del arrepentimiento, una puerta para los caminos de la justicia, él fue consolado, esto es comprobado por el nacimiento de su hijo Seth, que lanzó sobre su familia la primera sedimentación de aquellos regalos, los que la Suprema Misericordia, aún se digno en ofrecer a la humanidad.

Igualmente supongo que nada sabemos sobre el período en el que el primer hombre, que nunca fue un niño, recibió, por primera vez, los auxilios de la gracia, sabemos que para el hombre individual los primeros gérmenes del espíritu se presentaron por cada período de siete años, y los frutos de estos gérmenes serán naturalmente desarrollados en las épocas correspondientes a los múltiplos de este número.

Sabemos que la Ley fue dada al pueblo hebreo cuarenta y nueve días después del paso por el Mar Rojo; sabemos que este período coincide con el tiempo de los primeros frutos, y que la fiesta instituida con referencia a este hecho fue llamado la Fiesta de las Semanas y de los Primeros Frutos.

Finalmente, sabemos que esta ley fue salpicada con la sangre de los sacrificios y de las ofrendas de paz, sacada del ganado mayor o becerros (Éxodo XXIV.5) Es fácil llevar a cabo las comparaciones que resultan de todo esto, de acuerdo con los principios que hemos delineado.

Las siete formas o poderes espirituales: el segundo período continúa.

Recordando aquí el campo universal de las siete formas de la Naturaleza Eterna, el número siete contenido en cuarenta y nueve mostrará la actuación y operación de los siete poderes espirituales, abriendo el camino de los trabajos activos al pueblo elegido, toda vez que este proceso también es demostrado en esta época, a través de la producción de los primeros frutos de la tierra; no se puede dudar que esta ley actuó, por los poderes del mismo número, en el primer Hombre, como aún ocurre en el hombre individual, y con

certeza sería mucho más positivo significativo si no nos llenáramos diariamente con falsas sustancias, que nos mantienen bajo falsas proporciones, e impiden aquellas que son verdaderas para actuar en nosotros.

En este período, la sangre de los becerros fue derramada, mientras que en el primer período solamente la sangre del cordero fue derramada; esto es porque éste fue únicamente el período de la libación, y la sangre de cordero sirvió como órgano en la obra de la misericordia, realizada sobre el pueblo, e indicada por la dulzura, de la cual el cordero es el símbolo; en las características aparentes de los animales, podemos entrever sus influencias predominantes, así como de las obras que forman parte, en los designios de la Sabiduría.

En el segundo período, estando el pueblo en la mitad del desierto, en el camino opuesto a su tierra, requirió de más energía para resistir a sus enemigos; y todo nos lleva a creer que la sangre de un ganado mayor, fue derramada en esta ocasión, lo que indica que este era el objetivo del sacrificio de esta clase de víctimas.

En el primer período, el pueblo no tenía nada que hacer; apenas seguir el espíritu que hacía todas las cosas para ellos, como una madre o un padre hace por sus niños en sus tierna edad, luego, no había ley.

En el segundo período, el pueblo es considerado capaz de actuar por sí mismo; así, la ley le fue dada y los preceptos de la ley le fueron enseñados a fin de que controlase su conducta a través de las duras jornadas que tenía enfrente.

Por lo tanto era natural que la misma sabiduría que dictó las leyes, comunicase la fuerza necesaria para su observación, el sacrificio del ganado apuntaba a esto; sin hablar de la fuerza espiritual derivada del testimonio de las maravillas realizadas delante de él en la montaña, ni aquellas que esperaban de la ordenación de sus sacerdotes, que fue subsiguiente a la promulgación de la ley, y de la emancipación del pueblo, y que puede ser considerada como el complemento y la consolidación de este segundo período. Moisés fue ordenado directamente, sin la intervención de ningún ministerio del Hombre, pues él debía ser como el Dios del Faraón, tomó a Aarón como su profeta. (Ex. VII).

Es cierto que este segundo período era al mismo tiempo conmemorativo, real y figurativo, como el primero; pero debemos observar que cada una de estas relaciones asciende en un grado, ya que el segundo período tiene inicio en un grado más elevado que el primero; es preciso tener en mente, cuando consideremos los períodos siguientes, que siempre avanzan por grados y elevan sus operaciones continuamente, sin perder sus características.

La Fiesta de los Tabernáculos: el tercer período.

Este tercer período, en el sentido estricto en el que nos limitamos en el tiempo, no está marcado por ningún evento histórico en las escrituras sagradas. Fue indicado apenas por la solemnidad del festival consagrado para esta celebración, la fiesta de los tabernáculos. Esta fiesta, no teniendo ningún evento actual para consagrar, aparece en las Escrituras (Lev. XXII.43) solamente como una conmemoración de un hecho anterior, o sea, hacer que el pueblo recuerde de que Dios lo había hecho para habitar en tiendas, después que Él le había liberado de la esclavitud egipcia.

No será inoportuno agregar que el proceso de la regeneración no estaba tan desarrollado en aquella época al punto de ofrecer a la mente del pueblo todo aquello que expresaba, particularmente con relación a la vía que el Hombre estaba obligado a construir en las regiones intermedias entre su primer y su actual domicilio para que cuando se

despidiera de su envoltorio corporal, de su tierra de Egipto, o su sangre hace que un verdadero faraón lo domine.

La Fiesta de los Tabernáculos, presagio del advenimiento futuro del reino espiritual.

Sin embargo, este festival, el más importante de todos, por el número de víctimas ofrecidas, era la expresión figurativa y profética de los beneficios que aguardaban al pueblo en tiempos venideros, pero de los cuales no podría tener idea alguna, pues su tiempo aún no había llegado.

Podemos juzgar cuan enormes podrían ser estos beneficios, por la época del año en que ocurría el festival; era en el séptimo mes, después de recoger todas las cosechas; era una renovación del año civil, aunque a la mitad del año santo.

Podemos, entonces ciertamente, ver en este festival el fin del círculo de las cosas temporales, el advenimiento del reino del espíritu y los inefables regalos y riquezas que siguen al desarrollo de sus poderes a través de todos los períodos consecutivos e intermedios, desde la primera institución del festival, hasta el complemento del gran círculo.

No es necesario recordar las propiedades características del septenario, para confirmar esta visión; basta con en el convencimiento de que este festival era más profético que conmemorativo y si estaba asignado a los hombres iluminados de aquella época; aunque, para el pueblo, este festival pudo haber sido más conmemorativo que profético. Agregaremos solamente, para información de aquellos que están familiarizados con los principios de los cuales los números son los símbolos, que estos actos septenarios, en este tercer período, son más amplios que lo del segundo período que era apenas una iniciación a la ley, mientras que aquí se trata del cumplimiento de la ley.

En el segundo período, el septenario aún actuaba solamente, por así decir, consigo mismo y en propio círculo; mientras que en el tercero penetró todo el círculo de las cosas, por intermedio de los seis meses lunares a través de los cuales extendió y desarrolló sus poderes; esto apunta a las seis operaciones primitivas de la creación, que terminaba en el sabbath, e para la gran época sabática, por la cual el gran círculo de la duración del Universo llegará a su fin y restaurará la libertad a todas las criaturas.

La Ley de los Sacrificios continuó.

Una segunda verdad fundamental, ligada a lo que mencionamos arriba, se puede expresar aquí: bajo la ley de los sacrificios, todo fue hecho a través de las transposiciones, pues el Hombre muy lejos de la verdad para que esta se uniese a él directamente.

La serpiente de bronce, las obligaciones, sacrificios, e incluso las jornadas del pueblo hebreo son evidencias suficientes de que tal era el carácter de la ley; esto se manifestó cuando se percibió que el Hombre estando conectado, a través del crimen, con influencias (acciones) divididas, no obstante análogas, podría ser liberado de esta dolorosa división, solamente a través de la reunión de estas analogías.

Pero esta ley, a medida en que se desarrolló, se tornó cada vez más benéfica para el pueblo escogido, con lo que debe ser reconocida como el símbolo del Hombre. De la misma forma, como ya observamos anteriormente, vemos una progresión de beneficios, actividad y gracia que seguía a la progresión de festivales y períodos; el sacrificio perpetuo,

mientras servía como conmemoración de la liberación de Egipto, mostraba, al mismo tiempo, la continua vigilancia del Amor Supremo sobre Su pueblo, al cual Él nunca va a desamparar.

El extraordinario holocausto, agregado a los tres grandes festivales, eran para traer al pueblo aquellas virtudes activas, de acuerdo con los planos reservados a cada diferente período; pues podemos ver toros, carneros y siete corderos — independientemente de todas las otras ofrendas que siempre eran agregadas a los sacrificios importantes.

Así, los gérmenes que fueron plantados en el pueblo, comenzarían a dar sus primeros frutos en el siguiente período; estos gérmenes no habrían podido ser plantados en Egipto, pues era necesario que el pueblo fuese primeramente purificado; la morada de la muerte no es capaz la simiente de la vida.

Los nombres primitivos de los animales podían revelar, en los Sacrificios, su naturaleza e influencia.

Sin duda, si no había ningún velo extendido sobre la Naturaleza y sobre las propiedades de los animales, vemos claramente el motivo real por el cual toros, carneros y corderos eran usados preferencialmente con relación a otros animales, en todos estos sacrificios. Podríamos justificar, con detalles minuciosos, el principio general y fundamental, ya que estas víctimas estando conectadas a las influencias externas, y habiendo derramado su sangre, eran forzadas a traer al pueblo las influencias de las cuales eran, respectivamente, los emblemas o símbolos, se hacía que los poderes se aproximasen al Hombre, a pesar de que solamente fueran los representantes de aquellos que un día recibirían el espíritu propiamente dicho, y del cual aún estaban muy alejados.

Sin embargo perdimos los nombres primitivos de los animales, y nada con poco conocimiento podría verter una luz viva y clara, en las diversas especies de animales, incluidos en la clase de víctimas, así como en las diferentes especies vegetales que sirvieron de ofrendas en los sacrificios; pues, si los números verdaderos expresan las propiedades de las cosas, sus nombres verdaderos las expresan de forma aún más eficaz, pues son sus órganos activos. Esto es lo que una vez caracterizó la preeminencia del primer Hombre, y aún debe caracterizar, de cualquier forma, en parte, al verdadero sabio, y al verdadero ministro de las cosas divinas, pues él cumple el Ministerio del Señor de forma útil y eficiente.

Los nombres hebreos no ayudan a esclarecer esta gran pregunta. Estos nombres son activos cuando se aplican solamente a los hombres, a las generaciones del pueblo elegido y a sus ministros, como vemos por los nombres característicos de los profetas y patriarcas, porque el hombre era el objetivo principal de este proceso de elección y restauración; mientras que, no habiendo llegado todavía a la gran época de la restauración de la Naturaleza, los nombres de las plantas y animales aún están ocultos en lo que Jacob Boehme llama “el idioma de la Naturaleza”, hasta que los sellos sean abiertos.

Podemos solamente repetir y extendernos en la idea general expresada arriba, o sea, que en la espantosa destrucción de la naturaleza, en ocasión del lapsus criminal del Hombre, algunas substancias, minerales, vegetales o animales fueron preservadas que otras; esto quiere decir, que ellas reiteran un gran proporción de las propiedades vivificantes y poderosas de su primitivo estado, y que, sin duda, estas han sido las preferencialmente usadas en los sacrificios y en otras ceremonias de veneración, como siendo más capaces de prestar servicio al Hombre, toda vez que permanecen más próximas al pacto primitivo; pero

esto requiere un conocimiento más extenso de nuestra parte, sobre el estado primitivo de las cosas, y nosotros apenas hacemos una alusión al respecto

Circuncisión, su razón y efecto.

Pasamos ahora a una pregunta que pueda ser considerado la clave para la explicación de los sacrificios.

Si los sacrificios funcionaron para el hombre, a través de sus correspondencias, si el derrame de la sangre de las víctimas era el medio establecido para lograr este objetivo, nos podemos preguntar ¿cómo es que la circuncisión no ocupaba el lugar de los sacrificios? Pues podríamos suponer que habiendo derramado la propia sangre del Hombre, esta podría operar con más eficacia que la de las otras víctimas, debido a la superioridad de sus correspondencias. A esta pregunta responderíamos de la forma que sigue.

La Virtud de los sacrificios deriva de la convicción.

Si los sacrificios de sangre actuaban a través de sus correspondencias, ellas derivaron sus virtudes, radicalmente, por el deseo del ministro y el deseo de aquello que cree y que lo acompaña; de esta forma, el deseo divino propiamente tal se unía a ellas. Sin embargo, como este deseo, que es la fe verdadera o convicción, no puede, bajo ninguna circunstancia, ocurrir sin una base o campo; la sangre de los animales servía para asistir a este deseo para alcanzar un campo aún mayor, hasta yacer en bases, en el Corazón Divino, que gobernaba, en secreto, todos los sacrificios, y que finalmente los iría a coronar.

La fe; la diversidad de las formas.

Podemos notar, que la necesidad de un fundamento para apoyar la fe o el deseo verdadero es la llave para todas las diversidades de sacrificios, sean de sangre o no, así como la adoración de ídolos y cualquier otro tipo de adoración practicada en la tierra, más allá de todo eso en donde las naciones tienen la misma fe, y fallan solamente en lo referente a este fundamento; la opción de este fundamento es muy importante puesto que debería tener correspondencias fijas con un centro verdadero, natural, espiritual o divino centro, - y las naciones habrían cometido un error enorme a este respecto, y no es de sorprenderse que sus tinieblas sean tan universales.

La circuncisión, no como fundamento de fe, sino apenas una iniciación.

Sin embargo, la circuncisión no podría servir como fundamento para la fe o el deseo, puesto que era practicada a pocos días después del nacimiento; y si, en Abraham ella fue practicada en la madurez, era solamente porque no habían elegido a este patriarca mientras era niño para ser la cabeza de la raza elegida, y tenía que participar libremente de la alianza. Además, representó solamente los primeros pasos de la reconciliación.

Sin embargo, a pesar de que un niño no puede tener una fe o deseo verdadero, la sangre del Hombre, derramada durante la circuncisión de los niños tiene, sin duda, un efecto; no obstante, tal efecto era limitado, por así decir, a realizar una especie de purificación religiosa, como si, de alguna forma, los separasen de este sistema sanguíneo en que el crimen del Hombre nos sometió, y los iniciaron en un trabajo activo y eficiente en el cual la fe o el deseo de cada pudiese algún día utilizarlos voluntariamente. Este era, más

que nada, un efecto figurado de la gran circuncisión y de la liberación corporal, que la realización de algún poder regenerador vivificante, como el holocausto, cuando la fe tenía al menos alguna influencia, una víctima pura era sacrificada, y el completo desarrollo de todas las correspondencias de las influencias regulares actuaban en la restauración del Hombre, aún parcialmente, a sus derechos y alegrías.

Además, vimos que la muerte del Hombre fue el único sacrificio de sangre capaz de restaurarlo a la plenitud de sus relaciones, y al perfecto camino de retorno a su Principio. Por lo tanto, como el principio de vida animal no era eliminado a través de la circuncisión, las observación de esta ley no podría, por sí misma, atraer sobre él ninguna influencia restauradora poderosa, y si la sangre de los animales (sacrificados) no hubiese sido substituida por la del hombre (en la circuncisión) él habría permanecido en la vida en la misma privación y esclavitud.

Al mismo tiempo, como ya dijimos, esta circuncisión no era inútil, puesto que era una especie de iniciación en las etapas que el Hombre todavía no podía apreciar. Pero, precisamente por ser una iniciación, era necesario que se tornase capaz recibir sus frutos progresivos, y esto aconteció realmente, en la medida en que abría su sangre a todas las influencias regulares que los sacrificios de los animales le pudiese traer.

Así, cuando la autoridad divina consagraba este principio, que tal vez ya había sido usado entre otros pueblos (sin embargo no usado con este mismo objetivo) y ordenado como una de las leyes sagradas del pueblo judío, esta ceremonia era estrictamente recomendada. Todos aquellos que no eran circuncidados eran excluidos de los sacrificios porque las influencias regulares, que aquellos sacrificios atraían, no encontrando ningún camino abierto para alcanzar su principio de vida, podía actuar forzosamente y con violencia contra aquellos que no cumplían la ley y los exterminaba en medio del pueblo.

Antes y después del Diluvio.

Como la circuncisión parece haber sido practicada después del Diluvio, todos los sacrificios, hechos previamente a este acontecimiento, deben haber sido inútiles. Sin embargo, si no tenemos pruebas que esta práctica estaba en uso antes del Diluvio, tampoco tenemos ninguna prueba de lo contrario; admitiendo que ella haya tenido inicio después del Diluvio, todas las dificultades desaparecen cuando reflejamos en las diferencias de estados en que la humanidad se encontraba en estas diferentes épocas: reflexión que también se aplica a los animales.

Antes del Diluvio, el hombre gozaba de todos los poderes de su naturaleza corporal animal; este ropaje temporal que le fue dado como un órgano para las influencias y virtudes superiores, que le es tan útil, estaba más de acuerdo con el plan trazado para su restauración, estando, consecuentemente, más abierto a las influencias saludables, no podía recurrir a la circuncisión para que ellas tuviese acceso al Hombre.

Por otra parte, como los animales disfrutaban de un tiempo de vida mayor de lo que jamás habían tenido, su sangre era más eficaz, qué podría hacer con que la asistencia de la circuncisión fuese menos necesaria de lo que se tornó en el segundo período, cuando todas las cosas fueron cambiadas. Toda la naturaleza había sido torturada y alterada por la calamidad del Diluvio. Los crímenes de la humanidad se hundieron en el Diluvio y ésta se tornó mucho más aprisionada por las corrientes de la materia; los propios animales perderán sus virtualidades en la renovación de sus especies, que se vieron menores de lo

que eran antes de la explosión de venganza de la Justicia Suprema. En resumen, ¿a qué reflexiones nos llevarían aquellos enormes esqueletos?

Si la Sabiduría no hubiera proporcionado al hombre medios para remediar este fatal resultado de la justicia, él habría continuado sin camino de retorno alguno a su principio, y el plano el Amor divino a favor de la humanidad habría sido irrealizable, ya que la primera iniciación en este camino no habría ocurrido. Sin embargo, de todo lo que hemos visto, la circuncisión parece haber sido el medio que suplió, después del Diluvio, las ventajas que los hombres y los animales disfrutaban antes de aquella catástrofe.

Quizás igualmente si el pueblo hubiera observado sinceramente las leyes e instrumentos que Noé les transmitió, en su calidad de elegido o escogido de Dios, él hubiese continuado bajo condiciones poderosas suficientes para que este nuevo medio fuese innecesario.

Pero, a través de la prevaricación de Cam y de Canaã, y por las abominaciones cometidas en las planicies de Sinar, ellos habían agregado más cadenas a ésa que Diluvio había colocado en ellos, y habían agravado los obstáculos que ya se habían posicionado en contra de la reunión con su Fuente. No es de admirarse que el amor que los había creado los siguió hasta el abismo en que se sumergieron, ofreciéndoles una ruta nueva a través de la cual podrían retornar a Él.

Vamos a retomar los tres períodos, y los veremos retratados en menor escala, en la importancia dada a la circuncisión entre los Hebreos.

La circuncisión Judía: el primer período, durante la época de Abraham.

Es durante la época de Abraham que por vez primera encontramos algo sobre la circuncisión en las escrituras; el Señor confirma allí su alianza con él y su posteridad. ¿Bajo qué circunstancias esta circuncisión fue ordenada por el Señor? Fue cuando Él dio un nuevo nombre a Abraham, y también a su esposa, agregando a sus nombres antiguos una única letra del nombre sagrado a través de la cual Él se tornó conocido a Moisés por primera vez. Fue cuando Abraham tenía noventa y nueve años, que Dios hizo un pacto con él, prometiéndole la tierra de Canaán; en resumen fue cunado Dios escogió para Sí, por vez primera, un pueblo, del cual todas las generaciones deben ser bendecidas.

Todo esto muestra, una vez más, que la circuncisión tenía una virtud iniciadora, donde todas las virtudes que Dios preparó para su pueblo no habrían tenido efecto alguno si Él no hubiese abierto este camino para que se cumpliesen. Abraham había recibido, sin embargo, ayuda divina previamente a esta ceremonia; él fue sacado de su propia tierra, que había sido invadida por la iniquidad; él había erigido altares al Señor en Bethel, e invocado su nombre; él había sido bendecido por Melquisedec y en el sacrificio de sangre que ofreció por orden de Dios, recibió evidencias de la presencia del Espíritu, pero esto contradice los principios que establecimos.

Abraham fue elegido del Señor, no obstante haber nacido entre los idólatras y de algunos acusados de haber comercializado ídolos. Su corazón puede haber permanecido puro, sin embargo su espíritu pudo haber sucumbido a las mismas tinieblas que cubrían a sus contemporáneos. Así, las ayudas divinas pueden haber encontrado acceso a él, sin los medios secundarios de la circuncisión.

Además, es preciso hacer una distinción esencial entre los medios empleados por Dios para manifestar una elección, y aquellos usados para hacer con que esta elección se cumpla.

Veremos siempre que estos medios formarán dos clases en todas las elecciones y épocas siguientes; tenemos una prueba real de esto en la elección de Abraham, ya que, a pesar de todas las ayudas que él había recibido, antes de su circuncisión, fue solamente después de su obediencia a esta ley, así como la de todos sus familiares, que recibió la visita de tres ángeles, que fijaron claramente el tiempo del nacimiento de Isaac, y que al final del año recibió a su hijo prometido, a través de quien el pacto iniciado con Abraham, debería ser realizado y completado.

Nada más es preciso para nosotros convencernos de que, en la época en que se comenzó a hablar sobre circuncisión, esta era entendida como iniciación en todos los beneficios prometidos en la elección, y siendo así, teniendo una sensible relación con lo que dijimos sobre la Pascua, o el primer período de retorno de los Hebreos a la tierra prometida.

El Segundo Período, durante la época de Moisés.

La segunda vez en que se menciona la circuncisión en las Escrituras es en Moisés (Éxodo. IV, 25), en donde se concluye que esta ceremonia había sido descuidada, siendo la causa de la furia del ángel, aún así la circuncisión es nuevamente recomendada así como todas las otras leyes y decretos de la montaña (Levítico, XII, 3), esto nos lleva a considerar la ley de la circuncisión, dada en la montaña, y aquella realizada en el hijo de Moisés, como un único y mismo período.

El tiempo en que esta ley reapareció es notable por su conformidad con aquello que se pasó en el período de Abraham. Fue después que Moisés vio la zarza ardiente y recibió la promesa de Dios que el pueblo sería liberado, fue después que el mismo había sido escogido el instrumento de esta liberación, y recibido las más extraordinarias señales de su misión, que la venganza divina, presta a caer sobre su hijo, fue detenida por la sumisión de Séfora; finalmente, fue en el momento del retorno de Moisés a Egipto para iniciar su misión que esta ceremonia fue realizada en su hijo.

Esta comparación muestra claramente que la ceremonia era como iniciación de los frutos de la liberación prometida, de igual forma como en la época de Abraham era como una iniciación de los frutos de su elección, ninguna de ellas puede ser realizada sin el derramamiento de sangre. No se debe dar importancia al hecho de la sangre del hijo, en el caso de Moisés, es la que derramada y no la del propio patriarca, pues aunque fueran dos individuos distintos, la sangre de ellos puede ser considerada como una; y por otra parte, hay bajo este velo innumerables relaciones de otras verdades, que los ojos atentos van a descubrir sin dificultad.

Así, sin mi interferencia en la exposición de estas verdades, se verificará, en un período medio, una circuncisión doble, una conmemoración del sacrificio del hijo de Abraham, y la profecía de otro sacrificio, sobre el cual aún no es hora de hablar al respecto. Debemos estar satisfechos con la observación de que la elección de Moisés, y la circuncisión ocurrida tuvieron los primeros frutos vivificantes de la promesa hecha a Abraham, conectados casi en forma natural con el segundo período, o con el segundo festival Hebraico, en el cual la tierra ofreció su primera producción, y el pueblo recibió los primeros frutos del Espíritu, que era la Ley; pues, en estas comparaciones, nunca se debe olvidar que todo ternario de épocas forma un círculo, y que todo círculo precedente es un grado menos elevado que su sucesor.

Circuncisión, tercer período, durante la época de Josué: sus correspondencias.

Finalmente, la tercera vez en que el ritual de la circuncisión aparece en las Escrituras, es durante la época de Josué, cuando el pueblo está presto a entrar en la tierra prometida (Josué, V, 2). Este ritual no había sido realizado durante los cuarenta años en que el pueblo viajó por el desierto, y todos los que habían sido circuncidados en Egipto habían perecido; así, Dios revivió este ritual para todos aquellos que permanecían sin circuncidar, a fin de que “todo el oprobio de Egipto pudiese ser extraído del pueblo”; y todo el pueblo fue circuncidado en Guilgal.

No se puede evitar de notar el momento en que esta circuncisión aparece nuevamente, y las numerosas maravillas que seguirían. Fue en ocasión de la entrada en la tierra prometida, así como la circuncisión de Abraham fue en ocasión de su entrada en el pacto de la elección y aquella del hijo de Moisés en el momento de su ingreso en el camino de la ley y del trabajo; e a este respecto, este período está conectado con el tercero de los festivales hebreos, que era aquél de la abundancia, de la fiesta celebrada después de la cosecha, la realización de todos sus trabajos.

Este período está tan conectado con las conmemoraciones en el orden secular y terrestre, porque representa el futuro reposo que el pueblo debe gozar después de destruir o de subyugar a los habitantes de Canaan, sólo proféticamente, pues su entrada en la tierra prometida los admite únicamente en las batallas que deben trabar allí; y las victorias que eventualmente pueden ser conseguidas habían sido indicadas por aquellas conquistadas sobre el pueblo del desierto.

No está demás observar que fue el primer mes que ocurrió esta entrada en la tierra prometida; como fue también en el primer mes el éxodo de Egipto, o la liberación ocurrida; esto es porque aquí los dos círculos vuelven al mismo punto, no obstante ser el segundo relativo a un orden de cosas mucho mayor y más activa que el primero.

Pero lo que realmente indica el cuan ventajosa era la circuncisión en esa ocasión es que después de la ceremonia, el maná dejó de caer, y el pueblo comenzó a comer de los frutos de la tierra; que Josué entró bajo la protección directa del Príncipe visible de los ejércitos del Señor; que las trompetas del Jubileo se volvieron las principales armas del pueblo, y a su sonido, acompañado por aquél del Verbo, o el de la palabra, los muros de Jericó fueron derribados, y cada hombre fue capaz de entrar en la ciudad siguiendo este sonido; todo esto es un modelo de aquello que está reservado al Hombre en los períodos siguientes, y de lo que nos espera cuando estemos fuera de nuestro confuso y terrestre círculo.

Eficacia de los Sacrificios a lo largo de la destrucción de Jerusalén.

Verificamos aquí el poder y la eficacia de los sacrificios, pues todas las maravillas que mencionamos fueron precedidas no solamente por la circuncisión, sino también por los sacrificios ígneos de la Pascua que el pueblo celebró en Guilgal, y probablemente también por aquellos que Moisés y los ancianos recomendaran para la ocasión en que deberían entrar en la tierra prometida (Deuteronomio XXVII), y sobre los cuales el libro de Josué no menciona antes de la conquista de Hay (VIII, 30-31), pero que se acredita había sido ofrecido después de pasar por el Jordán, como Moisés había ordenado.

No iremos a recapitular lo que ya dijimos respecto de la eficacia de estos sacrificios, confirmada por el maravilloso éxito que les siguió; es suficiente ya haber establecido una

vez los sacrificios como principio de la relación que la sangre tiene con las influencias regulares (acciones) y que éstas poseen con influencias más elevadas, para comprender las ventajas que el hombre o el pueblo elegido puede extraer de éstas ceremonias, con relación a su liberación y progreso en relación al cumplimiento de su verdadera libertad.

Tendríamos que observar en el mismo espíritu todo los sacrificios ofrecidos por los hebreos, desde su entrada a la tierra prometida hasta la destrucción de su último templo por los Romanos; es innecesario seguir la línea histórica y las épocas, pues todas derivan de un principio reconocido, precisamente el principio o la clave universal con la cual debemos actuar; completamente convencidos de que esto es derivado de la verdad, iremos entonces a solucionar nuestras dificultades.

Así, vamos a pasar a otro tipo de observación con respecto a estos sacrificios, a saber, como es que su institución vino ser establecida por todo el mundo, bajo tales variadas formas y, a veces, de forma tan contraria a la razón e incluso de forma criminal.

La práctica de los sacrificios entre otras naciones; su corrupción.

Es evidente que el uso de estas ceremonias entre otras naciones no se atribuyen a la religión judía y ni a los sacrificios en que ella estaba basada, porque los Judíos eran un pueblo exclusivo y aislado, que no poseía relaciones con otras naciones; esto es dejaron de existir como pueblo, solamente en nuestro tiempo y, a partir de entonces, han perdido el uso de sus ceremonias y sacrificios además, habiendo los sacrificios estado en uso desde el principio del mundo, cuando esto fuera renovado después del Diluvio, la renovación de los sacrificios entre todas las naciones debe ser atribuida a la dispersión de estas naciones, que habrían cargado consigo las costumbres y ceremonias de sus antepasado.

No es, por lo tanto, la predominancia universal de los sacrificios lo que va ahora a sorprendernos y ocuparnos, pues, ya que son reconocidos como originarios de los campos naturales, ninguna de sus ramificaciones puede tener otra origen; pero, los cambios que estas corrientes o ramas ha tenido en su curso es lo que debe ser objeto de nuestras investigaciones y reflexiones.

Este cambio corrupto nunca habría ocurrido si no hubiese una fuente pura que dio inicio a todo; y aquellos que han atribuido el uso de los sacrificios a la mera ignorancia y superstición, han confundido el abuso y las consecuencias con el principio y, actuando de esta forma, se impiden a sí mismos de conocer tanto el principio como las consecuencias. No nos vamos nunca a olvidar de la infeliz situación del Hombre en este mundo de aflicciones y tinieblas, ejemplificado por los sufrimientos de todos los mortales y por las lágrimas en todos los tiempos. No vamos a olvidarnos de que estamos rodeados por influencias caóticas, que tientan incisivamente introducir el desorden en todo lo que se aproxima a nosotros, para que nos puedan invadir y posponer nuestro retorno en dirección a la luz..

Este cuadro, infelizmente tan real y costoso para nosotros, así se trona aún más cuando recordamos en las preparaciones de los sacerdotes que las víctimas eran sometidas de acuerdo con la ley Judía; y especialmente cuando recordamos las aves que bajaban sobre las carcasas, en ocasión del sacrificio de Abraham y que fueron ahuyentadas por este patriarca.

No se debe creer que en la multiplicidad de sacrificios que fueron ofrecidos, sea en la familia de Noé, o en los de sus descendientes que poblaron la Tierra, nunca hubo falta de preparaciones sacerdotales, y que las aves siempre fueron ahuyentadas de las víctimas; esto,

afirmo yo, no se puede creer, en la medida en que vemos aparecer la abominación en el seno de la propia familia de Noé, y a su posteridad envuelta en las tinieblas, al punto de obligar a la Suprema Sabiduría a hacer una nueva elección. Aún un único acto de negligencia, en estas importantes ceremonias, basta para dar acceso a las influencias del caos así como a todas sus consecuencias.

Juzgue, entonces, que consecuencias fueron estas si el sacrificador une la negligencia a la profanación, a la profanación le suma la impiedad y a la impiedad un propósito criminal, en resumen, si él mismo abrió el camino a la caótica influencia, y actuó en concordancia con ella, en vez de resistirse a ella. Con certeza nada más se podría haber esperado que una inundación de horrores y abominaciones surgiese de este acto, inundación que crece diariamente a una proporción que no se puede estimar y que debe haber invadido al mundo con aguas impuras, cubriéndole con iniquidad.

La influencia o la acción caótica a la que el sacrificador dio acceso en sí mismo, la llevó al error de varias formas; en un momento, surgió la idea de cambio de la víctima y sustituir las víctimas puras por víctimas tales como bestias, adecuadas a los designios abominables; a partir de esto no es de sorprender el hecho que observamos sobre la Tierra de los innumerables animales usados en los sacrificios.

En una segunda ocasión, sin interferir con las víctimas, la influencia caótica debe haber instigado al sacrificador para enderezar en ella misma el espíritu y la intención de su obra, tomándolo para esperar por eso un beneficio mayor del aquel que se podría esperar de un Ser severo y celoso, que retira todas sus bendiciones por causa de la menor negligencia durante las ceremonias que Él instituyó; y, al lanzar su favor en varias direcciones, ésta influencia desordenada habría unido al Hombre a sí mismo, hundiéndolo en los más fatales abusos y monstruosas abominaciones.

Una otra vez, utilizará todas estas iniquidades juntas y haciendo con que tienen una piedad aparente, para asegurar el éxito, irá, bajo esta máscara a llevar al Hombre a las prácticas más revoltosas e inhumanas, persuadiéndole de que cuanto mayor el precio y mayor el número de víctimas, más podrá él ser amado por la Divinidad; además de eso, como este poder desordenado estaba, así como el poder ordenado, conectado a todas las substancias y materiales de sacrificio, tendrá la capacidad de fortalecer y confirmar todas estas falsas insinuaciones, a través de manifestaciones visibles, todas de gran eficacia, porque corresponden a los sentimientos internos y movimientos secretos que el sacrificador ya había recibido.

Vamos, entonces, a considerar a la raza humano bajo el yugo de un enemigo ingenioso y atento, que respira solamente para conducir Hombre de error en error, y que lo ha hecho prosternarse delante de él, en todo lugar, a través de los mismos medios que fueron dados al Hombre para repelerle.

Hay tres clases o niveles de caos y abominaciones.

Estos errores pueden ser divididos en tres clases: primera, abominaciones del primer grado, cuando todas las facultadas del Hombre se encuentran corrompidas. En segundo lugar, abominaciones religiosas que tienen principio, así como la anterior, con la propia corrupción del Hombre, pero que le ordena, a partir de entonces, a través de sus debilidades. Tercera, la simple superstición o la idolatría, que no obstante derivar de las otras dos, no tiene el mismo efecto o consecuencias.

Hasta podemos creer que las supersticiones pueriles y abusos secundarios, a los cuales el Hombre había sido llevado a través de su debilidad y credulidad, nos podían haber preservado y salvado de los crímenes más esenciales en la medida en que se poseyese más luz y poder.

Y, en verdad, no son los ídolos los que poseen bocas, ellos no hablan, al punto de prevenir a aquellos que poseen bocas y hablan, que poseen oídos y oyen, que poseen ojos y ven, etc.

El primer grado de abominaciones: engullido por los elementos.

Las abominaciones conectadas con estos tipos de ídolos, hiriendo a la justicia en su centro, deben ser encuadradas en el primer grado; esto ha atraído innumerables calamidades, conocidas tanto como desconocidas, sobre los culpables; pues, ¡cuántos crímenes se han hundido en el abismo junto con los que los cometen! Podemos tener una idea, por todas estas abominaciones transmitidas a nosotros en las Santas Escrituras, de las otras que se mantienen en silencio.

Recordar el pecado del primer hombre, que le provocó un cambio profundo, le hizo pasar de la luz a las tinieblas en que vive; recordar las abominaciones cometidas por su descendencia durante el diluvio, y del gran número de culpables llevados por éste, es hacer una idea de la gran cantidad de crímenes que deben haber sido eliminados de nuestra vista por este intermedio; verifique las abominaciones de los egipcios, y los habitantes de Palestina que atrajo la ira de Dios en esas regiones, obligándole a fortalecer los elementos y de los poderes de la naturaleza e incluso el fuego del cielo para destruirlos.

En resumen, basta con mirar nuestro planeta, donde quizás no encontremos un único punto que aún no muestre las señales de la ira del cielo extendida sobre los desafortunados que fueron insanos y culpables lo suficiente para juntarse al enemigo contra la Divinidad; y este cuadro de nuestro planeta es una historia viva, e incluso más convincente más que cualquiera otra contenida en los libros, y demuestra la prevalencia universal del crimen, no mencionado en los libros, o aludidos apenas resumidamente o incidentalmente.

Todo indica que las calamidades y abominaciones del primer grado parecen haber disminuido; y, si no acabaron totalmente, no se encontrarán más en las estructuras de las naciones, sino apenas practicadas por individuos.

El segundo grado: abominaciones religiosas, ilusiones satánicas, ciencias ocultas etc.

En la pura observación de los sacrificios legítimos, el sacerdote sincero y su gente recibían visibles evidencias de aprobación del Poder Soberano, puesto que tenían instrucciones para su conducta en la senda de la santidad, respuestas para las preguntas en la sabiduría y la justicia; sin embargo, tan pronto la negligencia o la corrupción invadió estos sacrificios, la influencia desordenada entró inmediatamente en ellos, revelándose visiblemente bajo la forma que desease; elaboró las respuestas y se estableció como oráculo y la real arca de la alianza.

Muchos sacerdotes fueron ingenuos y víctimas de estos aspectos falsos; y muchos habiéndose primero sometido a su gobierno, gobernaron, entonces, naciones a través de estas seducciones encantadoras. Esta influencia desordenada pudo comunicar algunas verdades que llegaron a conocer a través de la imprudencia de los hombres; previo los acontecimientos que habían de ocurrir, y frecuentemente respondió preguntas de forma

correcta; esto era lo suficiente para hacer al pueblo prosternarse delante de ella, sea cual sea la forma que tomase, o cualquier orden que prescribiese.

Tal es, sin una duda, el origen de muchas religiones y formas de culto en el mundo, así como de las atrocidades asociadas religiosamente a ellas; es necesario distinguir claramente éstas abominaciones secundarias de éstas de primer grado, que había atacado a la misma Divinidad intencionalmente; el efecto de los crímenes del segundo grado parece haber sido apenas el de desviar a los hombres y privarlos de los beneficios de los propósitos divinos; esto representa atacara la Divinidad apenas indirectamente. Pero estos crímenes parecen sobrepasar en número y extensión lo que no poseen en importancia.

En esta clase debemos colocar a todos aquellos maestros de ciencias ocultas, a quién los ignorantes ha llamado iluminados; todos aquellos que tienen o tuvieron espíritus pitonisos, que consultan espíritus de familiares, y de ellos reciben mensajes.

En esta clase se debe colocar a todos aquellos oráculos de los cuales las mitologías están repletas, todas esas respuestas proféticas y ambiguas que los poetas han hecho de base y centro de sus poemas, en la tentativa de despertar nuestro interés en sus héroes representándolos como víctimas del destino, e incluso a las víctimas de palabras ambiguas, a través de las cuales fueron llevadas a caminos de errores y problemas, al contrario de los que marcharon bajo los estandartes de la verdad y de la sabiduría.

En esta clase deben ser colocados muchos de esos prodigios realizados en la suspensión de nuestros sentidos corporales (torpor mesmérico, sonambulismo etc.) que exponen a los hombres a cualquier dominio que se presente; además, tenemos razones para creer que el crimen del hombre tuvo inicio con el sueño, y que por haber permitido que sus sentidos reales se volvieran torpes, se sumergió en la ilusión y en las tinieblas.

En esta clase debe ser colocado todo aquellas prácticas ilegítimas y falsas, de todas las épocas, que bajo aspecto de verdad, separaron a los hombres de la única Verdad que debería haber sido su guía. Me refiero a todas las prácticas abusivas, pues a pesar de la no realización de los sacrificios en gran parte del mundo, es cierto que estos abusos tuvieron inicio en la corrupción de estos sacrificios, siendo entonces propagados de generación en generación, produciendo nuevos errores hasta nuestro propio tiempo, ya que la fuente criminal de donde surgieron está viva y se apodera de cada oportunidad que los hombres le proporcionan para extender su reino y realizar sus designios.

Somos llevados a creer que si la mayoría de los hombres vive bajo el yugo de estas iniquidades e ilusiones, a pesar de la buena fe o por la ignorancia, pueden también traer sus pasiones e intenciones egoístas dentro de sí, en vez de la virtud; aquél que se acerca a las abominaciones de primer grado, muestra muy bien lo que ha sido las lamentaciones de los profetas y como toda voluntad está fundada.

Tercera clase de desorden: superstición, idolatría, confección de santos, de imágenes etc.

Finalmente, la tercera clase de estas abominaciones es aquella de todo tipo de idolatría y superstición. Las múltiples formas que la influencia desordenada era capaz de asumir, a fin de alterar los sacrificios y desencaminar al Hombre, fueron las principales fuentes de la idolatría material, los sacerdotes que recibieron tales manifestaciones siendo llevados por una tendencia natural a reverenciar animales y otras substancias naturales con que esas formas, asumidas por el poder desordenado, tenían alguna relación; y este era el origen de cultos ofrecidos por tantas naciones a diversas criaturas.

De este punto a la idolatría figurativa, o la confección de imágenes, no hay más que un paso; innumerables causas frecuentemente llevan a la substitución de la imagen de ídolos por el propio ídolo; la gente transfiere fácilmente su veneración del ídolo a la imagen.

La deificación tiene un origen similar; el sacerdote ha sido objeto de la adoración. Así, casi en todas las naciones, encontramos una Divinidad visible y una invisible; en el norte, dos Odín, uno es el Dios supremo, el otro es un conquistador; entre los Griegos encontramos dos Zeus; dos Zoroastros entre los persas; dos Zamolxis entre el Tracios etc.

No es muy difícil descubrir el origen de las supersticiones populares. No fue por la falta de profetas que los judíos cayeron en todo tipo de idolatría, puesto que en sus escritos particularmente los Salmos, el Dios supremo es claramente distinto de cualquier cosa que el Hombre haya tomado por Dios.

Pero, al abordar los sacrificios, estén corrompidos o no, y por la testificación de las ceremonias de aquellas abominaciones secundarias, el Hombre verá que, bajo ciertas circunstancias ocurren ciertos resultados; el Hombre perderá la visión del espíritu que debería dirigir todas esas formalidades y darles valor y se aferró a la forma vacía, sustancia, o solamente las ceremonias aisladas, entregando a ellas aquello que conquistó mientras el espíritu vivo estaba con ellas.

Vemos aquí como la gente viene a consultar las vísceras de las víctimas, incluso en los últimos momentos del animal agonizante; el vuelo de los pájaros; talismanes; criptograma; amuletos; o sea, todas esas señales naturales innumerables cuyas opiniones agitan las mentes de los hombres, y le han otorgado un valor y una importancia que en verdad no poseen.

Este triste cuadro es suficiente para mostrar a que tipo de aberraciones está expuesta la mente del Hombre, cuando paró de mirar contra la influencia desordenada, que después le desvió de la época de su gloria, le desvió nuevamente cuando los sacrificios fueron instituidos para su regeneración; ha propagado el desorden de tal forma que el Hombre no puede conocer ninguna paz hasta que su morada sea íntegramente renovada.

Es necesaria notar, en relación a los dones, que éstos habían sido ofrecidos siempre el vidente, una imitación de esos ofrecidos en el templo a través del sacrificador; estos dones y ofrendas eran parte, al principio, de la virtud del sacrificio, más adelante se volvieron órganos inferiores de correspondencia y finalmente un simple objeto de fraude, avaricia y especulación.

Las leyes son progresivas en su orden y objetivo.

Todas las leyes dadas al Hombre desde su pecado, han sido para su elevación como objetivo. Por esta razón, la ley es siempre inferior al límite hacia el cual apunta y hacia el cual pretende llevar al Hombre, aunque sea superior aquél donde lo encontró: es por esta razón también que estas diferentes leyes habrían sido siempre progresivas si el Hombre no hubiese confundido su curso, tan frecuentemente, a través de sus errores; sin embargo, habiendo el Hombre multiplicado continuamente sus propias caídas, y aumentando sus propias tinieblas, atrajo leyes de rigor y represión mientras que debería haber recibido aquellas de la bondad y el consuelo.

La ley dada a Adán.

Después de la primera expiación del primer Hombre culpable, recibió una ley ciertamente más vasta y luminosa de aquella posteriormente dada a los israelíes; podemos verificar esto a través de la diferencia de los nombres por los cuales estas leyes fueron gobernadas. Era el nombre propio de Dios que gobernó la primera, y solamente el nombre representativo el que gobernó la segunda: ver a Pablo en Gálatas (GL III.19) donde dice: "esta ley fue promulgada para los ángeles, por la mano de un mediador".

Por otra parte, Adán, incluso tan culpable, estaba apenas privado de sus alegrías primitivas; él no estaba hasta entonces bajo la mancha del pecado, que había sido quitada por el bautismo de la liberación de las manos de su enemigo, lo que puede ser llamado de su grande y espiritual circuncisión.

El envoltorio corporal que recibió era un extracto puro de todas las sustancias más vitales de la Naturaleza que aún no habían pasado por las catástrofes secundarias que sucederían; no es sorpresa alguna que, entonces, bajo estas circunstancias, la ley del retorno dada a Adán fuese más poderosa y virtuosa que la ley judaica. Un único ejemplo será suficiente para mostrar la diferencia.

Se les prohibió a los hebreos a aliarse a aquellas naciones que irían a combatir en la tierra prometida; la trasgresión de esta ley llevó a varias sujeciones especiales a las que fueron sometidos. Mientras que para Adán, y su posteridad, toda la Tierra fue dada para ser cultivada y para que se extrajese de ella los espinos y las hierbas dañinas; y justamente por haber hecho lo contrario, o sea, cubrirla de maldad, que el Señor retiró Su espíritu de los hombres, y vertió el diluvio sobre ellos. Por la extensión del crimen podemos evaluar la extensión de la ley.

Esta ley no podía ser dada a Adán mientras él aún se encontraba en el abismo, bajo el yugo absoluto de su seductor. Fue solamente la libre gracia la que operó en aquel terrible momento, para extraer de la muerte eterna aquel que era la imagen y semejanza del Dios de todos los seres; en aquel momento el Hombre era incapaz de progresar a través de cualquier ley; pero, superado este primer paso, se tornó susceptible a una ley para su restauración. Sin embargo, la ley que recibió, traída, sin duda, a las tres características ya mencionadas; o para ser más claro, era un juicio del enemigo a través de quien el Hombre había sido arruinado; era una alerta al Hombre, para que reconociese los peligros que le rodeaban, y para evitar que el Hombre sufriese nuevas caídas; finalmente, era un medio para su santificación, a través del camino trazado para su retorno y un medio para los sacrificios que fueron utilizados por su primogénito, lo que nos lleva a suponer que Adán también había hecho uso de estos sacrificios.

La ley en el período de Noé.

La ley de restauración, habiendo sido anulada por la espantosa conducta del Hombre, ahora doblemente culpable, lo lanzó nuevamente en el abismo, siendo que sólo un blanco fuera preservado. Noé permaneció fiel a las órdenes del Señor; y cuando después del diluvio, lo vemos ofreciendo un sacrificio de dulce aroma, no debemos concluir que él había sido el fundador de los sacrificios, pero lo podemos considerar como el preservador y ministro de una ley tan antigua como el mismo inicio de las cosas, o que de hecho, indica que el sacrificio fue ofrecido por el primer Hombre.

Si la posteridad de Noé hubiese continuado en la sabiduría y la santidad de aquel patriarca, la obra habría avanzado en dirección a su realización sin la necesidad de instruir

una nueva ley, y elegir un pueblo peculiar, esto porque todos los pecados fueron eliminados por el diluvio, la familia que fue salvada y sus descendientes, deberían haber sido la imagen viva del primero Hombre en su camino de vuelta, dentro de la ley que favorecía su retorno.

A pesar de esto la posteridad de Noé se permitió cometer todo tipo de debilidades, hecho que llevó a que esta ley restauradora perdiera su efecto; a partir de entonces, se tornó necesario que el Hombre pasase nuevamente por lo que había sufrido en un principio, ya que todas las lenguas fueron confundidas, y no permanecieron más como en los días de Moisés, como una única familia que mantenía una lengua pura.

Abraham, cuando no estaba bajo la ley.

En este estado de oscuridad universal, Abraham fue elegido para ser la cabeza del Pueblo Elegido; todo le fue dado, al principio, por la revelación, por así decir, profética, incluso la historia de su propio pueblo que él vio en un sueño: pero nada fue dado en desarrollo; él no poseía la tierra que le había sido mostrada; estaba obligado a comprar incluso la tumba donde Sarah fue sepultada. No vio la numerosa descendencia que le fue prometida; vio únicamente al hijo prometido, pero no los hijos de este hijo, pues murió antes del nacimiento de Jacob y Esaú, a él no se le encargó ningún ceremonial religioso, pues el sacrificio que le fue ordenado a ofrecer, era el de servir de testigo de la alianza; Dios no le dio el sacrificio como una institución.

Al decirnos que la extensión de la iniquidad de los Amonitas no estaba completa, las Escrituras ciertamente nos da un motivo por la cual la ley no fue dada a Abraham; sin embargo, una razón aún más directa puede ser encontrada: la ley era para ser dada a un pueblo y no para un individuo, como en el caso de Adán, y este pueblo todavía no había nacido. La ley debería vivir para un pueblo, porque eran los pueblos o naciones las que se habían corrompido y alejado de la ley; porque las ceremonias de esta ley requería un gran número de ministros; porque esta ley debía estar basada en el número perdido, en la antigua numeración de las naciones, para que fuese restaurada a ellas, y finalmente, porque requería un receptáculo que debía estar conectado en sus subdivisiones con cada ramificación de la ley; pues, si Adán que, corporalmente, es la raíz y el torno de la humanidad, todas estas ramas son sino una.

La elección de Abraham no podía alcanzar su complemento hasta que los doce niños de Jacob estuviesen aptos, en número, para ofrecer un receptáculo, capaz de recibir la influencia reparadora correspondiente a este número, igualmente que sea solamente en principio en la bendición del padre; fue solamente en el Sinaí, que las doce tribus recibieron el necesario desenvolvimiento de esta ley, de la cual sus antepasados habían recibido los primeros frutos.

La ley Mosaica, preparación para ley profética o espiritual.

Esta ley era solamente una preparación del pueblo para la ley espiritual que lo aguardaba, después que la ley de las formas y ceremonias cumpliesen su curso. Era necesario que esta ley de las formas desarrollase las bases y esencias espirituales que contenía, para que el pueblo, a su vez, presentase al espíritu un receptáculo donde pudiese venir a reposar.

La ley profética o espiritual, una preparación para la ley divina.

Finalmente, la propia ley espiritual era solamente una preparación para la ley divina, el único fin del Hombre puesto que es una criatura divina. Sin embargo, en esta lenta y suave progresión de auxilios enviados por Dios, que podemos decir, de todas las leyes en general, lo que San Pablo dice de la ley hebraica en particular: "la ley se convirtió en nuestro profesor para llevarnos hasta Cristo" (Gálatas III 24,26), pues no hay ninguna de las leyes temporales que no puedan ser referidas como un tutor o conductor hacia su objetivo, cuánto, somos realmente niños hasta que seamos admitidos en la ley y adquiramos fuerzas para practicarla.

Ésta ha sido la administración divina en todos estos períodos; bajo la regla levítica, o aquella de los sacrificios de sangre, el sacerdote, para estar aún y únicamente en las regiones naturales, recibía su sustancia del pueblo, y la ley señalaba ciudades y diezmos para sus necesidades espirituales. Bajo las reglas proféticas, Dios alimentó a sus siervos por medios especiales, pero a través de la acción natural, como vemos en Elías y Daniel. Bajo la ley de la gracia, la intención del institutor era que los sacerdotes fuesen cautelosos con todo; el alimento era para ser dado a ellos por el cielo, como fue mostrado a San Pedro y en la descripción y beneficios prometidos de aguas vivas.

Sin embargo es solamente para los niños dóciles y sumisos que estas leyes guardan sus características; ellas demuestran más lo que el hombre debería ser que lo que aquello realmente es. La mano que maneja estas saludables leyes, es frecuentemente obligada a dejarlas actuar en el castigo del hombre más que en su recompensa.

Éste, como vimos, fue el caso del lapso del Hombre en relación a la ley de Moisés; mientras que si la posteridad de Adán hubiese sido fiel a la ayuda recibida en los diversos períodos ya observados, habría facilitado enormemente su vuelta a la Verdad y habría conocido solamente de los deleites de los caminos divinos al contrario de casi siempre experimentar su rigor y amargura

Tal será nuevamente el caso de los niños de Israel, en el período que ahora vamos a considerar, o sea, el período de la regla de los profetas.

La época de la regla de los profetas; amenazas y promesas: sus objetivos espirituales.

Si el pueblo hubiese observado fielmente los decretos del Señor, dirigidos a los superiores de la raza elegida, aquellos auxilios que los acompañaron a través del desierto no los habrían abandonado en la tierra prometida, la ley de los sacrificios de los animales los habría conducido a la ley espiritual, bajo la cual recibiría, directamente, los auxilios recibidos de forma indirecta, mientras estaba bajo la ley de los sacrificios.

Sin embargo, como el pueblo, los gobernante y sacerdotes no dejaron de agregar abominaciones, además de violar todas las leyes de sacrificio – como testimoniaron los hijos de Eli – y más, habiendo abandonado el gobierno teocrático, instituyendo aquel vigente en las otras naciones que separa al pueblo íntegramente, no es de sorprender que esta pueblo atrasase su propio curso, o que, de acuerdo con el lenguaje de las Escrituras, que la palabra de Dios se tornase extraña dentro de él.

Pero si, por un lado, el Hombre es aprisionado en su camino por sus iniquidades, el tiempo no para; y como la hora de la ley espiritual había llegado para los judíos, ella sólo podía transcurrir delante de sus ojos, aunque ellos pudiesen estar sin preparación

Aún así esta ley tomó, entonces, un carácter dual, conforme a la dual forma de la Misericordia y la Justicia que precisaba realizar en la Tierra, como la luz que fue encendida en ocasión de la elección de los judíos no puede ser apagada, entonces exhibió tanto los primeros rayos de su iluminación, como los terrores de su cólera divina.

Ésta es la razón por la cual distinguimos claramente dos tipos de profecías, una que aterroriza al pueblo con amenazas, otra que promete días de consuelo y confort a los amantes de la paz. También observamos cuánto la influencia de la profecía crece en esta época; vemos como aborda la regeneración del alma humana, que, sin embargo vista en todas las manifestaciones divinas previas, se encontraba en rituales simbólicos.

Es con los profetas que vemos al Hombre elegido revelar su carácter como sacerdote y sacrificador del Señor; allí, vemos el sacrificio de nuestros pecados substituidos por el sacrificio de los animales e la circuncisión del corazón y del espíritu recomendada como el verdadero camino de reconciliación del Hombre con Dios; incluso vemos, los falsos profetas y malos pastores que, después de haber engañado a las almas del pueblo, les aseguran la vida; en resumen, vemos el inicio del despertar de aquel día espiritual y divino que se tornó evidente, para nunca más cesar; así, el Hombre vio, aunque vagamente, que nacerá en la región del espíritu y de la santidad, y que sólo allí podrá encontrar su verdadera ley y su verdadero reposo.

Afirmamos que estas verdades sólo le fueron mostradas vagamente porque, más allá de la humanidad en general, que los profetas vieran despertar, era preciso actuar y hacer profecías a un cierto grupo de personas en particular, aquellos que aún no habían ido más allá de los signos y figuras. Pero en todos los aspectos el profeta puede ser siempre considerado como una víctima, sea por las muertes violentas que la mayoría sufre o sea por los trabajos espirituales a que se someten.

La razón de los sacrificios proféticos y sus operaciones.

De hecho los profetas sustituyeron las virtudes extintas del sacrificio y tornaron, a los ojos del Espíritu, el lugar de las víctimas, que eran, ahora, ofrecidas como una mera formalidad, sin fe por parte de los sacrificadores. La sangre de estos profetas se convirtió en holocausto de expiación, en donde la acción del Espíritu operaba de forma más terrible y salvadora que con la sangre de los animales.

Operaba de forma más terrible porque esta sangre derramada injustamente era un notorio testimonio de los crímenes y ceguera del pueblo. Esta sangre, sin embargo, atraía a la más desordenada de las influencias espirituales, con lo cual este pueblo perdido y culpable estaba poluto, de acuerdo con las leyes de transposición que citamos anteriormente.

Los espíritus de los profetas también conducían, por los sufrimientos y la difícil labor, las iniquidades de Israel, para que, al dispersar estas influencias desordenadas, irregulares, adheridas al pueblo, la comunicación de las influencias regulares y ordenadas fuese restituida de forma más fácil y confiable..

Si la gente hubiese aprovechado todos estos auxilios enviados por la Sabiduría y el Amor Supremo, habrían a su vez aliviado la sangre y el espíritu de los profetas de la opresión de aquellas influencias desordenadas, comunicándole nuevamente y participando con ellos del efecto de aquellas virtudes e influencias ordenadas que el sacrificio corporal y espiritual de los profetas habían atraído.

Sin embargo, al endurecerse cada vez más, prologaron a los profetas, incluso después de sus muertes, los dolores y los trabajos que le causaron durante sus vidas, tornándolos aún mayores, por la práctica de la resistencia y por el peso de sus propias iniquidades, que la caridad divina de los profetas había sacado de sus cabezas. Al atraer sobre sí mismos una doble mácula, la de no haber oído la voz de la Sabiduría y la de mantener en penoso encarcelamiento a aquellos que la Sabiduría tomó como sus instrumentos, toda la sangre de los profetas derramada por la gente, desde Abel a Zacarías, les será cobrada, pues no se debe olvidar que el pueblo hebreo fue nada menos que el representante del Hombre, de toda la posteridad de Adán.

Por otra parte, la sangre de los profetas operó en la gente de la forma más salvadora que aquella de las víctimas levíticas, porque como la sangre y la vida del Hombre son la base de la exacta imagen de la Divinidad, no podía ser derramada sin la liberación o sin traer a la Luz a las santas influencias que las almas de los justos difunden naturalmente a su rededor; además, si el sacrificio de los animales podía abrir la región espiritual al pueblo hebreo, la sangre y la palabra de los profetas habrían a ellos las vías de lo divino.

El final de la época profética. La continua corriente de la orientación y la misericordia divina.

A través de este doble poder, los profetas ejecutaron sobre el pueblo hebreo aquello que el Espíritu les había enviado a realizar.

Habiendo sido efectuada esta obra, las profecías habían acabado entre los judíos, pues incluso el tiempo no existe para el Espíritu propiamente tal, la mixta morada que habitamos sujeta su acción a intervalos y partes; así, después de la esclavitud babilónica, que confirmó y evidenció las amenazas de los profetas, la obra de estos parecía haber llegado al fin; desde entonces, ellos parecieron dar muy poca luz, e incluso tan poca como para apenas acelerar la construcción del segundo templo; el pueblo entonces es dejado a su propia cuenta, para que pudiese tener tiempo de reconocer la injusticia de las severidades por las cuales había pasado.

Pero, al dejarlo por sí solo, el Espíritu dejó para su orientación tanto las palabras de los profetas como la memoria de los eventos recién ocurridos; así como, después de su elección y éxodo de Egipto, tuvieron la ley Levítica, y la historia de su liberación y sus arduas jornadas en el desierto; así como, después del diluvio, los hijos de Noé todavía tenían las instrucciones de su padre, y la tradición de todo lo que había constituido sus iniquidades, por haber considerado al Señor un enemigo, y, el velo que cayó sobre los hijos de Adán sólo se tornó más espeso a través de sus actos.

El "Cuadro Natural" al mostrar la necesidad de un Reparador que debe ser un Hombre-Dios, mostró los altos misterios de este sacrificio, en el cual la víctima se ofrece a sí misma sin cometer suicidio, y en el cual los sacrificadores ciegos, creyendo haber ejecutado a un criminal, dieron al mundo, sin saber, un electrón universal que realizaría su propia renovación; "El Hombre de Deseo" mostró que la sangre de esta víctima era espíritu y vida, de esta forma cuando los judíos preguntaron si podría ser derramada sobre ellos y sus hijos, no pudieron separar la Misericordia de la Justicia que estaban contenidas allí.

Recordamos apenas rápidamente estas profundas y reconfortantes verdades, pues el espíritu del Hombre no las puede tener constantemente delante de sí.

El hombre liberado de la prisión de su sangre.

Vimos que, después de la caída, la sangre se volvió una barrera y una prisión para el Hombre, y que había la necesidad de que esta sangre sea purificada a fin de que el Hombre recupere su libertad progresivamente, a través de las transposiciones que el derramamiento de esta sangre forjó a su favor. No obstante vimos, al mismo tiempo, que cada una de las leyes provistas para su regeneración era apenas una especie de iniciación a una ley más elevada; el objetivo de todas estas leyes preparatorias era el de llevar al Hombre a hacer un sacrificio libre y voluntario de sí mismo; ningún sacrificio previo podría sustituir a éste, una vez que, sin el derramamiento de su propia sangre no puede afirmar que está realmente liberado de la prisión en la que su sangre lo encarceló.

Sin embargo, ¿qué podría enseñar esta bella y profunda verdad? Que lo ideal no era el sacrificio de los animales, ya que éstos, destituidos de moralidad, no dio al Hombre idea alguna de sacrificio voluntario; y como trajeron nada más que sus cuerpos al altar, nada más podían obtener lo que liberaron sus corrientes corporales.

Tampoco el sacrificio y muerte de los profetas fue suficiente, ya que estos no murieron voluntariamente, no obstante que pudieron haber estado resignados, esta muerte fue, para aquellos que la sufrieron, apenas una incierta consecuencia de sus misiones, y no la misión propiamente tal; ello tan solo fueron enviados para enunciar la llegada del día eterno de la liberación del Hombre; además, deseaban observar este día eterno, que proclamaron sin conocer y que avizoraron apenas parcialmente de tiempo en tiempo, a través de los destellos del espíritu.

Las condiciones necesarias de la víctima y del sacrificio para liberar a la humanidad.

Puesto que la palabra y la sangre de los profetas fueron más útiles al Hombre que las víctimas de la ley Levítica — y de ocurrencia desde la época de Adán hasta el presente; y dado que Adán, después de su caída, tuvo recuerdos de su crimen y del sacrificio de Amor que la Bondad Suprema había hecho voluntariamente a su favor para sacarlo de abismo — vemos que desde el primer pacto divino y a partir de la región pura donde la verdad habita, una corriente continua de luz y misericordia se extiende al Hombre, a través de todas las épocas, hasta el final de los tiempos, volviendo a la morada de donde desciende, conduciendo consigo a todas las almas pacíficas que ha recogido en su camino; que el Hombre sabía que fue el Amor el que abrió, dirigió y cerró el círculo de todas las cosas.

La transición de la época profética hacia aquélla de las buenas nuevas sobre la liberación universal.

La sangre y las palabras de los profetas condujeron al pueblo hebreo justo hasta las puertas de la región divina, porque no había llegado el tiempo en que el Hombre podía entrar en el templo propiamente dicho. Fueron usados muchos profetas en esta obra preparatoria, y la mano que los guió en el desierto les llevó por distintos caminos, por los cuales nunca habían pasado. Por esta razón, cada profeta, recorriendo su propio camino particular, no siempre el término final hacia el cual sus profecías señalaban.

El pueblo, que no habían reconocido la ley Espíritu en las ceremonias Levíticas, a pesar de estar presente allí, tampoco reconoció la ley divina contenida en la ley del Espíritu, o las profecías; además, habían continuado caminando en las tinieblas y así habían llegado

a la época de la liberación universal, que nunca había dejado de ser anunciada por los profetas, de acuerdo con el conocimiento de cada uno; la época de la liberación también se cita en los libros de Moisés, particularmente en las bendiciones que Jacob pronunció a sus hijos; si el pueblo hubiese hecho un cuidadoso estudio de estos libros, habría encontrado algo que hubiera llamado su atención, ¡la transmisión del poder temporal de Judá a las manos de Herodes!

La unión secreta de todas las leyes divinas.

La unión íntima de todas estas leyes es uno de más sublimes secretos de la Sabiduría Santa, que se muestra, así, ser siempre una, a pesar de la diversidad y los intervalos de sus operaciones.

El pueblo judío era demasiado torpe para penetrar esta verdad simple y profunda. Cargando, sobretodo, con todas las iniquidades cometidas al descuidar las leyes y recomendaciones de Moisés y por el derramamiento de la sangre de los profetas, el pueblo judío consideró que la ley de la gracia, cuyo tiempo había llegado para toda la humanidad, había bajado otra vez sobre este como reprobación, puesto que había fallado en su papel de representante de esta ley; en vez de eliminar sus crímenes a través de la fe en la nueva víctima, quién vino para ofrecerse a sí mismo, ellos la colocaron aún más lejos de liberar su mente; no condujeron aquella sublime idea de un sacrificio sumiso y voluntario, hallado en el conocimiento del abismo en el cual nuestra sangre nos retiene y en la viva esperanza de nuestra liberación absoluta cuando este sacrificio es hecho bajo los ojos de la Luz y en el verdadero movimiento de nuestra naturaleza eterna.

Así, se solicitó otra víctima, alguien que reuniese en sí las características de las víctimas precedentes y que enseñase al Hombre, con preceptos y ejemplos, el verdadero sacrificio que aún tenía que hacer para cumplir completamente con el espíritu de la ley.

Esta víctima debería enseñar al Hombre que, para alcanzar el objetivo esencial del sacrificio, no es suficiente que muera como las ovejas y toros, sin la participación del espíritu del que estaban privados; enseñar que, todavía no es suficiente que muera corporalmente, como los profetas, muertos injustamente por las pasiones del pueblo para el cual pregonaban la verdad, pues creían que podían escapar de este error, así como Elías, sin fallar en su misión.

Era preciso enseñar al Hombre que era necesario, por su propia voluntad, conscientemente y en perfecta serenidad, entrar en el sacrificio de su ser físico y animal, como lo único que podría separarlo del abismo en el cual está confinado por su sangre, que, para el Hombre es el órgano y ministro del pecado; en resumen, es necesario enseñar al Hombre a encontrar la muerte como un triunfo, que lo eleva de la posición de esclavo y criminal y le da posesión de su propia herencia.

Estas condiciones se cumplirán al derramar la sangre del Reparador.

Este era el secreto sublime que el Reparador vino a divulgar a los mortales; esta era la luz luminosa que Él permitió que los hombres descubriesen en sus propias almas, al sacrificarse voluntariamente por ellos, dejándose capturar por aquellos a quienes vino a derrotar a través del soplo de su verbo; orando por aquellos que mataron su cuerpo, el derramamiento de su sangre realizó todas estas maravillas, porque, al zambullirse en nuestro abismo de tinieblas, el Reparador siguió todas las leyes de transposición que constituyen y gobiernan esta región.

En efecto, la efusión de sangre de una víctima debe operar de acuerdo con la rango y las propiedades de esta víctima; si la sangre de animales podía liberar solamente las cadenas corporales del pecado en el Hombre, que son todas elementales, si la sangre de los profetas habían liberado las cadenas del espíritu del hombre, al permitir que discerniese los rayos de la estrella de Jacob, la efusión de la sangre del Reparador sirvió para liberar las cadenas de nuestra alma divina, puesto que el Reparador era el principio mismo del alma humana, Él abrió los ojos de esta alma divina lo suficiente para ver la precisa fuente de su existencia, y sentir que es únicamente a través del sacrificio voluntario interno de todo aquello que es o que pertenece a nuestra sangre, que podemos algún día satisfacer el deseo y la voluntad esencial que sentimos de reunirnos con nuestra fuente divina.

El Hombre Espíritu puede alcanzar su regeneración aún en este mundo.

No es de sorprender que una revelación como esta abolió a todos los otros sacrificios y víctimas, toda vez que el Hombre es colocado exactamente en su posición; así de ahora en adelante, el Hombre Espíritu es elevado a la posición de un verdadero sacrificador y aguarda los momentos de volver a entrar en los caminos de regeneración y lograr, por lo menos a través de su comprensión, su plena realización aún en este mundo, basta que una en sí mismo corazón, mente y obra como aquel que abrió el camino y logró el objetivo antes que él.

La revelación del Hombre-Dios comparada con todo lo que vino antes que él.

Aquí tampoco hay sorpresas; como todas las revelaciones anteriores esta también debía llegarnos a través de un hombre, puesto que el Hombre era su objetivo; pero en lo eminentemente se distingue de las otras es que predicada, probada y enteramente realizada en el Dios-Hombre y en el Hombre-Dios, mientras que, entre las otras, ninguna tenía este carácter universal.

La muerte de Abel no fue voluntaria: esta puede haber sido útil para la elevación de Adán, en transposición de las influencias desordenadas adheridas al padre culpable de la humanidad, efectuadas a través de esta sangre derramada; pero esto no satisfizo la obra de alianza con Dios, puesto que Abel nada más era un hombre concebido en pecado; su hermano Set fue elegido, en su lugar, para transmitir al Hombre la continuación y el curso de las gracias espirituales, aprisionadas por su muerte.

La revelación de justicia hecha a Noé es derramada, delante de sus ojos, sobre la posteridad del Hombre, lo colocó le, sin duda, en la primera posición de aquellos elegidos por el Señor, para la ejecución de los planes de su Sabiduría divina; pero Noé aparece, en esta gran catástrofe, más como ángel exterminador que como libertador de la humanidad, además, las víctimas que ofrece en sacrificio eran de una naturaleza diferente de la suya y podrían buscar ayudas para el Hombre solamente después de ayudar a su propia especie.

Abraham derramó su sangre en la circuncisión, como una señal de su alianza con Dios y evidencia de su elección: pero él no derramó el principio, propiamente dicho, de su sangre, donde residía su vida animal; no es necesario agregar nada más de lo que fue dicho sobre este patriarca.

Su hijo Isaac se aproximó al sacrificio, pero no lo consumió, porque el Hombre aún estaba en el tiempo de las formas, y la fe de su padre fue suficiente para consolidar la alianza, sin mancharla por las atrocidades del infanticidio.

Moisés sirvió de órgano para la elección del pueblo hebreo, incluso fue, como Hombre, ministro de este pueblo; aún está como Hombre que fue escogido para operar sobre el Hombre o sus representantes (los Hebreos); pero como actuaba solamente sobre los representantes del Hombre en general, fue llamado a utilizar solamente sacrificios externos y víctimas figurativas, por causa de la razón permanente de que como el Hombre todavía estaba aún apenas en la edad de símbolos e imágenes, la ley de las transposiciones solamente podía funcionar sobre él de esta forma, no pudiendo elevarse.

Los profetas vinieron, para dar su sangre y su palabra cooperando así, en la liberación del Hombre. Si hubiese la necesidad de que los mismos hombres viniesen a ejecutar los decretos de la justicia, y trazar figurativamente los caminos de la regeneración, sería aún más necesario que los hombres viniesen para abrir la entrada de los verdaderos caminos del Espíritu; los profetas fueron los órganos, la lengua y la exacta expresión del Espíritu, mientras que Moisés recibió la ley y la transmitió únicamente sobre piedras; en resumen, Moisés, delante de los magos del Faraón, sólo tomó la serpiente por la cola; es preciso un poder mayor que el de Moisés para tomarla por la cabeza, de otra forma la victoria no sería completa.

Todo en un profeta demuestra todo lo que ellos querían introducir en el Hombre en la revelación de su propia grandeza; podemos agregar una razón y notable a la que ya dijimos, la de que éstos hombres altamente favorecidos no eran un Principio del Hombre.

Podemos aquí encontrar una explicación parcial del pasaje de San Juan (X.8): "Todos aquellos que vinieron antes de mí son ladrones o asaltantes, pero las ovejas no les prestaron oído", aunque este pasaje se aplica mucho más directamente a los grandes sacerdotes que a los profetas, muestra claramente que todos aquellos superiores y enviados eran incapaces de hacer que el pueblo ingresase en el reino, ya que caminaban solamente en el espíritu y el reino es divino; pero este pasaje muestra también que ellos no eran verdaderos pastores, toda vez que no ofrecieron sus vidas voluntariamente para el pueblo, y en vez de protegerlo del enemigo, frecuentemente eran los primeros en entregarlos a su ira.

Esto es lo Dios combatió en forma tan fuerte en Ezequiel (XXII 24-31), donde después de marcar los crímenes de los principios y los pecados de los profetas dice: "He procurado entre ellos a alguien que construyese el muro y se detuviese sobre la brecha delante de mí, en favor de la Tierra, para prevenir su destrucción, pero no encontré a nadie".

Las condiciones necesarias de un libertador verdadero. Se completarán en Cristo. "Está hecho".

Estaba reservado a Él, el Principio del Hombre, reunir todas las condiciones para el Hombre. Adá sino este creativo, vital y vivificante Principio podría ser el verdadero libertador, porque el derramamiento voluntario de sangre, a la cual ninguna sangre sobre la tierra puede ser comparada, fue capaz, por sí sola, de realizar la completa dislocación de sustancias extrañas inmersas en la sangre del hombre.

Nada, sino este divino principio podría extraer al alma humana de su abismo, e identificarla consigo misma, a fin de que el alma fuese capaz de experimentar los placeres de su verdadera naturaleza; sólo Él, siendo el depósito de la llave de David, podría por un lado cerrar el abismo y, por el otro, abrir el Reino de la Luz, restaurando al Hombre al lugar que siempre debería haber ocupado.

Observarlo solamente desde un punto de vista externo y temporal, es no saber nada sobre el Reparador, es no elevarse, a través de un desenvolvimiento de la comprensión, al

centro divino al que pertenece. Vamos, entonces, a trazar, a partir de la diversidad de características con las cuales fue revestido, algunos medios de adecuar su humanización (antropomorfización) espiritual a nuestras débiles facultades, qué precedió a su advenimiento corporal.

Siendo el Principio Eterno del Amor, era necesario, antes que nada, que tomase el carácter de Hombre incorpóreo, su Hijo; y para cumplir tal tarea, fue suficiente mirarse a sí mismo en el de la Virgen Eterna, o SOPHIA, en el cual su mente había grabado, por toda la Eternidad, el modelo de todas las cosas.

Después de tornarse Hombre incorpóreo, por el simple acto de contemplación de su mente en el espejo de la Virgen Eterna o SOPHIA, era necesario revestirse con el elemento puro, aquel cuerpo glorioso que está absorto en nuestra materia desde la Caída.

Después de revestirse con el elemento puro, tenía que constituirse del principio de la vida corporal, uniéndose con el Espíritu del Gran Mundo o Universo. Después de tornarse en principio de vida corporal, era preciso tornarse elemento terrestre, uniéndose con la región elemental; por tanto, tuvo que hacerse carne, en el vientre de una virgen terrestre, revistiéndose con la carne precedente del pecado del primer Hombre, ya que fue de la carne, elementos y espíritu del Universo (Gran Mundo) que vino a liberarnos. Sobre esto, tengo que informar al lector que Jacob Boehme ha emitido una gran y profunda luz sobre este asunto.

Ahora vemos porque el sacrificio hecho por el Reparador a cada paso, descendiendo desde las alturas de donde caímos, era necesariamente apropiado a todas nuestras miserias y a todos nuestros sufrimientos. Este fue el único sacrificio que culminó con aquellas confortantes, aunque terribles palabras, “Esta hecho”; confortantes por la certeza que nos da de que la obra está realizada, y de que nuestros enemigos serán colocados bajo nuestros pies, siempre que sigamos los pasos de aquel que nos subyugó; terribles porque si permitimos que se tornen vanas a través de nuestra ingratitud e indiferencia, ningún recurso, entonces, se nos otorgará, porque no podremos contar con ningún otro Dios, y no hay ningún otro libertador a esperar.

Ahora no es momento de expiar nuestras faltas y limpiar nuestras manchas a través del sacrificio de animales, ya que Él mismo expulsó a las ovejas, los bueyes y las palomas del Templo. No es el tiempo en que los profetas puedan venir a abrirnos los caminos del Espíritu, pues ya dejaron estos caminos abiertos y el Espíritu vela por nosotros continuamente.

Finalmente, no es más el tiempo de esperar que la salud de las naciones venga hasta nosotros, vino ya; siendo el principio y el fin de todas las cosas, no podemos actuar como si hubiese otro Dios después de Él, y no podemos negarle una fe sin límites y una convicción universal, ya que todo lo que sabemos sobre esto lo aprendemos con él, sería una ofensa; la fe y la convicción de hecho solamente podía reposar en él, real y físicamente, pues él solamente es universal. Está hecho.

De esta forma, no tenemos otro trabajo, otra tarea sino la de esforzarnos de participar de esta consumación, y de alejar de nosotros todo lo que pueda evitar nuestro progreso.

Origen y naturaleza del mal moral, una transposición, su rectificación.

Si el Reparador, en la virtud de la ley simple, pero fecunda, de las transposiciones, restauró todas nuestras esencias a su lugar, e hizo desaparecer las tinieblas y el desorden en

Hombre, restableciéndolo en su lugar, es fácil reconocer que el mal no es un principio eterno esencial, opuesto a través de la necesidad esencial de la naturaleza al Principio de Dios, como creían los maniqueístas; es fácil percibir que, como la libertad es el carácter distintivo que coloca al ser moral entre Dios y la materia, basta dejar el uso de esta libertad, que el Autor de todas las cosas no puede otorgar y retirar al mismo tiempo, para concebir tanto el origen del mal en las criaturas morales como su naturaleza inferior.

De acuerdo con esta explicación del mal, que se apoya solamente en las dislocaciones (transposiciones) de las sustancias, es igualmente fácil de percibir las varias propiedades y uso de los sacrificios, más allá del proceso y efecto que procuramos explicar.

Finalmente, es simple de percibir cuan bastamente superior fue el sacrificio del Reparador en relación a todos los precedentes, desde el momento que el mismo príncipe de la iniquidad que ordena al Hombre, tuvo que ser traspuesto en el abismo; estaba reservado al mismo supremo y divino comandante de la Luz, Fuerza y Autoridad obtener tal victoria.

No estaría demás observar aquí que, no obstante los sacrificios de sangre de los judíos fueron continuados después del gran sacrificio, llegando hasta la destrucción de ciudades, el pueblo no aprendió sino la forma; el espíritu fue completamente perdido, toda vez que el sacrificio de la víctima divina estaba más lejos de ellos que nunca.

Por lo tanto, de allí, sólo restaba la degeneración cada vez mayor y el período que culminó con la gran expansión de venganza sobre este inculpaado pueblo, muestra, de una vez, el retiro de la influencia protectora (acción) del espíritu, y los terribles efectos de la justicia del Espíritu vengador; fue un juicio severo, que no podía ser ejecutado al mismo tiempo que la obra del Reparador, pues vino únicamente para realizar la obra de amor y de misericordia.

La institución de la Eucaristía.

Aunque el sacrificio del Reparador haya colocado a los hombres en una posición de cumplir, cuanto lo más posible, aquí abajo la sublime tarea de la regeneración, sirviendo y uniéndose al espíritu de la verdad, Él dejó también, cuando partió de la Tierra, una señal de la alianza, que podría traer su presencia su presencia y devoción a nuestros ojos en forma diaria; hemos visto señales y testimonios después de las variadas manifestaciones de las leyes de la justicia, los rituales Levíticos y las revelaciones proféticas que han sido promulgadas desde el principio del mundo.

Él pretendió que esta señal de alianza fuese como un desenvolvimiento de aquella simiente divina que se vino a sembrar en nuestra estéril y corrupta tierra; y como somos seres compuestos, Él compuso esta señal de varias sustancias operativas, de modo que todas las sustancias que nos componen puedan ser nutridas, preservadas y sustentadas, cada una de acuerdo con su clase y necesidad. Pero pretendió, sobretodo, que esta institución extrajese todo su valor del Espíritu, de donde todo procede y por lo cual todo es santificado; en este aspecto debemos observar cuántas ventajas de tal institución nos puede ofrecer cuando nos elevamos al sublime sentido que su creador le dio.

No hay misterio para el Hombre Espíritu.

Si está escrito que debemos ser santos, acerquémonos a lo que es santo; debemos también ser espíritu, entonces acerquémonos a lo que es Espíritu; ésta es la razón por la cual el Hombre terrestre sólo entrevé con los ojos de las tinieblas y la profanación, mientras

que el Hombre Espíritu responde por todo lo que es le es dado para su uso y ofrecido a su reflexión.

Los ministros de las cosas santas han hecho que la mente humana refleje sobre estos asuntos relativos a Eucaristía insertando, en lo que llaman las ceremonias sacramentales, las palabras *mysterium fidei* (Misterios santos), que no aparecen en el Evangelio y estaban lejos de la mente del Señor; si nos empeñásemos en nuestra verdadera regeneración, como Él nunca dejó de advertirnos, no habría misterios para nosotros, ya que, al contrario, fuimos hechos para traer luz a los misterios, en la condición de ministros de la Fuente Eterna de Luz.

Cómo el espíritu trabaja en el símbolo.

Vamos a recordar que el Espíritu yacía en el cordero para la ocasión de la liberación de Egipto y esto es lo que dio todo el valor al sacrificio. Así, vamos a recordar que la vida divina yacía, y aún yace, en las sustancias del sacrificio en el nuevo pacto; toda vez que el Espíritu de la Verdad no fue separado en vano y no puede ser confundido en sus planes y efectos; desde el inicio del nuevo pacto (y quizás desde el principio) nosotros podemos referirnos al pan y al vino como siendo marcados por el espíritu de la vida que ha sido derramado sobre ellos.

No debemos nunca, en tiempo alguno, comer nuestro pan y beber nuestro vino sin traer a la mente la señal sagrada con la cual han sido investidos, no permitiendo, así, que caigan directamente bajo los poderes elementales que no son santos.

Estas sustancias están unidas al elemento puro, este está unido al Espíritu, el que a su vez, está unido al Verbo y el Verbo está unido a la primera Fuente Eterna; a través de este orden armónico, la institución de la nueva alianza, trabaja para el beneficio de todos los principios que nos componen; de hecho, ella trabaja en espíritu y en verdad en todo nuestro ser; el pan sin fermento purifica nuestra materia; el vino purifica nuestro principio de vida animal; el cuerpo o elemento puro restaura en nosotros aquél revestimiento primitivo que perdemos a través del pecado; el Espíritu trabaja en nuestra comprensión; el Verbo trabaja en la raíz de nuestras palabras; la vida trabaja en nuestra esencia divina; estos trabajos consisten en la elevación de cada orden del ser hasta un grado más allá del punto en que se extiende su acción.

Más que nada, la institución de nuestro pacto tiene como señales cuatro unidades grandes y eficaces, a saber:

La dual relación elemental, que es comunicada a nosotros en las dos sustancias;

La correspondencia de todos los elegidos que hayan auxiliado el sacrificio, desde el principio del mundo, ellos están sentados a la mesa santa desde donde hacen fluir a nuestros corazones, las palabras sagradas que oyen, superiores quizás, a aquellas conocidas en la consagración;

El elemento puro o la verdadera sangre y carne, que fortalecen todas nuestras facultades de inteligencia, y nuestra actividad en la obra;

Y finalmente, el mismo Agente Divino que, bajo los ojos del Padre, separa la santificación, el sello y carácter de lo que ha recibido; siendo al mismo tiempo el autor, ministro y fundador de la señal de su alianza, restaura nuestro peso, número y medida.

Sin embargo, ¿por qué sólo este Regente Divino puede dar el bautismo universal? ¿Por qué es el cordero que quita el pecado del mundo? Si no es solamente su presencia que restaura todos los principios al debido lugar, ¿no hay desorden sin la transposición?

Pero, estando sujeto a la ley del tiempo, que ha dividido todas las cosas, Él hace que su virtud repose sobre los signos materiales de su alianza, apenas de manera pasiva, esperando una reacción por parte del Hombre renovado; así, durante el curso de su obra en la Tierra, Él mismo espera que la reacción del verbo de su Padre desarrolle su propios poderes.

Por esta razón es que llevó a cabo esta la institución para los hombres regenerados por él, mientras ascendía a su origen, para beber el nuevo sumo del vino celeste y para pronunciar incesantemente, en el reino invisible, palabras de vida correspondientes a aquellas del sacramento. De esta forma, los hombres regenerados, que deben administrar sus sacramentos, están en relación armónica (conformidad) con Él y su obra regeneradora, siendo capaces de conectar con esta obra regeneradora a todos aquellos que desean de ella participar, ingresando en espíritu y verdad.

Vamos a recordar que estamos muertos, y que el Reparador tuvo que penetrar nuestra muerte para tornarse como nosotros; pero como al entrar en nuestra muerte no dejó de estar en vida, al hacerse como nosotros él aún era nuestro principio único; por lo tanto, no podría morir sin elevarse nuevamente y sin elevarnos con él; esta resurrección fue necesaria para que pudiésemos probar, elogiar y celebrar la Vida, que fue y será eternamente, el objetivo de la existencia de todo ser espiritual, hecho a imagen del Autor Soberano de todos los seres.

La institución de la última cena tenía, entonces, el objetivo de retraer esta muerte y la resurrección en nosotros, exactamente antes de la disolución de nuestras esencias corporales; es decir, nos enseña a morir con el Reparador y con él nos eleva nuevamente. Así, esta ceremonia religiosa, considerada en toda su sublimidad, puede tornarse realmente una emanación, creación y regeneración o una eterna y universal resurrección; yo diría que puede transformarnos en el reino de Dios, y hacernos un con Dios.

La porción del Hombre en la cena; confesión y fe.

Al mismo tiempo, es esencial que el ministro repita incesantemente a los fieles las palabras del institutor: “la carne no trae beneficio alguno; mis palabras son espíritu y vida”; ¡pues cuántos espíritus se han muerto por la letra de otras palabras! Todo pensamiento de la carne y de la sangre debe ser abolido tanto en el ministro como en nosotros; es decir, debemos ascender, como el Reparador, a la región del elemento puro, nuestro cuerpo primitivo que contiene la eterna SOPHIA, las dos tinturas, el espíritu y el verbo. Es solamente a este costo que aquello que circula en el reino Dios, también pueda circular en nosotros.

Si no nos elevamos a esta sublime unidad que abarca todas las cosas, a través de nuestros pensamientos, se confundirá la institución con la obra que debe ser realizada internamente y se confundirá el fin con los medios, lo subsidiario con lo esencial, estaremos lejos de cumplir con el espíritu de la institución. Este espíritu requiere que confesemos la muerte del Cristo a nuestras propias iniquidades, a fin de extraviarlas; confesarla a los hombres de Dios, de todas las épocas, para que puedan estar activamente presentes en nuestra obra; confesarla a Dios, para recordar de que fuimos traídos a la vida desde que Él selló su propio sello y carácter en el libertador que escogió; finalmente, es necesario que confesemos esta muerte al enemigo, en todo lugar, a fin de hacerle huir; pues este fue el objetivo de la muerte corporal del Reparador.

Sin embargo, la institución de la cena fue dejada para ayudarnos a trabajar efectivamente en esta obra viva, la cual hemos de realizar individualmente. Es en esta obra viva que desaparecen todas las transposiciones y todo vuelve a su propia posición, recuperamos aquel puro elemento cuerpo primitivo, que sólo puede ser restaurado en la medida en que seamos nuevamente a semejanza de Dios; porque la verdadera semejanza de Dios sólo puede habitar el cuerpo.

La divina forma humana.

Podemos aquí descubrir la fuente natural de todas aquellas representaciones antropomórficas de las cuales está lleno el mundo. Si los escultores representaron a todas las virtudes terrestres y celestes, bajo formas humanas, sea masculina o femenina; si los poetas personificaron a todos los dioses o diosas del Empíreo, más allá de todos los poderes de la naturaleza y los elementos; si sectas religiosas repletan sus templos con estatuas humanas, el principio del origen de estas prácticas no es, de forma alguna una ilusión, así como son los efectos.

La forma primitiva humana debe. De hecho, mostrarse y reinar en todas las regiones. El hombre, siendo la imagen y el extracto del centro generativo de todo lo que es, su forma es el lugar a donde todos los poderes de cada región venían a ejercitar y manifestar sus acciones; en una palabra, era el punto de correspondencia de todas las propiedades y virtudes. Así, toda representación que el Hombre hace de sí mismo, reproduce solamente la figura de que podría y debería ser, reubicándole, figurativamente, en una posición (medida) en la cual no está.

Vamos a observar, que, cuando los sabios comparan el cuerpo humano con el de los animales, lo que llaman anatomía comparativa, nuestro cuerpo verdadero no entra en esta comparación anatómica, o que de hecho nos enseña que somos como otros animales.

Sería mejor que comparasen nuestro cuerpo superior, que no es animal, con nuestro propio cuerpo animal, si quisiesen obtener nuestra verdadera anatomía comparativa; no es suficiente observar cosas en sus similitudes, es esencial observarlas también en sus diferencias.

De la comparación de nuestra forma actual con la primitiva, podemos conseguir resultados útiles sobre la cuestión de nuestro destino original; pero en la falta de esta importante comparación, que de hecho estaría al alcance de pocos, debemos al menos extraer indicios luminosos sobre nuestro estado anterior, de las maravillosas obras que aún producimos a través de nuestros órganos corporales; cosas que a pesar de nuestra condición de caída y de medios artificiales a los cuáles estamos restringidos, deben abrir nuestros ojos a las maravillas naturales que podríamos haber engendrado si hubiésemos preservado los derechos pertenecientes a nuestra forma primitiva.

Imágenes religiosas y sus orígenes.

El abuso del antropomorfismo religioso que repletó los templos con imágenes humanas rápidamente se transformó en objetos de adoración e idolatría por el simple cato de haber surgido del exacto movimiento del corazón de Dios para la restauración de la humanidad, en el momento de nuestra caída, cuando este corazón divino se tornó Hombre Espíritu.

Como el pacto de la restauración se implantó en todos los hombres a través de las generaciones sucesivas, ellas estuvieron siempre listas para verlo germinar y para mirar a

los ídolos humanos como la expresión y el cumplimiento de este pacto o la necesidad que tanto sienten de cumplirlo, aunque sea esto desordenado. Además, los hombres están siempre listos para formar para sí mismos, tanto interna como externamente, modelos perceptibles de acuerdo con la obra a ser realizada por ellos.

Así, la necesidad de aproximarse al Hombre-Dios, y la facilidad para creer en lo que desean, ha sido el principio de los ídolos humanos y su adoración. Después de esto, era fácil funcionar, a través del fraude, en la debilidad y la ignorancia a fin de propagar la superstición, sea de forma absurda o hasta criminal; es siempre necesario, hasta incluso en este caso, excluir el origen espiritual activo del antropomorfismo, como demostramos arriba.

La obra de la perfecta regeneración después de la muerte; el poder del enemigo; la Virgen en el alma.

Nada sino la renovación de nuestro ser, aquí abajo, puede producir al Hombre, y no lo que procura en vano en sus supersticiones e ídolos; esta misma renovación es apenas una preparación para la perfecta regeneración, que, como vimos, sólo ocurre con la separación de nuestros principios corporales o el derramamiento de nuestra sangre. Además, después de la muerte somos removidos para el gran ternario, o el triángulo universal, que se extiende del Primer Ser a la Naturaleza; cada una de estas tres acciones extraen para sí todos nuestros principios constitutivos: divino, espiritual y elemental, para restablecerlos, si somos puros, y restaurar la libertad a nuestra alma, para que ascienda nuevamente a su fuente. Es decir lo que el Cristo permite que se le haga a sí mismo, físicamente, a través de su muerte y entierro.

Pero, si no somos puros, el enemigo que no se opone a la separación de las partes corporales, que pertenece a la forma, se opone a la renovación de los principios sobre los cuales había conseguido el comando y los retiene todos en su dominio, para el gran detrimento del alma desafortunada que se convirtió en su víctima.

Podemos ayudar a la renovación de nuestros principios solamente mientras poseamos una Virgen Eterna renacida en nuestras almas, por la cual el Hijo del Hombre puede habitar la carne, con todas sus virtudes y poderes; alcanzar el renacimiento de esto Virgen Eterna en nosotros es revivir el cuerpo primitivo o el elemento puro. Aquí, vemos escrito en el Hombre todas las leyes de los sacrificios simbólicos de los cuales el Hombre es realmente el objetivo, aún cuando él parece ser solamente un órgano u instrumento.

El Hombre es el microcosmos en donde se ofrece el sacrificio.

El hombre siendo una miniatura de los mundos físico y divino, está cierto que su cuerpo contiene las esencias de todo que hay en la Naturaleza, así como su alma contiene las esencias de todo que hay en la Divinidad. Así, debe tener en este cuerpo una correspondencia con cada sustancia del universo, y consecuentemente tanto con animales puros como impuros y con todo lo comprendido en los sacrificios; sin embargo, aunque no podemos discernir tales esencias en nosotros, podemos creer en sus correspondencias externas, a través de las figuras y formas perceptibles que presentan a nuestras mentes, también a través de símbolos e imágenes que asumen los buenos y malos espíritus, diariamente y físicamente para nuestra instrucción o probación. Sin embargo no es necesario, en la ocasión del sacrificio, saber todo esto físicamente para que nuestra intención sea pura, viva y para que estos primeros pasos de los ley material se complete en

nosotros; es suficiente que, por la rectitud de nuestro sentido espiritual natural, permitamos que anima actúe, pues Él está sobre los sacrificadores que irán a sacrificar con nosotros los animales puros, ofrenda que nos será útil, y separará de nosotros los animales impuros, que no deben participar de los sacrificios. Ésta es la ley que actúa en nosotros y, por así decir, nos es desconocida; requiere de nosotros la pureza legítima ordenada al pueblo judío, pero no requiere más conocimiento de lo que tenía el pueblo cuando abordó los sacrificios; ésta es la ley de nuestra infancia, la que nos conducirá con seguridad a la ley pura de nuestra madurez.

No dudemos que el sacrificio de éstos animales puros en nosotros abrirá un camino de correspondencias saludables, como ocurrió a los hebreos cuando celebraban sus sacrificios externos.

El efecto todavía sería aún más cierto y positivo, para cada hombre individualmente, si no estuviéramos continuamente perturbados por pueblos extraños que aceptamos en el sacrificio y por los animales impuros que permitimos para estar debajo del cuchillo del sacrificador, pues ellos nos abren las correspondencias invertidas; todo debe actuar en los principios del Hombre, mientras que en la ley simbólica hebrea todo actuaba externamente.

Pero esta obra preliminar, estando más allá las fuerzas del Hombre, en su infancia, irá a tener la rama del conocimiento de sus maestros temporales como guía del Hombre, dirigiendo la obra en su interior; los maestros deben responder por este Hombre, cuando llegue la próxima época.

La jornada individual rumbo a Canaán. Los Diez Mandamientos.

Cuando el hombre, debidamente preparado, llega a esta época, la ley espiritual dentro de él se asocia con lo que es perceptible, hasta tomar completamente su lugar. Esta ley espiritual se anuncia a través de una increíble iluminación, como ocurrió a los hebreos en el Monte Sinaí; proclama con nosotros, en voz alta, el primer mandamiento: "Yo soy el Señor tu Dios, que te hizo salir de Egipto, de la casa de servidumbre. No tendrán otros dioses delante de mi faz".

Esta voz resuena por todo nuestro ser: ella no sólo hace que todos los falsos dioses huyan por el terror de sus palabras, sino que también destruye todos los pueblos extraños y los sentimientos idólatras que hemos vivido entre los Caldeos, hasta ser llamados a la tierra de Canaán.

Más adelante, proclama todos los otros preceptos del Decálogo, los que nada más son una necesaria consecuencia del primero. Como esta ley, terrible aunque saludable, será solamente proclamada cuando ya estuviéremos fuera de la tierra de Egipto, disfrutando de la libertad y unidos a la ley el Espíritu, desde este momento en adelante seremos responsables por nuestra propia conducta bajo la luz de la ley espiritual. Por lo tanto somos felices al "grabar esta ley en nuestros corazones y al escribirla en los umbrales de nuestras puertas "(Deut. VI 9).

El sometimiento espiritual individual, el sacrificio y la liberación conducen a la edad profética individual.

En este estado, la ley del sacrificio aún nos es, sin una duda, necesaria; pero nosotros mismos somos los Levitas y sacrificadores, toda vez que tenemos acceso al altar y debemos, de acuerdo con la regla levítica, sacrificar al Señor, a diario, víctimas de su propia elección, ofreciendo aquellas de aroma agradable a Él.

Debemos ofrecer este sacrificio para nuestro propio progreso en el campo de las correspondencias, pues al hacer un uso santo de nuestros principios constituyentes, nos unimos a las influencias restauradoras (acciones) de la misma naturaleza de estos principios. Debemos, aún más, hacerlo de forma continua a fin de adaptarnos al espíritu que se estableció en nosotros, porque la acción de este espíritu jamás debe ser interrumpida, mas siempre reforzada.

Este alto emprendimiento que podemos llamar de la primera edad de la ley del Espíritu, está consagrado; este deber es tan imperativo que si fallamos, caeremos rápidamente en el dominio de diferente tipos de esclavitud, análogas a nuestras faltas; sin embargo cuando estando oprimidos por yugo de los déspotas, clamamos al Dios Todopoderoso, y Él envía a los libertadores para colocarnos nuevamente en el camino correcto.

Los auxilios que Él están fundamentados en el rayo de la vida y la luz sembrada en nosotros en la medida en que invocamos la ley espiritual; ésta nunca está totalmente extinta por nuestras faltas, pero se fermenta aún más bajo el confinamiento y bajo las tormentas de diferentes tipos de esclavitud, emitiendo algunos rayos que Dios reconoce como pertenecientes a Sí, lo que Le induce a descender a auxiliar a Sus miserables criaturas.

Él, así, procedió con hebreos, cuando llegó la hora de la liberación de Egipto; no se puede olvidar que eran los niños de la promesa y cargaban consigo el espíritu de la elección de su padre; así Él procedió con ellos delante de los jueces, cuando representaron al Hombre emancipado o bajo la ley de la libertad. De esta forma es que bajo una casi ininterrumpida alternancia de caídas y recuperaciones llegamos a la segunda edad del espíritu, la profética.

Cuando se alcanza completamente la edad profética individual, el espíritu del Hombre se quema con él en orden de propagar la Verdad, se da el principio de la misericordia.

Fue dicho al padre de los judíos que todas las naciones tendrían que ser bendecidas en él. Sin embargo, hasta la edad profética, el pueblo hebreo vivió bien separado de las otras naciones; la única relación que había guardado con ellas fue de lucha; la ley prohibió que se aliasen con extranjeros y ordenó que practicasen los rituales y las ceremonias de los cuales eran depositarios, para su propio progreso; ésta es una representación de lo que debemos hacer durante nuestra primera edad o ley espiritual, cuando debemos separarnos de todo aquello que pueda impedir nuestro crecimiento o la adquisición de las dádivas necesarias; que las naciones puedan, algún día, ser bendecidas en nosotros.

Sin embargo, cuando llegó la edad profética, los gérmenes de la Misericordia fueron primero sembrados en Israel, así como la institución de los sacrificios había plantado en ellos los primeros gérmenes del Espíritu. Este pueblo que, hasta la edad profética, sólo pensó en sí y despreció a todos los otros pueblos, comenzó, a través del alma de sus profetas, a sentirse entusiasmado por el retorno de otras naciones a la verdad.

Los profetas se tornaron oprimidos y acongojados por todos los males que habían afligido, no sólo a Israel, sino a todas las naciones pecadoras a su vuelta. Fueron enviados a declarar la ira del Señor en Nínive, Egipto, Babilonia y en la isla de los Gentiles.

La razón para esto es simple, era el momento en que las promesas de la alianza con Abraham comenzaran a ser cumplidas; pero como los hebreos estaban más adelantados con relación al cumplimiento de estas promesas de lo que lo estaban las otras naciones, fueron

los primeros en sentir los dones de la Misericordia, en tanto que los otros recibían, hasta entonces, apenas advertencias. Así, cuando el hombre individual pasó la primera edad espiritual, también comenzó a sufrir por las tinieblas de sus semejantes y fue presionado por el deseo de traerlos a la verdad.

En este nuevo estado, el hombre continúa, sin duda, observando la ley de los sacrificios, que no puede ser enteramente realizada hasta que derrame su sangre; pero se acerca a él una fuerte influencia (acción) que en conjunto con la acción de la primera edad espiritual toman el dominio sobre él y le guía, es la propia Acción divina que está comenzando a aparecer en el mundo: ella aún deja al Hombre libre, pues es apenas una ley inicial y una alarma.

Vemos a muchos profetas oponerse a las órdenes que les fueron dadas; vemos a hombres, en su segunda edad espiritual que no utilizan adecuadamente las ayudas que les son ofrecidas; es por esta razón que muchos elegidos nunca llegan a la plenitud de su elección.

No es menos verdad, sin embargo, que en esta segunda edad espiritual, o en otros términos, esta primera edad divina, el verdadero espíritu del sacrificio que originalmente tenía como único objetivo la caridad y la felicidad de los otros, comenzó a ser cumplido.

El Espíritu divino, descendiendo sobre los profetas y posando sobre ellos el peso de las naciones, alivió parte del peso que oprimía a estas naciones, que se tornaron capaces de recibir mejor los primeros rayos de luz que las llevarían al camino correcto; en resumen, fueron capaces, a través de los dolores y angustias de los profetas, de ver realizarse bajo ellos lo que fuera realizado perceptiblemente por medios de sacrificios materiales.

El hombre individual, llegando a esta segunda edad espiritual, tiene el mismo empleo; podemos decir que es sólo entonces que se inicia la edad de la madurez, o el verdadero Ministerio Espiritual del Hombre; y es sólo entonces que él comienza a ser útil a sus hermanos, visto que, en la edad anterior, él era apenas útil a la Naturaleza y a sí mismo.

La edad divina para la bendición de todos.

Cuando la gran época de la salvación llegó, el verdadero espíritu del sacrificio adquirió una extensión aún mayor; no era más limitado, como en la primera edad espiritual, al progreso de un pueblo particular y ni a las meras alertas dadas a las naciones, como en el tiempo de los profetas; abarcó a toda la familia humana, impulsando todas las cosas en dirección al cumplimiento de la promesa hecha a Abraham, en la que todos deberían ser bendecidos.

La gran época divina del Reparador reubicó al Hombre en el camino de la verdadera recuperación y le dio los medios de liberar a los esclavos (con él) de la casa de servidumbre, manifestando a todos los planos y a todo orden de cosas la Gloria, Justicia y Poder del Ser Supremo cuyo sello y carácter fueron investidos en el Hombre por el Santo Reparador.

Vemos aquí el verdadero significado de las palabras dirigidas a Jeremías (1:10): "Mira, que hoy te doy poder sobre las naciones y sobre los reinos para arrancarlos y demolerlos, para arruinarlos y destruirlos, para edificarlos y plantarlos", pues Jeremías era un profeta designado únicamente para los reinos terrestres mientras que el reino de Cristo designó al Hombre para todos los reinos espirituales.

Paz y armonía bajo la nueva ley de Amor.

Vimos que cuando el Hombre llegó, por vez primera, en la ley del Espíritu, recibió los preceptos del Decálogo: "Yo soy el Señor tu Dios". Cuando llegó en la ley del Reparador, recibió el mandamiento de "amar al prójimo como a sí mismo"; ésta es la clave de la obra del Cristo, pues ¿qué Hombre bajo esclavitud, no haría todo a fin de recuperar su libertad? De la misma manera, debe hacer todo el esfuerzo posible para promover la libertad del prójimo si le ama como a sí mismo; si el Hombre no ama al prójimo como a sí mismo no está iniciado en el espíritu del Reparador que sustentó el amor el punto de que se lanzó al abismo en el que nos encontrábamos para sacarnos de allí.

Todavía que de una forma limitada, podemos ejecutar a nuestros semejantes la inconmensurable obra que el Reparador ejecutó en toda la familia humana al romper las puertas de su prisión y la muerte delante de su ojos; sigue siendo solamente a través de su espíritu que somos capaces de realizar la parte que nos cabe; si, a través del sacrificio de animales, la ley destruyó las influencias temporales regulares en el Hombre; si a través de la ley profética, la Sabiduría trajo influencias espirituales regulares a las naciones, nosotros, a través de la voz del amor y de la santidad del Reparador, podemos atraer sobre todos nosotros las propias virtudes divinas, con paz, orden y sagrada armonía, de acuerdo con nuestra capacidad aquí abajo.

El perfeccionamiento de nuestras facultades de aquí para adelante requiere el sacrificio de todo lo que es de este plano.

Cuando el revestimiento de nuestra existencia se disuelve, cuando el tiempo ya ha pasado para nosotros, suavemente, como un rollo de papel pergamino, iremos a apreciar el espíritu de la vida más profundamente y a beber con el Reparador el sumo fresco del vino eterno que irá a restaurar nuestras facultades en toda su amplitud, para ser empleadas según su determinación.

Sin embargo es en vano que prometemos a nosotros mismo tal cosa, si no realizamos sinceramente nuestros sacrificios en este plano; no solamente aquellos pertenecientes a la renovación personal, sino también aquellos relacionados al ofrecimiento voluntario de todo nuestro ser terrestre y mortal, a través de un cuidado diario de nuestra parte, para tornarnos en una víctima ordenada, sin machas o vergüenza. Pues, en la región invisible a la que entramos al dejar este mundo, no encontraremos más tierra para recibir los diversos tipos de sangre, que debemos derramar, necesariamente, para recuperar nuestra libertad; y, si llevamos nuestra corrupción, probablemente contenida en éstos diversos tipos de sangre, nada nos quedará sino el sufrimiento y la angustia, ya que el tiempo y el lugar para el sacrificio voluntario habría pasado.

Esta vida es nuestra décima primera hora: ¡trabaja en ella!

Vamos, entonces, a preocuparnos con la vida real; con esa obra activa a la cual debemos cada instante de nuestro tiempo y no dejemos de preguntar si habrá o no alguna futura angustia a temer; tal será nuestra preocupación y deseo de rectitud.

El crimen es la causa de estos pensamientos desgastantes y lo que lleva al Hombre al crimen es la inacción, a través del vacío de la mente; el vacío de mente (espíritu) conduce al Hombre al desaliento, haciéndole creer que el tiempo perdido no puede ser recuperado. Esto, en hecho, puede ser verdad con respecto a las cosas hechas en el tiempo y por el

tiempo; pero ¿será válido para lo que pertenece al espíritu? No hay tiempo para el espíritu... ¿No sería posible que un único acto realizado por el espíritu y para el espíritu releve al alma todo lo que ella falló en adquirir o lo que incluso pudo haber perdido por negligencia?

Debemos recordar la "décimo primera hora", incluso debemos también notar que, si aquellos que fueron llamados en aquella hora, habían recibido hasta más de su debida paga, fue porque ellos por lo menos trabajaron durante esa hora, de lo contrario, no habrían recibido nada; así también nosotros no tenemos que esperar nada, si, después de haber pasado las horas precedentes den forma infructífera, no completamos nuestra décima primera hora, realizando la obra del Espíritu.

Desde la Caída, solamente podemos ser meros trabajadores de la décima primera hora, que, de hecho, tuvo inicio en el instante en que fuimos privados de nuestros derechos. Las diez horas que preceden a esta época, están, por así decir, muy lejos perdidas para nosotros; así la totalidad de nuestra vida terrestre es realmente, para nosotros, únicamente la décimo primera hora de nuestro día verdadero y eterno, que abarca el círculo universal de las cosas. ¡Juzguen a partir de allí, si por lo menos tenemos un momento que perder!

Obstáculos y cruces son puntos de partida: ¡"Yo te digo, vigila!"

Al mismo tiempo, todo lo que es requisito para un desempeño útil y provechoso en la obra de esta décimo primera hora, nos es provisto abundantemente; planes, materiales, instrumentos, nada se nos ha quitado. Asimismo los peligros y los obstáculos a los cuales nos preparamos a enfrentar y los que se tornan en nuestra cruces cuando huimos de ellos, son pasos y medios de elevación cuando se superan: la Sabiduría, a la que estamos expuestos espera que triunfemos.

Sí, si hubiésemos mantenido nuestro puesto fielmente, el enemigo nunca habría penetrado la fortaleza, por más poderoso que fuese. Pero, es necesario guardar todas las entradas con tal vigilancia constante que, de cualquier forma que él se presente, pueda encontrarnos alerta y con fuerza para resistir. Un único instante de negligencia por parte nuestra, es suficiente para el enemigo, que nunca duerme, para hacer una brecha, ascender y capturar al individuo.

Vamos a cobrar valor. Si nuestra restauración espiritual requiere, en la realidad, todo el cuidado, debemos al menos considerarla asegurada si resolvemos, por lo menos, asumirla, pues la enfermedad del alma humana es, si es que se puede usar la expresión, solamente una especie de transpiración reprimida; el Soberano no cesa de administrarnos poderosos y saludables sudoríficos que tienden incesantemente a restaurar el orden y la circulación.

¿La muerte es comprendida en nuestra obra; como ella es superada?

La muerte misma, que también está comprendida en nuestra obra, es dirigida y graduada con la misma sabiduría que gobierna todas las operaciones divinas. Nuestros lazos materiales son rotos progresivamente y de forma casi imperceptible. Los niños de tierna edad, inmersos en su materia, no tienen idea de la muerte porque la materia no sabe que es la muerte, mucho menos lo que es la vida y el espíritu.

Los jóvenes en quienes el espíritu o la vida comienza a penetrar a través de su materia, tienen más o menos miedo a la muerte, en la medida en que estén más o menos imbuidos de este espíritu o vida y en la medida en que sienten el contraste entre su espíritu y su materia.

Los adultos y los más viejos cuyos espíritus o vida se desarrollaron y que observaron fielmente la ley de su ser, son plenos de tal forma como los frutos, cuando su curso termina, que miran la demolición de su revestimiento material sin miedo o remordimiento, e incluso con placer.

Este revestimiento material, habiendo sido perpetuamente impregnado con las frutas de sus obras, ha sido, al mismo tiempo, sometido casi imperceptiblemente a la descomposición en su fuente; si el tratamiento restaurativo fuese seguido, encontraría naturalmente su disolución final sin dolor. ¿Qué puede ser concebido más dulce y suave que todas esas progresiones, señaladas por la Sabiduría del Altísimo, para la restauración del hombre?

Los poderes del alma humana después de la muerte.

¡Pero si tan grandes son los placeres adquiridos por la dedicación al Ministerio Espiritual del Hombre aún en este plano, cuáles no serán entonces aquellos que el alma irá a recibir cuando se halla despojado de sus estados mortales!

Vemos que nuestros cuerpos, en este plano, están destinados a disfrutar de todas sus facultades y a comunicarse unos con otros. Cuando no disfrutan de sus facultades, no se comunican, como verificamos con los niños.

Cuando algunos cuerpos utilizan sus facultades y otros no, los primeros pueden comunicarse con aquellos que no se comunican y les conocen mientras que estos nada saben sobre los primeros. Esto se aplica a la ley de las almas:

Aquellas almas que, en este plano, no disfrutan de sus facultades están respectivamente en absoluta insignificancia; pueden estar cerca una de otra, pueden vivir juntas sin transmitir impresión alguna entre sí. Ésta es la situación de la mayoría de la gente de este mundo, por no decir, quizás, de toda la humanidad; esto es porque durante nuestra jornada en la tierra, nuestras almas son unas para las otras, tal cual como los niños; de hecho, no comunican nada en comparación con esos tesoros activos con cuáles deberían haberse enriquecido, naturalmente, unas a las otras, si se hubiesen mantenido en su armonía primitiva.

Las almas liberadas se comunican entre sí y con aquellas de la carne.

Cuando algunas de las almas dejan su estado de infancia, o sea, cuando dejan sus cuerpos después de haber sido devotos, en este plano, del verdadero Ministerio Espiritual del Hombre, disfrutan de sus facultades después de la muerte, no es de sorprender que sean capaces de comunicar algunos de sus tesoros a las almas todavía encarnadas, sin embargo éstas no pueden comprender ni la razón ni los medios de esta comunicación, de la misma forma cuando experimentan sus efectos. Así, un niño puede sentir los efectos saludables, que otro cuerpo en posesión de todas sus facultades puede comunicarle, sin embargo, no puede ver ni saber su origen.

Cuando algunas almas regeneradas disfrutan de sus facultades activas, después de dejar sus cuerpos, es normal que extiendan sus relaciones (armonías) entre sí; esto parece tan natural que no hay necesidad de buscar evidencias en el orden físico.

La belleza admirable de un alma regenerada y su comunicación.

Sin embargo, no obstante nuestra degradación y lo poco que podemos comunicar unos a otros aquí en la Tierra, somos tan admirados cuando reconocemos las virtudes de

nuestros semejantes y esto es apenas una idea cuan bella puede ser un alma, (una de esas frágiles ramas que el árbol del Hombre aún permite brotar de tiempo en tiempo) imaginen, entonces, la satisfacción que nos espera en la región verdadera, cuando nuestras almas, armonizadas y desprendidas de sus cuerpos terrestres, estén juntas, comunicando, unas a otras, maravillas adquiridas durante su décima primera hora y aquellas que no cesaron de descubrir las regiones del infinito.

El amor de Dios y la insensibilidad del Hombre, dos milagros.

¡Oh, Hombre! tú que deseas, aún en esta vida, penetrar el glorioso Ministerio del Señor, piensa diariamente en aquellas aguas restauradoras, que, desde el crimen, la bondad suprema ha vertido, en las diferentes épocas de la posteridad humana; ya que ya has visto bastante los caminos del Señor para saber que Él se ocupa, no sólo de toda la humanidad, sino también de cada Hombre en particular, como si no hubiese nadie más a quien cuidar.

Así como una antorcha en el medio del círculo de los hombres da toda su luz a cada uno; así el sol muestra toda su faz a todos los que están a su vista; así la Fuente Divina de nuestra admiración es universal e intenta penetrar en estas almas que van a abrirse a su Luz.

Pero después de admirar esta fuente inagotable, cuyos tesoros fueron derramados generosamente sobre el Hombre en su origen, en el pacto divino y que desde la Caída, aún se ha acumulado hasta nuestro retorno, ¡que terrible remordimiento irás a experimentar cuando veas que, a pesar de estas riquezas, el Hombre menguó en tal angustia y privación, que su morada de tinieblas parece haberse fijado en la desesperación y la muerte! El hombre abusó de los dones superiores concedidos a él en su gloria; después de su crimen, abusó del amor que le siguió en su ignominia. Cuantos más auxilios recibió más creció su ingratitud; cuando observamos este cuadro descubrimos dos maravillas sorprendentes: primero el milagro del amor de Dios para con el hombre, a pesar de nuestros crímenes e injusticias; en segundo lugar, nuestra insensibilidad y desprecio para con Dios, ¡a pesar de su amor y devoción por nosotros!

Consecuencias de la insensibilidad del Hombre; su cuerpo es un dolor, sus vestiduras su revestimiento, su vida es su muerte.

¡No, nada puede superar estas maravillas! ¿Y cuál ha sido el resultado para el Hombre, de su incompresible ingratitud? (dirijo estas lamentaciones a todos mis hermanos que se sienten infelices).

En lugar de esta superioridad sobre todas las especies y que servía para hacernos caminar, como testimonio, en todas las partes del dominio Divino, ¿cuál es la actual condición de los diferentes mundos y reinos de los cuales estamos compuestos?

Es superfluo decir que, desde nuestra degradación, nuestros cuerpos son víctimas diarias de los elementos que los consumen tal como el buitre devora las entrañas de Prometeo. Sabemos que el cuerpo del Hombre es como una herida, siempre en estado de supuración, y que su vestimenta es como una curación quirúrgica que requiere constante remoción y reposición, si es que se desea evitar una infección.

Aunque no obstante esta herida no tiene aquella característica extrema, sabemos que, desde el crimen, guardamos en el seno de nuestros sustancias constitutivas, un veneno corruptor que consume la carne secretamente; de esto el Hombre no se puede librar, tampoco puede corregir su malignidad o evitar su progreso por un solo instante, pues este veneno es el fuego consumidor sobre el cual reposa nuestra existencia; este fuego es

reconocido por las ciencias humanas, por lo menos por medio de sus efectos, como el principio de nuestra destrucción, cuando los científicos afirman que la respiración no es nada más que una lenta combustión.

¿Quién no sabe que cada individuo que vaga en esta superficie no es nada más que un instrumento necesario de su propia muerte; que él no puede disfrutar un soplo de vida sin negociar por el costo de la vida; que un mismo acto produce su existencia y su destrucción? Este es el revestimiento de la muerte que el Hombre colocó en el lugar de aquella forma pura e inmortal que debería haber traído desde el tesoro divino a través de la eternidad.

También es superfluo decir que para contener este fuego que nos devora, nada tenemos nosotros que disponer sino elementos corrosivos como él mismo, que depositan sus sedimentos en nosotros diariamente y, tal como el fuego, nos da la vida únicamente si nos la muerte.

Entonces, ¿qué beneficios proponen traer estas imperfecciones naturales de nuestras dolencias y enfermedades agregadas para curarnos? Las sustancias medicinales que utilizan están infectadas de la misma manera que nuestros cuerpos y toda la Naturaleza. Tales sustancias medicinales solamente pueden ser útiles en la medida en que puedan estar en un grado menos infectadas que nosotros. Nada está realmente vivo tanto en ellas como en nosotros, o lo máximo cualquier vida o poder es relativo; es la muerte comprometida con la muerte.

¿Por qué el Hombre se avergüenza de su estado y de su naturaleza?

Independientemente de estas calamidades opresivas, tenemos vergüenza de nuestro estado natural porque estamos obligados a proveer nuestras necesidades de forma contraria a la dignidad de nuestro ser; porque nuestro deseo no es suficiente para tanto y nuestro verbo efectivo (activo) no es más sensible; porque todos los cuidados temporales y las ventajas efímeras que buscamos incesantemente, son señales de nuestra reprobación y, al mismo tiempo, de nuestra duda con relación a nuestro Principio, cuyo auxilio creativo y vivificante fue perdido por nosotros desde la Caída; finalmente, tenemos vergüenza porque, de cierta forma, ofendemos a la Suprema Verdad en la medida en que no trabajamos en conjunto, pues para este fin es que fueron creados el movimiento, la existencia y la vida; ellos proceden y son mantenidos por su foco generativo universal, a través del poder vivo.

Pero, lo que es peor, aunque no se perciba, es que permitimos que aquellas influencias destructivas (acciones), aquellos gérmenes de poderes caóticos y criminales, penetren en nuestras esencias por todos los poros y sentidos; permitimos que tomen posesión de nuestros órganos, tornando nuestros cuerpos en receptáculos e instrumentos de todos los tipos de abominaciones que alcanzan a casi toda la humanidad; esto es lo más deplorable, porque poseemos tanto el derecho como el poder sobre nuestras debilitadas esencias que se encuentran contaminadas por tales influencias; no podemos evitar su disolución, no podemos evitar que nos de muerte mientras nos da la vida.

Las causas de nuestra seducción, lecciones a ser extraídas.

¿Cuál es causa de este falso prestigio que empieza por seducirnos y acaba por arrojarnos en estos precipicios fatales? Es que, desdichadamente, él tiene origen en una fuente que se torna apenas saludable porque debe haber constituido nuestra gloria, si la hubiésemos mantenido en su debido lugar. Es por esta razón que es todavía el espíritu que

opera en nosotros, no obstante sea de un orden inferior, cuando oímos la voz o la atracción de un falso sentimiento. Este espíritu actúa en lo nuestro y representa para nosotros, sensiblemente, regiones donde tenemos la ilusión de encontrar todos sus prometidos placeres. Es de esa manera que se insinúa en nuestras esencias y causa sensaciones que nos encantan y nos transportan.

Y es porque todo es espíritu que hayamos todo esto tan encantador. Sin embargo no nos damos tiempo para discernir que espíritu es éste. Tenemos rapidez de transmitir esta imagen viva que nos encantó, a un objetivo terrestre, que está siempre pronto a asociarse a este sentimiento. En este punto, la acción del espíritu desaparece y la acción de la naturaleza toma su lugar; y, como ella es limitada, luego nos hace sentir su limitación y futilidad. De todo esto, podemos extraer tres lecciones:

La primera, que el espíritu inferior adentro nos engaña doblemente, al mostrarnos, espiritualmente, deleites que no conocemos excepto por la materia, naturalmente es cuando esta materia nos decepciona. Nada sino un espíritu desordenado es capaz de producir tal desorden y contrasentido. Un espíritu bien ordenado nos mostraría, a través de las imágenes, grandes satisfacciones, propias de nuestro espíritu, en nuestras relaciones terrestres y, al mismo tiempo, la naturaleza ilusoria de los placeres de la materia; no se debe abusar ni de la materia, ni del espíritu, el orden debe reinar entre ambos.

La segunda lección muestra la razón por la cual los hombres de edad avanzada, que se tornaron esclavos o juguetes de sus sentidos, aún disfrutan, en sus espíritus depravados, los deleites que su materia no más puede realizar; esto no es nada más que una prolongación de aquel primer sentimiento, la acción del espíritu inferior.

Finalmente, la tercera lección muestra la causa del disgusto que sucede a nuestras ilusiones; no es a través de la materia que debemos encontrar el éxtasis.

La mente y el ser central del Hombre están esclavizados; ella se convirtió en su propio enemigo.

Si observamos al Hombre en relación a su conocimiento y a su mente, encontraremos más razones para lamentarse; lo veremos como un esclavo del sistema y de la conjetura; esclavo de continuos esfuerzos en el sentido de componer una mera nomenclatura para sus ciencias; esclavo de nubes de ideas en conflicto, que generan en su mente mil veces más tormentas que las de nuestra atmósfera en sus más violentas tempestades.

Entonces, ¿qué no encontraremos si observamos lo más íntimo de su ser? Lo encontraremos sumergido, no solamente en el infierno divino, sino, con frecuencia, en otro aún más activo, esperando solamente por la ruptura de sus lazos terrestres, para unirse completamente con este infierno, del cual es visiblemente el órgano y el ministro sobre la Tierra.

Finalmente, ¿qué sucederá cuando el Hombre se vea rodeado por dominios de todas las especies, que nunca lanzarán ni siquiera una mirada a su fuente de mal, y estos impedirán la búsqueda del remedio? ¿Qué puedo decir a quién neutraliza los más específicos remedios, sustituyéndolos por simples paliativos que pueden hasta estar infectados o ser perjudiciales? ¡Y el Hombre todavía puede estar insensible con relación a su materia y no tener cuidado con los peligros que le rodea!

Por lo demás, ¿qué otro resultado él podría esperar después de retribuir con ingratitud todos los ricos dones que ha recibido de la Generosidad Eterna?

Este hombre, que fue hecho para apaciguar la ira de Dios, es el mismo que la provoca continuamente, al substituir la luz por las tinieblas y las innumerables falsas influencias por la verdadera que carga consigo. El Hombre no tenía amigo más cercano, en este plano, que el de su ser interior, para inclinarse ante Dios, oírlo y participar del fruto y maravillas de la admiración.

En vez de cautelar cuidadosamente este recurso, hizo de sí mismo el más cercano y mortal enemigo; el Hombre se ha confundido con las bestias y ha cometido las mayores atrocidades propias de esta doctrina que terminó creando para sí un infierno activo, una simple percepción de todo lo que debería haber tenido y que dura solamente este tiempo de prueba. Y que, temporalmente, él está rodeado sino por ayudas: la Naturaleza le ofrece sus abundantes cosechas; los elementos, sus saludables reacciones; el Espíritu del universo, su respiración y su luz; los animales domésticos, sus servicios y dedicación; el Hombre tiene incluso los medios de desinfectar los venenos, domesticar las bestias salvajes y él sólo trabaja para infectarse cada vez más.

¡Oh, rey del mundo! mira en ti el odioso e infernal en que no eres ni rey de ti mismo; y de todo lo que compone tu imperio, la única cosa que debes temer es a ti mismo; ¡no te puedes ver a ti mismo sin horror! Pues ésta es la transposición de tu voluntad, que ha desordenado todas las cosas; todo sufre de forma universal sólo porque el Hombre pone sus falsas y mutables voluntades en el lugar de la verdadera y eterna ley, continuamente; y porque, no sólo gobierna las cuestiones universales a su modo sino también intenta componerlas para sí, en vez de simplemente recibir sus influencias.

Sufriendo, la puerta estrecha por la cual el Hombre de Deseo debe pasar ahora.

Si, bajo estas circunstancias, un hombre de fe (deseo) aspira ser un siervo del Señor, ¿qué medios podría encontrar para ayudar a sus semejantes en esta angustia espiritual y peligro terrible que amenaza el ser espiritual constantemente? No tendría nada que ofrecer sino lágrimas, se estremecería delante de la lamentable situación de sus hermanos y sólo podría ayudar con sus sollozos.

¡Oh, Hombre de Deseo! recuerda que si la esencia fundamental del Hombre fue traída de vuelta sus primitivos elementos, pronunciaría de forma natural y alimentaría continuamente la sublime palabra: Santo, Santo, Santo, para la gloria de su Principio, sin interrupción, por todas las eternidades.

En nuestros días, la lengua lenguaje del Hombre, así como el propio Hombre, sufre un espantoso cambio; sin embargo aquél lenguaje primitivo, el lenguaje de la santidad y la felicidad, puede ser recuperado, igual que las esencias del Hombre están reducidas a no pronunciar ninguna palabra sino aquella del sufrimiento (dolor), que es su sensación predominante y a la cual están más susceptibles. Oye esta palabra "sufrimiento" con mucha atención cuando ella habla en ti; óyela como la primera voz de auxilio que se puede hacer oír en el desierto: junta este precioso y específico remedio con mucho cuidado, como el único bálsamo que puede curar a las naciones.

Desde el gran cambio, la vida de la Naturaleza reposa únicamente en esta base. Desde la degradación del Hombre, no tenemos otra manera de sentir nuestra existencia espiritual y divina; tampoco tenemos otra manera de hacer sentirla a nuestros semejantes. Este sufrimiento es diferente de aquel dolor de los místicos que han sustentado el amor hasta el punto de extraer deleite de las aflicciones; de esta manera creían solamente en su

propia salvación y felicidad. Aquí, no hay tiempo para pensar en la propia santidad, toda vez que estarás constantemente afligido y, por así decirlo, oprimido por el peso de esta cruz de poderes, que hace a la vida manifestarse en todas las criaturas.

La obra del Hombre de Deseo reacciona sobre el primer Hombre o en todo el árbol del Hombre.

Sin duda, estos simples cuadros debe ser suficientes para estimular tu devoción e inflamar tu valor; ¿qué motivo mayor podría haber que el de trabajar para el sabbath del descanso del alma humana? Pero este motivo se hará aún más fuerte y efectivo cuando descubras que tu obra no está restringida a la posteridad, pasada, presente y futura del primer Hombre; sino que se puede extender incluso a aquel primer Hombre a través de la relación que aún existe entre él y su posteridad; pues él ha sufrido demasiado al establecer contacto con nuestra atmósfera discordante, que no aguantaría por mucho tiempo si la mano del Altísimo no hubiese moderado los primeros ataques.

La semilla prometida, destinada al revivir el árbol del Hombre.

De hecho, cuando el primer hombre permitió que los privilegios gloriosos que, por derecho innato, debería poseer eternamente, se debilitasen y desapareciesen, el Verbo Eterno vino en su auxilio en aquel lugar de bienaventuranza en que el Altísimo le había colocado y le prometió que la semilla de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente.

A través de esta única promesa, Él plantó en Adán el germen de su restauración. Esta semilla nunca dejó de ser regada con los auxilios espirituales enviados al mundo, a través del ministerio de sus elegidos, hasta el día en que Él vino personalmente a fin de regarla con su propia sangre. Pero el árbol, o el Hombre, aún está encargado de producir sus frutos a través de sus descendientes. El Verbo solamente podría darse al Hombre; Él nunca podría cancelar la ley por la cual el árbol debe manifestar aquello que recibió en su esencia, libremente.

Así, se permite avanzar a cada día en dirección a la edad final, cuando, se supone que todas las ramas cumplirán la intención bienhechora de su Fuente Reparadora; pues fueron destinadas a mostrar a su debido tiempo, el majestuoso árbol del Hombre, tal como estaba en el jardín del Edén; además, estaría adornado con las ramas resplandecientes de toda su posteridad, que debe seguir todos sus esfuerzos, dado que la obra es común tanto a los hijos como la padre.

Pero, al contrario de esta cooperación por parte de la posteridad del primer Hombre, lo que están esencial, ¡cuántos crímenes y desórdenes no han derramado en las raíces de este antiguo árbol que deberían tener como sagrado! Delante de tales sustancias heterogéneas y destructivas, ¿qué progreso puede hacer la posteridad del primer Hombre en la senda espiritual?, ¿qué ramas o las flores pueden producir?, ¿qué frutos se puede esperar de allí, cuando llegue la época de cosecha?

El Hombre primitivo en su lecho de sufrimiento y descuido por su posteridad.

¡Oh, siervo del Señor! cualquiera que sea tu sensación de desolación es legítimo; sin embargo, encontrarás también la más tocante motivación para animar tu fervor, dentro del

noble carácter e importancia de tu obra, que comprende nada menos que contribuir al reposo del jefe de la especie humana, a través del anuncio de todos sus hijos ¡cuán sublime es el Ministerio Espiritual del Hombre!

Observa al Hombre primitivo, dejado en su lecho de sufrimiento, sufriendo más por nosotros que por él mismo; mira como contempla el sufrimiento de cada miembro de su familia, pasado, presente y futuro; oye a través del curso de las largas edades, implorando para que, al menos, no agraven sus heridas a través de sus crímenes, si es que no pueden ayudarlas a través de sus virtudes.

Intenta tener una idea de su aflicción cuando, de toda su numerosa posteridad a la cual él se dirige, no encuentra a alguien que le de atención a sus quejas; nadie que busque tomar parte de su obra; nadie que lamente la condición de sufrimiento en la cual él define; ¿qué puedo decir? quizás no hay nadie que no derrame hiel o veneno en sus heridas.

Busca tu alivio, a través del yo interior de estos sus hermanos.

Deprimido por tus propios sufrimientos, irás a recogerte en tu interior; del centro de tu santuario secreto, tu fervor te llevará a tus hermanos perdidos, insensibles cuánto a sus propias enfermedades y en cuánto a quienes se conducirán al venerable tronco de la especie humana. Allí tomarás tu lugar, cerca del yo interior de tus hermanos, como Jeremías en la puerta del Templo de Jerusalén.

Irás a perturbarlos de modo que empleen sus mentes, incesantemente, en el ejercicio de sus sublimes poderes y la importancia de la Justicia.

Como alcanzar a tu hermano y presentarlo en un sacrificio a Dios que sea aceptable.

Dile a este ser interior que los frutos de su campo son destinados a guardar los sufrimientos; que si él se mantiene ineficiente y no proveer su parte de la provisión, el sustento general será perjudicado; que el campo inactivo y desperdiciado, será cubierto rápidamente por espinas y maleza que dañan las manos o cuyas semillas venenosas diseminarán infección; que, a partir de entonces, irá en breve a dar espacio a reptiles venenosos o a animales salvajes siempre listos a devorar a su propietario.

Dile a él que si el cordón que nos conecta a Dios fue roto, estará siempre pronto a ser restaurado; invítelo a probar que por la alianza Divina, la vida, la luz y todo lo que pueda satisfacer nuestra ansia de admiración, será encontrada; dile que todos los frutos deben ser traídos de vuelta al Altísimo, pues sólo Dios posee receptáculos capaces de recibir y almacenar sus propias cosechas.

Dile que tan luego como descendemos al abismo, Dios desarrolla a nuestro alrededor su gran Arco-iris, o aquellos innumerables grados o pasos septenarios que están siempre prontos a ayudarnos a ascender nuevamente, fuera de la cueva; que el propio Dios arma a sus soldados con esas ayudas poderosas, exigiendo que sirvan de acuerdo con sus armas y empleándolas de acuerdo con su luz, fuerza y habilidades.

Incítalo a ingresar en el ejército del Señor, mostrándole que su mano poderosa nunca nos expondrá a una obra más severa o peligrosa de la que somos capaces de soportar.

Si tu hermano aún se resiste, redobla tus esfuerzos; haz uso de los derechos pertenecientes a tu ministerio para conquistarle y expulsa, por el poder de tu verbo, todos los enemigos que le habían seducido y extraviado diariamente; no descanses antes de

conseguir traerlo de vuelta al camino de la justicia y presentarlo “al amigo de lo puro”, como un dulce sacrificio al Soberano de todas las cosas.

No será solamente por causa de tu hermano que irás a dedicarte a la obra sagrada de hacer que las almas guarden el Sabath, sino por causa del Dios Altísimo, de quien quieres ser el ministro.

De hecho, aquellos servidores, los más queridos para Él, son aquellos que se ocupan de reintegrar a los ejércitos del Señor a las lamas que pueden extender su gloria en señal de su servicio.

Dios busca un medio de penetrar el alma del Hombre.

También será por causa de la triste morada del Hombre, pues cuando Dios no encuentra, en este plano, un alma en la cual pueda entrar y por la cual pueda actuar, se producen y suceden desórdenes en la Tierra, al punto de sacudir el corazón de todos aquellos que aman a Dios; esto prueba que el crimen del primer Hombre, cuando se vació de Dios, fue seguir su propio espíritu de tinieblas. Pero los abusos a los cuales su descendencia se dedicó lo agravó; si el espíritu del Hombre se inclina completamente hacia un mismo lado, el Poder Divino mismo apoya internamente el otro lado a través de su gran peso, penetra, por lo menos, en algunas almas humanas, a partir de las cuales, entonces, más tarde, emana, para contener el exceso de mal y aprisionar el desorden; si así su sucediera el universo hace mucho que ya habría sido destruido.

La obligación y la recompensa de aquellos que se entregan a la obra de Dios.

Las almas humanas que siguen el ardor de la Divinidad, poseen pesadas obligaciones para cumplir y gran trabajo a realizar; pero también altas retribuciones a esperar, además de las poderosas ayudas durante su obra; ellos se fortifican por un gran verbo de comando que, cuando es emitido, coloca toda su fuerza y poderes en acción y actividad; este debe ser la vida, la luz y el soporte del Hombre, así como, en el orden militar, la palabra de comando, consiste en la seguridad de todo ejército.

Además, ¿no son estas almas abundantemente recompensadas por la felicidad de dar su testimonio? Pues aquellos que testimoniasen serán reconocidos como siervos fieles; y particularmente en las almas de los hombres que hemos de dar nuestro testimonio. El testimonio que debemos implantar en las almas de los hombres va a resucitar con ellos y servir como evidencia a nuestro favor, pues, no sólo nuestros propios débitos pueden ser sanados sino también podremos ser recompensados.

¡Oh, siervo del Señor! haz todo esfuerzo que pueda al fin ser enviado como testimonio y no permanecer sin consuelo y esperanza en cuanto al futuro. Feliz serás si, cada día, eres capaz de decir: Yo no perdí el día; hice nacer un testimonio en el alma de un hombre (en lo más íntimo de esta alma, sin que los ojos materiales de este hombre nada hayan visto); y que a través de este trabajo adicioné algo más a mi crédito para el futuro.

Hasta puedes esperar que Dios te pague por este testimonio incluso en este plano, no únicamente con las alegrías que Él va a despertar en tu alma, sino incluso con los auxilios manifiestos que Él te enviará y con las obras divinas y maravillosas que Él ira a hacer surgir de tus manos, como una especie de recompensa, retorno o retribución por los servicios prestados a Él en su Ministerio Espiritual del Hombre.

La paga de los siervos del Señor: Alivio al jefe de la familia humana.

Sí, si el hombre siguiese la línea del verdadero Ministerio Espiritual del Hombre, nunca con tan poco coraje, luego descubriría que esto le daría menos trabajo y tomaría menos su tiempo para operar un milagro, que aprender, en todos sus detalles, la lista de ciencias que el Hombre tanto se ocupa y en lo cual concentra todo su día y el sudor de su frente. Sigue más abajo la lista de alegrías y recompensas con la cuales Dios tiene el placer de nutrir las esperanzas de sus siervos:

Reacción mutua de todos los poderes divinos asociados a nosotros para producir agradecimiento;

Reacción de los mismos poderes para producir resignación;

Reacción, para producir seguridad;

Reacción, para producir la súplica, de armonía, con todos los seres pasados, presentes y futuros;

Reacción, para producir la convicción íntima e integral;

Reacción, para la dirección de todos nuestros pensamientos, de todos nuestros deseos y de todos nuestros pasos;

Reacción, para obtener la gratificación de la palabra;

Reacción, para que oigamos hablar al Verbo, puesto que el Verbo nos habla;

Reacción, para que podamos suplicar al Verbo a fin de oír su propia voz, no el murmullo que se produce en medio de todas nuestras miserias y todas nuestras enfermedades corporales y espirituales;

Reacción, para obtener la investidura, para que la distribución activa y eficiente de los poderes que administran, juzgan, operan, ejecutan y justifican aquello que este Verbo vivo, movido por el propio orador, pueda hacer descender en los centros don él habita y fermentar en nosotros.

Esto es lo que el siervo del Señor debe hacer, aquel que alcanza, como testigo, al alma de su semejante: de esta forma, podemos hacer que Dios participe en todas nuestras obras y nosotros participemos en las de Él.

¡Oh, siervo del Señor! si obtienes estos auxilios, podrás aproximarte, con confianza, al lecho de sufrimiento, en el cual el jefe de la familia humana aún es prisionero por causa de los errores y manchas de su posteridad.

Vas a confortarlo en su aflicción; vas a aliviarlo a través de tus sublimes y santas obras, y él va a regocijarse de ver a algunos de sus hijos participar de sus cuidados.

El Ministerio Espiritual del Hombre

o

El Ministerio del Hombre Espiritu

Tercera parte En el Verbo

Si no hubiese ningún poder de armonía y de orden, poder este que se engendró a partir de toda eternidad, nunca veríamos surgir el orden y vencer a la corrupción que ocurre en todo lo que constituye el círculo universal, como vemos, a cada momento, delante de nuestros ojos. Sí, proclamamos, en alta voz, que hay un Verbo Eterno, depositario de la Luz Eterna, de la vida y de la medida que equilibra, por causa del hombre, el desorden, la angustia y la infección en que él se confunde aquí en este plano. Si el hombre no se mantiene constantemente en elevación donde habita esta ayuda, él cae nuevamente en el abismo del mal y del sufrimiento, en el extremo opuesto. No hay término medio para él: si no usa la fuerza de Hércules, permanece atorado bajo el peso de Atlas.

Sí, toda la Luz Divina es necesaria para disipar las intensas tinieblas que rodean al hombre. Necesita de toda virtud divina para equilibrar la región del crimen al cual está amarrado; en resumen, si el hombre no consigue mantener la santidad, permanece sumido en la abominación.

Es en vano que el hombre intente conseguir este triunfo a través de medias medidas y de frágiles especulaciones de su mente y de su razón. Estos supuestos esfuerzos solamente lo engañan, por lo tanto son ilusorios.

Los distracciones fútiles y artificiales a las que el hombre empeña su existencia lo engaña aún más; el camino vivo es el único camino provechoso; este camino vivo sólo puede ser la propia mano del Altísimo pues, solamente Él puede mantener y gobernar todas las cosas; Él creó una compensación para todas las deficiencias.

Cuando se dijo que el Dirigente Supremo mantenía todas las cosas por el poder de su Verbo. Esto no era una expresión mística planeada para dejar nuestra mente en suspenso, era positiva y físicamente verdad, en cualquier orden que podamos imaginar.

Si el Verbo no sustentase al Universo en su existencia, dirigiéndolo en todos sus movimientos, su progreso tendría un fin inmediato y retornaría a la no manifestación:

Es verdad que, si el Verbo no sustentase a las plantas y los animales, ellos se reintegrarían inmediatamente a sus propios embriones, los que serían absorbidos por el espíritu temporal del universo.

Es verdad que, si el Verbo no sustentase su acción y ejecución, todos los fenómenos del Universo cesarían de manifestarse ante nuestros ojos.

También es verdad, en el orden espiritual, que, si el verbo no sustentase el pensamiento y el alma del hombre, así como los sustenta, diariamente, todas las cosas en el Universo y nuestras mentes se retirarían de inmediato en las tinieblas y nuestras almas en el abismo, sobre el cual somos capaces de sobreponernos, a pesar de nuestros crímenes, únicamente a través de inestimable y más misericordioso poder del Verbo: así, a menos que seamos voluntariamente insanos y coincidentemente nuestros peores enemigos, no

cesaríamos ni por un momento la búsqueda del Principio de todas las cosas y en la inclinación al Verbo; no actuar así equivale a negar nuestra existencia y renunciar a todo lo que es útil en las regiones en donde la ayuda adviene del Ministerio Espiritual del Hombre.

Los metafísicos y los especuladores de la Divinidad. Religión Política.

¡Ay de vosotros, metafísicos insensibles, que hicieron del Ser Divino y de todo lo que él emana, un simple tema para sus disertaciones y raciocinio! ¡Ay de vosotros especuladores que no dieron fundamento a la religión, sino a la política. El fundamento esencial de la religión es el Verbo, sin el cual nada puede ser sustentado!

Vosotros, sin duda, nada ven en la religión sino sus formas oscuras, que se tornaron aún más tenebrosas por los abusos que la desfiguran; como digo, vosotros miráis a la religión y sus corrientes misteriosas, apenas como un medio de relacionar lo que es elemental y pensáis que no sirve para nada más.

¡Por esto los puedo disculpar, tan espesas son las tinieblas que cubren la tierra! Pero, no les perdono cuando hacen del Verbo una reverencia a sus propósitos políticos. Dios, el Verbo, y las reverencias que les son debidas, no son el resultado del cálculo y de la reflexión; aún es poco relacionar esta reverencia apenas con un deber de creer en este Dios Soberano y su Verbo Eterno, que posee el derecho a la veneración de sus criaturas. Esta creencia es más que una consecuencia filosófica; es más que un derecho y una obligación; es una necesidad constituyente radical de nuestro ser; y su presente situación es una prueba de esto; la destitución universal en que vive es suficiente para que sienta esta necesidad a cada instante de su vida y a partir del momento deja de sustentarla, cae nuevamente en el abismo.

Analogía entre faltas y castigos: Como descubrir nuestra ofensa

Contemplemos aquí la brillante luz universal con relación a las faltas y castigos en general y a los principios a los cuales estas faltas han ofendido.

En estricta justicia, así como en estricta verdad, debe haber una analogía perfecta entre castigos y faltas. Examinando cuidadosamente la infeliz condición del hombre en este plano, veremos claramente la naturaleza de su error y crimen pues, el castigo y el crimen son moldeados uno ara el otro.

En esta misma estricta justicia, debe haber también una conexión antipática, igualmente marcada, entre la falta y el principio que ofendió, ya que la falta sólo puede ser, en todos los sentidos, el universo y lo contrario del principio; vamos a ser bien entendidos cuando decimos que la falta puede consistir solamente en una dirección opuesta a aquélla del principio, consecuentemente, al retroceder en la línea del crimen, no dejaremos de llegar al principio; de la misma manera, al examinar la naturaleza de la pena no dejaremos de reconocer la naturaleza de la ofensa, de la cual son los resultados

Debemos comenzar con el castigo, puesto que sirve para enseñarnos cuál fue la ofensa. El paso siguiente debe ser el de volver a lo largo de la línea de esta ofensa, a fin de llegar al principio. Así, nuestro primer deber es acabar con los reclamos y pasar por todos los niveles de nuestro castigo con resignación, si es que realmente queremos llegar al verdadero conocimiento de nuestro desorden.

Nuestro segundo deber consiste en una actividad viva y ardiente sin mirar hacia la derecha o izquierda; sólo eso puede disipar nuestras tinieblas y traernos de vuelta a la vida de la cual la ofensa nos separó.

Nuestro confinamiento en un mundo mudo muestra que nuestra ofensa fue contra el Verbo

Cuando examinamos nuestro castigo, notamos que su carácter más prominente es de que somos mantenidos callados y atados a un universo que, nos obstante estar sustentado por el Verbo, está sin habla; esto representa para nosotros un doble castigo que nos hace sentir, por un lado, la vergonzosa desproporción que hay entre nosotros y las criaturas mudas a nuestro retorno; y por otro lado cuan desgastante este universo debe ser para el propio Verbo, ya que debería ser manifestado en todos los lugares y corresponder libremente con todo lo que existe.

Sin embargo, el primero de estos castigos se demuestra no solamente por el estado actual de las cosas, sino también por el comportamiento del hombre en relación a su semejante.

A pesar de que la conversación de los hombres está muy alejada del verdadero Verbo, no obstante, cuando están juntos, si no estimularan la atmósfera con sus discursos (una cortina frágil del Verbo), si no animan un poco a la sepultura en que se encuentran, no conocerán nada más allá que el frío tedio de la muerte.

El segundo castigo también nos muestra una fuente viva, que busca incesantemente revivir todas las cosas por medio de palabra individual; pues, sin esta fuente, el hombre no gozaría de esta palabra individual, de la cual hace uso diario de forma tan pueril y de la cual puede extraer poco provecho mientras que no esté regenerada.

Así, podemos decir, que somos debidamente esclarecidos en los castigos que llegan hasta nosotros. Sin embargo, observando la analogía necesaria que subsiste entre castigo y ofensa, podemos concluir que, si somos castigados con la privación del verdadero Verbo, con certeza es al Verbo a quien hemos ofendido.

Para la segunda ley, o, como consecuencia de la analogía entre la ofensa y el principio, el resultado es que, si, en nuestra palabra deberíamos actuar en una dirección inversa a aquella que tomamos en ocasión de su corrupción, donde caminamos todos los días, llegamos una vez más al grande, fijo y luminoso Verbo, con el cual sentimos que debemos habitar en alegría contrario de los sufrimientos que nos atormentan.

El Verbo o la verdadera palabra, requiere una práctica, así como otras habilidades; El Silencio

¿Cómo podemos los hombres mantener la satisfacción activa de este instrumento universal, este Verbo, que siendo igualmente de tan gran importancia y tan deseado, es, aún, la única habilidad o, por decirlo así, la única práctica que se puede ejercer sin la preparación de un largo aprendizaje, como ocurre al cultivar otras habilidades? Pues, repito, ¿qué hombre que habla en todo el lugar, o todo el día, no debe estar engañado con relación al Verbo (palabra, hablada con verdad)? Con certeza es fútil e ignorante lo suficientemente como para no percibir esto.

De hecho, el Verbo solamente se conoce en el silencio de todas las cosas de este mundo; sólo así puede ser escuchado; cuando hablamos, ya sea con nosotros o con nosotros

mismos, sobre cualquier cosa que pertenezca a este mundo, es verdad que actuamos contra el verdadero Verbo y no a su favor; pues, sólo nos degradamos y nos naturalizamos con todo el mundo que, como ya dijimos, siendo mudo es, al mismo tiempo el modo y el instrumento de nuestro castigo.

No vamos a olvidarnos de otro hecho, igualmente verdadero, y mucho más confortante: el sentimiento de que si el pecado nos priva de todas las cosas y nos deja en un estado de absoluta destitución, es necesario para nuestra curación, que todo nos sea dado nuevamente por el Infinito Amor Universal; de otra forma nuestra cura nunca será absoluta.

Sin embargo, esta ayuda universal, en que el Amor nuevamente se presta al mundo, está comprimido en la maravillas del Verbo; la pérdida de estas riquezas es la que nos coloca en privación. Pero ahora, podemos conocer esta palabra (Verbo) del Espíritu, de forma lenta, así como vemos a los niños aprender el lenguaje humano. Debemos también, aprender de forma natural, de forma insensible, como los niños. Así dice el precepto del Evangelio: "A menos que seáis como estas criaturas, no entraréis al reino de los cielos".

El Verbo muestra la alianza de Dios con el Hombre y la Naturaleza

Vamos a mirar con la admiración, dentro de ese espíritu, todo lo que el Verbo trajo a nuestro conocimiento; si sigue un extracto de aquello que debemos aprender:

Fue a través del Verbo que Dios hizo Su pacto divino de la alianza universal, con todo lo que existe en la inmensidad.

Fue a través del Verbo que Dios, en Su proceso restaurador, formó su alianza espiritual temporal general, en las distintas épocas su graciosa obra, manifestada en el origen y creación de la naturaleza, en la promesa hecha al pecador Adán, en su diferentes líderes elegidos que proclamaban sus leyes y mandamientos sobre la tierra, tanto antes, durante y posterior a los tiempos que corren, hasta el final de todo.

Fue también a través del Verbo, que Dios hizo una alianza espiritual especial con el hombre individual, sembrado en los gérmenes de los distintos dones y virtudes que se atraen los unos a los otros y se agregan a través de una atracción hasta adquirirlos, por su fuerza y actividad armónica, tamaña afinidad con la Unidad, que esta Unidad viene y se junta a ellas concentrándolas con su aprobación.

Por el Verbo, Dios conduce el curso de su alianza espiritual temporal general: cuando esta alianza adquiere fuerza suficiente, por la atracción de sus poderosos elementos divinos, el Verbo permite que explote y Él mismo pase en el torrente de esta explosión, a fin de que sus substancias saludables puedan ser mejor infiltradas en las regiones que las esperan; esta es una de las maravillas de los números activos que, igualmente no son nada en sí, como ya se dijo anteriormente, representa fielmente el curso oculto del Verbo y sus inestimables propiedades.

Es por el Verbo, también, que Dios hizo una alianza continua y particular con la vegetación y la naturaleza terrestre, en donde cada producción está siempre precedida por las gradaciones de actividad, germinación y crecimiento, atrayéndose unas a otras recíprocamente, hasta culminar en la explosión, sea por la florecencia o por el nacimiento, cuando, dentro de cada cosa, la yema o el centro de la vida haya disipado los obstáculos que las circunda, siendo capaz de tomar posesión de sus derechos.

La necesidad de un lenguaje espiritual

Así como estos niveles de acción están diseminados por la Naturaleza, los gérmenes de la ciencia están diseminados por todos los hombres; sólo precisamos de un lenguaje o de palabras análogas para comunicarse una con la otra. Si cultivásemos estos gérmenes cuidadosamente, producirían un lenguaje capaz de transmitir sus frutos a nosotros; pero somos llevados por la impaciencia; en vez de esperar por la fructificación de este lenguaje, nos empeñamos en componer distintos lenguajes para nosotros mismos, de acuerdo con las creencias que practicamos.

Al mismo tiempo, como estos idiomas son estériles, diferentes de aquél cuyo lugar han usurpado, no nos traen ningún provecho; éstos no tocan los gérmenes de los cuales el fruto puede brotar.

Los resultados científicos de los hombres acaban, en la mayor parte, en nuestros idiomas compuestos y artificiales; las ciencias humanas generalmente residen en la forma externa, no en la virtud de las palabras; los lenguajes científicos no tienen vida en sí mismos, no se pueden vivificar unos a otros y como no pueden hacerlo dan inicio a la disputa y a la oposición y acaban por destruirse unos a otros.

De esta forma, las ciencias propagan la muerte que, desde la caída, ha separado su imperio por todos lados; al contrario de esto, deberían dar continuidad a la vida, o al Verbo, que desde la gran transformación, no puede dar un paso sin tener que luchar por esto. De hecho, toda generación, toda la vegetación, todo acto u operación de restauración e incluso todo pensamiento en dirección a la región de la luz, forman muchas resurrecciones y reales conquistas sobre la muerte. Aquel que sea capaz de penetrar tanto como es posible concebir y sentir la continua resurrección del Gran Verbo, será retribuido por las grandes gracias, y quedará asombrado si es que se irá enternecer y perderá el habla de tanta admiración. Por lo tanto, ¡cuán no será la alegría de los poderes divinos, espiritual y celeste, cuando consiga generar, en el mundo de la Verdad y de la Luz, un hombre semejante a ellos mismos, su Hijo bien amado!

El Verbo en la angustia; todas las cosas nacen en la angustia, e incluso la vida misma.

El verdadero Verbo está universalmente en la angustia; no podemos realizar o recibir cosa alguna sino a través de la angustia; todo lo que existe de forma visible es una perpetua demostración física del Verbo en la angustia; por lo tanto, no se debe evitar la angustia interna; por lo tanto, sólo las palabras de la angustia pueden beneficiar; siembran por sí mismas y generan, porque son la expresión de la vida y del amor.

¡Oh, hombre! esta severa ley es evidente tan pronto como tu madre te da a luz y en tus propias lágrimas la recibe. Imagina, entonces, cuanto no costó, a la Fuente de todo reposo, reproducirse en tu forma espiritual corrupta y tornarse semejante a ti. Compara tu vida temporal, libre y activa, con aquella que tenías en el vientre de tu madre y ve si las alegrías de tu existencia no te hacen olvidar sus primeras lágrimas; imagina, entonces, lo que puedes esperar de las menores impresiones que la angustia real puede hacer nacer en ti.

Prepara, por lo tanto, tus ojos para ver y tu comprensión para admirar, aquello que viene a diario de la angustia particular del Reparador o del Verbo y que irá, de aquí hacia adelante, proceder de su angustia general; pues, el resultado de todas estas angustias son tan ciertas como inconmensurables.

Acontece que, como ninguna palabra viva y saludable puede nacer en nosotros, sino en la angustia; con certeza los hombres a quien oímos diariamente no pronuncian ninguna palabra e igualmente así no convencen cuando fingen proclamar la verdad; fallan sin el poder y la intervención de la angustia.

Además, las palabras de angustia son siempre nuevas, ya que en ese punto reside el principio del lenguaje. Sin embargo, las palabras de aquellos todos los días no son nuevas y no dicen más que reminiscencias y repeticiones que ya fueron dichas varias veces.

¿Es posible percibir que es el sublime objetivo de esta angustia del Verbo? Cuando el hombre escucha atentamente, la Verdad parece decirle: "Oh, hombre, no puedo dar salida a mis lágrimas en lugar alguno más que en tu pecho".

Así, entonces, el corazón del Hombre es elegido para ser el depositario de la angustia de Dios, el amigo de su predilección y confidente de todos sus secretos y de todas sus maravillas, visto que ningunos de estos pueden tener expansión o ser emitidos excepto a través de la angustia. Después de esto, el Hombre al percibir tan dulce y amigable proclamación, exclama a su vez: "Torrentes del dolor inundan mis venas y todo mi ser se elevará con amargor".

A partir de las gracias, entonces, pues en este momento la vida tiene inicio.

Como mantener vivo el fuego de la vida Espiritual

Al seguir un camino seguro para evitar que estos primeros elementos de tu vida sean extintos. Ten cuidado al separarte, aunque sea por un instante, del fuego central fundamental, en el cual reposas y nunca debes dejar en el dolor, a fin de que este dolor se extienda a todas sus facultades y haga salir sus frutos.

Es este fuego que debe prepararte incesantemente y mantenerte en el miedo; sin esta preparación continua el Verbo vivo de la angustia no te irá a penetrar; te tornarás un objeto repulsivo y cuando el Verbo te viene a envolver tendrás que girar tu cabeza por causa el hálito infectado; pues, si el Hombre Espíritu es ofendido tan frecuentemente por el hálito que sale de la boca del hombre, ¿cómo Dios podría soportarlo?

Permanece, entonces, constantemente en este fuego central fundamental, como un niño permanece en el vientre de su madre, hasta ser lo bastante fuerte como para soportar la luz del día, o, si es que una comparación menos digna puede ser hecha, como un alimento que permanece en el fuego hasta estar listo.

Detrás de todo esto hay grandes verdades y principios experimentales. Lo más importante es que deberíamos saber y sentir cuál es la gran angustia de Dios. Es aquella que se origina de su continua tentativa de revelarse a través del corazón del Hombre, y de los tenebrosos obstáculos que el corazón del Hombre opone a Él.

Por esta razón, todo el fuego abismal que es encendido abajo de nosotros a través de la vida, no es lo bastante para disolver las espesas coagulaciones que sofocan.

Si este fuego abismal no prepara el camino, los Verbos de la angustia divina nunca irán a penetrar en nosotros; si el Verbo de la angustia no nos penetra, nunca entenderemos la angustia universal de todas las cosas y nunca podremos ser aquél que las va confortar. Sí, si no tuviéramos la substancia de la vida en actividad dentro de nosotros, ¿cómo seremos capaces de juzgar, así como de ser sensibles a lo que está muerto a nuestro retorno?

Así, no es solamente el sabat de la naturaleza o aquel del alma humana que requieren nuestros cuidados urgentemente, tenemos también que hacer que el Verbo propiamente dicho, disfrute de su sabat, desde el momento que no se puede negar, en

nombre del uso falso, fútil o perverso que el hombre hace del Verbo Divino, que el Verbo esté en su lecho de sufrimiento, para no decir en su lecho de muerte; el hombre no puede traerle alivio alguno hasta que sienta la angustia del Verbo nacer en su interior.

La Cruz verdadera

Vemos a los hombres dar el nombre de "cruces de expiación" a las decepciones de la vida temporal, las aflicciones mundanas, las enfermedades humanas, etc.; este nombre en su verdadero significado se aplica únicamente a los dolores espirituales de los hombres dedicados a la obra del Señor, llamados a trabajar en esta obra, según sus habilidades y dones.

Esta clase de hombres es generalmente presa de circunstancias bien opuestas a la obra divina que anhelan, para la cual fueron hechos y de la cual son pocos capaces de hablar, pues frecuentemente permiten que sean cubiertos de escarnio y desdén para entonces abrir sus bocas sobre tal obra. Es para estos hombres que se aplica el precepto Evangélico: "Aquel que no me sigue, no es digno de mí". Pues, si ellos no tomaran la determinación de soportar la cruz que se les muestra e ir al frente, a pesar de la angustia que les espera o el riesgo de perder su obra y ser tratados como malos sirvientes.

El espíritu del mundo enmascaró los más bellos significados de las Escrituras al darles las aplicaciones más ordinarias y vulgares. No temo en decir que, muchos grandes santos fallaron en dar a esta gran pasaje todo el significado que le pertenece; la famosa frase de Santa Teresa "Déjenme sufrir o morir" nos da apenas la mitad del significado. La cruz viene de antes que el mal y cuando se hace sentir en nosotros, actuando en el confinamiento de nuestros presentes obstáculos espirituales, es para conducirnos a su propia acción libre e instruirnos en su propia generosidad infinita, a pesar de nuestra oscuridad, cual cruz anterior al mal.

¡No, no! la cruz no es un sufrimiento; es la Raíz eterna de la Luz Eterna. No es menos verdad que si el elegido debe soportar, valerosamente, los esfuerzos dolorosos que esta cruz realiza en él, a fin de llegar a la región de la libertad, con mayor razón debemos todos soportar las tribulaciones del mundo, tanto corporales como espirituales, a las cuales damos el nombre de cruces; esta resignación será más meritoria, pues a pesar del estado de desorden y discordancia en que la caída nos lanzó, no estamos todos impedidos de sentir, al menos en el mismo nivel, la angustia de la cruz superior.

No diría que los hombres no pueden sacar provecho de su manera inferior de ver los preceptos con referencia a la cruz; me gustaría tan sólo que los hombres de deseo supieran que pueden sacar muchas más ventajas de esto en otra forma; pues, es en sus decepciones y contrariedades, en las cosas divinas, que su fe es probada y alimentada al mismo tiempo; he aquí que sacan bienestar y se sienten satisfechos en vez de reclamar; porque el Verbo no avanza en sus dolores, sin avanzar también hacia la época de su liberación.

Al avanzar, su angustia y tribulación aumentan cada vez más; los Salmos serían bien diferente de lo que son, si fuesen escritos ahora. Pues, el Verbo es el deseo divino, personificado y en acción en el hombre. En la medida en que él penetra y se descubre en la atmósfera humana de ve obligado a alimentar la amargura y la desesperación. Pero ¡cuál no será su satisfacción, cuando encuentra un alma llena de fe y deseo que realmente procura regenerarse de acuerdo con la nueva ley del espíritu y de la verdad!

Considera, entonces, oh hombre de Dios, que ningún sufrimiento vale la pena sino aquel que tiene el bien común como objetivo. ¿Puede el soldado que adolece por

intemperancia o por su propia negligencia, ser considerado como servidor del estado cuando sigue precisamente las prescripciones del médico? No, él sirve únicamente a sí mismo, busca su propia recuperación; él solamente volverá a servir a su país cuando vuelva a la lucha.

Ésta es nuestra situación aquí en este plano: estamos todos bajo tratamiento médico, por consecuencia del gran desorden o de nuestros propios errores; cuando observamos y seguimos todo lo que está prescrito para nuestra salud espiritual, seremos útiles solamente a nosotros mismos. Es errado llamar a esto servir a Dios, pues esto no es servir a Dios.

Cuando seamos regenerados y capaces de cumplir los diversos ministerios de nuestro Maestro, entonces podremos realmente servir a Dios; entonces podremos, por medio de nuestras propias penas, sentir y conocer por experiencia propia, los dolores del Verbo: hasta entonces apenas sentimos las nuestras. Vamos entonces, a cerrar en nosotros las puertas del mal y de la futilidad, a fin de que las regiones de la vida puedan entrar.

La mano del Señor sobre el hombre

Cuando la mano del Señor está sobre el hombre, para castigarlo, éste cae preso con relación a sus facultades. Él es atormentado por la inquietud, por la necesidad de acción y movimiento, más allá del intolerable tormento que mantiene todo su ser en una violenta contracción; el hombre permanece inactivo, todo es incertidumbre.

Cuando la mano del Señor está sobre el hombre a fin de acelerar la obra y el progreso del Verbo, el peso de la mano de Dios también le atormenta, pero con el ansia del reino de la justicia; el tormento que él experimenta le hace avanzar diariamente en la región de la vida, iluminado por la actividad espiritual.

El prestigio traicionero de la región de las apariencias le rodean con sus ilusiones; pasa por ellas y no les presta atención. Las tinieblas y las pasiones terrestres le persiguen en vano, pasa por ellas y deja todo atrás.

Se le puede preparar cualquier trampa de los deseos de esta vida, la mano del Señor la atrae y su ansia de justicia es más fuerte que sus deseos. Se le puede martirizar e irá a aceptar, no va a sentir nada sino el peso de la mano del Señor que le atormenta con el ansia de justicia.

Cuando una vela se consume, ¿puede algún débil lazo evitar su combustión? Ella se lanza y se sumerge en lo oculto. ¿Pueden algunos pequeños obstáculos impedir su camino?, ella los reduce a polvo, o los lanza al fuego y se sumerge en lo oculto.

En esto es lo que el hombre debe tornarse cuando sea feliz lo suficiente para sentir la mano del Señor y se siente atormentado por el ansia de justicia.

Busca y encontrarás la mano del Señor sobre ti.

¡Oh, Hombre de Deseo!, ¿cómo conseguirás sentir el peso de la mano del Señor y ser atormentado por el ansia de justicia? Haciendo un compromiso contigo mismo, diciendo "nunca voy a parar de orar hasta sentir que Dios propiamente tal ora en mí".

"Si eres fiel a este compromiso, no tendrás que esperar por la lentitud de mi propia oración para que Dios pueda orar conmigo, pues Él va a orar conmigo desde el inicio de mi ración".

"¡Él luego va a orar conmigo incluso cuando yo no esté orando!" "No se fatigará inútilmente, ni generará hijos para la desgracia; porque construirá la raza de los benditos de **Iahveh**, junto con sus descendientes. "

Entonces sucederá que antes de invocarme, ya les habré contestado; mientras todavía estén hablando, ya los habré escuchado. " (Is LXV. 23. 24).

"Sí, toda mi vida será a partir de entonces una oración ininterrumpida; ya que no seré más yo quien busque a Dios, con súplicas aisladas, provenientes de la debilidad humana, sino que será Dios quine me busque, en la continuidad de su acción infalible. "

"¿No debemos tornarnos un día como tantas torrentes llameantes, disparando sin cesar, desde cada punto de nuestras substancias constituyentes, luces vivas y ardientes?"

Entonces podrás decir: "mi alma encontró el amigo de su vida, ellos se besarán y no se van a separar más. Ella no fue al mercado o a los suburbios de la ciudad, a buscar a este amigo; ella no precisó en preguntarle sobre los vigías de Jerusalén;

"Este amigo vino personalmente para encontrarla en un acceso de su amor; ellos se besaron y no se van a separar más. "

"Éstas son las riquezas que Él me trajo y que emanaron en mi corazón, en el acceso de su amor. "

"Yo era un alma abatida por el peso de su propia miseria; la desesperación casi tomó cuenta de mí. pero cuando vi la llegada del Consolador, oí estas palabras dulces palabras salir de mi boca: ¿Por qué estás deprimido? ¿No dijo tu Dios perdonar a tu hermano siete veces setenta? Si Dios te juzga capaz de tanta clemencia para con tu hermano, ¿crees que es incapaz de la misma clemencia con relación a ti? "

Por lo tanto, suplica para que te perdone, no solamente siete veces setenta, sino que de acuerdo al número eterno de su infinitud; no descanses hasta sentir que Él halla sellado tu perdón y que Él mismo haya tomado la ley, el precepto y el mandamiento que te dio.

Cuando así te haya perdonado, dile: "Señor, la ciudad no será más destruida; tú exigiste al menos diez equidades para impedir que el fuego se aproxime a Sodma y Gomorra y estas diez equidades no fueron encontradas.

"Tú exigiste no más que una equidad para salvar Jerusalén, en los días de Jeremías, y ni una fue encontrada (vi 13)".

"Pero ahora la ciudad no será destruida, si tu exigés esta única equidad, pues ella se ha encontrado; esta única equidad entró en la ciudad; fue ella misma quien hizo una alianza conmigo. "

"Esta única equidad va a salvar la ciudad y todos sus habitantes, porque esta única equidad es tu divina Unidad que va a esparcirse por todos los habitantes de Jerusalén. "

"Dijiste al profeta Jeremías, igual que a Moisés y Samuel, que estaban delante de mí, yo no tendría misericordia de este pueblo (XV 1). "

"Pero ellos no eran sacerdotes de la orden de Melquisedek, eran apenas ministros de la ley simbólica y de esta forma, no podían abrir la puerta sagrada de la misericordia eterna."

"Ahora esta puerta viva se abre, esta puerta eres tú mismo; por lo tanto, tú no puedes ayudar a los hombres que te siguen; tú eres el profeta que está delante de ti a quien debes implorar auxilio a este pueblo y tú has sido llevado a liberar mi alma cuando ella derrama su desgracia y miseria delante de mí."

Sin embargo, el Hombre de Deseo todavía se irá a estremecer: ¿Por qué lloras, Oh mi alma? ¿Por qué lloras? ¿Cuál es la nueva razón de tu dolor?

"Si me estremezco, es porque el hombre se convirtió en el asesino del Verbo y de la Verdad; es porque las regiones vitales no entraron nada en él sino la muerte, y fueron obligadas a retirarse; es porque sus propios infortunios, negligencias, dolores y aún sus propias ilusiones impidieron que sienta los dolores del Verbo."

"¡Qué puedo hacer sino llorar! ¡Ya que los dolores del verbo están siempre delante de mis ojos y toda mi sustancia es aflicción!"

"¡Más allá del hombre, corrientes de infección surgen de él como ríos de agua putrefactas; de esta forma, mi única tarea debe ser la de impedir que se aproximen al Verbo para que no transmitan su infección!"

"Voy a dedicarme enteramente a esta tarea; Voy a dedicarme a esto con un intermitente ardor. Es la única cosa recomendada como necesaria; todo lo que no se refiera a este santo e indispensable se debe hacer como si no se hiciese."

"¡Y tú, oh Espíritu de Oración!, serás el compañero de mi trabajo, o mejor aún, serás el maestro, el agente y el principio; me vas a enseñar a ser como tú, el maestro, el agente y el principio de mi obra, porque me vas a ayudar a ser un orador como tú."

"¿Cómo no habría de tornarme en orador, ya que el Verbo fue invocado en mí, conduciendo lejos a todos los enemigos de la Verdad, de modo que todos los hombres de Dios se originen de mí y allí celebren la alegría haber encontrado una morada de paz?"

"¡Oh como van a regocijarse cuando encuentren esta morada de paz! Van a realizar festivales de júbilo y a cantar himnos sagrados de vida, levantarán sus voces, para que su compañeros puedan oírlos y se apresuren en compartir esta felicidad."

El hombre es un administrador y no un legislador, tanto en la política como en las cosas divinas

Hace algunos años, cuando se hablaba de política, se decía que el hombre no debe ser un legislador y sí un administrador en el puesto confiado a él. Demostré que, estrictamente hablando, un hombre legislador es contrario a la razón; que no es un buen ejemplo enviar a una criatura a un lugar en donde ella tenga que hacer leyes para sí misma; aún se dice que como consecuencia de este principio fundamental e incuestionable, el poder administrativo ha absorbido al legislativo, en todos los gobiernos del mundo; esto puede ser fácilmente verificado con referencia a los hechos, especialmente en la historia religiosa.

Ahora, puedo ampliar este principio al Hombre considerado en su puesto divino, en donde, lejos de tener que establecer cualquier ley, no hay otra función sino la de ser, sin interrupción, el órgano y ministro de su Maestro. Es por cuenta de la urgencia de la obra del Maestro y de la vigilancia y actividad universal que ella requiere, que los hombres que alcanzaran a estar en ella empeñados no tiene tiempo de hablar de sus propios derechos.

Por esta razón, el conocimiento espiritual debe ser el único pago de la acción constante; la luz brillante comunicada a través de los elegidos, como Jacob Böehme parece pertenecer a la próxima era; que si sigue a este mundo y de ser el precio único de la acción universal (influencia) con que se nos va a retribuir, en calidad de administradores, para renovar la faz del mundo atrayendo los cielos nuevos y la tierra nueva, en donde debemos contemplar las maravillas del Verbo natural, espiritual y divino.

No piense entonces, ¡Oh, Hombre de Deseos!, que tienes un día que promulgar alguna ley, a no ser aquellas de tu Maestro.

Alegrías espirituales, como recibirlas para la extensión del Reino de Dios

Cuando las alegrías descienden sobre ti durante los ejercicios espirituales, no pienses que te son enviadas sólo por tu causa. No, ellas no tiene otro objetivo sino la obra de tu Maestro, nutrir tus fuerzas y sustentar tu coraje. Cuando el propio Verbo desciende sobre ti no te olvides de la importante advertencia que acabas de leer y di:

¿Es por mi causa que me visitas? Yo que nada he hecho para que llegues cerca de mí, pero, al contrario, he hecho todo para mantenerte alejado.

"No me voy a entregar a esta alegría hasta sentir aquel deseo universal que animas y creas eternamente."

"No me voy a entregar a ella, hasta que perciba el objetivo particular que tienes y el tipo de tarea que quieres que haga, en la obra del progreso general."

"Sin esta precaución no sólo mi alegría sería vana, como mi rumbo sería incierto, como aquel del neófito. Aún puedo, en cualquier momento, caer nuevamente en la oscura región de los hombres del torrente."

Así entonces, Oh, Hombre de Deseo, cuando el Verbo Divino descienda sobre ti, piensa sólo en que él penetre todo tu ser y haga que los gérmenes que allí hay depositados, fructifiquen, al visitarlos con el poder de su propia generación eterna.

El Verbo Divino es tan poderoso, que un simple recuerdo de los auxilios que tú debes haber recibido de él, van a capacitarte para ahuyentar al enemigo, así como la simple sombra de los Apóstoles curaba a los dolientes; pues este Verbo Divino no puede aparecer en lugar alguno sin dejar señales indelebles: sólo tenemos que observar estas señales más cuidadosamente y seguirlas con más seguridad; nada más se exige de los hombres que hagan todo esfuerzo para ser constantes en una oración eficiente para la recuperación universal; o sea, constantes en el estado de ejercitar el Ministerio Espiritual del Hombre.

Cuando el Verbo ordena al hombre que esté listo, esto significa que debe estar siempre preparado para responder al impulso, cuando quiere que él le convide a su obra de recuperación; pues el Verbo es la propia medida correcta; él tiende a restaurar en los hombres las propias proporciones originales, a fin de que pueda, más tarde, hacer que las medidas divinas revivan, en todas las regiones en donde se perdieron; esta es la verdadera extensión del reino de Dios; el reino de Dios existe primero para él y después para nosotros.

Como los hombres menosprecian el Verbo que todo gobierna: la conversación muerta.

Si tenemos la felicidad de conocer, experimentalmente, una parte del inmenso poder del Verbo, la exclusiva universalidad de su gobierno, la vivacidad de su acción y la suavidad de su espíritu esto nos afectará profundamente; no sólo por ver al hombre privado de su soporte infalible durante su jornada diaria, sino de principalmente de ni al menos sospechar de su existencia eterna e inmortal, silenciando a la naturaleza, que está vacía.

Este sentimiento doloroso es seguido por la sorpresa pues, viendo que este Verbo es el único soporte de todo orden, de todo lo que vive, de toda armonía, y viendo al hombre dispersar, todos los días, su soporte indispensable, e incluso en declararse como su enemigo, sólo podemos quedar atónitos de que los hombres no sean aún peores de los que son y que deben, lo mínimo, mantener cierto rastro, igual que sólo en pensamiento, o alguna idea de justicia y perfección.

¿Cómo puede el hombre avanzar, en el camino de la regularidad y de la vida, con esta inmensa masa de conversaciones tan inútiles, vacías, falsas, terrestres y miserables que día a día ocupan a todo el mundo? Desde la gran corrupción, los hombres han caído bajo la autoridad de palabras muertas (contrarias) que les gobiernan tiránicamente y no permiten que escapen, ni por un momento, de su control.

Mira en todas las clases, coge todas las palabras que pronuncian desde que se despiertan hasta que se van a dormir otra vez; ¿vas a encontrar una palabra relacionada al progreso en la verdadera rectitud o en relación al destino original del hombre?

No vamos a hablar aquí del hombre de trabajo que, mientras cultiva la tierra en silencio, hacer correr el sudor de su frente cumpliendo la sentencia promulgada a la familia humana; por lo menos, realiza, por su resignación y por aquella especie de palabra silenciosa, en un plano inferior de aquel que nuestra palabra virtual debe realizar en el plano espiritual; no vamos igualmente esas palabras extraídas de nuestras carencias, miserias terrestres y sufrimientos temporales, pero nos referiremos a aquel torrente de palabras estúpidas y pestilentes que sacrificamos diariamente al prejuicio, a la vanidad, a las ocupaciones frívolas, a las pasiones, a la defensa de nuestros falsos sistemas, pretensiones, fantasías, a la injusticia, al crimen y a la abominación.

Desde que el Verbo fue retirado del Hombre, este ha sido envuelto por una atmósfera de muerte. No es más lo suficientemente activo como para unir su verbo con el fuego vivo. Al contrario de aguantar esta privación valientemente y esperar pacientemente el apareamiento en las alturas, substituye la falta del Verbo con aquel torrente de palabras destructivas que emanan del delirio de sus pensamientos. El hombre se contaminó en este camino y al mismo tiempo contaminó a sus semejantes y entonces con total docilidad y humildad permite que el verbo infernal actúe sobre sí, aquel verbo que procura únicamente vivificar a él, ya que vivifica, continuamente, todas las criaturas a las cuales dio existencia.

La sustancia de las palabras de los hombres se levantará en juicio contra ellos

El hombre se olvida de que, cuando la sustancia de sus palabras se dispersa en el aire, ella no es destruida; por lo tanto, no se evapora, formando una masa que corrompe a la atmósfera espiritual, así como nuestras exhalaciones fétidas corrompen la atmósfera en nuestras moradas; el hombre se olvida de que cada palabra que su lengua pronuncia será un día pronunciada nuevamente delante de él y el aire que nuestra boca usa para formar nuestras palabras va a restaurarlas así como a recibirlas, de la misma forma que cada elemento va a restaurar lo que está sembrado en él, de acuerdo con su modelo; el hombre olvida que incluso hasta nuestra habla silenciosa, pronunciada tácitamente en el secreto de nuestro ser, de igual manera va a reaparecer y resonar en nuestros oídos; pues el silencio también tiene su eco; el hombre no puede producir un solo pensamiento, una palabra, un acto, que no sea implantado en el espejo eterno en el cual todas las cosas están grabadas, y del cual nada está jamás extinguido.

El santo pavor de un juramento se deriva, originalmente, de un profundo sentimiento de estos principios pues, cuando penetramos en el plano de nuestro ser, descubrimos que podemos unirnos con la fuente inefable de la verdad, a través de nuestro Verbo; sin embargo, también podemos unirnos con el terrible abismo de mentiras y tinieblas, por el uso criminal de nuestro Verbo.

Hay pueblos incultos, que, a pesar de no tener nuestra ciencia, se han perdido menos que nosotros, pues consideran enormemente sus juramentos, mientras que entre las naciones civilizadas, el uso de juramentos es solamente una formalidad. Las consecuencias morales de aquello parecen ser de poca importancia.

Sin embargo, dejando de lado estos falsos juramentos y perjurios: cuando vemos los grandes males que resultan diariamente, del mal empleo de nuestras palabras, ¿no es esto suficiente para darnos una lección de sabiduría?

¡Oh, hombre! si el cuidado de tu propia salud espiritual no es suficiente hacerte dignar en prestar atención en las palabras para tu propio bien, presta atención por lo menos por el bien de tus semejantes; no estés satisfecho al llenarte, como haces todos los días, de palabras vacías que no traen beneficio alguno, que te llevan a todo tipo de dudas e ilusiones; haz que tus palabras sean al mismo tiempo una antorcha que guíe a tu hermano y un ancla que afirme y le afirme y asegure durante las tempestades.

Leyes esenciales para la administración del habla

¿Cuáles son, entonces, los leyes para la conducta o la administración de nuestro hablar, para con nuestros semejantes?

Es, pensar de forma elevada sobre la inteligencia humana, haciendo que la conversación sea de este orden y que podamos presentar nada más allá que lo que sea mejor y pueda acrecentar riquezas e inteligencia;

Es, convencerse que la inteligencia del hombre debe ser tratada como seres elevados, como ocurre en el Oriente, que no pueden ser abordados sin que una ofrenda les sea ofrecida.

Es, intentar siempre acrecentar algo, a la luz de las virtudes de aquellos que conversan con nosotros, a fin de que tus palabras puedan mostrar siempre un beneficio a aquellos que las oyen.

Es, conversar solamente sobre lo que es cierto y verdadero, sin alimentar a los hombres con simples recitaciones y narraciones frías, ya que estas están compuestos de tiempo que posee apenas pasado y futuro, mientras que las grandes verdades son siempre presente, como los axiomas; ellas no pertenecen al tiempo, sino a la permanente región eterna.

Es, distribuir tus palabras sobriamente, con moderación; pues solamente las malas causas necesitan muchas palabras para defenderlas.

Es, nunca olvidarse que el habla o el Verbo, es la luz del infinito, que debe estar siempre creciendo.

Es, examinar siempre, antes de hablar, si aquello que vas a decir corresponde a estos importantes objetivos.

Si usted sólo permanecer al mismo nivel e aquellos con quien conversa, la obra no va a avanzar. Si se mantiene abajo, la obra retrocede. Si, observas todas las leyes, el avance de la obra será tu principal meta; cada respiración de tu vida debe ser usada en este trabajo.

El Verbo va a dirigir su propio ministerio

Sé que, en las sociedades no operativas, estas leyes del habla no pueden ser observadas, porque el Verbo no puede ejercitar allí su ministerio, de forma conveniente; no es para ellas que yo me refiero. Esto es para ti que te conduces a ti mismo, a quien el Verbo dará un ministerio a realizar, donde quiera que estés, pues si intentas hacer esto por ti mismo, sólo vas a acrecentar las extravagancias en la profanación.

El habla es el fruto de un contrato u alianza; y nada somos sin un algún tipo de contrato

Toda palabra nada más puede ser sino el fruto de un pensamiento, y todo pensamiento es fruto de una alianza; sin embargo, como las alianzas que hacemos son tan diferentes unas de otras, no es de sorprender que nuestras palabras tengan, de la misma forma, tantos aspectos variados.

De hecho, solamente a través de nuestra alianza o, si prefiere, de nuestro contacto con Dios es que podemos tener algún pensamiento Divino.

El contacto con el Espíritu nos proporciona pensamientos espirituales; los pensamientos siderales o astrales surgen de nuestro contacto con el Espíritu astral, que es llamado Espíritu del Gran Mundo; los pensamientos materiales y terrestres surgen de nuestro contacto con las tinieblas terrestres; los pensamientos criminales surgen del contacto con el Espíritu de mentiras y de debilidad. Tenemos el poder y la libertad de hacer cualquiera de estas alianzas, sólo basta elegir.

Lo que debe mantenernos constantemente activos y atentos es que, de cada naturaleza de nuestro ser, el fuego que no puede ser extinto, somos a cada instante presionados a constatar una u otra de estas alianzas. Es más: no podemos actuar sin contratar una, sea de un tipo o de otro. En resumen, nunca actuamos sin engendrar algún tipo de fruto, ya que estamos siempre en contacto con uno de estos centros que nos rodean: Divino, espiritual, sideral, terrestre o infernal.

Los frutos Divinos comparados con los naturales.

La tarea del Hombre, particularmente del Hombre de la Verdad, que aspira a tornarse un ministro de Dios y un siervo del Señor, consiste en examinar cuidadosamente las palabras que corresponden a estos frutos, pensamientos o alianzas; es decir lo que ocurriría si estuviese restaurado en sus proporciones Divinas, a través del proceso de regeneración:

Ningún deseo, sino en obediencia;

Ninguna idea, que nos sea una comunicación sacra;

Ninguna palabra, que no sea un decreto soberano;

Ningún acto, que no sea una extensión y un desarrollo de la regla vivificante del Verbo.

Al contrario de esto, nuestros deseos son falsos, pues aparecen solamente de nosotros mismos.

Nuestros pensamientos son vagos y corruptos, pues formamos constantemente alianzas adúlteras.

Nuestro hablar o palabras no tienen virtud o eficacia, pues permitimos que estén embotadas, todos los días, por el rencor, sustancias heterogéneas que utilizamos en las palabras.

Nuestros actos son estériles e insignificantes, pues no pueden ser otra cosa sino el resultado de nuestras palabras.

En esta relación melancólica, nada sirve para la obra. No hay nada para la gloria y la consolidación del Verbo, desde el momento de que no hay nada para el real Ministerio Espiritual del Hombre.

El poder del enemigo durante la noche, en la ausencia del habla. Hombres valientes temen a las tinieblas.

El poder de expulsar al enemigo, a través de la virtud de nuestra habla, uno de nuestros derechos primitivos, no sólo permanece en suspenso, pero por haber caído en desuso hay tanto tiempo, ha sido considerado algo imaginario; aquí, independiente de la inactividad, que une las personas, mundialmente, comprendemos la razón por la cual aman a las altas horas, trocando el día por la noche; ellos están lejos de sospechar que esta inclinación tiene una profunda raíz.

Si el hombre estuviese en su verdadera posición de combate, tendría mucho más cuidado en la noche, para ahuyentar al enemigo, que en el día: este era el objetivo original de las oraciones nocturnas de las órdenes religiosas; esto aún es practicado materialmente en nuestros campamentos militares, pues en las dos instituciones, es durante la noche que los enemigos cometen sus grandes ataques como, de hecho, ocurrió durante el sueño del primer hombre, que se tornó en presa de su adversario olvidando el pacto Divino.

El hombre no necesitaría despertarse para esta ley espiritual de combate si estuviese en su ley natural, pura; podría dormir pacíficamente durante la noche y sacar de su descanso la renovación de fuerzas para su trabajo. Éste es el caso del hombre de trabajo pesado y del agricultor; ellos e incomodan poco por el enemigo durante su sueño.

Sin embargo, el hombre de mundo que se alimenta únicamente de estupidez y corrupción y no trabaja, no disfruta de tales noches tranquilas; en cuanto a seguir aquellas falsas substancias de las cuales permite continuamente impregnado y sobre las cuales se extienden los derechos del enemigo, (derechos que son reforzados mucho más durante el día) las personas mundanas que no poseen el Verbo (habla verdadera) y funcionan por sí mismas, aún buscan unos a otros tan ávidamente, durante la noche, porque así, inconscientemente, disminuye la fuerza de ataque del enemigo.

Además, se sabe que algunos hombres valientes que continuamente enfrentan la muerte y el peligro con firmeza, no entran solos de noche en una iglesia o en un cementerio. Sin duda, estos valientes hombres no poseen desarrollados todos sus principios racionales; el desarrollo de su razón, por sí solo, no los hace capaces de triunfar en estos casos, si hubiere un trazo real de timidez inspirado por las tinieblas; además eso, aquello que los sabios llaman el desenvolvimiento de la razón, a este respecto, consiste, no en la superación de obstáculos, sino en convencerse a sí mismo de que esto no existe.

Para hablar la verdad, debemos decir que este temor tiene fundamento y en lo que nos volvemos por sobre él nos volvemos hacia el punto de vista luminoso del Verbo o del Espíritu que es desarrollado y alimentado con toda la luz que le pertenece, Es aprender que la naturaleza fue dada al hombre para servir como un modelo o figura de suprema verdad que él no puede ver más; cuando el hombre se encuentra privado de este modelo, por las tinieblas y no recupera su falta, está doblemente separado de la verdad; no teniendo ni la copia ni el original cerca de sí, él está en completa privación y repleto de estupidez con todos sus horrores. Pero esta solución, no obstante correcta, aún no es la más profunda. La que sigue es más profunda y no menos verdadera.

La Naturaleza, una prisión para el enemigo, una protección para el hombre

La naturaleza debería servir de prisión para el enemigo más que para el hombre, pues para este último sirve también como protección. Cuando la naturaleza no está delante de los ojos del hombre, el pensamiento del enemigo se despierta secretamente en él; quizás el enemigo pueda abordarlo más fácilmente cuando este obstáculo está menos activo, ya que el hombre no consigue extraer de esta preservación todo la ayuda que podría, en el caso de que la naturaleza le fuera visible. Así, en este caso, la presencia de cualquier persona es tranquilizadora, porque la combinación de sus fuerzas puede alejarlos del enemigo. Es este temor secreto del enemigo el que persigue a los hombres en las tinieblas; tal temor solamente puede ser disipado por el sentido de un poder espiritual, sólo hallado cuando el hombre renace verdaderamente o hace una alianza con el Verbo.

Cuando reconocemos que las tinieblas actúan tan poderosamente sobre nosotros y que la visibilidad de la naturaleza proporciona una sensación de seguridad, ¿cómo podemos evitar la conclusión de que la naturaleza fue dada al hombre más para su preservación y seguridad que para separarle de la Gran Luz?

La raíz larval de la naturaleza

Ya fue dicho que este miedo ha producido larvas en algunas personas. Esta opinión que fue lanzada por el Dr. Andry en su "Tratado sobre la generación de gusanos en el cuerpo humano" corresponde a principios verdaderos. Aquellos que tuvieron la oportunidad de considerar y entender las formas fundamentales de la naturaleza, son conscientes de que la larva retrata la raíz de la naturaleza, la degradación por la cual ha pasado y el esfuerzo que hace, en vano, para librarse de la angustia, a través de una continua circulación.

El poder saludable que aplicó una restauración a esta raíz desordenada, hizo que la naturaleza se tornara oculta a nosotros durante la existencia animal. Está, por así decir, absorbida por la influencia armoniosa y benéfica de esta restauración. Pero cuando, por cualquier causa que sea, la naturaleza viene a ser perturbada y pierde su dominio, entonces naturalmente la raíz larval aparece y toma las riendas. No obstante, de todas nuestras pasiones, debilidades y temores aquello que más prontamente nos priva del habla es también lo más apto para perturbar la restauración y consecuentemente el más conveniente para generar nuestra raíz larval con sus producciones, una superioridad que de otra forma no ocurriría, si, por ejemplo, el hombre tuviese la posesión de su habla.

El poder de curación: mesmerismo, etc.

El poder de curación que, sin embargo, debe ser considerado un privilegio secundario, aunque en el hombre regenerado, se transforma en una de las trampas que el enemigo nos prepara cuando, al ejercitar este poder, hacemos uso de algún medio extraordinario; especialmente, si lo usamos por nuestra propia y simple voluntad humana. Cuando el hombre usa esta práctica por el poder y la autoridad Divina, está perfectamente en orden tanto en relación consigo mismo como con el paciente, porque así la Voluntad Suprema rige a los dos. Podemos agregar que es sólo entonces que el hombre puede tener certeza de alcanzar un cierto éxito. Cuando actúa a través del con el magnetismo y del sonambulismo, puede herir a su paciente, justamente al curarlo, pues no sabe si su dolencia puede haber tenido un objetivo moral que será neutralizado por una cura prematura; de esta

forma, el operador se expone enormemente, porque no sabe si se entromete en un ministerio más elevado; tiene por lo tanto, siempre razón en dudar de estos resultados.

Cuando el hombre actúa únicamente a través de la medicina común, no peca, aunque sea ignorante porque, como usa solamente sustancias de orden inferior, sólo actúa sobre el cuerpo material; entonces, si la dolencia tiene una causa u objetivo moral, el remedio no tiene efecto ya que el orden moral es superior.

Así, el médico común que utiliza su ciencia de forma prudente y modesta, sometiendo siempre los resultados al Gran Gobernador, está más en orden y seguro que el magnetizador, que usa medios de una clase superior con tanta seguridad, liviandad y orgullo.

Deberes y responsabilidades del hombre esclarecido

De estas observaciones, aprendemos ver cuán lejos está el hombre de su objetivo, cuando abusa del privilegio de un orden superior, aquél de curar una dolencia del cuerpo. Hago alusión al bálsamo universal para la curación de nuestras dolencias espirituales, que debe fluir continuamente de la boca de los hombres esclarecidos, de las plumas de los escritores y que, de manera que ha sido utilizado, no trae mejores frutos que el Verbo en sus frívolas conversiones.

Por lo tanto es para ustedes poetas y hombres de letras que me dirijo en este momento: ustedes son considerados las luces de las mentes de los hombres; es de suponer que proveen, con sus dones, aquello que está faltando a los simples mortales. ¿Con qué precaución debemos actuar en relación a ellos si estuviéramos convencidos de que estos hombres tienen el papel fomentar aquí en la tierra el sublime oficio de ministros de la Verdad?

La mala dirección del trabajo literario. Partidarios de la forma y del estilo

El único objetivo de los hombres de letras, o encanto que los atrae, es el estilo. Cuando obtienen que sea dicho de sus obras "están bien escritas", parecen alcanzar el ápice de sus deseos. Este principio formó una gran raíz entre ellos, que uno de sus líderes no vaciló en afirmar que el estilo era todo. Sí, es correcto para aquellos que poseen desarrollado únicamente un sentido externo y que se sienten completos cuando este sentido está satisfecho; esto pertenece al sistema superficial, que es de la edad actual...

Para estos admiradores clamorosos del estilo es generalmente verdad que su sentido externo está afectado o posible de ser afectado debido a la dirección que le han dado a sus facultades. El hombre interno representa muy poco o casi nada en lo que entienden por satisfacción. Sus imaginaciones están por encima de todo, casi siempre basadas en una cualidad perceptible y no racional o imparcial lo que se transforma en ellos en algo mucho más sensible y convencional que la verdad viva. Buenos versos y lindas frases no son suficientes para elevarlos, no importa si son resultado de lo que es falso o verdadero.

Yo, que rindo sinceros homenajes a la verdadera literatura y que gustaría de verla aplicada a su objetivo legítimo; Yo, que creo que sus poderes son tan vastos tanto como el mismo infinito y que se supone servir como un placer privilegiado, sufro en saber que sus partidarios la colocan en una plataforma tan inferior, restringiéndola a la armonía de las palabras, cuando debería ser empleada a fin de recoger grandes pensamientos diseminados y perdidos en nuestro desierto desde nuestra infeliz dispersión. Cuando veo a los hombres

literatos, especialmente los poetas, se confinan en reglas convencionales de versificación y del arte de la escritura y entonces se glorifican con alegría, a pesar de las breves luces que ocasionalmente nos presentan, me parece como un hombre fuerte atando todos sus miembros con cadenas, pensando que tal impedimento lo torna honorable, cuando a pesar e su peso, consigue mover un dedo.

El privilegio de la verdadera literatura es la de ser regida por leyes del espíritu mismo y participar de la fecundidad del Verbo. Este tipo de literatura está sobre cualquier impedimento y tiene el poder de ir a actuar en el mismo santuario de la verdad, a fin de verificar lo que debe ser dicho y como debe ser expresado.

Sin embargo, ¿qué sucede con estos ardientes partidarios de la forma y del estilo?, cuando se pronuncian sobre una obra, cuya forma y estilo, no está de acuerdo a su convención preestablecida, la explican tomando en consideración la localidad y el ambiente en que fueron producidas, esto cuando no la condenan aplicando un juicio sobre el cual no cabe apelación.

La perla debajo de tus pies

Viajando por la tierra, con frecuencia caminamos sobre piedras preciosas, ocultas a una pequeña profundidad por debajo de nuestros pies y no las vemos; esto ocurre con los literatos y los hombres de torrente que son como ellos; cuando el literato lee los escritos de los amigos de la Verdad, sólo ve arena y polvo, no ve nada de la fecunda germinación debajo de la superficie. ¡Oh, cuán oculta es la obra de Dios! Comienza por lo que está debajo del velo de la naturaleza, después por lo que está oculto en las últimas ramificaciones de las relaciones sociales, de las tinieblas e ignorancia de los hombres.

He ahí el porqué de las expresiones arrojadas, de las imágenes extraordinarias y eficaces que inundan los libros sagrados y aquellos de los amigos de la Verdad; a los ojos vulgares, se justifican solamente al atribuirlos al estilo oriental. ¿Por qué tales expresiones parecen tan extrañas a los hombres del torrente? Porque perdieron los afectos que producían estas expresiones en su interior; porque fueron arrastrados a las regiones inferiores, en donde los contrastes son más dóciles, los matices casi uniformes y las impresiones que producen casi nulas.

Suspende tus juicios, ¡tú que deberías ser nuestro guía rumbo al Ministerio de la Verdad!

Descripciones proféticas

¡Contempla el gran trabajo del espíritu y del Verbo; los choques de los mundos agitados cayendo unos sobre los otros con temeroso impacto; observa los ríos de leche y miel que fluyen de la Jerusalén eterna, a fin de consolar y confortar a los fieles sirvientes de la Verdad!

Observa al enemigo de esta Verdad intentar incesantemente convertir estas saludables corrientes en ácido corrosivo y venenoso, para que estos sirvientes no sean confortados, sino llevados a la infidelidad. Mira hacia el alma humana que aunque rechaza estos regalos que se le envían, se da vuelta hacia las fiestas de Júbilo en donde se alimentan las serpientes. ¡Mira la justicia terrible que destruye, en todo lugar, con violencia, todos los agentes del desorden, que parecen brotar de debajo de la tierra!

¡Mira el universo de la Verdad, desarrollando sus maravillosos poderes, a fin de atestiguar su existencia al mundo y obligarlo a confesar de que hay un Dios! ¡Observa, por

otra parte, el universo de Falsedades, declarando sus ilusiones e imposturas para certificar que no hay Dios alguno!

Si tú eres capaz de mantenerte frío e imparcial delante de tal espectáculo; i tu pensamiento, tu lengua no son torturados y no toman un estilo que corresponda, entonces estarás seguro al considerar el estilo de las Escrituras como el efecto del ambiente en donde fueron producidas.

Sin embargo, si te elevas al punto de ser admitido por el Espíritu a los actos vivos que componen estos cuadros; si estuvieras presente en espíritu, como los profetas, en aquellas cenas terribles usted para plantear el tema de ser admitido por el alcohol a los actos le vi que ellos componga estos cuadros; si usted estará presente en alcohol, como los profetas, en ésos escenas terribles de para hacer herejía, a aquellas encantadoras que abren las maravillas Divinas delante de tus ojos, reconocerás que los hombres de Dios dibujaron estos cuadros con colores tan vivos y que no pudiendo usar los mismos colores quedaron satisfechos en encontrarlos pronto en sus manos. Grande será tu consideración con respecto a todo lo que se irá a describir.

Nuestras obras toman las características de nuestros sentimientos

El arte de escribir si no es un don es una trampa, quizás la más peligrosa que el enemigo es capaz de prepararnos. Es por la escritura que nos busca henchirnos e orgullo al hacer con lo que contemplemos a nosotros mismos en aquello que escribimos; o lo que es aún peor, intenta retardar nuestro progreso al hacernos esperar, un buen rato, para qué y de qué forma escribir.

Si escribimos llevados únicamente por influencias inferiores es obvio que el enemigo estará muy cercano atento para que influencia no se sienta.

Nuestro propio sentimiento es la sustancia por la cual el espíritu que nos rige hace uso, sea cual sea este espíritu. Cuando el Espíritu puro nos quiere enseñar, toma las características de los sentimientos, a fin de comunicar su deseo. San Pedro estaba ansioso cuando el Espíritu le anunció, figurativamente, que no debía rehusarse a relacionarse con los Gentiles; el ángel tomó por emblema un paño lleno de todo los tipos de cuadrúpedos, bestias, reptiles y pájaros.

Vemos entonces ¡con qué cuidado los escritores deben observar sus sentimientos!, pues el espíritu de mentira puede hacer uso de ellos, así como el Espíritu de Verdad nada nos niega hasta los pies de su altar. Sin embargo, si tuviéramos cuidado de preservar el orden y la pureza de nuestros sentimientos, todos irían a cumplir tus objetivos sin perjudicar a los otros, muy por el contrario, irían a cuidar y apoyar unos a otros.

El Reparador también estaba ansioso en el desierto; el príncipe de las mentiras se valió de este sentimiento para tentarlo; sin embargo, esta ley de la materia, a la cual el Reparador estaba sujeto, no oscureció en él, la luz del Espíritu; y la ley de su inteligencia triunfó sobre las emboscadas perpetradas por el enemigo según la ley de la materia.

Los poetas, hombres de letras, reconocen aquí todo lo que el Espíritu puede introducir en sus más brillantes producciones.

Todas esas imágenes y figuras de las cuales hacemos uso, son casi todas compuestas y engendradas por los hábitos, localidades, modos y sentimientos del pueblo con que viven.

También derivan, con frecuencia, de sus propios hábitos, modos, hábitat y sentimientos, pues todo hombre es un pueblo, una nación, un mundo en sí mismo.

He aquí el porqué es tan fácil representar tanto la falsedad como la verdad.

El mal de retratar las faltas de la humanidad

Si, del estilo, pasamos a la sustancia, veremos que los escritores, críticos e incluso hasta los moralistas, parecen estar muy ocupados en describir los vicios y defectos de la humanidad; algunos de ellos podrían decir que el único objetivo es llenarnos de odio con relación a nuestra especie; o, al menos en mostrarnos al indicar, en la humanidad, solamente lo que es repulsivo y reprehensible. No piensan en cuánto se hieren a sí mismos y a nosotros, actuando de esta forma.

En primer lugar, el orgullo de estos escritores es todo lo que se consigue con este trabajo, pues es raro que conozcan tan bien las faltas de los otros sin que, secretamente, se glorifiquen, pretendiendo mostrar a través de estas observaciones, que están exentos de tales faltas.

Una tolerancia afectuosa tendería a curar estas faltas y los hombres estarían cancelando a sus maestros

En segundo lugar, estos escritores no saben que podrían contribuir mucho más a su propia gloria y nuestra felicidad, si nos mostrasen las características satisfactorias de la especie humana, que siempre pueden ser reconocidas, incluso en el fango en que está sumergidas.

La facultad afectiva y la tolerancia serían ventajosas, pues este rayo de amor que asciende en nosotros tal vez sería suficiente para consumir una buena parte de aquellas hierbas dañinas tan venenosas y destructivas que tanto gustan de apuntar en el dominio del hombre.

Escritores ilustres, renombrados hombres de letras, ustedes no tienen idea de cuánto podrían ampliar su legítimo imperio en nosotros, si pensasen más en dirigirlo a nuestro verdadero beneficio.

Podríamos por cuenta propia, posicionarnos a su yugo: no tendríamos nada mejor a desear que el verlos ejercitar y extender sus reglas. El descubrimiento de un único tesoro contenido en el alma humana, enaltecida por sus ricos detalles, les daría con certeza derecho a nuestro voto de confianza y aseguraría su triunfo.

El lenguaje de la inteligencia universal es la gran desiderata

Los escritores afirman que todo que desean es ser bien comprendidos: ¡Bien!, ¿podrían ustedes tener mayor éxito en relación a su objetivo, si intentasen introducir nuestros espíritus en las regiones de la inteligencia universal?

Ustedes podrían hablar con, para y de esta inteligencia; y como ella es el lenguaje natural y eterno de todo lo que respira y piensa, es posible por este intermedio ejercitar el verdadero Ministerio del Verbo, cumpliendo las expectativas y satisfaciendo las necesidades de todas las criaturas. Ahora, tal necesidad está tan profundamente enraizada y es tan imperiosa, que si ustedes consiguieran satisfacerla se volverían comprendidos, hablando el lenguaje de la inteligencia universal, no habría criatura existente que no les fuera a bendecir.

Los escritores miran mal hacia los dominios de la Verdad e impiden que nosotros nos adentremos en ellos. La hipocresía de estos escritores

Sin embargo, los profesores de literatura y aquellos en general que nos alimentan con obras de la imaginación, no van más allá de los umbrales de la Verdad; le rodean continuamente y parecen tener cuidado de no adentrarse en él y de no permitir que sus lectores penetren, ya que aquí solamente la gloria de la Verdad va a brillar.

De todas las obras consagradas de la imaginación de los hombres, difícilmente encontramos alguna que no sea hecha sobre una base frágil y desgastada, sin hablar de aquellas basadas en la blasfemia o en el irreverente resultado de una orgullosa hipocresía. Pues, escritores que hablan de providencia, moralidad y e incluso de religiosidad están incluidos en esta reprobación, caso no tengan condiciones de dar cuenta de aquellos grandes temas de sus especulaciones; si traen tales temas apenas para servir de ornamento a sus obras y alimento para el orgullo; si su moralidad no se basa, principalmente en una renovación completa y radical de nuestro ser que es la única forma que hemos de cumplir el verdadero objetivo de nuestra existencia.

Los escritores no pueden enseñar lo que no saben. El secreto del falso éxito.

¿Cómo puede un autor enseñarnos esta doctrina si él mismo no la conoce? Desafortunadamente lo que el frívolo o perdido espíritu (¿y dónde está el espíritu que así no se encuentra?) pide a los escritores es que le permitan experimentar los placeres de la virtudes, sin aquel continuo y doloroso proceso de renovación, que sentimos ser tan difícil de realizar; pide para que se muestren a él las infelicidades del crimen, estando secretamente conectadas con las fuerzas del destino, permitiendo así que el espíritu descansa en sus faltas dispensando su ley primitiva y original, la cual podría incluso guiar su destino.

El encanto que muchos novelistas nos proporcionan surge solamente de esto. Ellos nos extienden la fatiga de ser virtuosos al entusiasmarnos con algunas imágenes de virtud; ellos nos dispensan del deber de unirnos a nuestro Principio permitiendo que lo coloquemos de lado, de tal manera de identificarnos con lo que no es Principio. De esta forma, al favorecer la cobardía y al prepararnos un camino suave, dentro del oscuro orden material, censuran nuestro sufragio y el propio éxito de ellos.

Por esta razón, la época más propicia de los grandes escritores no es aquella más propicia al mayor progreso en la sabiduría. Un autor torna una idea atractiva dándole una nueva dirección; el lector lo capta con gran placer pero, el primero se satisface al haber lanzado un buen concepto, y el segundo se satisface al sentirlo, ambos se privan de colocarlo en práctica.

¡Sursum corda! Rescata la perla del fango

¿Cuando la marcha de la mente humana será direccionada a un final más sabio y provechoso? ¿Será esta literatura, en las manos humanas, siempre un arte de falsedad disimulada, vicios y errores bajo un ropaje gracioso o chispeante, en vez de ser un pasaje de virtud y verdad? ¿Cómo puede la Verdad acompañar tal curso?

Pregunto una vez más, ¡oh! ingeniosos escritores y consagrados hombres de letras, ¿cuándo van a dejar de usar sus preciosos dones de forma tan tonta y nociva?

¿El oro sólo sirve para ornar las vestiduras usadas en el palco? ¿Los rayos que deberán comandar a fin de derrotar a los adversarios de su bienestar pueden ser desperdiciados con fuego de artificios para la diversión de la multitud ociosa? En estados bien ordenados lo que es superfluo se presta para este papel, toda producción útil del país, existe para proveer abundancia y seguridad a los ciudadanos y medios de defensa al gobierno.

¡Ustedes pretenden estimular nuestros corazones y transportar nuestras almas con emociones vivas! ¿Dónde podrían encontrar algo más vivo sino en el gran drama del Hombre, que nunca dejó de ser presentado desde el principio, en aquellos cuadros reales de dolores e intimidantes peligros que atacan a la negligente familia del Hombre, desde su caída? En este drama, encontrarían escenas listas, aunque siempre nuevas y que consecuentemente tendrían mayor impacto sobre nosotros, que aquellas que ustedes componen con la dulzura de su frente y que ustedes alimentan, así como a nosotros, solamente con imágenes artificiales de las verdaderas emociones que debieran despertar en nosotros.

El Verbo aquí, desarrolla todos estos poderes maravillosos delante de nosotros y podría, de hecho, tornarlos maestros de nuestras emociones y al mismo tiempo nuestros benefactores. Pero, ¿cómo podrían realizar el prodigio de penetrar nuestras almas, no estando ustedes familiarizados con ellos?

Es verdad que Dios, algunas veces, nos presta nuestros pensamientos, o sea, Él nos deja conocer, como un maestro que da algunos momentos de relajamiento y libertad a sus sirvientes, después de haber hecho su trabajo. Se puede suponer que esto ocurra con la gran mayoría de los pensadores del mundo que, realmente, parecen escolares en ferias. Sin embargo, estos escolares están brincando, de ferias, sin primero haber frecuentado sus aulas o hecho el trabajo de profesor; ellos consumen sus momentos de libertad, con disputas, discusiones y luchas de los unos con los otros; frecuentemente hablan mal del instructor o realizan intrigas en contra de él.

Imaginen si fuese hablar aquí de la clase científica de escritores, que insisten en dirigir nuestras mentes a nada sino a los resultados superficiales al contrario de dirigirlas al Centro o al Principio. Ya dije bastante sobre ellos en varios pasajes de esta obra.

Como el hombre debe ser la señal de su Principio, que es Dios, todo en su existencia y en sus caminos debe ser Divino; todo debe ser TEO-crático en su progreso, en todas sus medidas, sociales, políticas, especulativas, científicas, literarias o cualquier otra.

¿Quién no percibe las tinieblas esparcidas por toda la tierra a través de las oscuras especulaciones del hombre, cuando es dejado a su propio espíritu? ¿En estas variaciones de la literatura y de las ciencias, qué permanece del verbo, qué permanece del lenguaje de los hombres?

Las palabras se han tornado, en los lenguajes humanos, lo que los pensamientos se han tornado en las mentes de los hombres. Se volverán como muertos enterrados o vivos tal vez, al menos, muchos que desearon vivir. Muchos hombres se entierran cada día con sus propias palabras pervertidas que perdieron completamente su sentido. Ellos, de esta forma entierran el Verbo.

La literatura religiosa

Hasta que solamente he considerado la literatura de entretención y su objetivo principal que es divertir; no se me ha ocurrido que podría llamarse literatura religiosa.

Vamos ahora a dedicarnos más particularmente a esta, que está más íntimamente ligada al Ministerio Espiritual del Hombre y al Verbo.

Los escritores del gran talento han intentado describir los gloriosos resultados del Cristianismo. No obstante, a pesar de leer frecuentemente sus obras con admiración, no encuentro lo que considero que es requerido para tal tema y veo que frecuentemente nos proveen de elocuencias en lugar de principios; leo sus obras con cautela. Sin embargo, si hago algunos comentarios sobre sus escritos, ciertamente no son con un espíritu ateo o con descrédito. He luchado contra el mismo enemigo que ellos atacan tan valientemente; mis principios, a este respecto, solamente se han fortificado con el pasar del tiempo.

No haré mis comentarios como un hombre de letras o como un erudito, dejo esta área a ellos, con todo lo que allí puedan adquirir. Pero como amante de la Filosofía Divina, argumento a ellos que no pueden maltratar a un colega que, bajo este título, ama, así como ellos mismos, a la verdad por sobre todas las cosas.

Cristianismo y Catolicismo

La principal reprobación que presento contra ellos es que a cada paso, confunden Cristianismo con la Iglesia (Catolicismo). Veo frecuentemente, célebres maestros literarios atribuir a la religión obras de famosos obispos que muchas veces se desvían enormemente del espíritu del Cristianismo.

Veo otros en un momento, que sustentan la necesidad de los misterios (sacramentos, etc.) otros, intentan explicarlos afirmando, pero una vez que la demostración de Tertuliano sobre la trinidad pueda ser comprendida hasta por los más simples. Veo como se vanaglorian de la influencia del Cristianismo en la poesía, aunque concuerden en algunos casos, ¡qué la poesía se alimenta del error!

Veo como se desorientan con relación a los números rechazando, con razón, a las especulaciones fútiles que emergerán del abuso de esta ciencia, afirmando que el tres no es engendrado, que según la expresión atribuida a Pitágoras, este número debe existir sin una madre, mientras que la generación de ningún número es más evidente que la generación del número tres; el dos es claramente su madre, en todos los órdenes, natural, intelectual o Divino; la diferencia es que en el orden natural, esta madre engendra la corrupción, así como el pecado engendró a la muerte; en el orden intelectual, engendra variabilidad, como podemos observar por la inestabilidad de nuestros pensamientos; en el orden Divino engendra la fijación, como es reconocida en la Unidad Universal.

En resumen, a pesar del brillante efecto que sus obras puedan producir, no consigo encontrar aquel alimento substancial que la inteligencia exige, a saber, el verdadero espíritu del Cristianismo, satisfaciendo, si, el espíritu del Catolicismo.

Sin embargo, el verdadero Cristianismo es anterior, no solamente al Catolicismo, sino al mismo nombre de Cristianismo que no se encuentra en los Evangelios, sin embargo el espíritu de este nombre está bien claramente expresado y consiste, de acuerdo con Juan (I.12) en el poder convertirse en los hijos de Dios; el espíritu de los hijos de Dios, o de los Apóstoles de Cristo, que creían en él, está demostrado, según Marcos (XVI.20) por el Señor actuando con ellos y confirmando la Palabra por medio de las señales que la acompañan.

En este punto de vista, estar verdaderamente en el cristianismo, sería estar unido con el Espíritu del Señor y haber completado o consumado nuestra alianza con Él.

A este respecto, el verdadero carácter del C no sería tanto el de volverse una religión sino el de ser un término y punto de reposo de todas las religiones y de todos aquellos

laboriosos caminos por los cuales la fe de los hombres y sus necesidades de ser purificados de sus manchas, los obligan a caminar diariamente.

Es notable que, en los cuatro Evangelios, establecidos en el espíritu del verdadero Cristianismo, la palabra religión no se encuentra ni una sola vez; y en los escritos de los Apóstoles, que complementan el Nuevo Testamento, se encuentra solamente cinco veces.

La primera vez que la palabra religión aparece en los “Actos de los Apóstoles” (XXVI.5 [de la versión inglesa; también, Gl.I.13, 14]) cuando se habla de la religión judía.

La segunda vez es en Colosenses (II.18) cuando el Apóstol condena accidentalmente el culto a los ángeles.

En la tercera y cuarta vez, aparece en Santiago (I.26,27) donde dice simplemente: "si alguien piensa ser religioso, pero no refrena su lengua, antes se engaña a sí mismo, sabe que su religión es vana", y " La religión pura y sin mácula delante de Dios, nuestro Padre, consiste en esto: en asistir a los huérfanos y a las viudas en su tribulaciones y en mantenerse libre de la corrupción del mundo "; estos son ejemplos en que el Cristianismo parece inclinarse más a su sublimidad divina o condición de reposo, desde donde se reviste que acostumbramos a llamar religión. Por lo tanto, hay diferencias entre Cristianismo y Catolicismo:

El Cristianismo nada más es lo que el espíritu de Jesús Cristo en su amplitud, después de este terapeuta divino escaló todos los pasos de su misión, que tuvo inicio con la caída del hombre, cuando prometió que la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente. El Cristianismo es el complemento del ruego de Melchisedek, es el alma del Evangelio; el Cristianismo hace que las aguas vivas, de las que las naciones tienen tanta sed, circulen en el Evangelio.

El Catolicismo (la iglesia), al cual pertenece el título de religión, es una especie de esfuerzo y tentativa de llegar al Cristianismo.

El Cristianismo es la región de emancipación y de libertad, el Catolicismo es únicamente el seminario del Cristianismo, la región de las reglas y disciplina para el neófito.

El Cristianismo llena toda la tierra con el Espíritu de Dios. El Catolicismo llena sólo una parte del globo no obstante se llama universal.

El Cristianismo eleva nuestra fe a la luminosa región del Verbo Divino y Eterno; el Catolicismo limita esta fe a la palabra escrita o tradición.

El Cristianismo nos muestra a Dios abiertamente, en el centro de nuestro ser, sin auxilio de formas y fórmulas. El Catolicismo nos deja en conflicto con nosotros mismos, pues quiere que encontremos a Dios oculto en las ceremonias.

El Cristianismo no tiene misterios; esta palabra es repugnante para él pues, esencialmente, el Cristianismo es la misma evidencia, la nitidez universal. El Catolicismo está repleto de misterios y su fundamento está velado. La esfinge puede ser colocada en la entrada de los templos, habiendo sido hecha por las manos de los hombres; no puede ser posicionada en el corazón, que es la real entrada del Cristianismo.

El Cristianismo es la fruta del árbol, mientras que el Catolicismo solamente puede ser el condimento.

El Cristianismo no hace ni los monasterios ni los ermitaños, porque no puede aislarse más de lo que puede la luz del sol y porque, como el sol, procura brillar en todo lugar. El Catolicismo pobló los desiertos con solitarios y llenó las ciudades con comunidades religiosas; en el primer caso, para que pudiesen dedicarse con más facilidad a

su propia salvación, en el segundo caso, para presentar al mundo corrupto algunas imágenes de virtud y piedad a fin de despertarlos de su letargo.

El Cristianismo no tiene secta, ya que abarca a la unidad y ésta siendo única, no puede ser dividida. El Catolicismo ha presenciado una multiplicidad de cismas y de sectas brotando en su seno, lo que propició el reino de la división al contrario del reino de la concordia; el Catolicismo, de la misma forma creyendo ocupar el más alto grado de pureza, difícilmente encuentra dos de sus miembros que piensen de la misma forma.

El Cristianismo nunca debería haber realizado las Cruzadas: la cruz invisible que carga en su seno no tiene otro objetivo sino el alivio y la felicidad de todas las criaturas. Fue una imitación falsa del Cristianismo, por no decir otra cosa, lo que inventó las Cruzadas; el Catolicismo las adoptó posteriormente; pero, el fanatismo las comandaron; el Jacobinismo las compusieron, la anarquía las dirigieron y el bandolerismo las ejecutaron.

El Cristianismo sólo declaró la guerra contra el pecado; el Catolicismo declaró la guerra contra los hombres.

El Cristianismo sólo marcha por la experiencia segura y continua; el Catolicismo marcha solamente por la autoridad y por las instituciones; El Cristianismo es la ley de la fe; el Catolicismo es la fe de la ley.

El Cristianismo es la instalación completa del alma del hombre en el rango de ministros o de siervos del Señor; el Catolicismo limita al hombre al cuidado de su propia salud espiritual.

El Cristianismo continuo une el hombre a Dios, ya que son, por naturaleza, dos seres inseparables; el Catolicismo, aún cuando use el mismo lenguaje, alimenta al hombre únicamente con simples formas y esto hace que él pierda de vista su verdadero objetivo y adquiera muchos hábitos que no siempre contribuyen para su beneficio o para un progreso real.

El Cristianismo se basa en el Verbo verbal, no escrito, el Catolicismo se basa en el Verbo escrito o Evangelio en general y en la masa en particular.

El Cristianismo es un activo y perpetuo sacrificio espiritual y Divino, tanto del alma de Jesucristo como de nuestra propia alma; el Catolicismo que se basa particularmente en la masa, presenta únicamente un sacrificio ostensivo del cuerpo y de la sangre del Reparador.

El Cristianismo puede ser compuesto solamente por la raza santa del hombre primitivo, la verdadera raza sacerdotal. El Catolicismo, basándose particularmente en la masa, fue como la última Pascua de Cristo, un simple grado iniciador de este sacerdocio, pues cuando Él dijo a sus discípulos "hagan esto en mi memoria" ellos ya habían recibido el poder de expulsar los espíritus malignos, curar enfermos y resucitar a los muertos; pero aún no habían recibido lo que era más importante para el cumplimiento del sacerdocio ya que la consagración de un padre consiste en la transmisión del Espíritu Santo y el Espíritu Santo aún no había sido dado porque el Reparador aún no había sido glorificado (Juan VV.39).

El Cristianismo se convierte en una continua luz creciente a partir del momento en que el alma del hombre es admitida en ella; el Catolicismo que hace de la Santa Cena el punto más alto y sublime de su culto, permitió que un velo fuese colocado sobre esta ceremonia introduciendo incluso, como dije anteriormente, en la liturgia de la misa, las palabras *mysterium fidei*, que no están en el evangelio y son contrarias a la luz universal del Cristianismo.

El Cristianismo pertenece a la eternidad; el Catolicismo pertenece al tiempo.

El Cristianismo es el término; el Catolicismo, con toda su majestuosa imposición de sus solemnidades y la sagrada grandiosidad de sus oraciones es apenas el medio.

Finalmente, es posible que haya muchos católicos, que aún, son incapaces juzgar lo que es el Cristianismo; pero es imposible para un verdadero cristiano no ser capaz de juzgar lo que el Catolicismo es y lo que debe ser.

El Cristianismo y el arte

Cuando se lleva al Cristianismo en cuenta en el progreso de las artes, particularmente en el perfeccionamiento de la literatura y la poesía, queda lejos de cualquier crítica. El Verbo no penetra el mundo para enseñar a los hombres a hacer poesía o para que se destaquen en la composición literaria: Él no viene para que el espíritu del hombre sea exaltado delante de sus semejantes, sino para que el Espíritu Eterno y Universal pueda brillar por todo el infinito.

¿Por qué el Cristianismo no necesita de todos esos talentos de los hombres? Porque él habita entre las maravillas divinas y para proclamar esta verdad, no tiene la necesidad de buscar una manera de expresión. El cristianismo por sí sólo capaz de responder a aquello que los elocuentes escritores han afirmado: "No sabemos donde la mente humana encontró tal cosa; no se conoce manera alguna para tal sublimidad". Es que, en este nivel la mente humana nada piensa; el Espíritu del cristianismo provee todo.

El origen y el espíritu del arte y de la literatura son paganos: ni cristiano ni católico.

El catolicismo, que ha recibido el nombre de cristianismo, no es el responsable por el desarrollo de la literatura y el arte; De la misma manera la formación de los poetas y de los artistas no se apoya en el catolicismo o en su congregación: ellos estudiaron las obras maestras de la humanidad, que eran paganas e intentaron copiarlas; pero, como vivían en medio de las instituciones católicas, era natural que sus obras abordasen, en forma general, asuntos religiosos. No es de sorprender que, al tocar estos temas religiosos, descubrieran algunas de aquellas bellezas reales, a las cuales están directamente conectadas, además de algunos tesoros del Verbo, de los cuales la Biblia está repleta; ellos, es claro, intentaron aplicar estos tesoros y bellezas al tipo de arte que cultivaban, esperando con esto acrecentar algo a la gloria del arte; de hecho, todo arte ha sido enriquecido por ellos.

Sin embargo, no es verdad afirmar que el catolicismo fue el principio y la causa del enriquecimiento de las artes y la literatura; al contrario, fueron estas que tuvieron la idea de ser empleadas en el sentido de enriquecer el catolicismo. Este al admirar, con razón, aquellas obras maestras del arte y de la literatura, entonces buscaron apropiarse de ellas; uno para adornar sus templos, la otra para alimentar la elocuencia y la gloria de sus oradores y escritores.

De hecho, si no hubiese habido ningún Fidias y Praxiteles, ¿habríamos tenido un Raphael y Miguel Ángel, y sus obras maestras? Si no hubieran existido Demóstenes y Cicerón, ¿quién sabe si tendríamos un Bossuet y un Massillon? Si no hubiera habido un Homero y Virgilio, Dante, Tarso, Milton o Klopstock, probablemente nunca se habría pensado en revestir los eventos religiosos que celebraban con características de ficción poética: porque el más puro genio del catolicismo se habría colocado en estas obras y ficciones de la imaginación.

Sin embargo, si el imperio de Constantinopla no hubiese sido superado, ¿habría despertado el catolicismo tantos tipos de maravillas y genialidades, de los cuales se tornó el centro o el foco después de este evento? Y, si Italia no hubiese recibido la brillante

herencia, ¿habría sido Francia, en materia de escritores y oradores, la más brillante corona del catolicismo, alcanzando tan alto grado de gloria?

Podemos, confidencialmente, decir que no y que sin la era de Julio II y León X, el catolicismo no habría desarrollado ningún talento ni cosechado los logros que le distinguieron en la época de Luis XVI. Pero, como todos estos adventos coadyuvantes, estas artes y modelos de la antigüedad, tanto en la elocuencia como en la literatura, contribuirían apenas con una luz o vida prestada al catolicismo, inclinándolo más hacia la gloria humana de la cual la gloria sólida y sustancial nada conocen; ellos no son capaces de acrecentar ninguna ventaja duradera a la verdadera gloria.

Considerando las frágiles y precarias relaciones de estos artistas con el catolicismo vemos que luego dejaron este para traer cargando la corona para ellos mismos. Cuanto más progreso realizaban, más retrocedía el catolicismo; vimos cuanto creció su imperio en el siglo dieciocho y cuanto declinó el catolicismo; igual ahora, a pesar de los esfuerzos gubernamentales en el sentido de restablecer la Iglesia aún estando lejos de recuperar el campo perdido; sin embargo, este es un triunfo no conquistado con mucha facilidad sobre el cristianismo o el Verbo.

Si volvemos los ojos hacia el pasado, veremos que las artes y la literatura siempre fueron subsidiarias del catolicismo y nunca sus protegidas o amparadas. Durante los primeros siglos de nuestra era, que ya poseían únicamente un poco más que reflexiones y la mera historia del verdadero cristianismo, vivían entre los monumentos literarios e Grecia y Alejandría y de ahí extraían los colores imponentes aunque desigual de sus escritos.

Incluso extraían de filósofos consagrados de la antigüedad muchas particularidades de una doctrina oculta, que explicaba apenas a través de la letra, una vez que no poseían más la llave del verdadero cristianismo. Así, fueron en la mayoría de los casos, discípulos de los filósofos mientras que deberían haber sido sus maestros.

El catolicismo toma la complejidad de cada época y circunstancia

Cuando los siglos de barbarie llegaron, cuando las bellas artes, la bella literatura y los numerosos monumentos del espíritu humano fueron destruidos, el catolicismo perdió las bellezas provenientes de estas artes; no teniendo fijación en lo propio, siendo siempre móvil y dependiente de impresiones externas, fue imposible resistir los torrentes.

Después haber sido erudito con Platón, Aristóteles y Cicerón, se tornó arrogante y agresivo, características de las naciones que inundaron Europa. Se tornó bárbaro y salvaje con los pueblos que tenían este carácter. No teniendo, por un lado, la luz suave o el poder resistente del cristianismo y tampoco, por otro lado, la restricción de las letras y el ejemplo de las naciones cultas, se tornó notable simplemente por el furor de su fanatismo y por el delirio de su despotismo. Se puede decir que así fue su existencia por cerca de diez siglos.

El arte literario totalmente desconectado del cristianismo.

La literatura religiosa.

A partir de estos factores, si tenemos la impresión de que el catolicismo nunca ha tenido ninguna relación con las artes y la literatura que no sea aquella de la dependencia, lo que diremos del cristianismo es que nunca tuvo ninguna relación directa y mucho menos de dependencia con estas artes. Para entender la inmensa distancia inmensa que hay entre artes, literatura y cristianismo, baste repetir que, en estas obras del hombre, es su espíritu, e

incluso a veces menos que esto, lo que hace todo; por otra parte, en el cristianismo el Verbo Eterno gobierna por sí mismo.

Sé cuán poco será aceptada esta idea por los literatos religiosos e incluso por los creyentes, a pesar del esfuerzo que hacen en el intento de glorificar lo que llaman el cristianismo; sin embargo, el camino que han tomado la mayoría de estos notables eruditos religioso, me obliga a insistir más y más en esto, porque, mientras parecen creer en el cristianismo, tal vez únicamente crean en el catolicismo.

Uno de estos elocuentes escritores dice, con tierna sensibilidad, ¡que lloró y entonces creyó! ¡Mi Dios, aún cuando él no tenía la felicidad de haber comenzado a tener la certeza! ¡Cómo podría llorar entonces?

Sin embargo, parece estar más al frente que la mayoría de sus compañeros, que son devotos, de mente y corazón, al cristianismo literal o catolicismo que es la misma cosa.

En medio del éxtasis en que viven los poetas famosos, este escritor hace críticas a la emoción hacia este literato, se le escapan relámpagos de verdad y sinceridad, lo que demuestra que naturalmente, concuerda enteramente conmigo; sólo que a veces se debía de mi sistema. Por ejemplo, cuando hace referencia a la historia de la humanidad, según el Génesis. No se privó de exclamar: "Encontramos algo tan grandiosos y extraordinario en estas escenas del Génesis que excusa cualquier explicación crítica; la admiración no requiere palabras y el arte se vuelve al pueblo". Voy a agregar, sobre la cuestión del arte, que si dependiese de Dios nunca surgiría del pueblo; pues no habría ningún otro lugar a ocupar y debería dejar siempre el campo libre al Verbo. Vamos a ver lo que el arte realmente ha hecho al abordar estas supremas verdades.

Milton y la Biblia. Las graduaciones de la caída Adámica

El elocuente escritor en cuestión hacer referencia al despertar de Adán diciendo que Milton nunca habría alcanzado esta elevación si no conociese la verdadera religión: yo respondo que, si Milton conociese el verdadero cristianismo, el Verbo, habría retratado a Adán de otra forma.

El arte no tiene otros secretos sino el de hacer comparaciones entre los temas que conoce. El arte enseña que el niño es una criatura que "despierta a la vida, abre sus ojos y no sabe de dónde viene". Milton hizo un cuadro de Adán: lo retrató solamente como un gran niño, con la diferencia que le dio un sublime sentido de su propia naturaleza y poderes eminentes para dar nombre a las cosas, lo que un niño no posee; además, teniendo al Padre poseyendo tales poderes, sería difícil explicar porque el hijo no, puesto que el fruto debería ser como el árbol.

Sin embargo, a partir del niño y del salvaje los materialistas así como los ideólogos han trazado sus sistemas de percepción, origen del lenguaje, etc.; al no ir más allá de este punto, acabarán animalizando todo nuestro ser. Sin embargo, la Biblia (pues de esta que hablamos aquí) que se supone haber sido la guía de Milton, muestra a Adán bajo otro aspecto.

En primer lugar, podemos creer que, surgiendo de las manos de su Creador, Adán no estaba sujeto al sueño, ya que fue solamente después que él diera nombre a las cosas que el Creador hizo caer un sueño sobre él, durante el cual la mujer fue retirada de sus costillas o de sus poderosas esencias.

En segundo lugar, es probable que este sueño y la separación de la mujer ya fuera la consecuencia de algún cambio iniciado en Adán; ya que el Creador había dicho (en el

primer capítulo) cuando terminó la creación que "todo lo que había hecho estaba muy bien" y entonces Él dice (en el segundo capítulo) que "no era bueno para el hombre estar solo".

En tercer lugar, si este "dar nombres" fue ejecutado por Adán al dejar las manos de su Creador o solamente después este cambio haber dado inicio no importa, lo cierto es que, de acuerdo con el texto, fue antes de su sueño.

Siendo este el caso, entonces Adán disfrutaba de gran luz y vasto conocimiento ya que el Creador lo habría colocado por sobre todas las obras hechas por Sus manos, le había instalado en el jardín de los deleites, encargándolo de cuidarlo, confiando todas las plantas a su cuidado, e incluso el árbol del conocimiento del bien y del mal, del cual Él le prohibió comer.

Así, Adán no tenía necesidad de despertarse a la vida, pero, al contrario, es quién despertó la vida en las criaturas; eso es bien diferente con lo que ocurre con los niños; pero el arte oculta estas cosas a Milton y lo entrega a su imaginación.

También, de acuerdo con el arte, Milton describe los amores de Adán y de Eva, suponiendo que estuviesen en su primer estado celestial pero no estaban, pues él reconoce sus sexos y conmemora la consumación de su casamiento, que produjo fruto tan ruin en la persona Caín; esto sólo podía ocurrir según la ley animal.

Sin embargo, ¿cómo podrían conocer el amor puro, si ya estaban bajo la ley animal? Y, ¿cómo podrían conocer el amor animal, si no conociesen sus órganos bestiales, ya que vemos en el hombre, que la edad del amor es aquella en que bestialidad habla más alto? Además de eso, ¿cómo podrían conocer esta bestialidad si no hubiesen sido culpados, ya que según el texto, fue sólo a partir de este momento que sabían que estaban desnudos? ¿Si fueron culpados en lo que se transformaran sus sentimientos celestiales, su pureza e inocencia, tan brillantemente dibujado por el poeta?

Sin duda, no poseían aquella falsa modestia, que es un sentimiento secundario derivado de la educación; ellos tenían si, un profundo sentido de vergüenza que surgió de la comparación de su estado bestial presente con aquel que acababan de perder, pues sus ojos se abrieron hacia el actual estado vil y degradante y se cerraron para las maravillas divinas.

Milton nada sabía sobre las graduaciones del pecado de nuestros primeros padres. Una de estas graduaciones puede, de hecho, haber permitido el disfrutar de algunos deliciosos momentos en el Jardín del Edén, después cuando el cambio tuvo inicio, estaban más preocupados con los mandamientos del Soberano y con la prohibición que Él les había impuesto que con sus propios amores y encantos; cuando este estado pasó, estaban demasiado ocupados con la ardua y dolorosa situación en este momento de convivir juntos de forma bastante tranquila y suave; esto apenas cabe a los amantes ciegos e idólatras de nuestro mundo, que no tienen más que hacer.

Milton copió esas formas de amor, de los amores terrestres, aunque las haya adornado de tan magnífica forma. Sí, su larga descripción de los amores de Adán y Eva prueba que el poeta tenía sólo pincelada la verdad. Las Escrituras son más concisas en los detalles de esta naturaleza. Con relación a este asunto, se dice que apenas Adán conoció a Eva, esta concibió y dio luz a Caín, diciendo: "Adquirí un hombre con la ayuda del Señor". Repito que el cristianismo o el Verbo no puede glorificarse de haber contribuido al surgimiento de todas las ficciones de Milton, y está lejos de reivindicarlas.

No es que, como amante de la literatura, no admire el talento poético de Milton y las magníficas escenas que producen. Hasta estoy satisfecho en nombre de la religión, de que él nos dibuje algunas sombras de felicidad celestial y de puro amor, que es su base; por causa de estas dulces pinturas, perdió sus anacronismos; pero, como amante de la verdad,

siento que él y todos sus compañeros, no describen las cosas de la forma más exacta, ya que se supone que los poetas hablan la lengua de los dioses, La licencia poética le permite llenar, a su manera, las pantallas de la historia de los hombres; esto no está permitido en la historia del hombre, donde solamente la verdad tiene derecho a hablar.

Estos pocos ejemplos son suficientes para mostrar la inmensa distancia existente entre el cristianismo y el arte de la literatura religiosa y para fijar los límites de la influencia del cristianismo en la poesía. Nuestras observaciones irán a aplicarse a cualquiera de las grandes obras o elocuentes críticas; para no decir nada del hecho de que muchos de sus autores, a pesar del espléndido carácter religioso de sus escritos, ellos sólo no creen en el cristianismo, o sea en el Verbo Eterno, sino que también no creen en catolicismo, que debería ser su representación en la tierra.

Racine, la narrativa sacra no adornada por los poetas

De forma general, pienso que cuando los poetas y literatos manosean los tesoros de la Sagrada Escritura, ellos los alteran sin adornarlos y todavía les agregan falsas ficciones o los debilitan con difusiones; todo esto ocurre por no ser guiados por el verdadero espíritu del cristianismo; en verdad, ellos nunca brillarán tanto como las veces en que fueron satisfechos por mostrar estos tesoros en su original simplicidad e integridad literal. ¿Por qué "Athalie" se considera la obra maestra de la perfección? Porque en esta obra Racine nada hace más que copiar las Escrituras.

Los críticos eruditos pueden exaltar el arte que permite construir sus poemas como quisieren, el lego nada sabe sobre estos secretos, pero reconoce las simples y supremas bellezas contenidas en las Escrituras; cuanto más nos fueren presentadas más ciertamente serán obstruidas por ellos. Basta verificar el efecto que estas palabras, que deberían ser encontradas en cada página de la Biblia no producirán en el público: "Yo temo a Dios, no temo a nada más"

El arte literario, inútil incluso en el público

Para juzgar el poco provecho que estas riquezas, en las manos de la literatura, llevan al cristianismo, basta verificar el pequeño efecto que los mejores pensamientos y máximas, en la mayoría de las veces adecuadas a las necesidades de nuestro ser, producen en el público. Los espectadores que escuchan, más que, como el poeta, sólo tienen acceso al hombre material, experimentan una suave impresión, una especie de emoción sentimental que le afecta en aquel momento; pero como esta emoción no tiene raíces profundas y se asemeja a una sensación muscular, termina en las extremidades de sus nervios como el batir de sus palmas, evaporándose en el aire. Así, cuando la pieza acaba, los espectadores se dispersan para zambullirse nuevamente en sus futilidades rutinarias con, a lo máximo, un recuerdo de lo que sintieron y no con un enriquecimiento interior.

Sin embargo, lo que ocurre con el espectador en el teatro, se repite con el lector de las mejores obras de poesía y de la elocuencia, encontradas en las riquezas de la Biblia o en los sacramentos del catolicismo. Sería aún peor si hablasen del verdadero cristianismo o del Verbo Eterno y de Libertad Eterna pues, con certeza, ninguna palabra de sus discursos sería comprendida. Sobre el Verbo, hago referencia, más una vez, al autor alemán de quién he hablado con frecuencia en esta obra.

El objetivo del arte literario es dar emociones y recibir aplausos. La verdad sufre.

Los literatos, en general, desean escribir para el público o para el placer, parecen objetivar nada más que arte de conmover, sin que pensemos en la razón por la cual somos seres dotados de emoción. Como buscan agradar, haciendo que los elogiemos al mismo tiempo, ellos tienen el cuidado de conducir nuestras emociones para que atiendan a sus propósitos. El espectador y el lector los entienden, después de todo, si fueron conducidos a las emociones más serias, estos podrían constreñir a los poetas que corrieran el riesgo de no ser escuchados; los escritores, a su vez, no tienen objeción en divertir a los lectores con trazos de verdad, pero temen llevarlos a la misma verdad, pues no habría más que hacer, dado que la verdad lo haría todo.

De esta forma, la Verdad estremece continuamente el menor beneficio que recibe de los maravillosos talentos de grandes escritores y poetas; si, algunas veces, llegan a abordar los límites de la Verdad, es apenas para absorberla y sepultarla en la región de las vanas apariencias, que no es su lugar; lo que aquí digo de la literatura en general se aplica, infelizmente de forma perfecta, a los escritores religiosos; por lo tanto, en sus manos, las ciencias se han tornado meramente en un arte. Con este arte, sus formas y preceptos e incluso sus fuentes de reglas y fórmulas, podemos producir algunas obras que si no fueran sólidas y graciosas, pueden ser al menos correctas; no obstante, verdaderos genios, no se someten a las fórmulas. En resumen, ellos estudiarán como emocionarnos, divertirnos, así como los gourmets estudian el arte de producir sensaciones en nuestro paladar; ambos temerían usar cualquier cosa que pudiesen provocar sensaciones muy fuertes y que provocase una purificación y una renovación de nuestros órganos digestivos; dejan estos cuidados a aquellos encargados de nuestra salud; por otra parte, ya que vivimos en este mundo inferior, con certeza los médicos son muchos más necesarios que los gourmets.

La razón de la cual literatura y la poesía, incluso las de carácter religioso, han contribuido tan poco para la causa de la Verdad, es que aquellos que las cultivan y profesan no hacen más que imaginar que esta Verdad debería ser realmente la guía y que ellos mismos deberían ser nada menos que los órganos y ministros de la Verdad; concibiendo nada mayor de lo que un buen poema, realmente creían que el hombre no tenía nada más glorioso que hacer en la tierra que el de cargar las palmas de todos los competidores de esta raza.

Las leyes de la verdad son independientes del arte y de las formas, así como de los poetas y los críticos

Los poetas y los críticos se empeñan en la persuasión y redoblan sus esfuerzos a fin de fijar reglas y leyes, sin embargo todo lo que precisaban era simplemente seguir aquellas dictadas por la Verdad, desde toda eternidad. Ellos trabajan duro intentando colocar sus propias actividades y propósitos en acción; la primera cosa que deberían hacer es olvidarse de la oscura mente del hombre y más humildemente implorar el auxilio de la Verdad, a fin de que les permita su admisión a su servicio.

Reconozco tener dudas en que la verdad los emplearía para hacer poemas, pero si ello aconteciese sería solamente después de haber trabajado efectivamente en Su obra; la Verdad les ordenaría celebrar hechos únicamente relacionados con Ella; hechos de los cuales les hicieron agentes y esta debe ser la función de estos hombres; ningún trovador

puede cantar los hechos tan bien cómo aquellos que han ejecutado. Por esta razón, un amante de la poesía religiosa afirmará que es un poeta.

¡Quién del Supremo Agente es de verdad el Oráculo, no haría un solo verso que no hubiera sido un milagro!

Cuando veo a nuestro elocuente escritor exaltar la manera con que Milton se apoderó del primer misterio de las Escrituras, cuando el Supremo permitiendo ser convertido por la compasión, garantizo la salvación de la humanidad; cuando le veo hablar de los grandes mecanismos del cristianismo y decir que a Tarso le faltó valor, pues tocó las cosas sagradas en forma trémula; cuando le veo observar que todos los poetas cristianos fallaron en describir el cielo, unos por la timidez como Tarso y Milton, otros por el cansancio como Dante, o por la filosofía como Voltaire, o aún por la superficialidad como Klopstock, no puedo evitar decir:

¿La Verdad requiere discursos? ¿La Verdad puede para fallar?, ¿puede ser incorrecta? Si el cristianismo hubiese inspirado a todos estos poetas, ¿seríamos capaces señalar tantas imperfecciones en sus obras?

Los desaprebo con sus faltas, de la misma manera que ustedes: por fin, llego a la conclusión de que ellos no tuvieron ninguna experiencia positiva de cualquiera de aquellos sublimes asuntos que intentan describir; concluyo que sus propios pensamientos los llenan tanto con realidades como con falsedades: el cristianismo no fue el guía de estos poetas o ellos no aprendieron la lección e incluso la copiaron mal; el cristianismo no conoce mezclas y no afirma nada sino de acuerdo con hechos reales y con la ciencia experimental, fuera del alcance de la falsedad y de todos los fantasmas de la imaginación humana; además, sea cual sea el mecanismo del cual la Verdad se valga, Ella sólo confía en aquellos que realmente creen y están en condiciones de valorizarla y colocarla en movimiento.

"Por lo tanto, no haga comparaciones entre cosas tan remotas entre sí en cuanto al cristianismo y las producciones poéticas, pues sería una ofensa al primero, tornándolo propicio para la fabricación de mentiras. ¿Será que no tienes varias oportunidades para desarrollar su bella descripción de beneficios concedidos por la religión al mundo? En la moral, estos beneficios se introducirán en todas las capas de la sociedad en incluso en la política; en las admirables y útiles instituciones, fundó hospitales y establecimientos de caridad de todos los géneros, así como las órdenes de caballeros; en las espléndidas comparaciones que se puede hacer entre cristianismo y no cristianos o en lo tocante a las causas de nuestros misioneros.

Todo esto son situaciones en que la religión se muestra en actos sin nada que disimular o inventar; mientras que los poetas disimulan o inventan todo, sin la necesidad de demostrar nada o externalizar virtud alguna, ya que se esfuerzan únicamente en maravillarnos.

"En cuanto a la falta de los poetas cristianos en sus descripciones del cielo, concuerdo con las razones dadas; en general, es mucho más fácil remontar escenas de miseria; sin embargo, San Pablo nos da una razón mucho mejor, cuando se refiere a las inefables cosas que oyó en el tercer cielo y mantiene silencio de ahí para adelante; es decir, los lenguajes humanos no podrían expresarlas.

La invocación de los poetas que habitan únicamente en el astral

Lo que me aflige es ver a los poetas intentado describir aquello que no conocen y de lo que no podrían hablar, en caso de conocer. Sé que algunas veces, ellos sintieron la necesidad de ser guiados por la Verdad, cuando se supone invocaron la Verdad en nombre de la poesía; pero, ¿será que creían firmemente en la existencia de la Verdad?

No hay dudas que el sentimiento secreto de la necesidad de la Verdad hizo que Boileau afirmase, en su comentario "Arte Poético":

Es en vano que en el Parnaso un temerario autor, etc...

Si no siente por el cielo la influencia secreta,

Si su astro, en nacimiento, no le hace poeta.

El autor alemán va a decir a sus lectores que el cielo debe ser entendido por estas palabras de Boileau, mostrándonos el poder universal del mundo astral, bajo el cual la humanidad cayó desde que el pecado entró al mundo y por lo cual debemos pasar y abrumarnos si queremos vencer; lo más difícil es que el enemigo ocupó todas las posiciones y reglas en todos los reinos de este mundo, como él mismo dijo al Señor en el Evangelio.

Podemos verificar cuan frecuentemente Milton puede haber estado bajo influencia del mundo astral, ya que sólo podía elaborar sus poemas durante ciertas épocas del año. Sin embargo, si Milton, a pesar de esta influencia astral, también recibió directamente algunas luces superiores, como indican parte de sus escritos; si este autor fue frecuentemente víctima de esta baja influencia, que es siempre ciega y algunas veces falsa y corrupta, ¿qué debemos pensar de los otros que estaban sujetos a la influencia astral, sin tener las compensaciones que Milton tuvo?

Lo "maravilloso" es todo épico.

La orden más alta de aquello que es admirable

Lamento ver nuestro elocuente escritor reprobar a Milton y Dante por haber hecho de las maravillas el contenido y no el mecanismo de sus poemas; como si no hubiese nada maravilloso sino mecanismos mágicos o, diciendo mejor, como si todo no fuese mágico y por lo tanto maravilloso, desde la eterna fuente original de todas las cosas, hasta su completo desarrollo en cada región y retorno final a su principio; y como si las maravillas no fueran por tanto, realmente el principio, el contenido y el mecanismo de toda verdadera obra épica.

Si el poeta elige como tema, algún hecho meramente histórico de orden terrestre y desea conectar con él una cierta especie de maravilla, más allá de esas pertenecientes a las fábulas y cuentos de hadas, no habría otra opción sino la de comenzar a elevar sus héroes al nivel de semidioses, como hacen todos los poetas épicos; entonces, entrando en el espíritu del verdadero cristianismo, que hace del hombre nada menos que un hijo de Dios y imagen de Dios, él podría, sin antítesis, pero por necesidad, desarrollar todos los maravillosos mecanismos que constituyen la existencia maravillosa de todo ser, desde Dios hasta los animales; entonces, a través de su acción viva y constante guardaría la inefable armonía de todas las cosas. Viéndolo de esta forma, ¿qué podrían ofrecernos los poetas que no sean más maravillosos que los tesoros activos del Verbo?

La poesía descriptiva

El cristianismo dio oportunidad para el surgimiento de la persuasión, como en el caso de nuestro elocuente escritor, además de haber sido favorable a la poesía descriptiva, extendiendo la armonía de la religión a las cosas naturales. Pienso que en esto, nuestro escritor ha juzgado las cosas más como deberían ser que como realmente son. Los más distintos autores de la poesía descriptiva, se ha apoyado más en las ciencias naturales y en la preferencia por el conocimiento físico, que en las causas religiosas.

Por esta razón, la poesía descriptiva irá probablemente a contribuir más en posponer el reino de la verdad que el sistema mitológico de la antigüedad. De hecho, la mitología, al colocar espíritus imaginarios en toda la naturaleza, presentó, al menos, una imagen de los reales poderes por los cuales es gobernada la naturaleza, bajo los ojos de la Sabiduría Eterna; nuestros poetas, al contrario, pertenecientes al torrente, nos ofrecen apenas algunos trazos de enseñanza religiosa, pero no podemos tener la certeza de que esto no ha sido problemático para ellos; descripciones físicas y detalles en abundancia y todo lo que nos proporcionan, así como los especialistas en cosas materiales siempre hacen; es así que nos aproximan a las tinieblas en vez de a la luz.

Hay otro tipo de descripción que parece igualmente ser una injuria: aquella de los expertos críticos literarios que hacen de todo para diseccionar bellos pasajes de grandes autores; no puedo dejar de decirles: “si estos pasajes son bellos en sí mismos, no es necesaria su ayuda para que los aprecie; necesito menos aún de sus minuciosos análisis; tendría menos placer si conociese las razones por las cuales tengo tal placer; me engañan al enfriar mi disfrute, así como los poetas descriptivos de la naturaleza lo hacen todos los días, al presentarme sus ficciones personales por las realidades de la Naturaleza”...

Las evidencias demostrativas de Dios y del alma. Ateístas y materialistas.

Una vez más: Antes de mostrar tan entusiastamente, como lo hace nuestro autor, la preeminencia de la religión o del catolicismo sobre todas las otras religiones, debería comenzar por demostrar el verdadero y primitivo cristianismo o el Verbo; pues me parece que, en sus respuestas a los ateístas, él emite precisamente lo que es más esencial.

La dificultad principal, en mi opinión, no es probar a los escépticos la existencia de Dios o del alma, especialmente si las pruebas son obtenidas en el Hombre Espíritu. Muchos filósofos, tomando esta luz como guía, tuvieron pruebas de estos dos hechos, con las razones que el sector de los ateos requieren; o sea, aquellas mentes positivas pueden comparar con lo que llaman demostraciones de A+B.

No hay nada de admirarse en esto, a pesar de todos los devaneos de los ateos y materialistas, , la única inhabilidad que podemos reconocer en Dios y que Él es incapaz de anularse; y que al alma del hombre, que es Su imagen, se muestra continuamente en todos nuestros actos, incluso el propio esfuerzo que hacemos para negar.

Pero no son estos los dos puntos que confunden al refractario, tanto cuánto todo el edificio religioso que se pretende erigir sobre esta base; para probar estos dos puntos, no se debe probar las consecuencias positivas que se deducen de ellos.

De hecho, la razón y la lógica prueban simplemente la existencia de Dios y del alma. El objetivo de la religión debe ser el de probar sus relaciones mutuas y unirlos; esta

unión no puede ocurrir sin una cooperación interna de nuestra parte, y la acción voluntaria de nuestro ser.

La simple creencia en la existencia de Dios y del alma no necesita de esta cooperación.

Inadecuación de la enseñanza común para la convicción de los deístas.

Es más fácil curar a un materialista o a un ateo que a un deísta. En verdad, ¿cómo puede un deísta ser persuadido por la fuente natural de la religión, de su utilidad o de su necesidad sino mostrándolo fundamentado en la obscura e inestable condición del hombre caído? Pero, ¿cómo podemos hacer esto, después de todos los daños que la filosofía humana ha hecho al hombre? ¿Dónde encontraremos a los hombres en condiciones de guiar a sus semejantes de esta forma?

No es de sorprenderse que los esfuerzos diarios hechos por parte de la religión generen tan pocos frutos. Vamos a confesar de una vez que, para combatir el materialismo y el ateísmo, los que enseñan la religión común poseen frágiles armas, ya que prueban a Dios solamente por el universo y a las almas a través de libros teológicos. ¿Cómo podrían, entonces, probar si no hubiese universo y libros?

Estos profesores no estudian las cosas eternas; no estudian el Verbo; no estudian la acción universal, porque sólo de esta acción se genera la vida. ¿Cómo entonces podrían ver la Fuente Divina del pensamiento y del hombre inmortal? ¿Cómo verían la conexión del hombre con su Principio? ¿Cómo podrían percibir el objetivo profundo de la religión y enseñarnos a admirar a nuestro Dios, en Su organización restauradora y sublimada de Sabiduría?

La demostración que la religión requiere. La prueba positiva

Resta entonces, demostrar directamente al refractario el gran lapso o cambio ocurrido en la familia humana, más allá de la naturaleza de este cambio; la ayuda que la Bondad Suprema ha enviado desde el principio y aún envía continuamente, para el consuelo de los mortales en su miseria; el carácter de esta ayuda y de la religión en general y finalmente, los derechos que los ministros de esta religión reivindican, exclusivamente para dirigir a sus semejantes y los medios que pretenden adquirir, a fin de dar reposo a las almas perturbadas y permitir que cumplan las leyes del Creador.

Sin embargo, los filósofos religiosos no han probado estos puntos importantes por A+B, como prueban otros; aún, si todo eso es verdadero, ellos también precisan tener sus propias pruebas positivas, ya que todas las cosas deben hacer sus propias revelaciones.

Estas pruebas deben tomar un nuevo carácter, en la medida en que el objetivo se torne más substancial y emplee gran número de nuestras facultades. Sin embargo, no deben depender más de la voluntad del hombre que de la de Dios y del alma; ni tampoco deben apoyarse en expresiones literarias; menos aún en las enseñanzas dogmáticas de terceros; deben generar sus propias evidencia en sí mismas.

La matemática intelectual

Nuestro elocuente escritor tenía conocimiento de que hay una geometría intelectual y que cualquier cosa que pueda ser dicha, aún creyendo que esta geometría intelectual era

más familiar a ciertos filósofos de la antigüedad que a Leibnitz, Descartes, Newton o el mismo Pascal uno, que llegó más cerca de ella que los otros tres.

Así, si existe un A+B para probar la existencia de Dios, y la inmaterialidad del Hombre Espíritu, debe haber un A+B para probar nuestra degradación y consecuentemente la religión, que es su remedio; de la misma forma debe haber un A+B para probar la eficacia de este remedio, que no puede dejar de ser específico; si la voluntad de seres libres puede neutralizar esta degradación en relación a sí mismos para evitar su operación a favor de ellos, no pueden evitar que opere contra ellos. No obstante, todos estos tipos de pruebas, aún diferentes unas de otras, deben ser positivas en sí mismas.

Pruebas positivas racionales, emocionales y experimentales.

La primera de estas pruebas, o aquella que hace objetiva la existencia de Dios y del Hombre Espíritu, puede ser llamada prueba positiva racional e intelectual; esto porque pertenece, de hecho, a simples reflexiones y al raciocinio.

La segunda, que se refiere a nuestra degradación e por lo tanto a la religión, la llamaremos la prueba positiva y sentimental o emocional, porque requiere, necesariamente, que el hombre en acción una nueva facultad, además de aquella del juicio; así como una facultad médica torna un hombre consciente de que está siendo atacado por una grave enfermedad, causándole una inquietud y una alerta sobre el peligro en que se encuentra, apunta, al mismo tiempo, al remedio que puede serle útil; sin embargo, para conocer y poseer la ciencia médica, el estudiante precisa solamente hacer uso de su razón.

Finalmente, la tercera prueba, cuyo objetivo es demostrar los poderes de los ministros de la religión, más allá de la superioridad y eficacia de la religión en sí misma, la llamaremos prueba positiva experimental; esto porque es una cuestión de hechos; también porque habiendo adquirido todas nuestras facultades, confirma las dos pruebas precedentes, la prueba positiva sentimental y la prueba positiva intelectual. Si invertimos estas pruebas o empleamos sólo una donde todas son necesarias, ¿cómo podemos esperar que los adversarios se sometan?

No es muy difícil, como he afirmado, demostrar la necesaria y exclusiva supremacía del Ser Superior, así como nuestra conexión fundamental con Él; sin esta conexión no podríamos más que cuestionar Su existencia y no podríamos pensar en Él.

De hecho, sólo podemos llamar Ser Supremo a aquél que es superior al punto de que ningún otro poder le puede superar e incluso igualarle. Sin embargo, en este sentido no hay nada más elevado que Dios, pues Él siendo todo, es imposible para cualquier otro ser, no sólo excederle en grandiosidad, sino que tampoco igualársele. Por esta razón, después de Dios, toda grandiosidad es relativa; para nosotros, todo es apenas proporcional; sin embargo, al mismo tiempo, y por la misma razón, necesitamos haber sido contemplado con algunos medios positivos de demostrar Su influencia generativa en todas las criaturas, y Su influencia restauradora en nosotros mismos; es necesario no obstante, demostrar, a través del propio acto, y no a través de libros, la exclusiva supremacía del Ser de los seres y las efectivas relaciones que el Verbo busca continuamente establecer con nosotros.

Sublime es Dios y lo que nos conecta con Él

Esta idea fue, sin duda, la que me llevó a decir en la obra "El Hombre de Deseo" versículo 166 (página 164), que "lo sublime es Dios y todo lo que nos pone en relación con

Él". Tuve esta comprensión después de oír a un célebre Maestro decir que lo sublime era indefinible.

Desde entonces habiendo leído las obras de este Maestro: "aquello que es bello, grande, fuerte, admite lo más o menos; lo sublime no", etc.

Percibo que nuevas ideas coinciden, con excepción de que estoy convencido de que aquello que creemos sobre lo sublime se extienda a otras cualidades, virtudes, etc.; que él excluye; pues en Dios sólo estas cosas son positivas y el Verbo el proclamador universal de esta sublimidades positivas.

Debo agregar aquí una importante observación. Nada puede realmente parecernos sublime, sino nos comunicamos con un extracto de aquello que pasa en la región Divina superior, que es la fuente de toda la sublimidad, la fuente de todo. Augusto nos cautivó al decir "Cinna, vamos a ser amigos, soy Yo quiñen te pregunto ": porque éste es el lenguaje positiva y constante de la Verdad Eterna para con el Hombre; y el mismo puede ser deducido de todos los otros ejemplos de lo sublime, tanto en palabras como en acciones. Ellas no hacen sino levantar el velo y abrir el inexorable foco de todos los sublimes actos y pensamientos en donde nuestro ser tiene sus raíces. Sin embargo, si despertamos en relación a esta región al punto de oír su lenguaje hablado, ya que esta es la lengua de la propia naturaleza del Hombre, no es de sorprender que ella nos encante.

Vemos a Dios en todas las cosas

Sobre este principio, que merecería ser tratado **ad hoc** es capaz de ser ampliado ad infinitum, debido a infinito número de temas que involucra y de los testimonios que depone a su favor, podemos entender el motivo que llevó a Malebranche a afirmar: "vemos todo en Dios"; sin embargo verificamos que su idea se podría expresar de otra forma menos gigantesca, que si no simplifica, al menos traería mayor riqueza a nuestra frágil mente y le haría brillar con una luz más suave de aquella llama oculta que ciega. Esta forma más simple sería: "vemos a Dios en todas las cosas". De verdad no deberíamos ver nada en cualquier objeto que sea, si el Principio de todas las cualidades, o sea, Dios, no se pone activamente en movimiento en él, tanto por Él mismo o Sus poderes.

Así, los cuerpos sonoros no tienen sonido alguno, están privados de comunicación con el aire; este debe necesariamente penetrarlos a fin de que emitan un sonido. Por la misma razón podemos decir que el sonido propiamente dicho no sería sensible o manifiesto a nosotros, si no hubiese un sonido generador universal en todo sonido parcial; esta es la verdadera razón por la cual la música ha tenido, siempre, tanto poder sobre los hombres.

Los diferentes agentes de lo sublime; El cristianismo es el mayor de ellos

Los diferentes ejemplos de lo sublime, o la parcial percepción del foco generador universal que nos alcanza, nos llevan mucho más allá de aquello que nos muestra.

Por lo tanto, de todas los medios ofrecidos, a fin de apreciar lo sublime, ninguno es más sublime que el Verbo, o el verdadero cristianismo; el Verbo es nada menos que nuestra exacta unión con el Espíritu y el Corazón de Dios; podemos sacar de aquí una prueba directa de que el cristianismo es divino, ya que se conoce el árbol por sus frutos. Sin embargo, este fruto sólo puede ser adquirido a través de la experiencia, o sea, su A+B. Este fruto no puede ser garantizado completamente por lo intelectual A+B del razonamiento.

La estimación simple de lo sublime

Al mismo tiempo, la admiración que los literatos y retóricos demuestran por aquello que consideran sublime, me confirma que estos galanteadores espíritus habitan una región inferior y que cuando deparan ideas o expresiones un poco más elevadas de lo usual, experimentan una impresión que repleta su vacío usual y parece elevarlos al grado más alto de lo sublime; todo esto ocurre por causa de la constante privación en que se encuentran en las estériles regiones que habitan.

Si conociesen la verdadera región sublime, para la cual el hombre fue hecho, reducirían a su debido valor, todos aquellos ejemplos particulares de lo sublime, delante de los cuales llegan al éxtasis y que consideran como una travesura de niño; sobre este asunto, basta reportarlos a los profetas.

La inconsciencia de los hombres de letras.

La literatura humana, una trampa cuando está mal aplicada.

Sabemos lo que podemos esperar de estos hombres de genio con relación a estas pruebas positivas y experimentales de las cuales han hablado. ¿Acaso no colocan en un mismo nivel a aquellos que se dicen ateos y aquellos que, no obstante a su manera, se vuelven iluminados, profetas, taumaturgos a partir de vanidad, orgullo o curiosidad? ¿No se ha dicho que cualquier pasión fuerte puede dar a la mente un rastro de locura? ¿Acaso, no sabemos, lo que dicen sobre el espectro de Atenas y sobre el fantasma de Atenodora, dos narraciones de las cuales se ríen al ver que son tomadas en serio por Plinio? Crean que estas narraciones tendrían que ser tomadas como historias originales de fantasmas, repetidas y forjadas muchas veces y de diversas formas; creen que nadie más puede relatar, con tanta fantasía, lo que creen que nunca pasó.

Oh eruditos y elocuentes, que tomarán la posición de gobernantes del mundo, estoy lejos de pretender argumentar con voces estas cuestiones, pero diría que, con esta condición de instructores de naciones, comiencen a aprender cuestiones de justicia. Sus afirmaciones sobre hechos, a favor y en contra, tendrían más peso; e incluso las veremos en sus afirmaciones como simples opiniones inmaduras, que pueden ser tan fantásticas como verdaderos fantasmas; con esto podemos jugar que progreso puede ser hecho en el curso de la filosofía divina, del verdadero cristianismo, o en el ministerio del Verbo, que es la misma cosa.

Voy a repetir porque desapruero a los literatos, en especial los religiosos. Es que si tomando, como hacen normalmente, por sus dones naturales o por sus esfuerzos, en la región de la verdad, disipan los tesoros que la encuentran en la medida en que se los aplica en una región inferior; ellos reducen los dominios del Verbo al arte de describir y escribir graciosamente y con regularidad. Así, sacrifican continuamente las substancias, que no conocen, por causa de la forma.

Esto es lo que lleva a decir que la literatura humana en general es una trampa del enemigo; se utiliza por él con gran propiedad a fin de atrasar a los hombres en su marcha, en cuanto les hace creer estar bien adelantados como de hecho están, dentro de su arte, más allá de los mortales ordinarios.

Los pensamientos y las palabras del hombre son espadas afiladas y jugos corrosivos, dados a él para quebrar y disolver las substancias infectadas a su vuelta. Cuando el hombre falla en usar estas armas para este específico propósito, ellas le corroen y lo destruyen, ya

que no pueden permanecer inactivas. De esta forma la acción es vital para el hombre; esta acción le trae muchos beneficios que se aplican en el obra activa del Verbo, que es el verdadero cristianismo.

Vamos ahora a remitirnos a aquellos que por haber sido llamados, son especialmente encargados del ministerio del Verbo.

¿Qué han hecho los Ministros del Verbo? ¿Tienen, acaso, asegurada la llave del conocimiento?

Ustedes los ministros del Verbo, ¿piensan que están libres de reprobación? Ustedes que colaboran con el Verbo bajo su tutela y que han puesto al Verbo bajo su tutela y no se han enriquecido a sí mismos; ¿no cabría decir aquí que si nada obtienen del Verbo es porque no lo le han exigido nada? Si no se le han exigido nada es porque piensan que ya tienen todo.

¿Será que ustedes han degradado al Verbo, al reducir a su administración las instituciones simbólicas, sermones y pompas exteriores; al no ofrecernos ninguno de los maravillosos frutos de Sus fértiles dominios; y aún al enseñarnos que el tiempo de las maravillas del Verbo ya pasó? Como si este Verbo fuese decrépito y como si la necesidad de Sus frutos no fuese tan urgente desde su precepto, así como era antes y como será hasta el fin de las cosas.

¿No habrían hecho ustedes a este Verbo aquello que el Reparador reprobó a los judíos, tomar la llave del conocimiento ay no sólo no penetrarlo, sino también el de impedir que lo hagan aquellos que podían? ¿Ustedes nunca paralizaron la obra de Dios al reprimir a hombres de fe y de deseo, que, a través de sus dones y su luz, deberían haberse tornado siervos del Señor?

Podemos ver lo que produce la industria humana con las materias primas de la naturaleza, a través de los espléndidos descubrimientos de la ciencia.

¿Nunca te sorprenderán el gran número de prodigios que el hombre podría haber esperado de su alma, al contrario sus movimientos la mantienen amordazada, si hubiese seguido sus aspiraciones divinas y abierto a ella las sublimes regiones de la libertad donde nació?

¿Ustedes nunca forzarán, a través de sus instituciones, al Reparador a volver al templo, cuya destrucción previamente había proclamado, y donde nunca más volvió después de su resurrección, no obstante, después de este acontecimiento, apareció con frecuencia a sus discípulos?

¿Será que ustedes nunca anularon los medios de cura para con el alma humana, al decir al hombre que destruya el hombre viejo dentro de sí, sin enseñarles cómo hacer para que el hombre nuevo nazca?, esto es más de lo que la renovación del pacto Divino; renovación que se debe seguir efectivamente por todos los medios que estuvieren en su poder.

La razón mundana y la razón correcta no deben ser prescritas de la misma forma.

¿Ustedes nunca actuaron como aquellos pobres, místicos y espiritualizados instructores, que nos prohibían caminar de acuerdo con la razón?

Pero, ¿por qué nos prohíben actuar de acuerdo con la razón? Es porque no percibirán que, si hay una razón humana contraria a la Verdad, hay una razón a Su favor; ellos son sabios y prudentes al prohibir la primera; de hecho, es enemigo de toda Verdad; esto es fácilmente verificado por las injurias cometidas contra la Verdad, por los doctores en las ciencias materiales; todo esto es, al mismo tiempo, los objetivos y los resultados de una mera razón mundana. La principal propiedad de este tipo de razón es temer al error y desconfiar de la verdad; siempre preocupada en examinar pruebas, no da tiempo a la mente para saborear las dulzuras de la vida y siempre está desconfiada, lo que evita probar la verdad y jamás alcanzarla.

Eso es lo que lleva a las sociedades instruidas a no creer, después de haber sido tanto tiempo en la duda.

Sin embargo, estos doctores dejan de ser sabios y prudentes cuando nos prohíben usar al segundo tipo de razón, pues esta, al contrario es la defensora de la Verdad. Corresponde al ojo penetrante que la descubre continuamente y busca únicamente develar sus riquezas; sería un crimen no seguirla, ya que este don ha sido presentado a todos los hombres, con una única intención, que es el de hacer uso de ella; el Señor sabe que presentar esta razón, humildemente, al foco universal de la Luz, sería suficiente para instruirnos y llevarnos a hacia todas las cosas.

La luz de la verdad es la evidencia misma. La convicción en sí es irrefutable. La fe ciega.

¿Cómo podría el Regente Supremo esperar que creyésemos en Él y en todas Sus maravillas, si no tuviésemos, esencialmente, los medios necesarios para descubrir estos poderes?

Sí, la Verdad sería injusta si no fuese escrita clara y abiertamente delante de los ojos de la mente del hombre. Si la Verdad Eterna desea que creamos en Ella, es porque nos es dada a fin de que tengamos seguridad, a cada paso de nuestra existencia; no se debe creer simplemente por atestiguar las declaraciones de los hombres, inclusive los ministros de esta misma Verdad, sino a través de evidencia directa, positiva e irrefutable.

Es posible, a veces, insertar la fe en las mentes de los prosélitos, sin embargo, cuán útil ella será para ellos, esto muy lejos de la certeza que reposa sobre la evidencia. No es poco común encontrar hombres de fe, sobre los cuales podemos ejercer algún dominio; no es difícil, e incluso, al decir de este mundo, que nada es más fácil que creer; algunos hombres incluso llegan a fingir poder creer en lo que quisieran.

Llamo a esto fe ciega, porque consiste en descartar lo universal y considerar solamente un punto. La fe ciega excusa cualquier comparación y para este tipo de creencia, cuantos más entremos en las minucias más prontas están las personas a creer; esto explica el fanatismo del supersticioso, que está en la exacta proporción de su ignorancia.

Esto no puede ser dicho en relación con aquella certeza, opuesta a la fe ciega, porque podemos llegar a esta certeza solamente en la proporción en que nos elevemos en dirección a lo universal o a la totalidad de las cosas, y al descubrir la unidad o la universalidad de la ley, se torna imposible no tener la certeza. De hecho, esta certeza es opuesta a la fe ciega, porque está en proporción directa de nuestra elevación y conocimiento.

Así, admito que nada es más fácil que creer, pero ¡no es tan fácil tener la certeza! Hombres del mundo, de épocas en épocas, lanzan propósitos especiales que creen ser

decisivos, porque ninguno puede responderlos. Son como las reacciones químicas que introducen a nombre de la verdad y a través de las cuales intentan precipitarla al fondo del recipiente. Sin embargo, vemos que no es imposible que sus subterfugios escapen.

En general, los hombres se sumergen en la fe ciega, en la duda e incluso en el escepticismo, solamente porque no van más allá de las imperiosas y oscuras opiniones de los hombres, de sus sistemas incoherentes y pasiones; en una palabra, porque miran solamente a los hombres donde todo está en oposición y es diverso. Si considerasen al hombre, allí encontrarían la raíz de todas las virtudes, toda luz y armonía; allí verían al mismo sistema Divino y se encontrarían en tal uniformidad de principios y certeza, que luego se tornaría una única mente. De nuestras dos razones humanas, por tanto, no descartemos aquella que tiene el poder de retener la Verdad.

La estimación de las Escrituras sobre la comprensión: Los Místicos.

Aquellos que leen las Escrituras verán como valorizan la comprensión; como amenazan negar esta comprensión aquellos que se desvían del camino correcto, prometiendo esta luz solamente a los que aman la verdad. Es en la Escrituras que van a ver como los elegidos de Dios, los encargados de proclamar sus Palabra, reprueban al pueblo, los ministros de la religión y los individuos que, de la misma manera, han descuidado hacer uso de la comprensión, razón Divina o discernimiento que nos es concedido sólo para separar en nosotros, continuamente, la luz de las tinieblas, así como hace el propio Espíritu de Dios.

Aquí entonces, ustedes ven, oh ministros de las cosas santas, lo que es la obra, cuya Verdad tiene el derecho de esperar por ustedes. Tengan en cuenta el camino que respetables místicos han tomado. Pero no sean no de aquellos tímidos beatos que nos prohíbe el uso de la luz que el hombre ha recibido a través de su naturaleza. No es difícil encontrar algunos de estos místicos, hombres o mujeres, que describen, maravillosamente, el más perfecto estado de las almas e incluso las exactas regiones o impresiones a través de las cuales el verdadero siervo del Señor tiene que pasar.

Estos místicos parecen ser llamados a estas regiones solamente para describirlas, sin tener la vocación activa de verdaderos administradores; ellos ven la tierra prometida pero no la cultivan; otros la cultivan sin verla; estos deberían temer al riesgo de distraer sus mentes al parar de contemplarla; tal es el ansia de tornar a esta tierra fructífera. El puesto de estos místicos no está en regiones parciales o particulares. Esto se comprueba juzgándolo por naturaleza del deseo.

La naturaleza del deseo: el principio del movimiento

El deseo no resulta de la separación o de la distinción de dos sustancias análogas, sea por su esencia, sea por sus propiedades se ha dicho “no debemos desear lo que no conocemos” es prueba de que cuando deseamos algo, es necesario que haya en nosotros una porción de este algo, que por lo tanto no puede ser considerado como desconocido e nosotros. También es cierto, como siempre digo, que todo deseo se empeña en mantener aquello que lo atrae, como se puede verificar en cualquier cosa que tomemos por ejemplo; el deseo, al mismo tiempo, reprueba nuestra idolatría, revive nuestro coraje y condena a aquellos que lo reprimen.

Puedo agregar, que el deseo es el principio de todo movimiento y consecuentemente es imparable el hecho de que el movimiento y el deseo poseen una relación de proporción;

desde el Primer Ser, que es el primer deseo, o Divino Uno o deseo Universal, es también el motivo del propio movimiento. La piedra no tiene movimiento pues no tiene deseo

El alma del hombre receptáculo y envoltorio del deseo de Dios. El alma puede conocer todos los deseos de Dios.

Debo decir también, que cada deseo actúa en su propio forma o dominio, para manifestarse; cuanto más elevado el plano más susceptible estará la forma de sentir y participar del deseo, allí contenido; el motivo por el cual el hombre puede ser admitido al sentimiento y conocimiento de todas las maravillas Divinas es que su alma es el propio receptáculo y forma del deseo de Dios

El esplendido y natural destino del hombre es solamente el desear aquello que es real y radicalmente produce todas las cosas. Este es el deseo de Dios, cualquier otra cosa que atraiga al hombre le transformará en su juguete o esclavo, no es esto lo que el hombre desea. Entonces, la máxima de su ministerio no es para actuar real y radicalmente, excepto bajo la autoridad que sea equilibrada, buena, consistente, efectiva, y que esté en conformidad con el Deseo Eterno y que es positivamente comunicada a él en cada momento. Todo cualquier otro comando que reciba diariamente, es provocado por él mismo a partir de intereses propios y, a veces, a partir del orgullo, mucho más como sobreaño que como siervo. De esta forma casi en todo el mundo, los sirvientes se colocan en el lugar de sus amos.

No puedo negar aquí que el deseo Divino que se hace sentir en el alma del hombre, tiene por objetivo establecer el equilibrio entre el alma y Dios, ya que el deseo surge de la separación de sustancias análogas que quieren estar unidas. Este equilibrio no es una muerte o un efecto inerte, sino un desenvolvimiento activo de las propiedades Divinas que constituyen al alma humana, dado que es un extracto Divino universal.

Pero si estas nociones estuvieran extintas del alma humana, cabe a ustedes, ministros de las cosas santas, revivirlas en las almas: si este deseo fue debilitado, cabe a ustedes, fortalecerlo, mostrando al hombre todas sus ventajas.

¡Qué papel magnífico es este el de ustedes, trabajar para realizar, en este plano elevado, la reunión de lo que está separado y deseoso de sí mismo! Se puede ver que hasta un simple deseo animal, como el hambre, tiene por objetivo establecer el equilibrio entre nuestros cuerpos elementales y la Naturaleza; todo para que sean capaces de manifestar y cumplir todas las maravillas elementales o propiedades corporales con los cuales la naturaleza los hizo, visto que son un extracto de la Naturaleza. ¿Qué entonces no podríamos esperar de este deseo, en otro plano, y de esa voluntad sagrada de la cual el Altísimo compuso nuestra esencia?

¡Oye, oh hombre! Tu cuerpo es una continua expresión del deseo de la naturaleza, y tu alma es una expresión continua del deseo de Dios. Dios no puede estar un solo instante sin desear algo, Él no puede tener un solo deseo que no puedas conocer, , ya que tú es quien debes manifestarlos. Intenta, entonces, estudiar continuamente los deseos de Dios, para que un día no seas tratado como un sirviente improductivo.

Las dificultades de nuestra reunión con Dios

Hay una razón más elevada, para que nuestra reunión con Dios, de quien estamos separados, se realice tan trabajosamente; esta razón, explica porque estamos obligados a

actuar de forma vigorosa y perseverante, a fin de alcanzar a Dios, ella se basa en dos dificultades:

La primera es que, desde la gran Caída estamos en una verdadera prisión, nuestro propio cuerpo, el cual debería haber servido como protección; además de esto, la mayoría de los hombres al contrario de aliviar el peso de sus impedimentos, a fin de hacer uso de las mejores de sus habilidades y mecanismos, colabora para que sus almas se tornen de la misma naturaleza de sus prisiones; para esto basta materializarse como hacen todos los días. Así, si el alma humana está transformada en una prisión, podemos hacernos una idea de su lamentable condición.

La segunda dificultad, posee un peso enorme, puesto que Dios, como todos los otros seres, se concentra en Sí mismo; a través de Su propia atracción central Él tiende, continuamente, a dirigirse hacia sí mismo y a separarse de todo lo que no sea Él; a través de este mecanismo, Él hace de Sí mismo un mundo aparte, cerrado en su propio Cuerpo Esférico Universal; vemos esta forma ser tomada por todos los mundos particulares y todos los cuerpos abajo de los glóbulos de agua y mercurio, que también toman esta forma de corporización.

Mundos a ser conquistados: lo específico para tal realización.

Sin embargo, como estamos confinados por el pecado, en un mundo que no es Divino; como, además, a través nuestras profanaciones, ilusiones e ignorancia, creamos para nosotros mismos un mundo aún menos Divino, podemos tener la idea que los esfuerzos no son necesarios para cancelar estos mundos falsos, pesados y de tinieblas que nos circundan, para conseguir una abertura al mundo Divino; penetrar en el mundo Divino es tan maravilloso como necesario. Los grandes esfuerzos exigidos a nosotros para este trabajo pueden ser imaginados, si pensamos que todos estos mundos, concentrándose en sí mismos, cada uno en sí mismo, tienden a separarse uno del otro continuamente.

Aún así, no debemos perder el valor, pues este mundo Divino, que tiende a concentrarse en sí mismo, también tiende a universalizarse, porque es todo, o al menos, debería ser todo; este es su derecho. De esta forma, nuestro trabajo, bien comprendido, debería tener por objetivo atenuar todos estos falsos mundos con los cuales nos rodeamos incesantemente y permitir que se disuelvan; lo universal o el mundo Divino, tomaría entonces, naturalmente el lugar de ellos, ya que todos los lugares a él pertenecen; estos resultados serían tanto inmediatos como simples, ya que estaríamos en conformidad con el Mundo Universal mismo.

Sin embargo, ¿qué sería lo específico a realizar en esta obra maravillosa de atenuar los falsos mundos que nos rodean o que creamos para nosotros día a día y abrir el Mundo Divino que de buen grado tomaría su lugar? Pregunto una vez más, ¿no les cabe a ustedes, ministros de las cosas sagradas, enseñarnos y probar que aquello que es específico consiste en las virtudes del Verbo? Sí, el Verbo Eterno levanta su voz y actúa solamente para exterminar éstos mundos de ilusiones, estos Titanes que atacan a diario el cielo y para hacer que el mundo real y Divino reine sobre todo, puesto que el Verbo es el órgano y el principio de este mundo real y Divino.

Ayudas dadas al hombre: la gran eficacia de estas ayudas

Sé que los obstáculos son innumerables, las dificultades inmensas y los peligros casi incesantes; sin embargo, las ayudas existen y son de todos los tipos, garantizadas

universalmente al hombre, a fin de que se defiendan en cualquier lugar, alcance la victoria y cumpla toda la intención de su ser, sin que el enemigo consiga cosa alguna más allá de la vergüenza.

Aunque desperdiciemos nuestras palabras diariamente en innumerables ocupaciones secundarias y con preguntas inferiores que están lejanas de contribuir en nuestro avance en el verdadero Ministerio Espiritual del Hombre, aún así, si no excedemos la medida de nuestras voluntades o no nos alejamos de la justicia, estas ocupaciones pueden sernos útiles como protectoras.

De hecho, las numerosas diversiones, afectos y atracciones que se presentan a diario en la vida, sean físicas, sociales o políticas, son muchas ayudas que se presentan, a fin de detenernos a la vera de nuestros precipicios; sin ellas nuestros espíritus podrían caer allí en cualquier momento. Hay tantas barreras y apoyos a lo largo del margen de estos precipicios, cerca de los cuales caminamos durante nuestro paso a través de este mundo inferior.

No hay un momento de la existencia que no recibamos tal apoyo, para tornarnos capaces de atravesar las tinieblas infectadas sin pasar por el terrible disgusto e intolerable amargura que ellas nos reservan. Así, cuando el hombre se permite caer en el crimen, o en simples actos de debilidad es porque, con certeza, no hace uso adecuado de estas ayudas; pues de verdad, estaba rodeado de todo lo que era necesario, si no para avanzar, al menos para no caer.

Sin alcanzar, aquí, éstos sublimes principios de moralidad, cuya enseñanza es, antes de rendirnos a las ilusiones debemos mirarnos a nosotros y encontrar una obra útil a la cual podamos dedicarnos; vemos, al menos, que aquello que proviene de la moralidad nos enseña a contrarrestar la inercia, sea del cuerpo o de la mente; comprendemos porque generalmente hay menos corrupción entre hombres que trabajan que entre los que viven en el ocio y la inactividad; vemos también, porque hay menos enfermos entre los que se preocupan que entre los negligentes; hay menos entre los ocupados con asuntos materiales y naturales que aquellos empleados en obras de pura imaginación; y porque, finalmente, hay menos dedicados a las ciencias demoníacas entre los simples y trabajadores que entre los grandes e inactivos.

Cada ayuda y apoyo además de ser una defensa contra el enemigo, puede, ser utilizado celosamente, con la intención pura de conectarnos, de acuerdo con nuestra proporción, con aquel deleitable magismo que es la Verdad cargada consigo y que su Verbo infiltra en todo lugar, sin embargo no tenemos conocimiento de esto; de esta forma, al impregnarnos con sus sumos vivificantes, por un lado, y proporcionar invisibilidad a la distancia del enemigo, por otro, estas ayudas nos transmiten seguridad y felicidad en todo lugar, neutralizando la amargura, siempre pronta a quebrar nuestras alegrías.

No hay estado o situación en la vida en que esta doctrina no se aplique. Situaciones dolorosas y placenteras pueden, de la misma forma, encontrar aquí sus prescripciones y el régimen adecuado a cada caso; pues los estados agradables poseen sus desventajas, así como los dolorosos; diría que son aún mayores y por lo tanto tienen mayor necesidad de estos apoyos y poseen mayor necesidad de estar bajo supervisión.

El propio Verbo está con estas ayudas

El verbo está. Siempre unido secretamente a estas ayudas, todos deben mantener una participación en su acción vivificante. Por lo tanto, al preservarnos de la inactividad del

espíritu durante los estados agradables y de la holgazanería del cuerpo en los estados dolorosos, es probable, es probable que consigamos conectarnos con el Verbo y quién sabe si transformarnos, naturalmente, en sus ministros.

Para nosotros, el Verbo Eterno pasa incesantemente de la muerte a la vida. De hecho, este es su modo de existencia; Él es en sí, un prodigio continuo, siempre naciendo bajo nueva forma; esto es porque Verbo actúa en todo lugar y continuamente, de esta manera y con este carácter; Él difunde, en todo lugar, la misma impresión activa característica en todo lo que hace y en todo lo que es, sea visible o invisible.

Ésta es nuestra brújula, receptáculo, puerto, nuestra ciudad de refugio. Dejemos que Él nos guíe, en espíritu y en acto; vamos a unirnos a Él y Él nos hará nacer de la muerte hacia la vida, en todo lugar, a través de Él y con Él; el Verbo nos hará participar en Su propiedad de ser un continuo prodigio; entonces, el enemigo estará obligado a dejarnos pasar sin hacernos ninguna imposición, ni a nosotros ni a nuestra felicidad presente o futura.

Las ayudas sensibles del Verbo llevan al “mejor estado posible” aquí abajo

No precisamos indagar más lo que le aguarda al hombre bueno, igualmente sobre esta tierra, cuando cumple puntualmente y con resignación los decretos que le condenan a luchar para conquistar. Lo que le espera es nada menos que las ayudas del Verbo. Es verdad que, si la conducta del hombre fuese sabia no habría duda de la existencia de un estado anterior de perfecto orden, que podía ser llamado de un primitivo “mejor estado posible” (optimismo). Sin embargo, el hombre aún puede descubrir en su momento un “mejor estado posible” de un orden secundario, que le llenaría de consuelo durante pruebas y sentimientos de dolor.

Sin embargo, si normalmente la base fundamental de nuestro ser nos inclina al deseo de creer, sea por necesidad o por convicción, en un optimismo primitivo, donde todo era bueno, se hace difícil creer en un optimismo secundario, cuando vemos tanto mal a nuestro alrededor. Para que cuestionar sobre lo que le aguarda al hombre bueno si basta abrir los ojos hacia la fuente de vida y de amor que siempre nos busca en nuestro abismo; estamos obligados a confesar que, si no aprendemos a conocer este optimismo secundario nunca vamos a conocer aquel primitivo.

Con el deseo de distinguir entre estos dos tipos de optimismo, los racionalistas o mejor, irracionales, han especulado demás sobre el bien y el mal. Todos descendemos del optimismo primitivo; tenemos la tendencia de volver a él, pero no nos damos el tiempo para la jornada, a pesar de la inconsistencia, persistimos en pensar que ya llegamos siendo que de verdad estamos apenas en el camino. A pesar de habernos desviado enormemente del optimismo primitivo, aún es posible percibirlo y verlo vivir en la luz en todo lugar, a través del optimismo secundario. Acontece que el Verbo Divino aún abre en nosotros la puerta de la Divinidad, o sea, de la santidad, de la Luz y de la verdad. El enemigo también tiene una palabra, pero al pronunciarla, abre apenas la puerta en sí mismo. Cuanto más habla, más se infecta y como está siempre pronunciando las palabras de falsedad está siempre infectando. Él no hace más que derramar su propia sangre venenosa y beberla. Este es su trabajo perpetuo.

Los tres grados del Verbo que son dados al Hombre.

Una palabra pura fue restaurada al primer hombre después del crimen, una aún más gloriosa y triunfante fue restaurada en el curso de los tiempos; ¿cuál será entonces aquella a ser restaurada en el final de los tiempos, cuando el Verbo mismo se manifestará en la plenitud eterna de su acción?

Vemos aquí que todo es amor; el Verbo es el continuo y universal himno del amor, llenando todos los caminos del hombre con suaves progresiones, apropiadas a cada grado de su existencia. Es por esto que, para el alma humana, todo comienza por el sentimiento y afecto, es así que todo debe terminar también.

La comprensión o la inteligencia solamente se abren después de que el ser interno haya experimentado los primeros sentimientos de su propia existencia. Esto ocurre en la época en que el hombre comienza a pensar y siente que un nuevo centro nace en él; esta es una sensación moral que no conocía antes. La inteligencia no da muchas señales de su presencia antes de la apertura del centro moral.

En una edad más avanzada, el líquido vital si eleva a la región de la comprensión, es cuando el hombre tiene la mayor necesidad de cautelar que orienten su curso y que lo preserve de los peligros de su impetuosidad; sin tomar los debidos cuidados, el centro moral puede ser rápidamente oscurecido o deteriorado. Esto ocurre con aquellos que colocan ideas antes que la moral, ideas totalmente dependientes de ellos, o de sensaciones u objetos externos.

Por otra parte, si este centro moral de sentimiento y afecto adquiere prioridad, por derecho natural, es verdad que todo deberá retornar a él al final. Ve como el alimento cumple su objetivo y como nos son útiles en tanto que sus apogeos y propiedades son conducidos a la sangre, foco de la vida.

Es preciso reconocer que todos los relampagueos de inteligencia que el hombre adquiere por el raciocinio, pueden ser usados hasta que penetre el foco moral, hacia donde trae todas las propiedades que posee. Es un tributo y una reverencia que el hombre debe rendir a su fuente, llegando así, a ser testigo de la naturaleza de sus relaciones con la fuente. En resumen, la comprensión puede auxiliarnos a reconocer los frutos del optimismo que nos rodean abundantemente, pero el principio moral nos permite alimentar los principios del optimismo primitivo: tales son los servicios que los administradores del Verbo nos deben prestar.

¿El demonio dejará de ser malo?

Los pensadores, que creen en la fuente universal del amor, pueden así, concebir como todas las cosas deben acabar para el Hombre de Deseo: en el Amor y en el Verbo. Ellos razonan así porque este mundo material no puede durar para siempre; porque es nada más que una imagen activa, sin duda, pero sin amor, sin habla o palabra; esto significa que un día debe retornar al Amor o al Verbo, de los cuales está separado por el crimen.

Si extendemos esto al enemigo de toda verdad, la propia causa del desvío del universo y de sus ser, llegando a estar exiliado del Amor y del Verbo, es preciso observar que, infelizmente, este enemigo no está sin habla; esta es la razón por la cual él produce sus propios desvíos y exilio.

Además de eso, aquellos que predicán el retorno final de este ser culpado, no reflexionan sobre cuán imposible es tener alguna idea positiva sobre estas grandes cuestiones aquí en la tierra. De hecho, por más maravilloso y profundo que sea el conocimiento que se adquiera al respecto de las regiones Divina e infernal, aún así,

mientras el hombre esté bajo la forma material, él puede adherir tanto al Principio de Dios, o a lo que llamamos el cielo de los cielos, o al líder de perversión, o lo que llamamos el infierno de los demonios. El objetivo de nuestros cuerpos es al mismo tiempo, lo que nos mantiene privados de Dios y de servirnos como defensa contra el demonio.

La verdadera razón de todos estos juicios del hombre, es que, sin ser Dios, él es un ser universal, y que consecuencia no puede sentir un punto de su ser, que no lo lleve imaginariamente a una universalidad, sea buena, sea malvada. Se puede decir también que es esta idea de universalidad la que le induce a salvar tan prontamente a todos los prevaricadores; el hombre no percibe que, igualmente si hubiese apenas salvado un solo hombre, la idea de la misericordia que él venera, aún así sería válida, porque no hay un sólo hombre que no sea una universalidad.

Destino y predestinación

Por otra parte, el hombre se ha sumergido en enmarañados laberintos cuando el tema es la predestinación. Pero, ustedes administradores de las cosas sagradas, ¿no deberían salvarlo de esto, mostrándole la diferencia entre destino y predestinación?

Parece que el destino sólo es tomado en un buen sentido, mientras que la predestinación tiene dos caras. Dios siempre da un destino a los hombres y, en este sentido, ha habido elegidos de todos los tipos; sin embargo, Él no da predestinación alguna porque, en su aceptación más favorable, esta palabra implica una especie de fatalismo, lo que parecería contrario a la justicia.

Esta palabra es un abuso. Dios pudo haber dicho a muchos: “Yo te escogí del vientre de tu madre” y “antes que el mundo existiese”, pero fue el espíritu del hombre que revistió esta elección con la palabra predestinación; la debilidad alteró aún más su significado y el fanatismo lo adulteró.

El Hombre, desde su origen, debería haber afirmado estar predestinado a manifestar al Ser Divino; él aún no lo manifestó. Desde su caída, cuando es llamado a la obra, él apenas retorna a su destino original; en este caso él está, comparativamente, en un nivel más elevado que sus semejantes, a pesar de esto vuelve simplemente a la línea primitiva de la cual nunca se debería haber desviado; por lo tanto no aparece bajo el nombre de predestinación, en el sentido que normalmente sustenta, pues está mucho más debajo de lo que estaría si permaneciese en su gloria y mucho más debajo de lo que estará en el final de los tiempos, si llega regenerado.

El poder del Hombre bajo Dios

Al revés de este desesperanzador sistema de predestinación, ¿será que ustedes no podrían enseñar que el hombre puede, a través de su amor, de cierta forma, gobernar a Dios?

El impetuoso no percibe que Dios es guiado, no sólo por nuestras voluntades, sino también por nuestros deseos. Dios no es sólo un médico astuto que sigue, paso a paso, el curso de una dolencia, regulando medicamentos de acuerdo con cada momento; es también como una suave y considerada madre, que está atenta a todos nuestros gustos; si nos preocupamos en agradarla; no habrá nada que no haga por nosotros y seremos siempre estimado objeto de su clemencia. ¿Qué madre no está completamente dominada y gobernada por su hijo, cuando este actúa con ella en la forma que debería?

Entonces no es sorpresa, si alejado de ser impulsivo e injusto, Dios buscarse solamente introducirnos a todas las cosas; por tanto es preciso ser sabio; es preciso hacer que nuestro amor impregne sobre Él un gobierno poderoso y que posea una atracción mágica por la cual estará dispuesto siempre a hacer cualquier sacrificio, incluso hasta aquel de Su propia supremacía y gloria.

Sí, esta es una verdad positiva; podríamos gobernar a Dios por nuestro amor; Dios lamenta atribuirnos a Él tanta autoridad, cuando podría usar, con relación al hombre, nada más que una amigable complacencia y benevolencia.

Lee a Isaías XLI, a partir del 8° verso, y verás que Dios no sólo llama a Abraham "mi amigo" sino que, por cuenta de esta amistad derrama sobre él todo tipo de atención y benevolencia.

Lee 2° Crónicas XX, 17 y verás, en la oración de Josafat, que Abraham era considerado por su pueblo como el amigo de Dios. (Véase también sobre este asunto en Santiago II. 23).

Lee el Libro de la Sabiduría de Salomón (VII 27), y verás a Dios hacer uso de la palabra amigos al hablar de las almas santas. Finalmente en el Evangelio según San Juan XV, donde el Señor llama a sus discípulos amigos.

¡Oh, ministros de las cosas santas! ¿No es su trabajo mostrar estas verdades a la mente humana?

Todo lo que es sensible es una expresión del Ser.

La Esencia Primaria puede realmente habitar en nosotros y con satisfacción, cuando realmente nos volvemos Sus amigos; por esta razón, cuando regenerado el hombre es una copia verdadera y viva de Ser de los seres, ya que es el carácter de este Ser que lo afirma en nosotros.

Toda sensibilidad espiritual, que nada más son lo que las Operaciones Divinas tiene por objetivo notificar Su existencia y presencia: de otra forma las regiones podrían olvidarlo; nosotros también lo olvidaríamos, por causa de la sublimidad de Su existencia; esta verdad se aplica a las sensibilidades físicas y a la existencia de nuestro ser corporal, así como a la existencia de toda Naturaleza, una vez que toda sensibilidad que vemos, oímos y probamos son notificaciones y expresiones del Ser. Si esto no ocurriese, podríamos adormecernos cerca de Él, estar como si estuviésemos sin Él, tan separado y distinto, sin embargo no distante, Dios está en nosotros.

Entonces que el hombre no se sorprenda, cuando regenerado, sienta los siete principios o poderes, los pilares fundamentales, nacer nuevamente en él; o los siete órganos del Espíritu allí se formarán y se pondrán en movimiento; pues el Espíritu desea ser conocido y fuimos escogidos para ser sus testigos vivos. Si las sensibilidades espirituales son apenas indicios de las operaciones eternas de la Esencia Primaria, precisamos estar espiritualmente sensibilizados antes de conocer esta esencia.

El hombre espiritualmente sensibilizado, a este nivel, calla; no tiene nada más que decir; no hay necesidad de hablar, ya que el propio Ser actúa en sí, por sí y con tal proporción, sabiduría y poder que supera todo lenguaje humano.

En este cuadro vemos como el Hombre prueba a Dios y puede ser útil a Él en la calidad de testigo universal. Vemos también cuán querido debe ser el hombre a Dios, ya que tiene un destino tan sublime. Como siempre he mostrado, es cierto que, si no hubiese Dios alguno, no tendríamos nada que admirar; pero que, si no hubiese un alma espiritual

inmortal, Dios no tendría un objetivo permanente que pudiese ser el foco y el completo receptáculo de Su amor.

Sucesivos nombres; estados y procesos en la representación de la Divinidad

En cuánto a los diferentes nombres del Hombre, ya vimos que su nombre actual es dolor o sufrimiento: este nombre debe resonar por todo el ser, antes que pueda alcanzar los portales del Verbo y de la Vida. Sin embargo, el segundo nombre, que el Hombre encontrará en los portales de la Vida es santidad, la raíz hebrea de lo que significa renovar. Cuando el hombre tiene la felicidad de hacer que ese este nombre nazca en él, puede entonces tener la esperanza de entrar en el Ministerio Espiritual del Hombre; lo que el Verbo más desea es tener sus sirvientes; aquel que comprenda la dignidad de este nombre, la pureza de sus efectos, los deliciosos y espléndidos servicios que permiten al hombre revelar la universal; conocerá lo que es la felicidad y la gloria de ser un hombre. A partir de entonces, no descansará hasta que esté en condiciones de ser usado, pues, para ser universal, no basta llegar a un sentimiento vivo y permanente con relación a su posición como espíritu, es preciso ser utilizado como tal en las regiones terrestre, celeste, espiritual, Divina, regional, israelita, de la gramática viva, patriarcal, profética, apostólica, etc., contra el mal, la vanidad y las tinieblas. El hombre no va a desistir, por vergüenza, de estar obligado a enseñar a sus esencias y órganos espirituales este elemento de lenguaje universal, visto que espera algún día enseñar todas las cosas que no conoce, incluso que tiemblan por tal conocimiento.

La obra de la santidad dentro del hombre

Este segundo nombre, santidad, engendra en el hombre, todos los otros nombres parciales, la necesidad y las propiedades que va a encontrar en las aptitudes ocultas y los empleos que le aguardan en su camino, de acuerdo con las varias funciones y mejoras que pueda hacer. Cuando el Hombre Espíritu se dedica valientemente a su obra de regeneración, desarrollando sus facultades, se agrupan alrededor de su cabeza vapores activos y vivos que surgen de los diferentes puntos del horizonte espiritual, a fin de establecer abundantes y fructíferas fuentes sobre ella. El fervor de estas nubes de fermentación asciende, la fuente se abre y millares de arroyos de rocío celeste descienden sobre el hombre y le inundan; estos arroyos vivificantes penetran y saturan al hombre, como hace la lluvia en los campos de la naturaleza. El ardor y el deseo son los primeros centros y focos de estas nubes superiores; es el hombre quien atrae y fija los vapores Divinos y espirituales; pues tiene el poder de convocarlos y mandarlos, por así decir, en todas las regiones en donde Dios actúa y da universalidad a todas las cosas. Este es uno de los más altos privilegios del hombre lo que le demuestra, de forma más convincente, como fue investido del derecho de ser la imagen y el representante de la Divinidad.

Dios produce eternamente las esencias de estos vapores; el hombre como imagen de Dios, tiene el poder de coleccionarlos, reproducirlos, concientemente y formar regiones de tamaño fuerza que nada puede resistir. Esto significa repetir su generación en un plano visible inferior, siendo que el plano superior está reservado únicamente a Dios.

Diluvios espirituales sobre la mente del hombre.

Los Noés espirituales.

¿Cuáles son los obstáculos que se oponen a estos derechos del Hombre de Deseo? ¡A qué desoladores límites están confinados! Dios dijo, en verdad, a los hombres de la época de Noé, que no habría más diluvios pues, según las leyes de la Naturaleza y de la Justicia, cuando el germen del pecado, análogo al agua, invadió las formas materiales, produjo una explosión que atrajo el castigo correspondiente. No sería posible reproducir tal desorden de la misma forma ni tampoco el castigo en la forma de diluvio por el agua. Sin embargo, Dios no dijo que no habrían más diluvios espirituales; de hecho, lejos de creer que este tipo de diluvio no puede ocurrir, podemos decir que es continuo y universal cuando observamos la inundaciones de errores que saturan la mente humana.

Los diferente Noés nombrados para presidir sobre estos diluvios requieren resistir y contener los torrentes de sufrimiento que surgen sobre ellos atravesando el ser en todas las direcciones. Ellos no se quejan al verse así asaltados; están satisfechos que estos torrentes se acumulen sobre ellos, levantando y presionando una a las otras hasta provocar erupciones en todas las facultades de su ser.

Aguardan con una fe viva y una deliciosa esperanza que las aguas circulen a través de los canales que se abren en el ser; aguardan que la tierra, a su rededor, recupere la fertilidad, a través del aparecimiento de un ramo de olivo, traído por la paloma, que es el Verbo; a partir de entonces, se podrá volver al desierto y a las regiones estériles, los animales recogidos en su santa arca, las razas que tanto desean ver preservadas.

¿Por qué existe aún el mal en el universo?

Entre las aflicciones espirituales que el Hombre de Deseo experimenta en el curso de la obra de regeneración de su Ministerio, hay uno que, al principio, le parece dilacerar el corazón y lo sorprende al ver que no puede disminuir su duración a través de la voluntad. Esta aflicción es saber si todo lo que pedimos al Padre, en nombre del Reparador, puede ser obtenido; además, por el hecho de que el mundo no es perfecto, la iniquidad humana aún no está abolida y la naturaleza aún no está redimida.

Algunas veces, este Hombre de Deseo se enardece en las dulces perspectivas que le convenciéndose de que esta obra es necesariamente posible según la promesa. Algunas veces, incluso se siente movido por santas aspiraciones, que le llevan a creer que por la fe puede tener éxito en la realización de alguna parte de esta obra sublime, entonces se llena de júbilo. Sin embargo, cuando cuestiona escrupulosamente este punto, he aquí la respuesta que recibe:

Dios todo gobierna con paciencia, amor y sabiduría

Todos los caminos de Dios son caminos de amor; los poderes de Dios son, en verdad, sin limitaciones y pueden hacer todas las cosas, excepto lo que es contrario al amor. Ahora, es en el amor que Dios temporiza; es porque ama todas las cosas que desea que todo tenga los medios y el tiempo necesario para henchirse con Él, a fin de que nada retorne a Él vacío de Él mismo. Si forzase violentamente el proceso y el tiempo causarían, con certeza, todas las apariencias y las tinieblas que llevan al espíritu cautivo a desaparecer, de la misma manera, si todavía no estuviese saturado con una tintura Divina. Esta tintura solamente puede penetrar en forma gradual; si penetrase de repente y de una sola vez podría empujar al espíritu a los extremos más allá de sus fuerzas, a la cuales no resistiría.

Así, el largo sufrimiento de Dios modera hasta los proyectos que hacemos para el avance de Su reino; así, el Hombre de Deseo, cualquiera que sea su ardor, puede hollar los caminos de la sabiduría, apenas en la medida en que es penetrado por el sentimiento de aquel amor universal que dispone todas las cosas gentilmente y cuando se siente fuertemente movido a “hollar correctamente los caminos tortuosos”; él debe llevar su deseo al seno del Amor Eterno, pues sólo este Amor sabe lo que es mejor para el cumplimiento de Su propia voluntad Divina que es benigna y sabia ; se debe recoger al fondo de su corazón y ahí, como la paloma, desear ardientemente y en silencio la extensión del reino del Verbo y de la Vida; debe allí luchar en el dolor u aguardar pacientemente, sin olvidarse que, a través del hombre culpable, el mal inundó el mundo, y solamente a través del hombre justo es que la región de la bondad podrá recuperar su lugar.

El hombre debe, en resumen, tener cuidado, ya que sólo atiende a su propia imprudencia, ligada a sus propias tinieblas, privaciones y la ya conocida impotencia, mientras fantasea oír únicamente a la justicia y tener el derecho de exigir de Dios más de lo que su presente misión le permite implorar.

Hombre, piensa que la continua ocupación de Dios es separar lo puro de lo impuro; todo tiempo está consagrado a esta gran obra. Esto es lo que Él hace conocer desde el momento de nuestro nacimiento, de nuestra incorporación; a partir de este instante busca gradualmente liberar nuestras almas de sus prisiones; no obstante, Él sólo cumple esta tarea al final de nuestras vidas; aún así, esto depende de cómo hayamos vivido.

El Espíritu de la Sabiduría y el Espíritu de la Caridad que deberían animar a los hombres.

Vimos más de una vez, que el espíritu de la operación Divina, tanto en el hombre como en el Universo, es un sacrificio perpetuo, una continua dedicación del Verbo, que se sacrifica incesantemente para substituir la sustancia Divina en todas las criaturas, por aquella que es el tormento y la inquietud de estas criaturas. Como procedemos de Dios, este espíritu nos debe animar a cada momento de nuestras vidas si es que pretendemos ser Su imagen y semejanza y revivir en nosotros el pacto Divino. Es preciso ser sabios, no sólo en la virtud, sino también en la equidad, teniendo consideración por la posición que sustentamos, así como por su honra ya que Él ha confiado en nosotros y estamos encargados de representarlo.

Si todo eso fue insuficiente para tornarnos sabios, significa que estamos totalmente desprovistos de caridad para con las otras criaturas y regiones relacionadas con nosotros, ya que nunca dejamos de ser sabios sin otorgarles la muerte en vez de la vida que esperan de nuestras manos.. Sin embargo, si no somos lo suficientemente elevados para dar vida a las criaturas, vamos al menos, dejar de rebajarnos por causarles la muerte. Felices seremos cuando seamos capaces de ascender un grado; a partir de entonces, todas las virtudes van a fluir de nosotros y por consecuencia promoveremos la felicidad de todas las criaturas.

El sabio trabaja para su propio reposo, cuando limpia diariamente sus manchas que oscurecen al Hombre desde su pecado; procura hacer que la fuente de la vida brote en él, pues sólo ella puede darle la paz. Este es el fin al cual debe tender todo hombre justo. El hombre de Caridad va más allá; no se contenta con su propia felicidad, también quiere la felicidad de lo que no sea él; en este caso el espíritu de caridad tiene dos características distintas, una espiritual y otra Divina. Por la primera, el hombre busca la paz de sus

semejantes; por la segunda busca hacer que el mismo Verbo guarde su sabat; he aquí que muchos son los llamados y pocos son los elegidos.

¡Oh, ministros de las cosas sagradas!, ¿no les corresponde enseñar a los hombres tales verdades tan importantes y tan poco conocidas? ¿Quién cree, aquí en este plano, que somos los grandes supervisores de los dominios de Dios, usados a fin de trabajar para Su descanso? Puede decirse, incluso, que el hombre trabaja exactamente para lo contrario como si buscara el descanso del enemigo; todos debemos ocuparnos en aliviar las heridas que el enemigo provoca incesantemente tanto en las regiones como en las cosas; todas las evidencias comprueban que podemos mantener esta elevada ocupación uniéndonos en espíritu y en verdad al ministerio del Verbo, pues se por un lado hay una progresión de abominaciones del hombre y su enemigo en el sentido descendente desde el principio del mundo, hay también un progreso ascendente de las riquezas Divinas desplegadas delante de nosotros desde la misma época y que no dejará de desarrollarse hasta el fin de los tiempos.

Los peligros y horrores ocultos por la bondad Divina, deben ser superados y dispersados por la caridad

Si pensásemos en todo lo que está oculto bajo el mundo universal material, iremos a agradecer la manifestación de la bondad Divina por ser tan activa al punto de ocultar esta horrible imagen de nuestros ojos.

Si reflexáremos sobre la infeliz condición de la familia humana, visible o invisible, agradeceríamos los poderes de la naturaleza por haber ahorrado a nuestras vistas estas escenas dilacerantes; deberíamos agradecer a la Sabiduría Suprema por permitir que el hombre y la mujer puedan ahora tener la condición de incorporar el amor y la Luz para sí, bajo el velo de la Eterna SOPHIA; todo casamiento santo que se realiza es celebrado a través de la familia humana que se llena de satisfacción, así como nuestros casamientos terrestres satisfacen las familias de este mundo.

Si imaginásemos cuál es la angustia del Verbo, agradeceríamos su caridad generosa en su dedicación a nuestro descanso; por nuestra parte, también nos dedicaríamos a su descanso.

Hollandando este camino de amor y de caridad deberíamos, en fin, rechazar todo dolor y todo mal en todos los lugares, reconociendo la inconmensurable preponderancia del bien. Es verdad que el demonio es tan perverso que, únicamente por el fundamento o por la bondad Divina que surge en el hombre, nunca ni al menos sabríamos de la existencia de un Dios; sin embargo, también es verdad que los hombres están tan cercados por la bondad Divina que, sin la debilidad del hombre, no percibiríamos la existencia de demonio alguno.

Las maravillosas revelaciones de la Sabiduría, a pesar de la insensibilidad del hombre

Hay enormes manifestaciones del Verbo en el mundo, independientemente de las tradiciones y de las escenas magníficas de la naturaleza; cuando observo estas grandes aberturas que la Sabiduría en su generosidad ha revelado a algunos de Sus sirvientes, no puedo contener mi admiración delante de tamaña prodigalidad. Estoy tentado a creer que Ella no conoce el estado de brutalidad, ignorancia y la total insensibilidad en el cual el hombre está sumergido, con relación al progreso de la verdad y la fecundidad del espíritu.

De hecho, a pesar de Su supervisión universal, creo que Ella no percibe los lapsos y debilidades de los hombres, incluso que completan sus falsas y profundas proporciones; es

que, a partir de entonces, este extremo desvío de lo correcto penetra el orden del Altísimo estimulando la Justicia, que de otra forma reposaría eternamente en su protección de Amor.

La tendencia natural de Dios y de los espíritus, en relación a los hombres, es creer que son menos malos de lo que son; esto porque como Dios y los espíritus habitan la morada de orden, paz, virtud y bondad, adjudican esta característica de perfección, que es su elemento eterno, a todo lo que existe. No obstante sean, de cierta forma, continuamente engañados por los repetitivos abusos de la humanidad, todavía separan nuevas ayudas a los hombres en instante siguiente; esta es una verdad de la cual los dos Testamentos, judío y cristiano, presentan un ininterrumpida corriente de evidencias; verdad que deja de sorprender cuando adquirimos una idea de la Raíz eterna y generadora que nunca deja de renovarse.

Esta conducta de Dios y los espíritus para con el hombre no es contraria a aquella supervisión que ejercitan continuamente sobre él, en los caminos que la Sabiduría puede abrirle; todo esto es obra del amor, e comportamiento del dios y de espíritus para con el hombre no es contrario a esa supervisión que ejerciten continuamente en ella, de las maneras que la sabiduría puede abrir en ella; todo que es ejecución del amor, beneficencia y de Su elemento natural.

Este es siempre el inicio de la relación entre ellos, lejos de sospechar que hay mal en el hombre; es preciso que el hombre se una completamente a los desórdenes para que la Sabiduría le abandone y le deje por su cuenta y por cuenta de las consecuencias de sus faltas; igualmente esto ocurre poso después de haber enviado a este hombre recientes señales de atención y compromiso.

Tener conocimiento de estas cosas no es nada: sólo el agente del Verbo puede realizarlas.

Las dos progresiones, del bien y del mal, están en nuestro ser y por este intermedio nos relacionamos con todos los mundos, donde podemos ejercer el Ministerio Espiritual del Hombre. Saber todo esto no basta; realizarlo es lo esencial. El servidor no es nada delante de los ojos de Dios; el operario es a quien Él valoriza y recompensa. A cada paso que avanzamos en nuestra obra adquirimos nuevas fuerzas y el hombre que sigue la senda viva de su regeneración puede alcanzar el Monte santo, para aprender los mandamientos del Señor.

Pero la impaciencia de la Justicia le sorprende, cuando mantiene las abominaciones con las que los hijos de Israel se han envenenado.

Rompe las tablas de la ley, porque este pueblo no merece oírlos. En su furia, extermina a los pecadores que inducen al alma humana a prostituirse a los Gentiles y están en guerra contra el Verbo.

Lanza sus rayos contra los gigantes que asaltarían el cielo, haciéndose sus amos:

¡"Oh! mi gente, ¿qué les ha hecho su Dios para que exasperen contra Él? ¿Qué iniquidad han encontrado sus padres en mí, para que se alejaran en busca de vanidad y para haberse tornado fútiles? "

En la medida en que ascendemos esta montaña colocamos el manto de Elías, que heredaremos durante esta vida a través del cual podremos atraer el fuego de los cielos, dividir las aguas del río, curar dolencias y levantar los muertos; pues, nada además de este manto de Elías o nuestras vestiduras primitivas, puede preservar el Verbo en nosotros, así

como un manto terrestre conserva nuestro calor corporal. Nuestro ser animal no puede contener este Verbo vivo; sólo nuestros cuerpos vivos vírgenes pueden contenerlo.

Embalsamando cuerpos para la resurrección

La costumbre de embalsamar los cuerpos de los muertos, llenándolos con valiosas sustancias aromáticas, es una transposición de aquel principio que implica nuestra resurrección corporal y espiritual. Si fuésemos sabios, es cierto que no tendríamos otra ocupación en este mundo que el de trabajar continuamente a fin de revivir el cuerpo puro y el espíritu de verdad en nosotros, que están, por así decir, extintos, muertos; por lo tanto, en nuestra muerte física, debemos encontrarnos perfectamente embalsamados en todas las partes corporales de nuestra forma primitiva; nunca como momias terrestres, que no tienen vida o movimiento y que el final vuelven al polvo, pero llevando consigo el bálsamo vivo e incorruptible que va a restaurar la actividad primitiva de aquellos cuerpos y la agilidad de todos nuestros miembros en una progresión sin fin, como el infinito y la eternidad.

Sin embargo, para esto no precisamos esperar por nuestra muerte física. El profeta porque éste que no necesitamos esperar nuestra muerte física. El profeta Ajías no podía ver, ya que sus ojos se tornaron turbios debido a su avanzada edad; aún así, fue capaz de reconocer a la esposa de Jeroboam y su misión, cuando la vio disfrazada con el propósito de consultar sobre la enfermedad de su hijo, pues tenía miedo de perderlo.

Sí, si no estamos perdidos y atados por nuestro enemigo, podemos abrir los poros de nuestros espíritus, corazones y almas, para que la vida penetre en todos ellos, nos impregnamos con el elemento puro. Con esto, a pesar el deterioro con el tiempo, a que nuestros órganos están sujetos, podemos exhalar los perfumes del mundo que está por venir y así seremos órganos vivos de la Luz y de la gloria de nuestro Soberano Original; tal era nuestro destino primitivo, ya que deberíamos estar unidos y animados por el Espíritu y por el Verbo que por sí sólo produce todas estas cosas.

Siguiendo los pasos del gran trabajador del Señor, deberíamos adornar nuestros verdaderos cuerpos con todas las obras de las cuales participamos o que realizamos por nuestra cuenta. De la misma forma, el Reparador adornó su cuerpo glorioso con todas las obras que manifestó sea personalmente o a través de patriarcas o profetas. Así cooperamos en adornar aquel cuerpo glorioso en el cual el Reparador se revelará al final de los tiempos; "cuando él venga, en aquél día, para ser glorificado en la persona de sus santos, y para ser admirado en la persona de todos aquellos que han creído"(2 Tes. I.10); de esta forma, contribuimos a la destrucción de aquél hombre del pecado que ha sido elaborado desde hace mucho tiempo, y que está compuesto de los pecados de los hombres.

El enemigo no está satisfecho con habernos robado nuestro cuerpo primitivo; él pretende también robar nuestros cuerpos elementales a fin de revestir su propia desnudez, porque no recibe ayuda alguna de esta naturaleza física en donde está confinado; ella no le proporciona nada además de aidez y de dureza; estas son las primeras cualidades que él consigue despertar en la naturaleza; sólo cuando sellarse valiéndose de nuestros cuerpos elementales es que logrará alcanzar el máximo de sus abominaciones, decepciones e ilusiones en aquellos que no confían plenamente en la verdad.

Quién está encargado de enseñar las profundas cosas de Dios

Ustedes, los ministros de las cosas santas, son quienes deben enseñarnos estas cosas profundas. ¿Saben ustedes lo que el Señor dijo al profeta Jeremías (Jer. XXVI.2)?: "Ubícate

en el atrio de la Casa de IAVE y di a todos los habitantes de las ciudades de Judá, que vengan a postrarse en la Casa de IAVE, todas las palabras que te ordené; Así dijo IAVE. Si no me escuchares para seguir mi Ley que les di, para atender las palabras de mis sirvientes, los profetas, que les envío sin cesar, pero ustedes no escuchan, trataré esta Casa como a Silo y haré de esta ciudad una maldición para todas las naciones de la tierra".

Bien, ministros de las cosas santas, el Señor los colocó en la entrada de las almas de los hombres y ordenó que tornasen conocidas sus leyes y mandamientos,

Ustedes deben, por tanto, colocarse en la entrada de las almas de los hombres y proclamar todas las palabras que el Señor ordenó que hablaban; pues si Él escogió un hombre para ser el profeta de Dios, ¿por qué no escogería hombres para ser profetas de los hombres? El profeta de los hombres es el siervo de los siervos de Dios.

Colócate entonces, en la entrada del alma de los hombres, y dile todo lo que el Señor te dirá: "No omitas palabra alguna. Tal vez ellos escuchen y se retracten de su camino perverso: entonces me arrepentiré del mal que pensaba hacerles por causa de la perversidad de sus actos". (Jer. XXVI.2)

El Verbo debe habitar en los hombres: Prepárate para recibir a tu huésped

Es tu deber enseñar a los hombres que, no tornándose todos orgullosos, el Verbo propiamente tal debe habitar en ellos; y es tu deber tornarlos atentos sobre lo que deben hacer para que esto ocurra efectivamente. Cuando algún amigo querido es esperado en una mansión, todos los que allí habitan sean amos o siervos, se ponen en movimiento; cuando algún comandante o soberano llega a una ciudad guarnición o a algún otro lugar grande; cada uno manifiesta vivacidad a fin de desempeñar mejor su papel en la recepción.

Bien, entonces, prepara a los hombres para recibir al importante Convidado, que no desea nada mejor que visitarles, significa que cada facultad de tu ser debe mostrar tu intención de desempeñar tu amor y respeto. Todo lo que existe en tu ser y toda región de tu existencia debe someterse a una combustión y actividad ininterrumpida, para que todo lo que esté allí pueda tornarse un canal, un órgano y un agente del Verbo; para que aquel majestuoso e inefable Convidado, puede hacer de ti Su morada, en donde vivirá para celebrar Sus santos misterios.

¡Celebrar los santos misterios! Feliz es el hombre que ya sintió en sí la menor señal de esta obra maravillosa e incomprensible, o tuvo la menor percepción de este milagro vivo y magnífico; feliz es aquel que comprende que el ocio puede provocar el fracaso por causa de nuestra intensa absorción en el dolor y en el placer; ¡esto pertenece exclusivamente al Ministerio del Verbo!

La declinación de la luz en el mundo ocurre porque sus ministros olvidan la promesa del Reparador de estar con ellos

Infelizmente el Reparador, el Verbo visible, mal había desaparecido de la tierra, cuando la Luz comenzó a declinar y los ministros de las cosas santas, cayeron en discusiones sobre leyes terrestres, fueron detrás de los votos; además de este Verbo, no hay otra Luz fija y los ministros se olvidaron de Su promesa de estar con ellos hasta el fin del mundo.

Estaría muy decepcionado si Pablo hubiese flaqueado en su fe, después de su elección, ya que esta ocurrió después que el templo terrestre había sido cerrado y el Divino

había sido abierto. No en el afecto por la negación de Pedro ocurrida anteriormente; ni tampoco por la furia del tranquilo Juan que prohibió a otros expulsar demonios en nombre de su Maestro, porque ellos no lo seguían y querían traer el fuego del cielo para destruir la aldea samaritana que no lo recibiera, ya que estaba en camino de Jerusalén.

El Maestro nos enseña lo que la ignorancia de sus discípulos; ellos “no sabían lo que pertenecía al espíritu”. No vamos a perder de vista las progresiones de las épocas temporales y espirituales a las cuales el Reparador estaba sujeto.

Sin embargo, tú que ingresaste en la administración del Verbo, apenas recién de cada puerta, espiritual o Divina, haya sido abierta, ¿no halló que, algunas veces, colaboró para que ellas se cerrasen? ¿Por qué, en tus ceremonias, apenas has prestado un homenaje siendo que deberías prestar únicamente una obre interior real y siempre creciente? Para que estas ceremonias se tornaren verdaderos festivales religiosos, el espíritu que las presiden deberían, con certeza elevarnos en cada período, al mismo grado de virtud que las cosas Divinas alcanzadas en la época correspondiente en el mundo.

Significado espiritual de los festivales religiosos

En la época de los judíos, durante la fiesta del Tabernáculo, el hombre interno invisible debía elevarse, con la ayuda del ministro consagrado, a la región de los tabernáculos eterno y espiritual; todos deben tener este objetivo aquí en este mundo.

De esta forma, durante los sacrificios de sangre, el hombre debía elevarse al sacrificio interno de todo su ser terrestre, a fin de que la combustión surgiese a través de este sacrificio, en donde la víctima es el propio hombre; él debía unirse al deseo santo y al amor sagrado de la Sabiduría Suprema, que busca renovar su vieja alianza o primer pacto conocido con nosotros.

Cuando se celebra el sabat, se debía elevar, en espíritu, por sobre las acciones o poderes elementales que ahora aprisionan al hombre; se debía unir al más íntimo ser con las siete fuentes universales que dan origen a este ser, que es su virtual representación y de las cuales nunca debía haberse separado.

Los niños de la nueva ley, durante la fiesta del nacimiento del Cristo, deberían, a través de su ministerio y ejemplo, hacer que el Reparador nazca en cada uno de ellos, a fin de que se abriesen las puertas para realizar, allí, individualmente, la obra que realizó para todo el mundo.

En la fiesta de la Pascua, deberían empeñarse en que Él pudiese levantarse nuevamente del sepulcro que hay dentro de ellos; así, nuestros elementos corruptos, la polución y las tinieblas le mantienen encerrado.

En la fiesta de Pentecostés, deberían trabajar para revivir en sí la comprensión de todas las lenguas que el Espíritu habla incesantemente a todos los hombres, pero que nuestra densa materia nos impide oír. Todo retorno anual de cada uno de estos festivales debería producir firmemente un nuevo desarrollo, hasta que el grado en se alcanzare la regeneración, pues esta puede ser concedida al hombre en este mundo inferior.

Funciones del ministerio Divino

¿ No temen ustedes que el uso de aquello que enseñan en estas épocas festiva y memorables puedan dejar nada más que una impresión estéril en la memoria y atrasar al hombre que puede, baso su alero, buscar ser el operario del Señor? ¿Será encontrado aún el reposo y el consuelo, si los siervos no fueran entrenados por el Señor? El Verbo espera que

los hombres sean restaurados al ministerio Divino, para que ejerzan Sus funciones, cada uno de acuerdo con su nivel y posición.

El ministerio consiste en ser henchido por las fuentes Divinas, que engendran por sí mismas por toda la eternidad; así, el hombre podrá lanzar a todos sus enemigos al abismo, e nombre del Maestro; librar la Naturaleza de las corrientes que la restringen y la mantienen en la esclavitud; limpiar la atmósfera terrestres de los venenos que la infectan; preservar los cuerpos de los hombres de las influencias corruptas que les persiguen y de las dolencias que los cercan; preservar, aún más, sus almas de las influencias malignas que les afectan; preservar sus mentes de las oscuras imágenes que les envuelven; traer reposo al Verbo, a quien las falsas palabras de los hombres le mantienen en luto y tristeza; satisfacer los deseos de los ángeles que miran para él a fin de que abra sus maravillas de la Naturaleza; finalmente, llenar el universo de Dios, como la Eternidad.

Esto es lo que se puede llamar breviario natural del hombre u oración diaria; una verdad profunda que la Iglesia externa tal vez no pensó ser su deber enseñar, pero que preserva al menos figurativamente, al hacer de su breviario uno de los deberes más imperativos de un sacerdote; este es el empleo que el hombre debe esperar al elevarse en dirección de su Principio y osar implorar que salga de Su propia contemplación a fin de socorrer a la Naturaleza, al Hombre y al Verbo, El Espíritu aguarda esta época con gemidos inefables.

Los caminos del Hombre de Deseo

¡Oh, Hombre de Deseo! Éstos son los caminos reservados a ti; tú no sólo percibes trazos reales de tu destino positivo, como sabes por experiencia, que todo momento que no estamos con Dios, estamos contra Él; esto porque el único objetivo de nuestra existencia es ayudar a Dios, a fin de que retorne a Su reino y se establezca universalmente en su trono. Por lo tanto, vas a llamar continuamente:

¡"Loren, profetas! Dejen correr sus lágrimas, almas de deseo, pues no está llegado el tiempo en que el Verbo podrá derramar sus riquezas sobre la tierra: Él llora aún más que tú, pues se ve tan contrariado en su amor"

"Mi mente está determinada por una santa y firme resolución, la de dedicarse íntegramente al progreso de su obra; ella se fija en esto y jura nunca olvidarse de tal propósito; mi pensamiento aplicará su fuego a todo lo que es combustible y extraño a mi esencia".

"Va a mantener este fuego en medio de estos seres combustibles hasta que se calienten e inflamen, dando lugar a una explosión universal, cuyo sonido será escuchado irá a mantener este fuego la manera de todos estos combustibles hasta que se calientan en todo momento, mientras yo viva".

"¿Por qué el fuego de mi pensamiento no causaría esta explosión, como el evanescente fuego que hace que las nubes asciendan?"

"¿Será el pensamiento del hombre, un rayo vivo, procedente de un fuego aún más vital que él mismo, menos privilegiado que este fuego natural que dejará de existir cuando la Divinidad desvíe sus ojos de él?"

¡No! ¡no! Ten conciencia de su dignidad y de su grandeza; entrégate enteramente a su obra y a su progreso. Los enemigos de ambos están por terminar; si no se identifican contigo en este momento, la verdad es que apoderarán del puesto hecho para ti y hacen de todo a fin de evitar que tú llegues hasta él.

"No te desvíes hasta conseguir purificar este puesto, para que sólo tú tengas autoridad allí y los últimos trazos de los pasos del enemigo sean extinguidos".

"Ten el cuidado de encender fuegos, \$en todos los lugares que pueda haber habitado y por donde quiera que haya pasado, a fin de purificarlo; pues, después de haber sido un campo de asesinato y masacre, este lugar puede tornarse un templo de paz y santidad".

"LA SANTIDAD del VERBO es el fuego que debes encender en todos los lugares en que el enemigo pueda haber habitado; de hecho, sólo esta palabra hará que huya y que se expulsado de su puesto".

"No hables otra palabra por el resto de tus días; no te aprisiones más en las sombras de las opiniones de los hombres; sepárate de los estudios de las tinieblas. Asegúrate de estar en el camino de la vida, en el instante en que tu corazón pronuncia LA SANTIDAD del VERBO".

"Las opiniones de las tinieblas y los estudios oscuros de los hombres te van a impregnar con su confusión e ignorancia; sin embargo, no veas hacia atrás toda vez que has puesto manos a la obra".

"Dejen a la paz reinar entre ustedes y todos aquellos que creen en la Santidad del Verbo, y dejen que todas las diversidades de opiniones terminen. Naaman, el general del ejército del rey de Siria, creía en la SANTIDAD del VERBO, y cuando pidió a Elías, que le curó de su lepra, si podría tener el permiso de acompañar al rey a la ceremonia en el templo de Rimmon, el profeta le respondió: - Ve en paz".

"Deja los fantasmas y las ilusiones de todos los mundos, permite que los poderes libres del abismo se presenten delante de ti; a partir de entonces ellos te van a encontrar en tu puesto siempre, y sabrán que pretendes estar allí eternamente".

La sublimidad de las posiciones del Hombre; su oración

¡Oh, Hombre, asegura la sublimidad y la extensión de tus privilegios! El universo sufre; el alma del hombre está en el lecho del sufrimiento. El corazón de Dios espera que tú tengas acceso a Su Verbo en el Universo y en el Alma del Hombre. Entonces, tendrás el poder de dar descanso al Universo, al Alma del Hombre y al Corazón de Dios.

Oh, Hombre, no escuchas como todos te piden el descanso como te imploran que no niegues este descanso; como dirigen a ti esta súplica:

"¡Di una sola palabra y mi alma será curada!" Una oración que deberías tener continuamente en la boca, dirigida a Él que fue el primero en extender sus brazos para ayudarte en tu aflicción.

¡Oh, Hombre, di entonces esta palabra! No obtendrás el descanso mismo mientras no la pronuncies. No dejes más que el corazón del hombre permanezca encerrado en su frío confinamiento; haz que el centro del alma humana se abra. Tal s tu grandeza, que el descanso de todas las regiones está ligado con tu mismo descanso y gloria del alma. Por este intermedio, el hombre no sólo es colocado como el soberano y administrador de las obras de Dios, sino también constituido y establecido con la eterna caridad Divina; tu amor y tu ardor pueden volverse el amor y el ardor del Poder Eterno; que tu corazón pueda de alguna forma, tornarse el Dios de tu Dios.

¡Sin embargo, si tu corazón puede, de cierta forma, estar bajo de Dios, de tu Dios, imagina las consecuencias de eso! ¡El hombre no puede parar un instante de su obra sublime, sin que todo lo más sufra con su holgazanería e indolencia!

¡Oh, Hombre, respeta tu trabajo! ¡Deja que el Ministerio sagrado sea tu gloria; Se va el su ministerio sagrado a ser su gloria! Tú eres el encargado por la armonía de la naturaleza, por el reposo de las almas de tus semejantes y por las inefables alegrías de Aquel que Es, y cuyo nombre es SIEMPRE.

Es verdad que la oración del hombre no es menos necesaria para la felicidad de las criaturas de lo que el movimiento es necesario para la existencia del universo. Sin embargo, esta oración posee dos momentos: uno debe ser empleado para alcanzar nuestros puestos, y el otro en cumplir los deberes: ninguno de ellos debe permitirse un momento de suspensión.

El Hombre no debe descansar más que el mismo Dios. El descanso del Hombre se torna una oración, cuando tiene el cuidado de orar virtuosamente antes de descansar. La acción de Dios es la acción del Hombre, están unidas y deben ser siempre simultáneas. El Hombre es espíritu, Dios es espíritu; el Hombre tiene el poder de decir a Dios: ¡Nosotros dos somos espíritu, permite que nuestra acción sea coordinada! El Hombre puede, bajo los ojos de Dios, influir en la oscilación del péndulo que regula los movimientos de las diferentes regiones del ser; está designado para dirigirlo.

Haz todo de acuerdo con Dios; somete toda facultad en una oración incesante

Que el hombre descubra aquí que puede permitirse todo estando en conformidad con Dios. Jacob Böehme dijo que igualmente el deseo era un pecado. Si un deseo no compartido por Dios es un pecado, un pensamiento que no es de Dios es una trampa, un proyecto que no viene de Dios, es una usurpación de Sus derechos; una acción que no es de Dios, es un robo cometido sobre Su actividad universal; un único movimiento que no es de Dios es un crimen de ambición impensada.

Antes que todo, el Hombre debe decir a todos sus facultades, propiedades y formas: “Yo, en la cualidad del Padre y jefe de familia, ordeno a cada uno que cumpla su función en mí, para que cuando el Orden Universal venga, me encuentre preparado. No dejes, ni por un instante, de contribuir con tu vigilancia y actividad, a fin de mantener el orden en mí; usa tus poderes constantemente en esta obra especial; ustedes son criaturas de acción; en cuanto a mí, debo únicamente emplear la voluntad, pues soy la imagen de mi Principio”.

¡Oh, Hombre! tu degradación no te excusa de la perpetuidad de la oración. En primer lugar, tus manos deberían estar perpetuamente levantadas al cielo. El decreto Divino te condenó a bajarlas para trabajar la tierra y de allí extraer tu sustento; sin embargo, mientras estuvo empleado en esta dolorosa tarea, el hombre aún debe levantar las manos en dirección a la Fuente de Luz; sólo tus manos temporales están condenadas al trabajo terrestre. Por sobre todo, cuidado en usarlas en alguna injusticia. El hombre del torrente no sólo no levanta sus manos al cielo; no sólo no las bajan a la tierra para cumplir una sentencia; sino también roba, lejos de esta sentencia y a través de este crimen social, viola de una sola vez, las leyes del cielo, de la tierra y de aquellas de la hermandad o de la familia.

¡Oh que injuria al cielo, al hombre y a la tierra no cometió y aún comete! Al cielo porque destruye toda confianza en el Principio Supremo, el único Poderoso de quien se puede esperar riquezas vivas, al contrario de los tesoros muertos y sin virtud que el hombre roba y acumula con tanto cuidado; al Hombre, porque más allá de destruir su confianza en su Principio, le priva del empeño y de la actividad de realizar su gran sentencia que

condenó a toda la humanidad al sudor de su frente; a la tierra porque por esta injuria le privas de sus cultivos.

El juicio de las palabras de los hombres

Si la palabra fue dada al hombre con los más sublimes objetivos, ¿cuál será, un día, el destino de la palabra, teniendo en vista los abusos que comete diariamente?

Toda palabra que no ha contribuido para la evolución universal ha de ser reformulada.

Toda la palabra que se ha prestado a aumentar el desorden será destituida

Toda la palabra que ha sido usada por escarnio o blasfemia será lanzada a un pozo corrosivo, en donde se volverá aún más venenosa y corrupta.

El Verbo Eterno tendrá que ser nuevamente emitido y llevar de vuelta a su seno todo las falsas, vanas e infectadas palabras del hombre, haciendo que pasen a través del fuego de su inefable juicio; el Verbo va a reformular aquellas en que aún es posible hacerlo, colocará aparte aquellas contaminadas y lanzará al pozo corrosivo aquellas que ya se encuentran completamente infectadas.

Los sufrimientos del hombre de deseo, debido a los abusos de la palabra.

“Señor de todas las Cosas”, exclama el hombre de deseo, “¿qué dolor puede ser comparado al mío, cuando veo que la palabra que habéis ofrecido al hombre, se ha tornado un instrumento mortífero, apuntado contra Ti y Tú Verbo?”

¡“Oh! ¡el dolor es muy grande para mí! ¡No soporto la prueba que me es impuesta; ella excede la resistencia de la naturaleza! Lo que debe, ser entonces, la inexhaustible infinitud de tu eterna alma Divina, oh Supremo Poder, si el alma humana, que es apenas su reflejo, puede sentir una similitud de tales dolores”.

“¿Por qué expones al alma humana a tal sufrimiento, pues así ella mal puede hablar a sus semejantes sobre su infeliz condición? Ella está obligada a actuar casi en silencio con relación a sus dolencias; el alma debe guardar su terrible angustia para sí, así como tu guardaste en tu inefable corazón la angustia causada por las falsas y duras palabras de toda la humanidad”.

“Tu amor debe ser tomado a la fuerza: no te daré sosiego hasta que restaures el soplo a mi palabra, a fin de que pueda gemir libremente por la desarmonía de la Naturaleza, por las miserias del hombre y por la angustia de tu propia alma Divina”.

"Sin embargo, el único camino verdadero para obtener esta gracia es trabajar incesantemente para restaurar en mí la armonía que tú engendraste y mantienes en todas las regiones. ¡Sí! Debo trabajar incesantemente para tornar mi palabra al Dios de mi ego y de mi círculo, como tú eres el Dios del círculo infinito, como tú eres, irás a dejar de ser un extraño a ti; vamos a reconocernos uno al otro como espíritus; no tendrás más miedo de aproximarte a mí y mantener un diálogo conmigo.

“Sólo entonces estaré vivo; sólo entonces mi palabra podrá hacerse oír en los desiertos del Espíritu del Hombre. Para hacer un uso propio y verdadero de mi habla, no debo pronunciar ninguna palabra que no genere perfeccionamiento a mi redor; no pronunciar ninguna palabra sino aquellas que van a generar vida y mejoras al ser contestadas; no debo pronunciar ninguna palabra que no sea sugerida, propuesta, comunicada, ordenada”.

La felicidad del hombre, en el tiempo y en la eternidad, Depende del santo uso de su habla

¡Cuán fecundo es el Autor Supremo que da paz y orden, y cuán inexorable en sabiduría y tesoros de bondad! Él fundó el ministerio del hombre y su felicidad sobre el mismo fundamento, y le asignó a hablar y actuar, solamente para hacer el bien, así como Él; el hombre no puede hacer el bien sin que el Verbo le haga feliz y le vivifique.

El hombre está destinado gozar de una felicidad permanente como la Suya; y por lo tanto bastaría que nunca se separase del Verbo, y nunca interrumpiese su correspondencia con Él. ¿Por qué Dios no hace nada más que el bien? Porque Él no permite que nada proceda de Sí sino el Verbo vivo.

¿Por qué es feliz sin interrupción? Porque Él nunca deja de oír hablar y sentir al Verbo de la Vida. ¿Por qué Él está siempre sereno y en reposo, o por qué Él está vivo? Porque Él habla siempre, y el Verbo que pronuncia internamente, en Su propio centro, nunca deja de engendrar allí orden y paz, porque nunca deja de engendrar la vida.

¡Y tú, oh Hombre!, ¿no estás destinado a ser el habla o palabra activa, de acuerdo con su proporción, a través de la eternidad, así como es Dios universalmente? No demores ni un instante más, trabaja con todas tus fuerzas a fin de tornarte al habla o a la palabra activa, todavía en este mundo; esto no debe parecerte imposible, sino considéralo una obligación; simplemente tendrás que recuperar lo que es tu privilegio, ya que estás destinado a ser una palabra activa eternamente.

Sí, el hombre que se une a su Fuente, puede adquirir tal grado de actividad y sabiduría, que cada soplo que proviene de su boca será capaz de producir y respaldar una influencia gloriosa, la quinta esencia del bálsamo universal de la purificación.

El Hombre es una criatura indigna de este nombre, injusta al más alto nivel y un criminal espantoso, cuando permanece un solo instante sin diseminar el Verbo activo y santo sobre la Naturaleza o sobre el Hombre o sobre la Verdad, en aflicción.

¡Sin embargo!, ¿por qué esta espantosa, infructífera y ciega pérdida de las palabras, de la cual los hombres son continuamente culpados? Los Salmos dicen, la boca es un sepulcro abierto: qué, entonces, deber ser esta región terrestre, que recibe incesantemente, en su seno las palabras muertas y cadavéricas que proceden, sin parar, e la boca del hombre y fluctúan en la atmósfera? Que temibles tinieblas son estas en que la familia humana casi su entera pasa los días de su vida.

La eternidad está en un punto del tiempo: el regalo

¡Dicen que el tiempo es excesivamente corto! ¡Sin embargo, si cogiesen el problema y lo midiesen verían cuán inmensa es su extensión; serían sorprendidos con la abundancia del tiempo que Dios nos ha ofrendado tan prodigiosamente! Es tanto que si pudiésemos hacer uso de una infinitamente pequeña parte de lo que nos ha dado, seríamos colocados sobre el tiempo. De hecho, no hay un hombre que no haya tenido, durante su tiempo de vida, un momento suficiente para adherirse y abarcar la eternidad; pues no hay un punto de tiempo en que esta eternidad, no esté contenida en su totalidad. Como podemos entonces, ser tan ignorantes con relación a la vasta extensión del tiempo, ya que le podemos medir con su propia eternidad, que es su escala: al contrario de esto, le medimos apenas por los resultados parciales del propio tiempo, que son siempre variables, indefinidos, corrosivos o vagos.

De esta forma, todo qué percibimos es su vacío y tenemos la sensación de que es tan corto y estéril. ¡Ah, si pudiésemos sentir de los que está hecho, cuán vasto y fértil nos parecería! La Universalidad de las cosas es una gran balanza; la eternidad es su vértice y regulador, el tiempo sus dos platos. La eternidad, el pivote del tiempo: ella está solamente en este punto universal fijo en que el tiempo se mueve o reposa.

Por otra parte, dicen que el tiempo es muy largo y luchan por acortarlo: hacen esto, no extrayendo lo que hay en él, sino permitiendo que corra sin que los llene con la vida que contiene; cuando el tiempo pasa, piensan haber alcanzado su objetivo, mientras que sólo se agotan con proyectos inocuos y ocupaciones fútiles, para no decir con su cubierta criminal, tan ultrajante al Principio del hombre.

¡Cómo el presente se pierde en el pasado y el futuro es incierto!

De hecho, los hombres no saben cómo fijar el presente, pues este o es más parte de ellos; el presente siempre espera que encuentren lo que desean aquí y ahora; ellos se apoderan ávidamente de todo lo que es presentado diariamente a sus ojos en los ordenes terrestre, político, científico o meramente social, que están repletos de ocurrencias pueriles, como atestiguamos. Esto es lo que hace a la multitud buscar espectáculos de todos los tipos, desde el teatro a los menores incidentes en nuestras vidas y a las conversaciones superficiales de la sociedad frívola

Pero, en vez de fijar el presente actuando de esta forma, toda esta incesante curiosidad junta es transportada al pasado. Como sólo acumulan cosas del tiempo, todo esto se transforma en cosas del pasado; el único uso que hacen de estos hechos es relatarlos posteriormente, motivo por lo cual hay tantos narradores en el mundo. Si los hombres se ocupasen del verdadero presente, que no está en el tiempo, volverían sus ojos al futuro y en vez de ser simples narradores, tal vez podrían transformarse en profetas.

Una eternidad ternaria

Los hombres ni sueñan en que hay tres eternidades: la eternidad doliente, la eternidad militante y la eternidad triunfante; expresiones que han sido aplicadas a la Iglesia externa, a través de la transposición. Sin embargo, estas tres eternidades pueden hacerse una para el hombre y acompañarlo a cada paso.

Sucede que, si la eternidad ternaria acompaña al hombre en cada paso, y el hombre es la imagen de Dios, este hombre no cumple su obra y no descansa, si no participa, habitualmente, de los tesoros de esta eternidad ternaria; este tesoro existe para liberarlo continuamente de la muerte, así como a todas las criaturas. Es solamente este tipo de milagros que tiene que realizar en el tiempo: cuando el tiempo no exista más, se puede dedicar de otra forma, si es que adquiere este privilegio, a través de su ardor y estudio en el cultivo de los milagros de los milagros precedentes; este nuevo tipo de milagro será el de manifestar, eternamente, las maravillas de la vida.

El Hombre es un foco de milagro perpetuo

Cuando el hombre de Dios instruye a sus semejantes ninguna de sus palabras deja de ser confirmada por señales vivas de su elección y de la presencia virtual del espíritu de vida en sí. De esta forma, este hombre debe, por así decir, no ser nada menos que un eterno e inexorable foco de milagros, que procede incesantemente de todas sus facultades y órganos;

esta era su prioridad en su estado primero, y tal será su destino final cuando esté reintegrado en la Fuente Universal, en donde prodigios y milagros serán meros deleites a producir y distribuir; no habrá más desorden o iniquidad a ser vistos o combatidos.

Ahora no precisamos preguntar más, porque el hombre debería ser un pequeño foco inexorable del milagro eterno: es porque la vida Divina debe habitar perpetuamente en él, y abrir allí una entrada para las obras a él confiadas; éstas son tan innumerables, que todos los esfuerzos combinados, de todos los hombres, mal sería suficiente para realizarlas. ¡La realidad es que muy pocos conocen el importante oficio del Espíritu Santo, que los hombres deberían realizar aquí abajo!

¡Sí! La vida Divina busca continuamente abrir las puertas de nuestras tinieblas e ingresarnos en sus planes, para la restauración de la Luz: ella viene hasta nosotros tremulante y sollozante, por así decir, implorando para que nos unamos a ella en esta gran obra; a cada solicitud ella deposita un germen en nosotros, un germen concentrado; es nuestro deber desarrollarlo posteriormente. Sin embargo, para ayudarnos en este emprendimiento Divino, la vida Divina no deposita ninguno de aquellos gérmenes en nosotros, si que, al mismo tiempo deposite un extracto de la substancia sacramental en donde pueda reposar nuestra confianza, con una alegre convicción de que estos gérmenes no dejarán de crecer, si nos aplicamos, en espíritu y en verdad, a su cultivo.

Estas señales no tardarán en revelarse; si diésemos el debido valor a esta substancia sacramental y si atribuyésemos a esta vida Divina todo el ardor que merece y exige de nosotros.

Ella haría que todas las cosas se tornasen el centro y la palabra, como la propia vida Divina; no obstante, busca continuamente hacer de nosotros el centro y la palabra, universalmente, para que a través de nosotros, todas las regiones puedan convertirse en lo mismo. Ella nunca llega hasta nosotros sin haber disuelto algunas porciones de las heterogéneas substancias, que son opuestas a nuestra comunión libre y universal.

El universo es un obstáculo para la oración;

El Hombre precisa purificarlo

¡Ésta es nuestra condición terrestre, oh Hombre! éste es el mundo, un obstáculo contra la manifestación de estas señales gloriosas, de este testimonio solemne; la condición terrestre es un obstáculo para la oración; Isaías estaba en lo cierto en pedir al mundo poder escucharlo, pues el universo hace un ruido excesivo y el Verbo no puede ser oído.

Se ardoroso, ten una furia santa; toma el sentido de la purificación, ve y dispersa las nubes que te circundan; ve y disuelve las substancias coaguladas que causan la opacidad de este universo y forman los obstáculos para tu oración, impidiéndote penetrar el santuario Divino, a fin de forzar al Regente Supremo a salir de Su propia admiración y auxiliar a las regiones.

Toma la antorcha viva que, pudiendo producir todas las cosas, es capaz de consumir todo; ve y pon fuego en aquellas esencias corruptas del universo que le transforman en un obstáculo a la oración. ¿No eres tú, oh Hombre, la causa por la cual estas esencias corruptas están tan acumuladas a punto de pesar tanto sobre ti? ¿Por lo tanto no te cabe a ti ayudar en su purificación?

¿Qué debo decir? ¿No eres tú quién debe hacerlo? ¿No eres tú, a causa de estas substancias que se esparcieron delante de ti como un fantasma, quien ha escondido el templo

de oración de tu vista? ¿No te cabe a ti, por lo tanto, reducir las a polvo y dispersar hasta sus últimos rastros?

¡Qué gloria, que consuelo será el tuyo, oh Hombre de deseo, si, por tus lágrimas y esfuerzos, eres capaz de contribuir a esta gran victoria y así garantizar el reposo del alma humana y del Verbo! Todos los que, como tú, han cooperado en estos trabajos sublimes, van, algún día, a ser posicionados, como notables y terribles espadas en el arsenal del Señor; serán colgados para siempre en los arcos eternos de Su templo; y sobre cada una de estas láminas será escrito un nombre inmortal, proclamando sus servicios y triunfos a través de la eternidad.

La oración debe producir todo, pues la obra está con ella

Este, entonces, es el camino que te conducirá a la morada de la oración, que te investirá de estos poderes. Comienza por expeler del universo al enemigo que procura únicamente corromperlo, así como un prisionero busca sorprender y se esconde de carcelero. Habrá entonces, un gran obstáculo menos que se oponga a tu oración; el universo se revelará a ti en sus simples proporciones, sin embargo terriblemente debilitado.

A continuación ¿qué tendrás que combatir? Será aquella incisiva fermentación que mantiene las bases fundamentales de la naturaleza en este estado de violencia y confusión. Trabaja para contener y detener esta fermentación; y el espíritu del universo, liberado de este terrorífico impedimento, se hará más accesible a tus esfuerzos; ten también este espíritu del universo para atenuar y subyugar: ¿un operario ciego delante del bien y del mal no está en las mismas condiciones?

Cuando se haya atenuado y dominado este espíritu del universo, llegarás a aquella naturaleza eterna que no conoce el bien y el mal ni la incisiva fermentación, todavía menor será la persecución del enemigo; en el confinamiento de esta Naturaleza eterna, encontrarás allí, tu lugar de reposo y el altar sobre el cual debes depositar tus ofrendas; la Naturaleza Eterna está habitada por el Espíritu Puro, por la Inteligencia, por el Amor, por el Verbo y por la Majestad Sagrada; a partir de entonces vas a percibir lo que es una oración: es sólo de estas fuentes Divinas que ella puede vivir, fluyendo de tal forma en tu seno, que podrás esparcirla sobre el mundo.

Esta es la obra que cada individuo de la especie humana está encargado a realizar en sí mismo; esta es la Obra que la Sabiduría Suprema lucha por completar universalmente; los operarios del Señor en verdad y justicia son llamados a unirse a este inmenso emprendimiento. Trabaja, oh operario del Señor; no te relajes en tus esfuerzos, en esta magnífica realización; gloriosas recompensas te aguardan.

¡El universo se desintegrará! ¡Se quemará! ¡Está pronto a ser demolido en sus propias bases y disuelto! ¿Escuchas la santa y eterna oración ascendiendo a través de las ruinas del mundo? Como comprime tus barreras; ¡cuán penetrantes son sus melancólicos y murmurantes sonidos!

Oh, Hombre, ora entonces, y vas a escuchar la oración eterna acompañada de los sonidos de la alegría y el consuelo.

Dejan que las sagradas regiones se regocijen; ¡observa!, como las arpas puras de adelantan, los cánticos sagrados están prestos; regocíjense, pues los himnos Divinos están por comenzar; regocíjense, en tanto tiempo no han sido oídos. El cantor escogido está restaurado finalmente; el hombre está presto a cantar las canciones de júbilo; no hay más

obstáculos que lo impidan; él disolvió, demolió y quemó todo lo que obstruía su oración. ¡Bendito sea el Dios de la Paz, por siempre jamás. Amén!

No tengas miedo: simplemente cree

Como nos da valor estos cuadros que el hombre de deseo ha contemplado; cuadros que te llaman nada menos que a aproximarte al santuario Divino e implorar a la propia Sabiduría Eterna que sale de su estado de reposo y de su propia contemplación, a fin de ver y consolar todo lo que sufre. Oigo a este hombre de deseo, restringido por su propia humillación, decirse a sí mismo, internamente:

“Oh, Altísimo Creador Eterno de todas las cosas, ¿cabe a tu criatura, paralizada y desfigurada por el crimen universal, atreverse a estimular el Principio generativo del orden y de la armonía? ¿Es por alguna cosa que vamos a evocar el Ser de los seres fuera de Su propia contemplación? ¿Es para la muerte que vamos a despertar a la Vida? ¡No! ¡No seré tan audaz!”

Sin embargo, lo veo perseguido por el sentimiento de la grandiosidad del mal, por los dolores de todo lo que sufre y por la imperiosa falta de justicia. Veo entonces que revive su valor; le veo confiar nuevamente en el Verbo que prometiera proporcionarle todas las cosas, fortalecido podría pedir en Su nombre. Le veo abordar los portales Divinos y le oigo ofrecer estas humildes súplicas:

“Oh, Supremo y Eterno Autor de las cosas, si Él a quien llamó Elegido de Su propio Amor hubiese visto para mí con ojos de compasión, si se hubiese dignado a hacer Su morada en mí, con certeza recurriría a Él, a fin de que me guiase y me sustentase en mi emprendimiento santo; a Él remitiría todos los derechos que Tú, en Tu inexorable magnificencia, me has dado como hombre; tendría entonces la certeza de que no hay profundidades en ti que yo no pueda alcanzar; ninguna Luz en ti que no pueda ascender; ningún sentimiento de amor o beneficencia en ti que no pueda hacer germinar, ya que este Elegido no es sino uno contigo, tú y Él están ligados por una alianza eterna e indisoluble.

“Oh, Altísimo y Eterno Creador de todas las cosas, en nombre de este Elegido de Su propio Amor, me atrevo a presentarme delante de ti; Él me enseñó a conocerlo, él que tú enviaste; me enseñó a conocer a ti que Lo envió; en Su nombre voy a solicitar tu amor y ardor benéficos, por todo lo que es, y que fuera desterrado del orden y de la armonía. A través de Él procuro interrumpir el éxtasis paz y la admiración íntima e inefable de tu propio Ser que produces continuamente; a través de Él debo orar a ti a fin de que suspendas los deleites de tu propia contemplación.

“En Su nombre, te imploro a trocar aquellos días de alegría por días de tristezas, a fin de permitir que el radiante paso de tu gloria sea manto de lamentaciones, que venga a sumergir tu mirada repleta de fuego, en una clima árido y frío; en la región de la muerte, penetre Tu fuente del Amor que lleva consigo eternamente la Fuente de la Vida Universal.

“¿Qué puede ser más urgente que los motivos que me impelen a clamar Tu atención? La cuestión es, ¿será vendrás en auxilio de la naturaleza, del hombre y del Verbo?”

¿Quién me ayudará aquí, a taller profundamente la figura en que el hombre de deseo debe tornarse, a fin de ser capaz de despertar la Majestad Suprema fuera de la intoxicación Divina que Su propia grandiosidad y el brillo de sus propias maravillas, producen continuamente? Él que participa de esta intoxicación Divina y que está sentado en el medio de aquellas maravillas eternas.

Los impulsos de nuestra voluntad son dados para evitar el abordaje del enemigo.

Los principios de nuestra vida elemental son dados, no sólo para mantener nuestros puestos, sino también para efectuar una abertura en las defensas de la muralla y abrir el camino para atacar al enemigo en su fortaleza.

Los poderes activos de la Naturaleza son colocados a nuestra disposición, para consolidar nuestra fuerza y renovar continuamente nuestros medios de lucha contra el enemigo cuando la abertura sea realizada.

Las virtudes poderosas de los hombres de Dios de todas las épocas nos son ofrecidas para fortalecernos y apoyarnos, a fin de que nuestra propia virtud espiritual pueda tomar valor y confianza en la lucha, así como para instruirnos en las maravillas y grandezas que repletan el reino de Dios, que comienzan a conocer, incluso cuando están en sus cuerpos terrestres.

El virtual apoyo sagrado del Reparador nos está garantizado y revive en nosotros todas las regiones y poderes anteriores, sobre los cuales está sentado Él y a los cuales Él comunica Su vida universal.

No pierdas un solo momento, oh alma humana, en revivir en ti todas estas proporciones, si permitisteis que muriesen. Haz de estos poderes, cada uno en su clase, evolucionar siempre, sin mirar hacia la mano derecha o izquierda; este es el camino de la justicia.

Haz que los poderes armónicos de la Naturaleza abran un camino para las virtudes vivificantes de los hombres de Dios de todas las épocas, en los cuales manifestarán o al menos proclamarán, las maravillas del reino de la Vida.

Haz que las virtudes vivificantes de los hombres de Dios, de todas las épocas, abran un camino libre para la voz soberana y regente del Divino Jefe y Reparador, que rige en el cielo, en la tierra y en los infiernos; pues tu eres un miembro muerto, y luego será mortífero, si Él deja, por un instante, de comunicar Sus órdenes efectivamente, a través de Su Verbo, para todo lo que es tu ser.

¡Oh! hombre de deseo, se ágil, santo y armónico en todo tu ser; universalmente, vas, en tu unidad parcial, a ser una imagen de la Unidad Universal; entonces, a través de la santa analogía que existirá entre el Regente supremo y tú, tu alma entrará naturalmente en el santuario de este Dios Supremo; y cuando Él vea que tu alma entra en este santuario, no podrá dejar de recibirla, y beber del amor por su belleza; pues tu serás, de la misma manera, una de Sus maravillas.

Sin embargo, no dejando que tu corazón se olvide de este propósito: habrás ascendido al trono de la Divina Majestad solamente para traerla, de cierta forma, fuera de la exacta intoxicación a la cual contribuyó para proporcionar con tu presencia.

Deja que una señal aún sea oída en el medio de tu triunfo.

Conclusión

Busca, entonces, este momento feliz, cuando todo será Divino, tanto para ti como para todo a su venida; haz que una señal sea oída en el medio de este circuito de felicidad y júbilo. A esta señal, el Regente Supremo va a volver sus ojos a ti, con interés. Cuando Dios mira hacia un alma, es para ver en su profundidad y convidarla a expresar todo lo que siente a través de una tierna providencia. Aproxímate, entonces, aún más cerca de Él, y di en este momento:

“¡Señor, traigo solamente lamentos en medio de tus deleites celestiales; mi voz sólo puede emitir gritos de dolor en el seno de la alegría Divina. Permite, Señor, suspender tu éxtasis y júbilo, para oír las causa de mis sufrimientos!”

“Las riquezas que habéis depositado en la Naturaleza son desperdiciadas por el Hombre que tú colocaste en el mundo a fin de que desarrolle estas maravillas a los ojos de la comprensión humana; a través de la negligencia de este administrador descuidado y desleal, tus riquezas pasaron a ser presas del enemigo, que las disipó, o luego las envenenó con su veneno corrosivo; de esta forma el hombre no pudo más aproximarse a tus maravillas sin el peligro de la infección por parte de los vapores pestilentes del enemigo.”

“Los ríos del universo, en vez de circular libremente; y llevar a todas partes sus aguas fértiles, se transformaron en masas congeladas”.

“Aquellas producciones magnificentes que tú creaste como instrumentos innumerables para transmitir los sonidos de la armonía pura a nosotros, están en silencio, porque el aire y el espíritu dejaron de penetrarlas. Roncos y repulsivos sonidos, que crean el miedo en donde quiera que sean oídos, es todo lo que compone el concierto de la Naturaleza ahora. El Hombre llama en vano, y exige que se demuestre Tu gloria, al manifestar las maravillas que depositaste en su seno; no hay respuesta; Tus maravillas permanecen ocultas, como una en una caverna impenetrable; y Tus promesas no son más oídas por el hombre”.

“Si te hablara sobre las dolencias de la familia humana, mis lamentaciones serían aún más. Tu Hombre, la bien amada y radiante imagen de tu propio esplendor, permitió que todos sus colores se ofuscasen. Él no sólo se olvidó de sus títulos, sino también hasta ahora se ha alejado de su destino primitivo; en vez de manifestarse a ti, como era propósito y privilegio de su naturaleza constituyente esencial hacer, se ha armado contra ti; él no es más considerado vivo, por aquellos que se dicen soberanos en el dominio del pensamiento, excepto cuando notan que toma posiciones entre tus adversarios, y sirve en este ejército.”

“Si no viene esta señal del hombre, de acuerdo con estos maestros imperiosos, es considerado muerto: consideran esta la única señal por la cual puede ser reconocido y admitido como hombre verdadero; sin ella le verán como un aborto, cuya existencia ciertamente no posee”.

“La boca del hombre, que debería proclamar Tu gloria, pronunciar Tus maravillas en todo el lugar, es ahora un sepulcro abierto, como expresó tu Verbo; mas la propia muerte se tornó viva entre los hombres. No son más huesos de hombres muertos en sepulcros immaculados; los huesos están activos, y salen de sus tumbas, con toda su corrupción, esparciendo infección; pues, se energizan en el centro de la iniquidad, hacen que la misma corrupción adquiera movimiento en ellos.”

“Las almas humanas se transformaron en cuerpos andantes, buscando libertad por toda la tierra, con un hálito pestilente, haciendo que todo ser que tenga una idea de la vida huya de su presencia”.

“Sí: deja ahora que el hombre de deseo te busque en los corazones de sus semejantes; deja que mire en aquel espejo único, en el que Tus facciones puedan ser vistas, por toda la tierra, no va a reconocer ni siquiera un trazo; se va a alejar lleno de aflicción, cuando descubra que no sabe más en donde procurar por el templo de u Dios: y tú, ¡oh! Autor Soberano de todos los seres, al menos que expreses alguna nueva señal de tu amor y poder, entonces no tendrás más un testigo no siquiera en el mundo”.

“Si estos cuadros no son suficientes para despertar la gloria, voy a hablarte sobre Él, en quien la amplitud de Tu Divinidad habita, en quien has depositado Tu propio corazón,

por así decir, a fin de que Él pueda venir al mundo, transmitir y distribuir este amor a esta misma familia que se encontraba tan lejos de Tí”.

“En vez de recibir su porción de esta gracia inefable, esta luz inextinguible, el último rayo que habría revivido todo su ser, los hombres intentan proscribir este bálsamo sagrado y hacerle aparecer como un veneno.”

“El último corrupto entre ellos mantiene este Ser Divino en temerosas agonías, ofreciendo algún refugio entre ellos; permitiendo que vague por allí, expuesto a todas las inclemencias del aire corrosivo de su morada de falsedad y las agudas flechas de todos los operarios de la iniquidad. Otros, infinitamente más débiles, intentan penetrar este corazón, esperando así aniquilar Su propia existencia”.

“¡Oh! Dios Altísimo, en nombre de las maravillas eternas que has sembrado en la Naturaleza perecedera; en nombre de la felicidad donada a los hombres en quienes Te dignaste a grabar Tu imagen; por tu amor y por tu gloria, enfoca tu atención, por un instante, del esplendor que llena tu morada celeste y dirígela a tus creaciones.”

“Ven y haz que la Naturaleza recupere sus ornamentos; ven y arranca el alma humana de su muerte, evitando que se envenene.”

“¡Dios! ven en auxilio de Tu propio corazón, Tu propio Verbo, y ten piedad de ti mismo, salva al hombre de un Deicidio; pues este que quiere perpetrar es mil veces más criminal que aquel que los judíos perpetraran en el cuerpo material de Tu Cristo.”

“En la época de Moisés, escuchaste las aflicciones de Tu pueblo y viniste a liberarlos de las manos de los egipcios; oye ahora las aflicciones de toda la Naturaleza, de toda la familia humana y de Aquel que enviaste al mundo para proclamar las buenas nuevas y el reino de la felicidad; tú no vas a dejar de venir y hacer, para el alivio de tanto sufrimiento, lo que hiciste para una sola nación.”

“Desde que tu permitiste que mi alma penetrase en Tu santuario y depositase allí los lamentos del mundo, las debilidades del Hombre y las angustias de Tu Divino Mesías, aseguran no sólo el deseo de captar Tu atención en este abismo de desolación; hay, sin dudas, muchos otros puntos para cumplir Tus órdenes soberanas y dedicarse a la administración de Tus dones, y volar a donde quiera que Tu nos llames, para una obra tan vasta y tan urgente”.

“Si desconfiaren de su propia fuerza y de la realidad de su llamado, vas a decirles lo que le dijiste a Moisés: “Yo estaré contigo; y esta será la señal que te envíe””.

“Entonces, oh hombre de deseo, espera en paz por los frutos de tu oración: pronto sentirás el corazón de Dios penetrar en todas tus esencias y llenarlas con Sus sufrimientos; y cuando te sientas crucificado en las mismas agonías de este Divino Corazón, retornarás en el tiempo, para cumplir, de acuerdo con tus proporciones y tu misión, al Ministerio Espiritual del Hombre”.

Traducido por Prometeo

ÍNDICE DE LA OBRA

	Pág.
Discurso al Lector	1
Introducción: Una invocación	5
La respuesta	5
PRIMERA PARTE: EN LA NATURALEZA	
El Hombre no el de la naturaleza exterior, sino el que da certificación verdadera de la divinidad.	7
De los mundos, exterior e interior	8
El hombre se aferra al mundo exterior	10
El Hombre tiene una posición más elevada que la Naturaleza	11
El hombre puede recuperar su posición	12
Sentimiento de inmortalidad	12
El padre de las mentiras	14
La primitiva dignidad del Hombre, su degradación y su alta ocupación mostradas en las publicaciones previas del escritor	14
La naturaleza no es materia	15
Una edad de oro	15
El pecado original	15
Matrimonio	16
El hombre es el libro de Dios	17
Las tradiciones o escrituras sagradas	17
Jacob Boehme	17
Advertencias al lector	19
Como valorar los libros	19
Escritos inspirados	20
La responsabilidad de los escritores	20
El hombre es el libro de libros	20
La mente del hombre está predispuesta	21
La insuficiencia de la enseñanza común	22
Una región más elevada para el hombre regenerado	23
Los niños del Padre	23
Los trabajadores del Padre	23
Consejos sobre comunicaciones espirituales	24
El cielo tomado por la fuerza	25
Un Ayudante y Consolador	25
El hombre debe ejecutar la obra de su Padre	25
Dos tipos de misterios	26
El hombre, el espejo de las maravillas de Dios	27
La llave para ls maravillas de la Naturaleza	28
Los ángeles aprenden a través del hombre	28
Testamentos espirituales	28
El hombre, el árbol; Dios, la selva	29
La luminosa fundación la construcción del hombre	29

El universo en sufrimiento	30
El mundo está muerto	30
El hombre debe hacer renacer el universo	31
El propio hombre está muerto: ¿cómo murió?	31
La obra del hombre aún debe ser hecha	32
Requisitos para la obra; sus criterios	32
La orden de la regeneración del hombre	33
La propia vida debe actuar substancialmente	35
El proceso de renacimiento	36
El pan nuestro de cada día	36
Los dolores del renacimiento	37
La causa de los lamentos de la Naturaleza	37
La creación todavía sufre por la redención	38
La naturaleza, una prisión para el hombre	38
La naturaleza también se regocija en la esperanza	39
Es necesario conocer el campo de acción	40
El nacimiento de la materia	40
La materia es indivisible	41
La materia una figura o retrato	41
La magia de la naturaleza	41
La región de la regeneración de la naturaleza	42
Eternidad, la causa; cosas creadas, la manifestación	42
El hombre, el médico de la naturaleza, debe conocer su constitución	43
Los resultados insatisfactorios de la pesquisa humana	44
Las hipótesis de Buffon y de Laplace	44
Vamos a examinar estas dos hipótesis	45
Las leyes de la naturaleza son complejas	46
Otra hipótesis	47
La hipótesis de Boehme	48
La hipótesis de Boehme continúa	50
Comentarios sobre el sistema de Boehme	55
La morada de los planetas	56
Para conocer el destino del universo, se debe conocer primero el destino del hombre	57
El destino de la tierra	58
La tierra, una prisión para el hombre	58
Los auxilios dados al hombre en su prisión	59
El conocimiento del hombre y la naturaleza deben avanzar juntos	60
Las causas finales	60
Las ciencias humanas giran en círculos	61
Sólo el Verbo puede revelar la razón central de las cosas	62
El reposo de la naturaleza, del alma y del Verbo debe partir del hombre	62
La influencia habitual del hombre en la naturaleza	62
El reposo sabático de la tierra	63
El arco-iris y la lección que nos enseña	65

En lo que consiste el Sabat de reposo de la tierra	66
Los poderes ocultos del hombre	67
SEGUNDA PARTE: EN EL HOMBRE	
El Espíritu, una emisión de los Poderes Eternos	69
La emisión perpetua de la Unidad Universal, el Ser Divino	70
Espíritu, el fruto de todos los poderes de la Unidad	70
Sólo el Espíritu puede revelarse a sí mismo	71
La generación y la anastomosis oculta de los seres	71
El Ser Universal Se engendra o Se revela en todo lugar, especialmente en nosotros	72
El origen del hombre	72
El Deseo y la Voluntad	73
La unión entre la Voluntad Divina y el deseo del hombre	73
El Pacto Divino	73
El Pacto se extiende por la Naturaleza	73
El peso, el número y la medida en la Naturaleza	74
Los grados en el conocimiento de la Naturaleza, del hombre y del Espíritu	74
“Hágase Tu voluntad”	75
Por lo que se debe orar	75
La luz es parte del Convenio Divino con el hombre	76
El hombre es la escala de medida para todas las criaturas	76
Dios y el hombre, los extremos de la cadena de los seres	77
La responsabilidad del hombre, como distribuidor de las riquezas de Dios	77
La Tierra, un ejemplo para el hombre	77
Esta obra es la Magia de Dios, y el complemento de aquel que ora	78
La Teurgia, sus imperfecciones y peligros	78
La verdadera obra es central y se desenvuelve en la acción	78
El hombre debe ser la continuación o el recomienzo de Dios	79
El proceso de recomienzo abolido por la caída	79
El proceso de liberación del hombre: del crimen, a través de la ley, hacia la acción vital	79
El proceso llevado a cabo en el último juicio	80
La puerta de la Luz y del Amor en el hombre	80
Todos deben abrir las puertas en sí mismos	81
La puerta de la elección	81
La savia del Árbol de la vida	81
Toda infección interna debe ser extirpada	82
Donde hay maldad, la hipocresía reina	82
Los diferentes infiernos	83
El hombre puede alcanzar diferentes elecciones	85
La acción de Dios, un foco vibrante en el hombre	85
El foco de la acción crea espejos de Sabiduría a nuestro rededor	86
El poder de la acción de Dios sobre nuestros hermanos y todas las cosas	86
Como podemos alcanzar esta acción: a través del Espíritu y de la voz espiritual del hombre	86

Magia divina, el principio de esta acción	86
Los hombres deberían emanar en satisfacción con todo lo que tienen sin un fundamento	87
La respiración o el espíritu del enemigo	87
Dios el purificador de Su pensamiento, el alma humana	88
Las aflicciones terrestres	88
El hombre de la infancia	88
La esperanza en la Promesa Divina	89
La instrucción de los jóvenes	90
La caída	92
El tratamiento	92
El alma se volvió sujeta al universo físico su primera ley sigue a este hecho	93
El sol, un símbolo físico de la Divinidad	93
La idolatría del sol	94
El motivo de las calamidades naturales	94
Comunicaciones espirituales directas, los mandamientos divinos	94
Todas las cosas deben hacer su propia revelación	95
Todas las instituciones humanas derivan de un modelo superior: el poder del hombre	95
La autoridad primitiva del hombre; en lo que consiste su gloria	95
Instituciones religiosas: sacrificios	96
El hombre, un rey subyugado por sus propios súbditos; la esclavitud de la naturaleza animal, como medio de su recuperación. El espíritu de sacrificio	97
Unidades de acción en el Universo y en la Naturaleza	98
La operación espiritual y la causa de los sacrificios	98
Sacrificio para el pecado	99
Ofrenda de paz	99
Los sacrificios perpetuos y aquellos de consagración	100
Las causas y operaciones de las excomuniones y de las exterminaciones	100
Por qué el inocente cae con el culpable; la exterminación de los animales	100
La sangre de los animales puros, la morada de las influencias en la esclavitud	101
El hombre causó la esclavitud de esta virtudes o influencias	101
La ofrenda del primogénito	102
El Éxodo, la dualidad basada en la naturaleza del hombre	102
Las relaciones del hombre (conformidades) con la Naturaleza y los animales	103
El significado espiritual y correspondencia de los sacrificios mosaicos	103
Digresión sobre los números	104
El Éxodo, una correspondencia de la regeneración del hombre	105
El Cordero	105
La Pascua, su carácter triple: el primer período	106
La Ley, su correspondencia espiritual: el segundo período	106
Las siete formas o poderes espirituales: el segundo período continúa	106
La Fiesta de los Tabernáculos: el tercer período	107
La Fiesta de los Tabernáculos, presagio del advenimiento futuro del reino espiritual	108

La Ley de los Sacrificios continuó	108
Los nombre primitivos de los animales podían revelar, en los sacrificios, su naturaleza e influencia	109
Circuncisión, su razón y efecto	110
La virtud de los sacrificios deriva de la convicción	110
La fe; la diversidad de las formas	110
La circuncisión, no como fundamento de la fe, sino apenas una iniciación	110
Antes y después del diluvio	111
La circuncisión judía: el primer período, durante la época de Abraham	112
El segundo período, durante la época de Moisés	113
Circuncisión, tercer período, durante la época de Josué; sus correspondencias	114
Eficacia de los sacrificios a lo largo de la destrucción de Jerusalén	114
La práctica de los sacrificios entre otras naciones; su corrupción	115
Hay tres clases o niveles de caos y abominaciones	116
El primer grado de abominaciones: engullido por los elementos	117
El segundo grado: abominaciones religiosas, ilusiones satánicas, ciencias ocultas, etc.	117
Tercera clase de desorden: superstición, idolatría, confección de santos, de imágenes, etc.	118
Las leyes son progresivas en su orden y objetivo	119
La ley dada a Adán	120
La ley en el período de Noé	120
Abraham, cuando no estaba bajo la ley	121
La ley mosaica, preparación para la ley profética o espiritual	121
La ley profética o espiritual, una preparación para la ley divina	122
La época de la regla de los profetas; amenaza y promesas: sus objetivos espirituales	122
La razón de los sacrificios proféticos y sus operaciones	123
El final de la época profética. La continua corriente de la orientación y la misericordia divina	124
El hombre liberado de la prisión de si sangre	125
Las condiciones necesarias de la víctima y del sacrificio para liberar a la humanidad	125
La transición de la época profética hacia aquella de las buenas nuevas sobre la liberación universal	125
La unión secreta de todas las leyes divinas	126
Estas condiciones se cumplirán al derramar la sangre del Reparador	126
El Hombre Espíritu puede alcanzar su regeneración aún en este mundo	127
La revelación del Hombre-Dios comparada con todo lo que vino antes que él	127
Las condiciones necesarias de un libertador verdadero. Se completarán en Cristo. "Está hecho"	128
Origen y naturaleza del mal moral, una transposición, su rectificación	129
La institución de la Eucaristía	130
No hay misterio para el Hombre Espíritu	130
Cómo el espíritu trabaja en el símbolo	131

La porción del Hombre en la cena; confesión y fe	132
La divina forma humana	133
Imágenes religiosas y sus orígenes	133
La obra de la perfecta regeneración después de la muerte; el poder del enemigo; la Virgen en el alma	134
El hombre es el microcosmos en donde se ofrece el sacrificio	134
La jornada individual rumbo a Canaán. Los Diez Mandamientos	135
El sometimiento espiritual individual, el sacrificio y la liberación conducen a la edad profética individual	135
Cuando se alcanza completamente la edad profética individual, el espíritu del Hombre se quema con él en orden de propagar la Verdad, se da el principio de la misericordia	136
La edad divina para la bendición de todos	137
Paz y armonía bajo la nueva ley de Amor	138
El perfeccionamiento de nuestras facultades de aquí para adelante requiere el sacrificio de todo lo que es de este plano	138
Esta vida es nuestra décima primera hora: ¡trabaja en ella!	138
Obstáculos y cruces son puntos de partida: ¡"Yo te digo, vigila!"	139
¿La muerte es comprendida en nuestra obra; como ella es superada?	139
Los poderes del alma humana después de la muerte	140
Las almas liberadas se comunican entre sí y con aquellas de la carne	140
La belleza admirable de un alma regenerada y su comunicación	140
El amor de Dios y la insensibilidad del Hombre, dos milagros	141
Consecuencias de la insensibilidad del Hombre; su cuerpo es un dolor, sus vestiduras su revestimiento, su vida es su muerte	141
¿Por qué el Hombre se avergüenza de su estado y de su naturaleza?	142
Las causas de nuestra seducción, lecciones a ser extraídas	142
La mente y el ser central del Hombre están esclavizados; ella se convirtió en su propio enemigo	143
Sufriendo, la puerta estrecha por la cual el Hombre de Deseo debe pasar ahora	144
La obra del Hombre de Deseo reacciona sobre el primer Hombre o en todo el árbol del Hombre	145
La semilla prometida, destinada al revivir el árbol del Hombre	145
El Hombre primitivo en su lecho de sufrimiento y descuido por su posteridad	145
Busca tu alivio, a través del yo interior de estos sus hermanos	146
Como alcanzar a tu hermano y presentarlo en un sacrificio a Dios que sea aceptable	146
Dios busca un medio de penetrar el alma del Hombre	147
La obligación y la recompensa de aquellos que se entregan a la obra de Dios	147
La paga de los siervos del Señor: Alivio al jefe de la familia humana	148
TERCERA PARTE: EN EL VERBO	
Los metafísicos y los especuladores de la Divinidad. Religión política	150
Analogía entre faltas y castigos: Como descubrir nuestra ofensa	150

Nuestro confinamiento en una mundo mudo muestra que nuestra ofensa fue contra el Verbo	151
El Verbo o la verdadera palabra, requiere una práctica, así como otras habilidades; El Silencio	151
El Verbo muestra la alianza de Dios con el Hombre y la Naturaleza	152
La necesidad de un lenguaje espiritual	153
El Verbo en la angustia; todas las cosas nacen en la angustia, e incluso la vida misma	153
Como mantener vivo el fuego de la vida Espiritual	154
La Cruz verdadera	155
La mano del Señor sobre el hombre	156
Busca y encontrarás la mano del Señor sobre ti	156
El hombre es un administrador y no un legislador, tanto en la política como en las cosas divinas	158
Alegrías espirituales, como recibirlas para la extensión del Reino de Dios	158
Como los hombres menosprecian el Verbo que todo gobierna: la conversación muerta	159
La sustancia de las palabras de los hombres se levantará en juicio contra ellos	160
Leyes esenciales para la administración del habla	161
El Verbo va a dirigir su propio ministerio	161
El habla es el fruto de un contrato u alianza; y nada somos sin un algún tipo de contrato	162
Los frutos Divinos comparados con los naturales	162
El poder del enemigo durante la noche, en la ausencia del habla. Hombres valientes temen a las tinieblas	163
La Naturaleza, una prisión para el enemigo, una protección para el hombre	164
La raíz larval de la naturaleza	164
El poder de curación: mesmerismo, etc.	164
Deberes y responsabilidades del hombre esclarecido	165
La mala dirección del trabajo literario. Partidarios de la forma y del estilo	165
La perla debajo de tus pies	166
Descripciones proféticas	166
Nuestras obras toman las características de nuestros sentimientos	167
El mal de retratar las faltas de la humanidad	168
Una tolerancia afectuosa tendería a curar estas faltas y los hombres estarían cancelando a sus maestros	168
El lenguaje de la inteligencia universal es la gran desiderata	168
Los escritores miran mal hacia los dominios de la Verdad e impiden que nosotros nos adentremos en ellos. La hipocresía de estos escritores	169
Los escritores no pueden enseñar lo que no saben. El secreto del falso éxito	169
¡Sursum corda! Rescata la perla del fango	169
La literatura religiosa	170
Cristianismo y Catolicismo	171
El Cristianismo y el arte	174

El origen y el espíritu del arte y de la literatura son paganos: ni cristiano ni católico	174
El catolicismo toma la complejidad de cada época y circunstancia	175
El arte literario totalmente desconectado del cristianismo. La literatura religiosa	175
Milton y la Biblia. Las graduaciones de la caída Adámica	176
Racine, la narrativa sacra no adornada por los poetas	178
El arte literario, inútil incluso en el público	178
El objetivo del arte literario es dar emociones y recibir aplausos. La verdad sufre	179
Las leyes de la verdad son independientes del arte y de las formas, así como de los poetas y los críticos	179
¿Quién del Supremo Agente es de verdad el Oráculo, no haría un solo verso que no hubiera sido un milagro!	180
La invocación de los poetas que habitan únicamente en el astral	181
Lo "maravilloso" es todo épico. La orden más alta de aquello que es admirable	181
La poesía descriptiva	182
Las evidencias demostrativas de Dios y del alma. Ateístas y materialistas	182
Inadecuación de la enseñanza común para la convicción de los deístas	183
La demostración que la religión requiere. La prueba positiva	183
La matemática intelectual	183
Pruebas positivas racionales, emocionales y experimentales	184
Sublime es Dios y lo que nos conecta con Él	184
Vemos a Dios en todas las cosas	185
Los diferentes agentes de lo sublime; El cristianismo es el mayor de ellos	185
La estimación simple de lo sublime	186
La inconsciencia de los hombres de letras. La literatura humana, una trampa cuando está mal aplicada	186
¿Qué han hecho los Ministros del Verbo? ¿Tienen, acaso, asegurada la llave del conocimiento?	187
La razón mundana y la razón correcta no deben ser prescritas de la misma forma	187
La luz de la verdad es la evidencia misma. La convicción en sí es irrefutable. La fe ciega	188
La estimación de las Escrituras sobre la comprensión: Los Místicos	189
La naturaleza del deseo: el principio del movimiento	189
El alma del hombre receptáculo y envoltorio del deseo de Dios. El alma puede conocer todos los deseos de Dios	190
Las dificultades de nuestra reunión con Dios	190
Mundos a ser conquistados: lo específico para tal realización	191
Ayudas dadas al hombre: la gran eficacia de estas ayudas	191
El propio Verbo está con estas ayudas	192
Las ayudas sensibles del Verbo llevan al "mejor estado posible" aquí abajo	193
Los tres grados del Verbo que son dados al Hombre	194
¿El demonio dejará de ser malo?	194
Destino y predestinación	195
El poder del Hombre bajo Dios	195
Todo lo que es sensible es una expresión del Ser	196

Sucesivos nombres; estados y procesos en la representación de la Divinidad	197
La obra de la santidad dentro del hombre	197
Diluvios espirituales sobre la mente del hombre. Los Noés espirituales	198
¿Por qué existe aún el mal en el universo?	198
Dios todo gobierna con paciencia, amor y sabiduría	198
El Espíritu de la Sabiduría y el Espíritu de la Caridad que deberían animar a los hombres	199
Los peligros y horrores ocultos por la bondad Divina, deben ser superados y dispersados por la caridad	200
Las maravillosas revelaciones de la Sabiduría, a pesar de la insensibilidad del hombre	200
Tener conocimiento de estas cosas no es nada: sólo el agente del Verbo puede realizarlas	201
Embalsamando cuerpos para la resurrección	202
Quién está encargado de enseñar las profundas cosas de Dios	202
El Verbo debe habitar en los hombres: Prepárate para recibir a tu huésped	203
La declinación de la luz en el mundo ocurre porque sus ministros olvidan la promesa del Reparador de estar con ellos	203
Significado espiritual de los festivales religiosos	204
Funciones del ministerio Divino	204
Los caminos del Hombre de Deseo	205
La sublimidad de las posiciones del Hombre; su oración	206
Haz todo de acuerdo con Dios; somete toda facultad en una oración incesante	207
El juicio de las palabras de los hombres	208
Los sufrimientos del hombre de deseo, debido a los abusos de la palabra	208
La felicidad del hombre, en el tiempo y en la eternidad, Depende del santo uso de su habla	209
La eternidad está en un punto del tiempo: el regalo	209
¡Cómo el presente se pierde en el pasado y el futuro es incierto!	210
Una eternidad ternaria	210
El Hombre es un foco de milagro perpetuo	210
El universo es un obstáculo para la oración; El Hombre precisa purificarlo	211
La oración debe producir todo, pues la obra está con ella	212
No tengas miedo: simplemente cree	213
Deja que una señal aún sea oída en el medio de tu triunfo. Conclusión	214